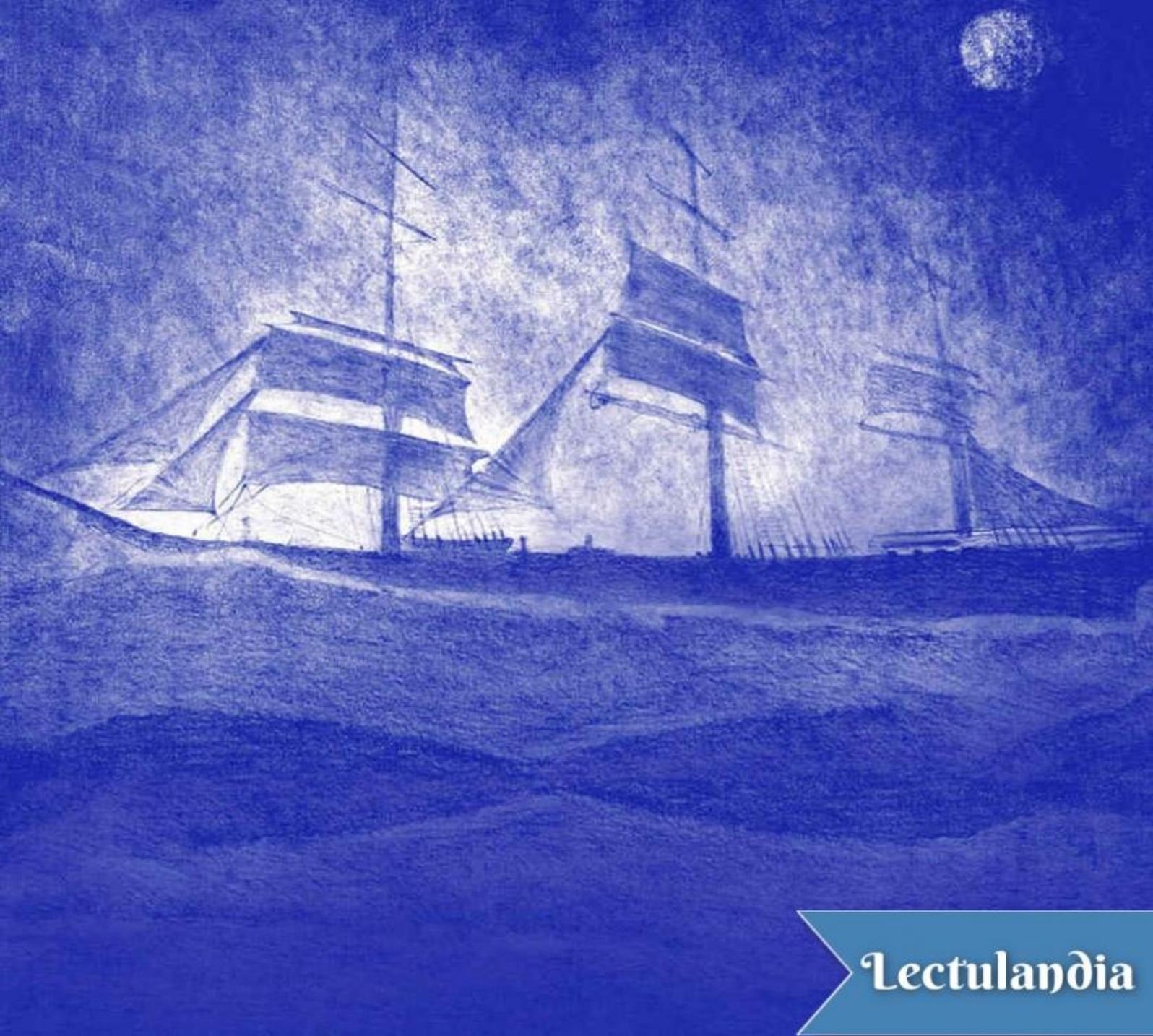




Daphne du Maurier
El río del Francés



Lectulandia

Lady Dona St. Columb tiene veintinueve años y está casada con un baronet frívolo y satisfecho de sí mismo. Ocupa un lugar destacado en la corte de Carlos II, tiene muchos admiradores y cuando se aburre se disfraza de bandolero y asalta a ancianas condesas. Un día se lleva a sus dos hijos y se instala en Navron House, la casa familiar de su marido. En su camino se cruza un pirata francés que es el terror de la región: no tardará en pensar que son «el uno para el otro, dos trotamundos, dos fugitivos sacados del mismo molde».

En *El río del francés* (1941), Daphne du Maurier plantea si para una mujer la libertad equivale forzosamente a una huida, y si en cualquier caso es posible alguna vez «convertirse en otra persona».

Daphne Du Maurier

El río del francés

ePub r1.0

Titivillus 11.10.2019

Título original: *Frenchman's Creek*
Daphne Du Maurier, 1941
Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Nota al texto



El río del francés se publicó por primera vez en 1941 (Victor Gollancz, Londres).

A Paddy y Christopher

I



Cuando sopla el viento del este las brillantes aguas de la ría de Helford se revuelven, se alborotan y levantan olitas que baten con furia las orillas arenosas. Cuando baja la marea las olas rompen contra la barra y las zancudas playeras vuelan tierra adentro hasta las marismas rozando la superficie con las alas y llamándose unas a otras sin cesar. Quedan solas las gaviotas describiendo círculos y gritando por encima de la espuma, hasta que alguna se zambulle en busca de un bocado y se rocía las plumas grises de destellos salinos.

Las grandes olas del Canal, procedentes de más allá de la punta Lizard, embisten contra las aguas encrespadas en la desembocadura de la ría, y, mezclada con la resaca del mar de fondo, llega la corriente turbia, hinchada por las últimas lluvias, salobre por el limo, cubierta la superficie de ramas y paja, de cosas raras y olvidadas, de hojas que han caído antes de tiempo, de pajaritos y de capullos de flores.

No hay embarcaciones en la amplia rada, pues el viento del este dificulta el fondeo y, si no fuera por las pocas casas que salpican Helford Passage y el grupo de casitas bajas de Port Navas, la ría estaría igual que en siglos ya olvidados, una época que ha dejado pocos recuerdos.

En aquellos tiempos los montes y los valles vivían en espléndida soledad, ningún edificio profanaba los campos agrestes ni los acantilados, ninguna chimenea asomaba por encima de los altos bosques. En la aldea de Helford había un puñado de cabañas, pero no alteraban en nada la vida de la ría, que era dominio de las aves: zarapitos, archibebes rojos, mures y frailecillos. Ningún velero entraba con la marea, como hoy en día, y esta plácida franja de la ría, en la que confluyen los brazos de las parroquias de Constantine y Gweek, estaba siempre en calma, nada perturbaba las aguas.

Pocos conocían la ría, salvo algunos marineros que buscaban refugio en ella cuando los temporales del suroeste los arrastraban a tierra al hacer la travesía del Canal; encontraban unos parajes solitarios y austeros, un tanto

imponentes por lo silenciosos y, tan pronto como el viento les era favorable otra vez, se alegraban de levar anclas e izar velas. La aldea de Helford no ofrecía ningún aliciente a los marineros en tierra, los escasos habitantes de las cabañas eran zafios y cerrados y al hombre que lleva mucho tiempo alejado del calor de las mujeres no le apetece pasear por el bosque ni chapotear con las aves en el limo cuando baja la marea. Por eso nadie iba a ver la sinuosa ría, ningún pie hollaba los bosques ni los montes y nadie conocía ni admiraba nunca la perezosa belleza estival que presta a la ría de Helford su extrañó encanto.

Hoy son muchas las voces que irrumpen torpemente en el silencio. Los vapores de placer entran y salen dejando una estela de agua batida, los navegantes a vela se hacen visitas unos a otros y hasta el dominguero de turno, ahíta la vista de belleza sin digerir, entra y sale de los bajíos andando torpemente, con un retel en la mano. Algunas veces se abre paso a trompicones en su cochecito humeante por el camino embarrado e irregular que sale de la aldea virando bruscamente a la derecha y se va a tomar el té con otros domingueros en la cocina de piedra del antiguo edificio de la granja que antaño era Navron House, que todavía conserva algo de su anterior grandeza. Una parte del patio interior original sigue en pie, rodeando el actual corral, y las dos columnas que antes flanqueaban la entrada de la casa, profusamente cubiertas ahora de hiedra y liquen incrustado, son el sostén de un cobertizo moderno con tejado ondulado.

La cocina de la granja, en la que el dominguero toma el té, era parte del comedor de Navron, y la pequeña media escalinata, que ahora termina en una pared de ladrillo, era la que llevaba a la galería. El resto de la casa se habrá derrumbado o lo habrán echado abajo, porque el edificio cuadrado de la granja, aunque es bonito, guarda poca semejanza con la Navron House de los grabados antiguos, en forma de letra E; del jardín ornamental y del parque no queda rastro alguno.

El dominguero come su ración de tarta y bebe su té sonriendo ante el paisaje, no sabe nada de la mujer que estaba allí mismo un día, hace mucho tiempo, un verano, contemplando el destello de la ría entre los árboles como él ahora, y que levantó la cabeza hacia el cielo y notó el sol en la cara.

Oye los rumores propios de la granja, el entrechocar de calderos, el mugido de las vacas, las voces rudas del granjero y su hijo, que se hablan de un extremo al otro del corral, pero es sordo al eco de aquella otra época, cuando alguien silbaba suavemente desde el oscuro cinturón de árboles haciendo bocina con las manos y enseguida le respondía una figura enjuta,

acuclillada al pie de los muros de la silenciosa casa, en tanto, en el piso de arriba, se abría una ventana y Dona miraba y escuchaba tocando en el alféizar con los dedos una sencilla melodía sin nombre, con los rizos cayéndole sobre la cara.

La ría sigue su curso, el viento de verano susurra entre los árboles; abajo, en las marismas, los pájaros ostreros salen con la bajamar a buscar alimento en los bajíos y los zarapitos chillan, pero los hombres y mujeres de aquella época yacen en el olvido debajo de losas con nombres ilegibles cubiertas de musgo y líquenes incrustados.

Hoy el ganado pisotea y aplasta la tierra en la que se levantaba el desaparecido porche de Navron House, en el que un día, cuando el reloj daba la medianoche, se plantó un hombre sonriendo a la luz tenue de las velas, con una espada en la mano.

En primavera los hijos del granjero cogen prímulas y jacintos silvestres en las orillas del río aplastando con las botas, sucias de barro, hojas y ramas caídas del verano anterior, y el propio río, crecido de las lluvias del largo invierno, parece desolado y gris.

Una densa y oscura arboleda llega todavía hasta la orilla del agua y el musgo carnosos y verde cubre el pequeño muelle en el que Dona encendió una hoguera y miró a su amante entre las llamas riéndose de él, pero hoy no hay barcos fondeados en el remanso que apunten al cielo con sus airosos mástiles, no se oye el ruido de la cadena al pasar por el escobén, ni el aire huele a tabaco fuerte ni llegan cadenciosas voces extranjeras por el agua.

Un navegante solitario que deja su velero en el amplio fondeadero de Helford un atardecer de verano, cuando chirría la chotacabras, y se va en un bote a explorar ría arriba vacila al alcanzar la desembocadura del río, por lo que tiene de misteriosa, de encantada. Como es foráneo, vuelve la vista atrás, hacia la seguridad del velero en el fondeadero, hacia el ensanchamiento de la ría, y se detiene y se apoya en los remos, súbitamente consciente del silencio profundo del río, de su cauce estrecho y sinuoso, y, sin motivo aparente, lo asalta la sensación de haberse entrometido, de ser un intruso en el tiempo. Se aventura un tramo río adentro por la margen izquierda, el ruido de los remos en el agua parece excesivo, levanta ecos extraños entre los árboles de la otra orilla; sigue deslizándose por el estrecho canal, la arboleda se espesa más aún al alcanzar el borde mismo del agua y el navegante cree estar bajo el influjo de un hechizo fascinante, desconocido, una emoción rara que no logra comprender.

Está solo y, sin embargo... ¿podría ser un susurro eso que oye en el bajío, cerca de la orilla? ¿No hay alguien allí y la luna se refleja en las hebillas de unos zapatos y en el alfanje que lleva en la mano? Y ¿no es una mujer la que se encuentra a su lado, con un manto sobre los hombros y unos rizos oscuros apartados de la cara por detrás de las orejas? Se equivoca, sin duda, son solo sombras de árboles, y los susurros no son sino el murmullo de las hojas y un pájaro que se inquieta en sueños, pero de pronto se queda perplejo, un poco atemorizado, intuye que no debe adentrarse más, que el curso alto de río es terreno prohibido para él y debe dejarlo en paz. Entonces da media vuelta, pone proa al fondeadero y, mientras se aleja, el susurro y el murmullo se vuelven más insistentes, oye ruido de pasos, una voz y un grito en la noche, un silbido débil, lejano y una curiosa melodía cadenciosa. Aguza la vista en la oscuridad y las densas sombras se ciernen sobre él, sólidas y definidas como la silueta de un barco: un barco fantasma en un cuadro, un barco magnífico y hermoso, hijo de otra época. Se le acelera el corazón, aprieta el ritmo de los remos y el botecito sale disparado por el agua oscura alejándose del hechizo, porque lo que el navegante ha visto no es de este mundo y lo que ha oído escapa a su comprensión.

Llega de nuevo a terreno seguro, a su propio velero; mira atrás por última vez, hacia la desembocadura del río, y ve que la blanca luna llena, brillando en todo su esplendor estival, se levanta por encima de los árboles y baña el río en su encanto y en su luz.

Una chotacabras chirría entre los helechos de los montes, un pez irrumpe en la superficie del agua con un leve chapoteo; lentamente, su barco se vuelve para encontrarse con la marea que sube y el río deja de verse.

El navegante baja a la acogedora seguridad de su camarote y, hojeando los libros, encuentra por fin lo que buscaba. Un mapa de Cornualles mal dibujado, inexacto, que adquirió en un momento de ocio en una librería de Truro. El pergamino está descolorido, amarillento, las leyendas apenas se distinguen. La ortografía es de otro siglo. La ría de Helford está bastante bien trazada, así como las aldeas de Constantine y Gweek, pero él mira otra cosa, lejos de las aldeas: la señal de un río que desemboca en el curso principal de agua, un recorrido breve y sinuoso que se adentra hacia el oeste hasta un valle. La leyenda, escrita en letra fina y descolorida, dice: río del francés.

El navegante, confuso, se queda mirándola un rato, hasta que, con un encogimiento de hombros, enrolla el mapa y lo deja a un lado. Después se va a dormir. Está bien fondeado. Ningún viento agita el agua y las chotacabras guardan silencio. El navegante sueña y, mientras las olas mecen el barco

suavemente y la luna brilla sobre la tranquila ría, le llega un débil murmullo y el pasado se convierte en presente.

Un siglo olvidado despunta entre el polvo y las telarañas, el navegante camina por otra época. Oye cascos de caballos al galope en la entrada de Navron House, ve que se abre el portalón y un criado de rostro pálido mira con pasmo al jinete embozado. Ve acercarse a Dona a lo alto de la escalinata, lleva un traje antiguo y un pañuelo en la cabeza, mientras en el río oculto y silencioso un hombre pasea por la cubierta de su barco, las manos a la espalda y, en los labios, una curiosa sonrisa de misterio. La cocina de la granja de Navron House es de nuevo un comedor, alguien se agacha en la escalinata con un cuchillo en la mano; de pronto arriba se oye el grito asustado de un niño, mientras que abajo un escudo se cae estrepitosamente de la pared de la galería sobre la persona agachada y dos pequeños spaniels King Charles, perfumados y de pelaje rizado, echan a correr ladrando y aullando hacia el cuerpo que yace en el suelo.

La noche del solsticio de verano arde una hoguera en el muelle, no hay nadie. Un hombre y una mujer se miran, sonríen: comparten un secreto; al amanecer un barco zarpa con la marea, el sol relumbra fieramente en un brillante cielo azul y las gaviotas graznan.

Todos los murmullos y ecos de un pasado desaparecido pueblan la cabeza del durmiente, y él está con ellos, es parte de ellos; parte del mar, del barco, de los muros de Navron House, parte de un carruaje que avanza a trompicones por los agrestes caminos de Cornualles, parte incluso de aquel Londres perdido y olvidado, artificial, pintado, en el que unos niños portaban linternas y unos petimetres achispados se reían en la esquina de una calle empedrada y salpicada de barro. Ve a Harry con su casaca de raso, los spaniels pisándole los talones e irrumpiendo en el dormitorio de Dona, mientras ella se pone sus pendientes de rubíes en las orejas. Ve a William con su boquita de piñón y su carita inescrutable. Y por último ve *La Mouette* fondeado en un río estrecho y sinuoso, ve los árboles a la orilla del agua, oye la voz de la garza real y del zarapito y, dormido boca arriba, respira y vive la encantadora locura de aquella noche de solsticio que por primera vez hizo del río un refugio y un símbolo de huida.

II



El reloj de la iglesia dio la media en el momento en que el coche entraba en Launceston haciendo ruido y se detenía a las puertas de la posada. El cochero soltó un gruñido, su compañero se apeó de un salto y se acercó corriendo a la cabeza de los caballos. El cochero se llevó dos dedos a la boca y silbó. Al rato salió un mozo a la plaza frotándose con asombro los ojos adormilados.

—No hay tiempo que perder. Trae agua sin tardanza y da de comer a los caballos —dijo el cochero.

Se levantó del asiento, se desperezó y miró con fastidio alrededor, mientras su compañero, con los pies entumecidos, daba patadas en el suelo y le sonreía comprensivamente.

—Todavía no se han partido el espinazo, menos mal —dijo en voz baja—; parece que al final valen todas las guineas que pagó *sir* Harry por ellos.

El cochero se encogió de hombros. Estaba tan molido y agarrotado que no podía responder. Los caminos eran pésimos y si se rompían las ruedas y los caballos reventaban le echarían las culpas a él, no a su compañero. Si hubieran podido cubrir el trayecto tranquilamente en una semana... pero no, había que hacerlo a una velocidad de vértigo, sin piedad para hombre ni bestia, y todo por culpa del mal humor de la señora. De todos modos, gracias a Dios estaba dormida... de momento, y en el interior del coche reinaba la paz. Sin embargo se equivocaba, porque cuando volvió el mozo con un cubo de agua en cada mano y los caballos empezaron a beber ávidamente, la ventanilla del carruaje se abrió de golpe y la señora se asomó sin el menor rastro de sueño en la cara, con los ojos completamente abiertos, la mirada limpia y la voz imperiosa, voz que había aprendido a temer en los últimos días, más severa que nunca.

—¿Por qué diantres nos detenemos? —preguntó—. ¿Acaso no hace ni tres horas que paraste para abreviar a los caballos?

El cochero musitó una plegaria pidiendo paciencia, se apeó del pescante y se acercó a la ventanilla abierta.

—Los caballos no están hechos a esta velocidad, *milady* —le dijo—; haceos cargo de que hemos recorrido más de cincuenta y cinco leguas^[1] en dos jornadas. Además, estos caminejos no son buenos para animales tan magníficos como estos.

—¡Qué sandez! —respondió—. Cuanto mejores sean, más resistentes han de ser. A partir de ahora solo te detendrás cuando te lo ordene. Paga a ese hombre lo que se deba y reanuda el viaje.

—Sí, *milady*.

El hombre dio media vuelta con su mueca de agotamiento perpetua, hizo una seña con la cabeza a su compañero y, murmurando entre dientes, subió de nuevo al pescante.

El botarate del mozo, con la boca abierta de asombro, sin comprender, retiró los cubos de agua; los caballos, envueltos en el vaho de su propio cuerpo, patearon el suelo una vez más, resoplaron y salieron de la plaza empedrada y del pueblecito dormido a los baches y roderas del camino otra vez.

Dona, malhumorada, miraba por la ventanilla con la cara apoyada en las manos. Los niños seguían durmiendo, menos mal, y ni siquiera Prue, la niñera, con la boca abierta y el rostro arrebolado, se había movido desde hacía dos horas o más. La pobre Henrietta se había mareado cuatro veces y ahora descansaba, pálida y sin fuerzas, como un Harry en miniatura, apoyando la cabeza dorada en el hombro de la niñera. James seguía dormido también; dormía el sueño profundo y auténtico de la infancia, era posible que no se despertara hasta llegar a su destino. Y después... ¡qué triste situación les esperaba! Camas húmedas, seguro, y postigos cerrados, el olor húmedo y rancio de las habitaciones que no se usaban, la irritación de unos criados sorprendidos y contrariados. Y todo por seguir ciegamente un impulso, una explosión repentina de resentimiento contra la futilidad de la vida que llevaba, con esas interminables comidas, cenas y partidas de cartas, esas locuras estúpidas propias únicamente de un aprendiz en vacaciones, ese coqueteo ridículo con Rockingham, y el propio Harry, tan perezoso, tan acomodaticio, tan perfecto cumplidor del papel de marido ideal y tolerante, con su bostezo antes de medianoche y su adoración plácida y adormilada. Hacía unos meses que crecía en ella esta sensación de futilidad, que la desazonaba de continuo como un dolor de muelas latente, pero fue la velada del viernes la que le despertó esta exasperación absoluta y este desprecio por sí misma, y por esa velada del viernes iba ahora dando tumbos en este maldito carruaje, embarcada en un viaje absurdo hacia una casa que solo había visto una vez en

la vida y de la que no sabía nada, furiosa e irritada, arrastrando consigo a dos niños perplejos y a una niñera reticente.

Por supuesto, se había dejado llevar por un impulso, como le había pasado siempre desde el principio de su vida; seguía las indicaciones de un susurro, de una sugerencia que salía de la nada y después se burlaba de ella. Se había casado con Harry impulsivamente, por su risa —le había atraído esa lasitud suya tan curiosa— y porque creyó que la expresión de sus ojos azules significaba mucho más de lo que parecía; pero ahora se daba cuenta de que, en realidad... pero esas cosas no se reconocían así como así, ni siquiera para una misma, y además para qué, a lo hecho, pecho; y ahí estaba ella con sus dos hijos maravillosos, y el mes siguiente cumpliría treinta años.

No, la culpa no era del pobre Harry, ni siquiera de la vida absurda que llevaban, ni de las escapadas locas, ni de sus amigos, ni del aire asfixiante de un verano que con tanta precocidad había caído sobre el barro reseco y el polvo de Londres, ni de la cháchara simplona en el teatro, ni de la banalidad, la frivolidad, ni las tonterías vulgares que Rockingham le susurraba al oído. La culpa era toda suya.

Había desempeñado demasiado tiempo un papel indigno de ella. Había consentido ser la Dona que le imponía su mundo: un ser encantador y superficial que andaba, hablaba y se reía, que aceptaba los halagos y la admiración en homenaje a su belleza con un encogimiento de hombros, con descuido, con insolencia, con una indiferencia deliberada, mientras la otra Dona, una Dona desconocida y fantasmal la miraba, avergonzada, desde un espejo oscuro.

Este otro yo sabía que la vida no tenía por qué ser amarga ni inútil, ni tenía por qué constreñirse en un marco estrecho, sino que podía ser ilimitada, infinita, que significaba sufrimiento y amor, peligro y dulzura y muchas, muchísimas cosas más todavía. Sí, el desprecio que sentía por sí misma se había despertado con toda su fuerza aquella velada de viernes, por eso ahora, en el coche y con el aire suave del campo en la cara, recordó vívidamente el olor sofocante de las calles y las alcantarillas de Londres, un olor a combustión y podredumbre que se había mezclado inexplicablemente con el cielo plomizo y bochornoso, con el bostezo de Harry cuando se sacudió el polvo de la casaca, con la sonrisa mordaz de Rockingham, como si todo eso encarnara un mundo agonizante del que debía librarse y huir antes de que el cielo se desplomara sobre ella y la atrapara para siempre. Se acordó del vendedor ciego de la esquina, atento al tintineo de una moneda, y del aprendiz de Haymarket que iba de un lado a otro con una bandeja en la cabeza

anunciando sus productos con una voz aguda y desconsolada, y que de pronto resbaló con algo que había en el suelo, se cayó encima de la alcantarilla y todo lo que llevaba en la bandeja se desparramó por los polvorientos adoquines de la calle. Y, ¡oh, cielos!, del teatro lleno a reborar, del olor de los perfumes sobre cuerpos sudorosos, de la risa tonta y del escandaloso grupo del palco real —en presencia del propio rey—, de la muchedumbre impaciente del gallinero, que pateaba y pedía a gritos que empezara la obra y tiraba mondas de naranja al escenario. Y después, Harry, que tenía por costumbre reírse sin motivo, se amodorró a pesar de que la obra no carecía de ingenio, o tal vez había bebido demasiado antes de salir de casa, pero lo cierto es que empezó a roncar en el asiento y Rockingham, aprovechando la ocasión para divertirse, la tocó con el pie y le susurró al oído. Maldito descaró el suyo, maldita esa actitud posesiva, como si fueran íntimos, y todo porque le había consentido que la besara una vez en un momento de descuido, porque hacía una noche preciosa. Y después fueron a cenar al Swan, aunque ya lo detestaba porque había dejado de ser novedad, porque ya no era un estímulo ser la única mujer casada entre tantas amantes.

Antes le resultaba un sitio atractivo hasta cierto punto, le hacía gracia cenar con Harry en esas tabernas a las que ningún marido llevaba a su mujer, sentarse codo con codo con las damiselas de la ciudad y ver lo mucho que se escandalizaban los amigos de Harry, que después se quedaban fascinados para terminar en un estado febril, como niños curiosos que se adentran en terreno prohibido. Pero incluso entonces, las primeras veces, había sentido el aguijón de la vergüenza, una curiosa sensación de degradación, como si se hubiera vestido para una fiesta de disfraces y el traje no le quedara bien.

La risa adorable y un poco tonta de Harry, así como su expresión de consternación levemente escandalizada —«Eres la comidilla de toda la ciudad, ¿sabes? Los hombres hablan de ti en las tabernas»—, lejos de afectarla como una reprimenda, la irritó. Deseaba que Harry se hubiera enfadado, que le hubiera gritado, incluso que la hubiera insultado, pero solo se rio, se encogió de hombros y la acarició con torpeza, con pesadez, y así supo que la tontería que había cometido no le había afectado, que en realidad estaba íntimamente satisfecho de que los hombres hablaran de su mujer y la admirasen, porque eso lo hacía importante a ojos de los demás. El coche dio un bandazo en un surco profundo del camino, James entreabrió los ojos en sueños y frunció la carita como si fuera a llorar. Dona le devolvió el juguete que se le había caído de la mano, el niño se lo llevó a la boca y siguió durmiendo. Era igual que Harry cuando le pedía confirmación de su afecto, y

se preguntó por qué esa característica, tan atractiva y tierna en James, le resultaba, en el caso de Harry, peor que absurda y motivo oculto de irritación.

Aquel viernes, mientras se ponía los pendientes de rubíes que hacían juego con el dije de la garganta, se acordó de pronto de un día en que James le había agarrado el dije y se lo había llevado a la boca, y sonrió pensando en él, y Harry, que estaba a su lado sacudiéndose las puntillas de los puños de la camisa, al ver la sonrisa, la interpretó como una insinuación. «Maldición, Dona —le dijo—, ¿por qué me miras así? ¡Al cuerno el teatro, al cuerno Rockingham, al cuerno el mundo entero! ¿Por qué demonios no nos quedamos en casa?». Pobre Harry, qué iluso, qué típico, dejarse provocar por una sonrisa que no era para él y caer rendido al instante. Ella contestó: «No seas ridículo», dándose media vuelta para que no le tocara torpemente el hombro desnudo; entonces él puso ese mohín obstinado que tan bien conocía y empezó el juego, como tantas otras veces antes del teatro o de una cena, innumerables veces: el mal humor, la irritación, la tensión antes de salir de casa siquiera.

Después él llamó a los spaniels, Duke y Duchess; los perros protestaban pidiéndole golosinas, llenaban la habitación de ladridos agudos y le saltaban a las manos.

—¡Toma, Duke! ¡Toma, Duchess! —les decía—. ¡Busca aquí! ¡Busca allí! —mientras tiraba golosinas por toda la habitación e incluso encima de la cama.

Los perros arañaban las cortinas o intentaban subirse a la cama sin dejar de ladrar como posesos, mientras ella se tapaba los oídos para no oírlos, salía de la habitación y bajaba a esperarlo fuera, pálida, fría, furiosa, y se encontraba con el olor tórrido de la calle y el cielo plumizo e insulso.

El coche traqueteó otra vez sobre las profundas roderas del camino rural y esta vez fue la niñera la que entreabrió los ojos —pobre desgraciada, con su cara de boba tan sincera, donde se veían las huellas de la fatiga, qué resentida estaría con la señora por este viaje repentino e inexplicable— y Dona se preguntó si Prue habría dejado olvidado en Londres a algún joven que con toda probabilidad resultaría ser inconstante, se casaría con otra mujer y le arruinaría la vida, y todo por culpa de *milady*, de sus caprichos y veleidades, de su brutal mal humor. ¿Qué podría hacer la pobre muchacha en Navron House, aparte de pasear con los niños por la avenida y los jardines, suspirando por las calles de Londres, que habían quedado a muchas leguas de distancia? ¿Había jardines en Navron? No se acordaba. Hacía ya tantísimo tiempo de aquella breve visita después de casarse... Árboles había, eso seguro, y una ría

reluciente, y una puerta acristalada en una sala grande, pero lo demás lo había olvidado porque aquellos días se encontraba muy mal, embarazada de Henrietta como estaba, y la vida era un constante ir y venir de un sofá a otro, de mareos y de frascos de sales.

De repente sintió hambre, el coche acababa de pasar un huerto y los manzanos estaban en flor; sabía que tenía que comer en ese mismo instante, inmediatamente, sin más dilación, al borde del camino, al sol. Todos necesitaban comer, de manera que sacó la cabeza por la ventanilla y gritó al cochero:

—Vamos a pararnos un poco aquí. Ven, ayúdame a poner unas mantas en el suelo a la sombra del seto.

El hombre la miró con perplejidad.

—Pero, *milady*, el suelo estará húmedo, cogeréis frío.

—Bobadas, Thomas, tengo hambre. Todos tenemos hambre, hay que comer.

El hombre se apeó rojo de vergüenza y su compañero también se volvió tosiendo y tapándose la boca con la mano.

—Hay una venta en Bodmin, *milady* —se atrevió a decir el cochero—, allí podéis comer cómodamente y descansar un poco, tal vez; sería lo propio, a mi entender. Si pasara alguien por aquí y os viera al lado de la calzada, no creo que a *sir* Harry le complaciera...

—¡Maldita sea, Thomas! ¿No sabes obedecer una orden? —contestó la señora.

Abrió la portezuela ella misma y se apeó en el barro levantándose las faldas por encima de los tobillos de una forma muy osada. «Pobre *sir* Harry —pensó el cochero—, por esta clase de trances tenía que pasar todos los días». Dona no tardó ni cinco minutos en reunirlos en la hierba que crecía al lado del camino, la niñera, medio dormida, parpadeando con sus ojos redondos, y los niños mirando con asombro.

—¡Cerveza para todos! —dijo Dona—. Está en una cesta, debajo del pescante. Me muero por una cerveza. Sí, James, tú también tomarás un poco.

Y allí se sentó, con las enaguas recogidas debajo de las piernas y la capucha sobre la espalda, tomando cerveza a grandes tragos como un gitano pedigüeño cualquiera. Se mojó la punta del dedo para dársela a probar al pequeño sin dejar de sonreír al cochero, para demostrarle que no le guardaba rencor por lo bruscamente que conducía ni por su obstinación.

—Bebed vosotros también. Hay de sobra para todos.

Los hombres se vieron obligados a beber con ella, pero procuraron evitar la mirada de la niñera. A Prue le parecía una situación indecorosa, igual que a ellos, y tenía ya ganas de encontrarse en una habitación tranquila de una posada, con agua limpia y caliente para lavar la cara y las manos a los niños.

—¿Adónde vamos? —preguntó Henrietta por enésima vez, mirando a todas partes con disgusto, recogiendo mucho el vestido para no manchárselo de barro—. ¿Estamos a punto de acabar el viaje y enseguida llegaremos a casa?

—Vamos a otra casa —dijo Dona—, a una casa nueva, mucho más bonita. Podréis correr libremente por el bosque y, aunque os manchéis la ropa, Prue no os regañará porque dará igual.

—Yo no quiero mancharme la ropa. Quiero ir a casa —dijo Henrietta con labios trémulos.

Echó a su madre una mirada de reproche y a continuación —tal vez estuviera cansada, todo era muy raro, el viaje, sentarse a un lado del camino... echaba de menos la monotonía de su rutina— empezó a llorar, y James, que estaba tranquilo y contento hasta entonces, abrió la boca de par en par y lanzó un berrido en consonancia con el llanto de su hermana.

—Ya está, chiquitines míos; ya está, tesoritos. No les gusta esta zanja embarrada, ni el seto espinoso —dijo Prue, abrazando a los niños.

Su tono de voz se lo dio todo a entender a la señora, la causante del disgusto, por lo que Dona, herida en su amor propio, se levantó y dio un puntapié a los restos del ágape.

—Pues vámonos, reanudemos el viaje pese a quien pese, pero no quiero lágrimas, por compasión —y esperó un momento a que la niñera, la comida y los niños se metieran en el coche.

Sí, el aire olía a manzanos en flor y también a retama; de los páramos lejanos llegaba el aroma penetrante de musgo y turba, y sin duda en algún momento, no mucho más allá, después de las últimas lomas, encontrarían el olor húmedo del mar.

Era preciso olvidar el llanto de los niños, los reproches velados de Prue, el mohín descontento del cochero, también la mirada atribulada de Harry cuando le anunció la decisión.

—Pero, Dona, maldita sea, ¿qué he hecho? ¿Qué he dicho? ¿Es que no sabes que te adoro?

Era preciso olvidar todas esas cosas, porque la libertad era esto, quedarse un momento con el sol y el viento en la cara, esto era vivir: sonreír y estar sola.

Había intentado explicárselo a Harry aquel viernes por la noche, después de la loca y estúpida escapada en Hampton Court; había intentado decirle lo que significaba para ella, que la ridícula broma a la condesa no era más que una forma de diversión miserable y vulgar, una traición a su verdadero estado de ánimo; que lo que buscaba en realidad era una válvula de escape, librarse de sí misma, de la vida que llevaban los dos juntos; que había llegado a un momento de crisis en su andadura por la vida, en su existencia particular, y que necesitaba superarla sola.

—Vete a Navron pase lo que pase, si ese es tu deseo —respondió él, dolido—. Ahora mismo mando que lo preparen todo, que abran la casa y que la servidumbre ocupe sus puestos. Pero no lo entiendo. ¿Por qué tan de repente? ¿Por qué nunca me has hecho saber que te apetecía y por qué no quieres que vaya contigo?

—Porque prefiero estar sola, porque estoy de un humor que si no estoy sola te haré enloquecer. ¡Yo misma me volveré loca también! —le dijo.

—No lo entiendo —continuó él, con un mohín en la boca y la mirada herida.

Y ella, desesperada, intentó ilustrar de alguna manera su estado ánimo.

—¿Te acuerdas de la pajarera que tenía mi padre en Hampshire —le dijo—, y de los pájaros que en ella había, tan bien alimentados y que podían volar por toda la jaula, y de que un día solté a un pardillo pequeño y se fue directamente de mis manos hacia el sol?

—Sí, ¿y? —dijo él, poniéndose las manos a la espalda.

—Pues yo, igual. Soy como el pardillo antes de echar a volar —dijo.

Y, aunque solo había dicho la verdad, le dio la espalda sonriendo, porque Harry estaba tan anonadado, tan irremediabilmente perdido, allí plantado en camisón, mirándola, que después se encogió de hombros, se metió en la cama, se puso de cara a la pared para no verla y dijo:

—¡Ay, Dona, maldita sea! ¡Por todos los diablos! ¿Por qué has de ser tan redomadamente complicada?

III



Intentó levantar la falleba torpemente, estaba atascada por falta de uso, cómo no, seguramente hacía meses que no la tocaban, hasta que pudo abrir la puerta acristalada de par en par para que entraran el aire fresco y el sol.

—¡Rediez! ¡Esta estancia huele a muerto! —dijo.

Cuando el haz de luz dio en el cristal vio el reflejo de un criado que la miraba; habría jurado que el hombre sonreía, pero al dar media vuelta lo encontró rígido y solemne, como siempre desde el momento en que llegaron, un hombrecito delgado, cenceño, con boquita de piñón y una tez curiosamente blanca.

—No me acuerdo de ti —le dijo—, no estabas aquí la otra vez que vine.

—No, *milady* —dijo él.

—Había un hombre mayor... No recuerdo cómo se llamaba, pero sufría de reuma en todas las articulaciones, casi no podía andar. ¿Qué ha sido de él?

—Bajo tierra está, *milady*.

—¡Ah! —Se mordió el labio y se volvió hacia la puerta acristalada. Ese hombrecillo... ¿se estaba riendo de ella o no?—. Entonces, ¿lo reemplazas tú? —dijo, sin volver la cabeza, mirando los árboles.

—Sí, *milady*.

—¿Te llamas...?

—William, *milady*.

Se le había olvidado que en Cornualles hablaban de una forma peculiar, casi parecían extranjeros, era un acento curioso; suponía que, al menos, sería cónnico, y, al volverse hacia él otra vez, vio la sonrisa lenta que le había parecido percibir en el reflejo del cristal.

—Me temo que os hemos dado mucho trabajo a todos —dijo— con esta visita repentina, habréis tenido que abrir la casa. Hace mucho tiempo que está cerrada, cierto. Hay polvo por todas partes, es extraño que no te hayas dado cuenta.

—Me he dado cuenta, *milady* —dijo él—, pero como la señora nunca viene a Navron, me parece una pérdida de tiempo ocuparme de que se limpien las estancias. No es fácil sentirse orgulloso de un trabajo que nadie ve ni aprecia.

—Es decir —respondió Dona, con ganas de divertirse—: la señora descuidada descuidado hace al criado.

—Así es, *milady* —replicó él con seriedad.

Dona recorrió la larga estancia pasando la mano por el tapizado de las sillas, que estaba polvoriento y descolorido. Tocó las molduras de la repisa de la chimenea y miró los retratos de las paredes: el padre de Harry, pintado por Van Dyck, ¡qué cara de aburrimiento tenía!, y seguro que esa miniatura dentro de un relicario era el propio Harry, el mismo año de la boda. Entonces recordó lo joven y pomposo que parecía. Sabiendo que el criado la miraba —qué extraño personaje— dejó la miniatura y se recompuso. Era la primera vez que un criado la ponía en semejante apuro.

—¿Tendrías la bondad de ocuparte de que barran y quiten el polvo de todas las estancias de la casa —dijo—, de que limpien toda la plata, de que pongan flores frescas en todas las salas...? En pocas palabras, ¿de que todo esté como es debido, como si la señora no fuera tan descuidada, sino que hubiera estado aquí desde hace muchos años?

—Será un placer para mí, *milady* —dijo.

Hizo una inclinación de cabeza y salió de la habitación, y Dona, desconcertada, se dio cuenta de que había vuelto a reírse de ella, no abiertamente ni con familiaridad, sino como en secreto, para sí.

Salió por la puerta acristalada al césped que se extendía delante de la casa. Al menos los jardineros habían hecho su trabajo, porque la hierba estaba recién cortada y los setos ornamentales bien podados, desde ayer, tal vez, a toda prisa, o desde antes de ayer, cuando llegó el aviso de que la señora volvía; pobres diablos, entendía su negligencia; la señora sería para ellos como una maldición que había venido a soliviantarles la muelle rutina, que se había entrometido en el relajado desorden que ese hombrecillo extraño, William —¿en realidad sería córnico ese acento?— se había hecho a medida.

Oyó la voz de Prue, que salía por una ventana abierta, en alguna otra parte de la casa; pedía agua caliente para los niños en tono de regañina. James soltó un fuerte berrido —pobrecito, ¿por qué tenían que lavarlo, y bañarlo y desvestirlo? ¿Por qué no podían dejarlo como estaba, envuelto en una manta, durmiendo tranquilamente en cualquier rincón oscuro?—. Después cruzó un hueco entre los árboles que recordaba de la otra vez, y sí, en efecto, allí abajo

estaba la ría, reluciente, tranquila, silenciosa. A pleno sol todavía, moteada de verde y dorado, y una brisa suave le rizaba la superficie; tenía que haber un bote en alguna parte —se lo preguntaría a William— y subiría a bordo y se dejaría llevar hasta el mar. ¡Qué absurdo! ¡Menuda aventura! Se llevaría a James también, meterían las manos y la cara en el agua y se salpicarían hasta empaparse, y los peces saltarían fuera del agua y las aves marinas les graznarían. ¡Ah, por todos los cielos! ¡Haber logrado escapar, ser libre! Era increíble saber que estaba a más de ochenta leguas de St. James Street y de empezar a vestirse para la cena, para el Swan, para los olores de Haymarket, para la odiosa sonrisa insinuante de Rockingham, para el bostezo de Harry y para el reproche de sus ojos azules. Y también a muchas leguas de la Dona despreciable, la que, por maldad, por aburrimiento o por ambas cosas, había gastado aquella broma estúpida a la condesa en Hampton Court, se había puesto el calzón de Rockingham, una capa y una máscara y se había ido a caballo con los demás dejando a Harry en el Swan (tan empapado en alcohol que no se enteraba de lo que sucedía), para jugar a los bandoleros y terminar rodeando el carruaje de la condesa y obligándola a apearse en medio de la calzada.

—¿Quién sois y qué queréis? —preguntó la pobre anciana, temblando de miedo.

Y, mientras que lo único que Rockingham era capaz de hacer era esconder la cara en el cuello del caballo tronchándose de risa en silencio, ella fingía ser el cabecilla y le decía en voz clara y fría:

—Cien guineas o vuestro honor.

La pobre desgraciada, de sesenta años por lo bajo, viuda desde hacía al menos veinte, empezó a revolver en su bolsa en busca de soberanos, aterrorizada por si a ese joven bandolero de la ciudad se le antojaba tirarla a la cuneta. Y le dio el dinero, miró al enmascarado a los ojos y la comisura de la boca le temblaba lastimosamente cuando le dijo:

—Os lo pido por Dios, no me hagáis daño, soy anciana y estoy muy cansada.

Entonces Dona, súbitamente acaparada por una sensación de vergüenza y bajeza, le devolvió la bolsa, dio media vuelta en el caballo y se fue al galope hacia la ciudad ardiendo de desprecio por sí misma, cegada por las lágrimas y la humillación, en tanto Rockingham la seguía dando voces:

—¿Qué demonios hacéis ahora? ¿Qué ha pasado?

Y Harry, a quien le contarían que la aventura no había sido más que un paseo nocturno hasta Hampton Court, se fue andando a casa para meterse en

la cama sin saber muy bien por dónde iba y se encontró a su mujer en el umbral vestida con el calzón de su mejor amigo.

—Se me olvidó, ¿había una fiesta de disfraces? ¿Estaba el rey? —preguntó, mirándola con cara de estúpido y frotándose los ojos.

—¡No, maldito seas! —respondió ella—. La única fiesta de disfraces que había ya está muerta y olvidada para siempre. Me voy de aquí.

Y después, arriba, la discusión interminable en el dormitorio, seguida por una noche en blanco y más discusión por la mañana, y luego la visita de Rockingham y la negativa de Dona a recibirlo, y mandar a un mensajero a Navron para dar el aviso, los preparativos del viaje, el viaje en sí y por fin aquí, con el silencio, la soledad y la libertad... increíble todavía.

El sol empezó a ponerse detrás de los árboles dejando un apagado resplandor rojo sobre la ría, los grajos se levantaron en el aire y se apiñaron en sus nidos, el humo de las chimeneas ascendía en finas volutas azules y William empezó a encender las velas del recibidor.

Cenó tarde, cuando le apeteció —las cenas tempranas ya eran, por fortuna, cosa del pasado— y comió con un nuevo placer culpable, ella sola en la cabecera de la gran mesa, mientras William esperaba en silencio detrás de la silla.

Un contraste curioso: él, con su sobrio traje oscuro, su pequeño rostro de expresión inescrutable, sus ojillos, su boquita de piñón, y ella, vestida de blanco, con el dije de rubí en la garganta y el pelo, rizado a la moda del momento, sujeto detrás de las orejas.

Había unas velas altas en la mesa, y la corriente de aire de la ventana hacía temblar las llamas, que jugaban con la luz y la sombra sobre las facciones de Dona. «Sí —pensaba el criado—, *milady* es bella, pero también caprichosa, y está un poco triste: se aprecia cierto descontento alrededor de la boca y en la leve arruga entre las cejas». Le llenó la copa de nuevo y comparó la realidad que tenía ante sí con el retrato de la pared del dormitorio de arriba. Hacía menos de una semana se encontraba él ahí con otra persona, y esa persona había dicho en tono de broma: «¿La veremos algún día, William, o se convertirá para siempre en un símbolo de lo desconocido? —y, mirándola más de cerca y sonriendo ligeramente, añadió—: Tiene los ojos grandes, muy bonitos, William, pero velados por una sombra y con una mancha por debajo de los párpados, como si le hubieran pasado un dedo sucio».

—¿Hay uvas? —preguntó de pronto la señora, rompiendo el silencio—. Me apetecen uvas, negras y succulentas, recién cortadas, polvorientas todavía.

—Sí, *milady* —dijo el criado, volviendo al presente a la fuerza.

Fue a buscar uvas, cortó un racimo con unas tijeras de plata y se lo sirvió con un gesto torcido en la boca de botón, pensando en las noticias que tendría que dar al día siguiente o al otro, cuando volvieran las mareas vivas y, con ellas, el barco.

—William —dijo ella.

—¿Sí, *milady*?

—Dice la niñera que las doncellas de las habitaciones de arriba son nuevas en la casa, que mandaste llamarlas cuando supiste que llegábamos. Dice que una es de Constantine, otra de Gweek y que hasta el cocinero es nuevo, un hombre de Penzance.

—Todo eso es cierto, *milady*.

—¿Por qué motivo, William? Tenía entendido desde siempre, y creo que también *sir* Harry, que la servidumbre de Navron estaba al completo.

—Me pareció, *milady*, aunque seguramente me equivoco, eso lo diréis vos, que un criado ocioso era suficiente para la casa. He vivido aquí completamente solo todo el año pasado.

Lo miró por encima del hombro al tiempo que mordía una uva.

—Podría despedirte por eso, William.

—Sí, *milady*.

—Es probable que lo haga por la mañana.

—Sí, *milady*.

Dona siguió comiendo, sopesando al criado, irritada y un poco intrigada por lo desconcertante que le resultaba este hombrecito. Sin embargo, sabía que no iba a despedirlo.

—Supongamos que no te despido, William, ¿qué me dirías?

—Que os serviría fielmente, *milady*.

—¿Cómo puedo estar segura de eso?

—Siempre he servido fielmente a las personas a las que aprecio, *milady*.

Dona se quedó sin respuesta, porque la boquita de piñón estaba más impasible que nunca y los ojos no decían nada, pero en el fondo sabía que en ese momento no se estaba riendo de ella y decía la verdad.

—En tal caso, William, ¿debo tomármelo como un cumplido? —dijo entonces, levantándose mientras él le separaba la silla.

—Esa era la intención, *milady* —dijo.

Y salió del comedor sin añadir una palabra más, sabiendo que en este hombrecito tan raro, de curiosos modales casi familiares, tenía un aliado, un amigo. Se rio para sus adentros pensando en Harry, en que la miraría sin

entender nada. «¡Qué bribón tan condenadamente insolente, merece unos latigazos!».

Pero las cosas no eran así, desde luego; el comportamiento de William era inexcusable, no tenía que haber vivido solo en la casa, no era de extrañar que hubiera tanto polvo por todas partes y que olera a tumba. Y, a pesar de todo, lo comprendía porque ¿acaso no había venido ella dispuesta a hacer lo mismo? Tal vez la mujer de William fuera una campesina cargante y el hombre llevara, en otra parte de Cornualles, una vida repleta de preocupaciones. ¿Sentiría él también deseos de huir? Mientras descansaba en el salón mirando el fuego que había encendido para ella en la chimenea, con un libro que no leía en el regazo, se preguntó si, antes de llegar con los niños, también se sentaría él ahí, entre sábanas y cobertores, y si le guardaría rencor por haberle robado el dormitorio. ¡Ah, qué lujo maravilloso, qué tranquilidad, vivir sola con un cojín detrás de la cabeza y la corriente de aire de la ventana abierta agitándole el pelo! Y poder descansar con la seguridad de que nadie irrumpiría de pronto dando traspiés, riéndose a carcajadas, dando voces estentóreas. Todas esas cosas eran ya de otro mundo, un mundo de adoquines polvorientos, de olores callejeros, de aprendices, de música horrible, de tabernas, de amistades falsas y de futilidad. ¡Pobre Harry! Ahora estaría cenando con Rockingham seguramente, en el Swan, lamentando su sino, amodorrado en la mesa de las cartas, bebiendo de más y diciendo: «Maldición, no paraba de hablar de un pájaro, de que era como pájaro, ¿qué demonios querría decir con eso?». Y Rockingham, con su sonrisa mordaz y maliciosa y esos ojos entrecerrados que entendían, o creían entender, las bajezas de Dona, murmuraría: «¿Quién sabe? ¿Quién podría saberlo jamás?».

Las llamas se apagaron y el salón se enfrió. Dona subió al dormitorio, pero antes pasó por la habitación de los niños, a ver si todo estaba en orden. Henrietta parecía una muñeca de cera, con los rizos rubios alrededor de la cara y un leve mohín en los labios, y James, en la cuna, dormía con el ceño fruncido, gordezuelo y agresivo como un perrito de hocico chato. Le dio un beso en el puñito y se lo tapó con las mantas, el niño abrió un ojo y sonrió. Ella se apartó, avergonzada del furtivo gesto de ternura: qué primitiva, qué despreciable, dejarse enternecer por tal tontería solo porque era varón. Seguro que se convertiría en un adulto gordo y grosero, sin ningún atractivo, y haría desgraciada a una mujer.

Alguien —supuso que William— había cortado unas lilas y las había puesto en su dormitorio, en la repisa de la chimenea, a los pies de su retrato. Impregnaban la alcoba con su aroma dulce y embriagador. «Gracias a Dios —

pensó mientras se desvestía—, ahora no vendrán los spaniels haciendo ruido con las patas, arañándolo todo, con su olor a perro, y esta gran cama es para mí sola». Su retrato la miraba desde arriba con interés. «¿Tengo ese gesto de resentimiento en la boca —se preguntó—, ese ceño fruncido de mal humor? ¿Así era yo hace seis o siete años? ¿Sigo siendo así?».

Se puso el camisón, blanco, sedoso y fresco; estiró los brazos por encima de la cabeza y se asomó a la ventana. Las ramas se agitaban levemente bajo el cielo. Más allá del jardín, valle abajo, la ría corría a encontrarse con el mar. Se imaginó el agua fresca, burbujeante de lluvias primaverales, chocando con las olas saladas, y mezclándose ambas para convertirse en una sola que rompía sobre las playas. Descorrió las cortinas para que la luz inundara la habitación, se fue a la cama y dejó la vela en la mesita de noche.

Después, adormecida, mientras miraba los reflejos cambiantes de la luna en el suelo, se preguntó qué sería ese otro olor que se mezclaba con el de las lilas, un olor más fuerte y acre, de algo cuyo nombre no lograba encontrar. Lo notaba, punzante, en la nariz, incluso al darse media vuelta en la cama. Parecía provenir del cajón de la mesita de noche; estiró el brazo, lo abrió y miró dentro. Había un libro y una lata de tabaco. Era el tabaco lo que olía, claro. Abrió la lata, el tabaco era marrón y fuerte, recién cortado. William no habría tenido la osadía de dormir en su cama, seguro, ni de tumbarse a fumar contemplando su retrato... Sería un poquito excesivo, imperdonable en realidad. El tabaco tenía algo tan personal, tan poco propio de William, que sin duda ella se equivocaba... y sin embargo... si William había vivido solo aquí, en Navron, todo un año ¿...?

Abrió el libro. ¡Ah...! ¿También leía? Su desconcierto iba en aumento, porque el libro era de poesía. Poesía francesa, de Ronsard, y en la portadilla, con letra manuscrita, decía: «J. B. A. Finistère». Y debajo habían dibujado una gaviota.

IV



La mañana siguiente, cuando se despertó, su primer pensamiento fue llamar a William, enseñarle la lata de tabaco y el libro de poesía y preguntarle a continuación si no había dormido muy mal en su nueva cama y si no había echado de menos la que ocupaba ella ahora. Le dio vueltas a la idea, le hacía gracia imaginarse la carita inescrutable sonrojada al fin y la boquita de piñón abierta de consternación; cuando entró la doncella con el desayuno pisando como un elefante, tropezando y ruborizándose por su torpeza de ruda campesina, decidió aguardar el momento oportuno, esperar unos días, porque algo parecía advertirla de que sería precipitado, de que estaría fuera de lugar anunciar su descubrimiento ahora.

Dejó la lata de tabaco y el libro de poesía en el cajón de la mesita de noche y se levantó; se vistió, bajó las escaleras y se encontró el comedor y el salón perfectamente barridos y limpios, tal como había ordenado, y flores frescas en las estancias, las ventanas abiertas de par en par y a William limpiando los altos candeleros de la pared.

El criado preguntó inmediatamente si la señora había dormido bien, y ella contestó que sí, pensando al instante que era el momento oportuno. Sin poder evitarlo, añadió:

—Espero que tú también, y que nuestra llegada no te haya fatigado en exceso.

A lo que él, permitiéndose una sonrisa, respondió:

—Sois muy considerada, *milady*. Sí, he dormido tan bien como siempre. Oí llorar al señorito James una vez en toda la noche, pero la niñera lo tranquilizó enseguida. Fue una gran novedad oír el llanto de un niño en la casa, después de un silencio tan largo.

—¿No te molestó? —dijo ella.

—No, *milady*. El llanto me recordó a mi propia infancia. Era el mayor de trece hermanos. Todos los años llegaba uno nuevo.

—¿Vivías por los alrededores?

—No, *milady*.

Había un matiz distinto en su voz, un algo rotundo, como si hubiera dicho: «La vida de los criados es privada. No os entrometáis», y Dona tuvo el acierto de dejarlo ahí, de no preguntarle nada más. Le miró las manos. Las tenía limpias, blancas como la cera, sin manchas de tabaco, todo él exhalaba un aire impersonal de jabón, completamente distinto al olor masculino del tabaco, tan acre e intenso, de la lata de la mesita.

Tal vez lo había juzgado mal, tal vez la lata llevaba tres años allí, desde la última vez que Harry había ido a hacer una visita a las tierras y ella no le había acompañado. Sin embargo, él no fumaba tabaco fuerte. Se acercó a los estantes que ocupaban unos grandes libros con tapas de piel, libros que nadie leía jamás, y, so pretexto de coger uno para hojearlo, siguió observando al criado, que no dejaba de limpiar los candeleros.

—¿Te gusta leer, William? —preguntó de repente.

—Sabéis que no, *milady* —respondió—, porque los libros de esos estantes están cubiertos de polvo. No, nunca los he tocado. Pero lo haré mañana. Los sacaré todos y les quitaré el polvo.

—Entonces ¿no tienes ninguna afición?

—Me interesan las mariposas nocturnas, *milady*. Tengo una colección en mi cuarto que no está mal del todo. Abundan en los bosques de los alrededores de Navron.

Y allí lo dejó; oyó las voces de los niños y salió al jardín. Ese hombrecito era una auténtica rareza, no acaba de hacerse una idea de él y, desde luego, si era él quien leía a Ronsard durante las guardias nocturnas, habría echado un vistazo a esos librotos al menos una o dos veces, por pura curiosidad.

Los niños la llamaron con alegría, Henrietta se puso a bailotear como un hada y James, todavía inseguro de sus pasos, empezó a dar vueltas a su alrededor como un marinero borracho; se acercaron los tres al bosque a buscar jacintos silvestres, que empezaban a despuntar entre el verde, pequeños, gruesos y azules; la semana siguiente o la otra habría una auténtica alfombra de ellos para tumbarse encima.

Y así transcurrió el primer día, y también el segundo y el tercero. Dona se regocijaba en su libertad recién hallada. Ahora podía vivir sin planes, sin decisiones, tomando los días tal como se presentaban; podía levantarse a las doce si así le placía o a la seis de la mañana, daba igual, y comer cuando sentía hambre, dormir cuando le viniera en gana, por el día o a medianoche. Lo que más la satisfacía era holgar a sus anchas. Pasaba horas y horas tumbada en el jardín, con la cabeza apoyada en las manos, mirando las

mariposas que jugueteaban al sol, se perseguían unas a otras y de vez en cuando se alcanzaban; oyendo a los pájaros, que se afanaban en su vida doméstica entre las ramas, tan atareados, tan apasionados como parejas de recién casados orgullosos de su hogar, limpio y pulido como una tacita de plata. Y siempre al sol, viendo pasar por el cielo nubecillas blancas como borreguitos, y abajo, en el valle, al pie del bosque, la ría, la ría que todavía no había ido a ver por pura pereza, porque tenía todo el tiempo por delante; un día, dentro de poco, iría a verla por la mañana temprano, se metería descalza en la orilla y se dejaría salpicar por las olas aspirando el olor lodoso, penetrante y dulce de la ría.

Los días transcurrían magníficos y largos; los niños, cada vez más bronceados, parecían gitanillos e incluso Henrietta se estaba olvidando de sus costumbres de ciudad y se avenía a correr descalza por la hierba, a jugar al potro y a dar volteretas en el suelo igual que James, como cachorritos.

Así estaban jugando una tarde, saltando y tirándose encima de Dona, que estaba tumbada boca arriba, con el vestido de cualquier manera y los rizos completamente revueltos (Prue, la reprobadora, a salvo dentro de la casa), arrojándose unos a otros margaritas y madreselva, cuando de pronto Dona, con la piel ardiente, eufórica, embriagada de sol, oyó ominosos cascos de caballo en el camino de la entrada y después más ruido en el patio delantero de la casa y el tañido de la campana grande. Y, horror de los horrores, era William, que se acercaba por la hierba con un desconocido siguiéndole los pasos, un ser grande y corpulento, de rostro rubicundo, ojos saltones y una peluca con más rizos de los necesarios, que se golpeaba las botas con un bastón de pomo dorado a medida que andaba.

—*Lord Godolphin* desea veros, *milady* —dijo William con total formalidad, sin avergonzarse ni un poco del aspecto descuidado e impresentable de su señora.

Ella se levantó al punto, se colocó los pliegues del vestido y se atusó los rizos: ¡qué exasperante, qué inoportuno! ¡Condenada intromisión! El ser la miraba consternado, sin duda; bueno, que se fastidiara, así a lo mejor se iba antes. Le hizo una reverencia y dijo:

—Es un placer recibiros.

Y el hombre respondió con una profunda inclinación de cabeza pero no dijo nada. Dona abrió la marcha hacia la casa y, al entrar, se vio de refilón en el espejo de la pared; llevaba una flor de madreselva detrás de la oreja y ahí la dejó obstinadamente, le daba igual. Se sentaron en unas sillas rígidas y se

quedaron mirándose el uno al otro, mientras *lord* Godolphin daba golpecitos con su bastón de pomo dorado.

—Ha llegado a mi conocimiento que os habíais instalado —dijo al fin—, y he considerado un deber o, mejor dicho, un placer, presentaros mis respetos cuanto antes. Hace muchos años que vuestro marido y vos os dignasteis visitar Navron. Tanto es así que bien podría decirse ahora que los señores son unos desconocidos. Tuve mucho trato con Harry, bueno, cuando vivía aquí de niño.

—Sin duda —dijo Dona, súbitamente fascinada por el forúnculo que tenía el visitante en un lado de la nariz.

Acababa de descubrirlo. «¡Qué infortunio, pobre hombre!». Dejó de mirarlo enseguida para evitar que él se diera cuenta.

—Sí —prosiguió él—, podría decirse que lo consideraba uno de mis más estimados amigos. Pero, desde que contrajo matrimonio, lo hemos visto muy poco, pasa todo el tiempo en la ciudad.

«Reproche para mí —pensó ella—, y es natural».

—Lamento comunicaros que Harry no ha venido conmigo —le dijo—. He venido sola, con los niños.

—Es una lástima —dijo él, y ella no respondió, porque no tenía nada que añadir—. Mi mujer me habría acompañado —continuó—, pero en estos momentos se encuentra indispuesta. En trance de...

Se detuvo, no estaba seguro de cómo seguir. Dona sonrió.

—Lo comprendo, yo también tengo niños pequeños.

El hombre, un poco avergonzado, agachó la cabeza.

—Esperamos un heredero —dijo.

—Naturalmente —respondió Dona, fascinada otra vez por el forúnculo de la nariz.

¡Qué inquietante sería para su mujer! ¿Cómo lo soportaría? Pero Godolphin seguía hablando, decía algo de que su señora estaría encantada de recibirla en cualquier momento, que tenían pocos vecinos y esto y lo otro. «¡Qué soso y plomizo es!», pensó Dona. ¿Acaso no había un término medio entre esta pretenciosidad pomposa y solemne y la frivolidad maliciosa de Rockingham? ¿Harry llegaría a ser así, en caso de que se quedara a vivir en Navron? ¿Un tragavirotas de mirada insulsa y una boca como una raja en una bola de sebo?

—Esperaba —decía Godolphin— que Harry pudiera prestarnos ayuda en el condado. Sin duda habréis oído hablar de los asuntos que nos acucian.

—No he oído nada —dijo Dona.

—¿No? Tal vez este lugar sea tan remoto que las noticias no os alcanzan, aunque las habladurías corren por doquier en leguas a la redonda. Estamos desesperados con los piratas, que nos hostigan y nos acosan con ferocidad. En Penryn y a lo largo de la costa se han perdido bienes y mercancías de gran valor. Hace más o menos una semana saquearon las tierras de un vecino mío.

—¡Qué disgusto! —dijo Dona.

—¡Más que disgusto! ¡Es un ultraje intolerable! —declaró Godolphin, sonrojándose, con los ojos más saltones que nunca—, y nadie sabe cómo solucionarlo. He enviado quejas a Londres, pero no he recibido respuesta. Nos han mandado un puñado de soldados de la guarnición de Bristol, pero son unos inútiles redomados. No, considero que los terratenientes del condado debemos aliarnos y enfrentarnos juntos a la amenaza. Es una lástima que Harry no esté en Navron, una verdadera lástima.

—¿Hay algo que pueda hacer yo para ayudaros? —preguntó Dona, clavándose las uñas en la mano para no sonreír: estaba tan furibundo, tan indignadísimo, casi como si la culpaba a ella de los actos de piratería.

—Mi estimada señora —le dijo—, nada podéis hacer vos, sino pedir a vuestro esposo que venga y que reúna a sus amigos para luchar juntos contra ese maldito francés.

—¿Francés? —repitió ella.

—Sí, claro, es el peor de todos —dijo, casi gritando de ira—; es un vil gusano extranjero que, al parecer, conoce nuestras costas como la palma de su mano y logra escapar al otro lado, a Bretaña, antes de que podamos echarle el guante. Su nave es veloz y escurridiza como el azogue, ninguno de nuestros barcos es capaz de alcanzarla. Llega con sigilo a nuestros puertos, de noche, desembarca sin un ruido, como la rata ladrona que es, nos roba la mercancía, entra en nuestros almacenes y se va de madrugada con la marea cuando todavía estamos frotándonos los ojos de sueño.

—Es decir, es más inteligente que vos —dijo Dona.

—Sí, claro, señora... si preferís decirlo así —respondió él con altivez, ofendiéndose inmediatamente.

—Me temo que Harry tampoco sería capaz de atraparlo, le puede la pereza.

—Ni por un instante he insinuado que lo fuera —dijo Godolphin—, pero para este asunto necesitamos cabezas pensantes, y cuantas más mejor. Y tenemos que atrapar a ese felón aunque para ello sea menester gastar todo el tiempo y todo el dinero del que dispongamos. Tal vez no se os alcance la

gravedad del asunto. Aquí, en el sur, nos asaltan de continuo, las mujeres duermen aterrorizadas, temen por su vida... y no solo por su vida.

—¡Ah! Entonces, se trata de esa clase de pirata —murmuró Dona.

—No se han perdido vidas hasta el momento, ni se han llevado a ninguna mujer —replicó Godolphin secamente—, pero, como el felón es francés, comprendemos que es solo cuestión de tiempo, que en cualquier momento puede cometer una ruindad de ese tenor.

—Ah, claro —dijo Dona.

Se levantó y se acercó a la puerta acristalada porque no podía soportar más tanta solemnidad, tanta pomposidad, y al final la risa le ganaría la partida. Pero, afortunadamente, el hombre se lo tomó como una despedida, por lo que hizo una solemne inclinación de cabeza y le besó la mano que le tendía.

—Confío en que la próxima vez que escribáis a vuestro señor marido le recordéis quién soy y le deis algún detalle de la situación en la que nos hallamos —dijo.

—Sí, claro —respondió Dona.

Pasara lo que pasara, no estaba dispuesta a consentir que Harry se presentase en Navron precipitadamente para enfrentarse a piratas escurridizos e irrumpiera en su vida privada y su adorada libertad. Cuando le prometió que iría a ver a su mujer, y después de algunas fórmulas más de cortesía, llamó a William, Godolphin se retiró y Dona oyó el trote regular de su caballo alejándose por el camino de la entrada.

Esperaba que fuera la última visita, porque no había venido aquí para eso; tener que sentarse solemnemente a dar conversación a un tragavirotas era peor que cenar en el Swan. Se lo advertiría a William: a partir de ahora, no estaría en casa si llegaban visitas. Que pusiera cualquier excusa: había salido a pasear, estaba durmiendo, o enferma o incluso loca, encerrada y encadenada, cualquier cosa antes que recibir a los Godolphin del condado con toda su pompa y grandiosidad.

Qué poco discernimiento debían de tener estos señores del campo para dejarse robar bienes y mercancías por la noche tan fácilmente, incapaces de evitarlo ni con la ayuda de soldados. Cuán lentos debían de ser, y torpes. Sin duda, si dispusieran unos turnos de guardia, si estuvieran en alerta constante, sería posible tender una trampa a los piratas cuando entraran en los puertos. Un barco no era algo incorpóreo, dependía del viento y de la marea, y los hombres eran ruidosos, levantarían ecos en los muelles y llenarían el aire con sus voces.

Aquel día cenó temprano, a las seis, y habló con William, que se encontraba detrás de su silla, para decirle que cerrara la puerta a las visitas.

—Resulta, William, que he venido a Navron con el propósito de evitar a la gente, de estar sola. Mi deseo es hacer vida de ermitaña aquí.

—Sí, *milady*. Esta tarde he cometido un error. No volverá a suceder. Disfrutaréis de vuestra soledad y así la escapada tendrá sentido.

—¿La escapada? —dijo ella.

—Sí, *milady*. He deducido que ese es el motivo de vuestra presencia. Sois fugitiva de vos misma en Londres y Navron es vuestro refugio.

Dona se quedó un momento en silencio, perpleja, un poco consternada, hasta que dijo:

—Asombrosa intuición la tuya, William. ¿De dónde sale?

—Mi anterior señor hablaba conmigo a menudo, *milady* —respondió—. He tomado de él gran parte de mis ideas y de mi filosofía. Procuero observar a las personas tal como lo hacía él. Y estoy bastante convencido de que habría calificado de escapada la llegada de *milady*.

—Y ¿por qué dejaste a tu señor, William?

—Poca utilidad sacaría a mis servicios según la vida que lleva ahora, *milady*. Decidimos que estaría mejor en cualquier otra parte.

—Y ¿por eso viniste a Navron?

—Sí, *milady*.

—¿A vivir solo y a cazar mariposas?

—*Milady* está en lo cierto.

—Luego ¿es posible que Navron sea una escapada también para ti?

—Es posible, *milady*.

—Y ¿qué hace ahora tu amo anterior?

—Viaja, *milady*.

—¿Hace viajes de un lado a otro?

—Exacto, *milady*.

—En tal caso, William, él también es un fugitivo. Las personas que viajan siempre son fugitivas.

—Eso mismo dice a menudo mi amo anterior, *milady*. Tanto es así que podría afirmarse que vive en huida constante.

—¡Cuán afortunado! —dijo Dona, mientras pelaba la fruta—. El resto de los mortales solo podemos huir de vez en cuando y, por mucho que finjamos ser libres, sabemos que durará poco tiempo: estamos atados de pies y manos.

—Así es, *milady*.

—Y tu antiguo amo ¿no tiene ataduras de ninguna clase?

—Ninguna en absoluto, *milady*.

—Me gustaría conocerlo, William.

—Creo que descubriríais muchas afinidades, *milady*.

—¿Sería posible que alguna vez pasara por aquí en sus viajes?

—Tal vez, *milady*.

—En tal caso, retiro la orden a propósito de las visitas, William. Si alguna vez se presentara tu antiguo amo, no fingiré enfermedad, locura ni indisposición alguna, sino que lo recibiré.

—Así se hará, *milady*.

Dio media vuelta —ya estaba de pie y William había retirado la silla— y vio que el criado sonreía, pero al instante, cuando sus miradas se cruzaron, él frunció los labios en su boquita de piñón, como de costumbre. Salió al jardín. El aire estaba tibio y lánguido y lejos, hacia el oeste, el sol pintaba grandes formas en el cielo. Oyó las voces de los niños, Prue los estaba acostando. Era el momento de irse sola, el momento de dar un paseo. Fue a buscar un chal, se lo echó sobre los hombros y, saliendo al jardín, cruzó el parque hasta llegar a una cancela, y después a un campo y a una vereda de tierra que la llevó hasta un camino de carro y a una gran extensión de hierba silvestre, un brezal sin cultivar, que terminaba en los acantilados y el mar.

Sintió entonces el deseo de acercarse al mar, al mar abierto, no a la ría y, mientras la tarde se enfriaba y el sol se hundía en el cielo, llegó a un promontorio que se asomaba al vacío; las gaviotas empezaron a graznar, furiosas por su proximidad, pues era la época de la anidación, y ella, tumbándose entre las raquíticas matas y las piedras, se dispuso a contemplar el paisaje. Allí, hacia la izquierda, la ría, amplia y resplandeciente, se encontraba con el mar; este estaba en calma y el sol moteaba el agua de cobre y rojo. Abajo, muy abajo, en las profundidades, las olitas salpicaban las rocas.

El sol poniente, a su espalda, labraba un camino en el agua que se alargaba hasta el horizonte y, mientras Dona lo contemplaba tumbada en el suelo, perezosa y satisfecha, el corazón en paz, vio una manchita en el horizonte que, poco después, tomó cuerpo y forma, y vio las velas blancas de un barco. Pasó un rato y no se movió, pues no había viento en el agua, y parecía que el velero estuviera colgado entre el cielo y el mar, como un dibujo de un juguete. Distinguió la toldilla elevada, el castillo de proa y los mástiles inclinados; los hombres que lo tripulaban debían de haber tenido suerte con la pesca, porque una multitud de gaviotas rodeaba la nave volando en círculos, chillando y zambulléndose en el agua. Entonces sopló sobre el promontorio una suave brisa de tierra que rizó las olas y se alejó cruzando el mar en

dirección al barco inmóvil. Y las velas recibieron la brisa, se hincharon y ciñeron al viento, blancas, hermosas, libres, y las gaviotas se elevaron todas a la vez gritando por encima de los mástiles; el sol poniente atrapó al barquito pintado en un resplandor dorado cuando empezó a deslizarse hacia tierra en silencio, sigilosamente, dejando tras de sí un surco rizado, largo y oscuro. Dona tuvo la sensación de que una mano le tocaba el corazón; una voz interior murmuró: «Esto no caerá en el olvido», como una premonición de algo maravilloso y temible, de una euforia súbita y extraña. Dio media vuelta rápidamente sonriendo para sí sin motivo, tarareando una cancioncilla, y cruzó por el monte hacia Navron House sorteando el barro y saltando zanjas como una niña, mientras el cielo se oscurecía, la luna salía y el viento de la noche susurraba entre los altos árboles.

V



Se fue a la cama tan pronto como llegó a casa, porque había vuelto cansada del paseo, y se durmió casi al momento, aunque las cortinas no estaban corridas y la luna brillaba mucho. Y de repente —tuvo que ser justo después de medianoche, porque las campanadas de las doce, que dio el reloj de la torre del establo, entraron en su sueño— se despertó con el ruido de unos pasos sobre la grava, al pie de su ventana. Se puso en alerta inmediatamente, toda la casa debía de estar dormida a esas horas, pero ella había oído pasos en la noche. Se levantó y se asomó a mirar el jardín. No se veía nada, la casa estaba envuelta en sombra y quienquiera que hubiera pasado al pie de su ventana se habría ido ya. Se quedó esperando, observando y de repente, en el cinturón de árboles que bordeaba el césped, se destacó una silueta a la luz de la luna y miró hacia la casa. Vio que hacía bocina con las manos y lanzaba un silbido grave y tenue. Al momento salió otra silueta de entre las sombras de la casa —debía de haber estado escondida en la puerta acristalada del salón— y echó a correr por el césped hacia el cinturón de árboles levantando las manos, como en gesto de advertencia; el que corría era William. Dona se asomó un poco más, amparándose en las cortinas, con los rizos sobre la cara, respirando más deprisa de lo normal y con el corazón acelerado, porque lo que veía era emocionante, era peligroso, y tocó con los dedos en el alféizar un sencillo ritmo sin nombre. Los dos hombres se reunieron a la luz de la luna y Dona vio que William gesticulaba con las manos y señalaba hacia la casa, y entonces se retiró a las sombras para que no la descubrieran. Los hombres siguieron hablando, el desconocido miraba también hacia la casa y poco después, con un encogimiento de hombros y abriendo las manos a los lados, como dando a entender que no se podía hacer nada, se retiraron los dos bajo los árboles y desaparecieron. Ella se quedó esperando, escuchando, pero no volvieron. Sintió un escalofrío, la brisa era fresca y traspasaba la fina tela del camisón; volvió a la cama, pero no podía dormir, porque esta novedad en el comportamiento de William era un misterio que había que resolver.

Si lo hubiera visto ir solo hacia los árboles a la luz de la luna, no le habría dado la menor importancia, tal vez hubiera una mujer en la aldea de Helford, junto a la ría, que fuera de su agrado, o tal vez la sigilosa expedición en plena noche tuviera un motivo más inocente, como cazar mariposas nocturnas. Pero la actitud furtiva, como si esperase una señal, y la silueta oscura que hacía bocina con las manos, y el silbido tenue, y la carrera de William por el césped moviendo las manos como si avisara de algo... eso eran detalles graves y motivo de preocupación.

Se preguntó si no habría cometido el peor error confiando en William. Cualquiera, menos ella, lo habría despedido el primer día, nada más enterarse de cómo había desempeñado su cargo, viviendo solo en la casa sin haber recibido orden ni permiso. Y esa actitud suya, tan impropia de un criado, esa actitud que tanto la intrigaba y tanta gracia le hacía, sin duda habría ofendido a casi todas sus señoras, a cualquier *lady* Godolphin. Harry lo habría despedido al punto, aunque, claro, el trato con Harry habría sido muy otro, lo sabía por instinto. Y además, la lata de tabaco, el libro de poesía... Era desconcertante, no le cabía en la cabeza, pero por la mañana haría algo, trataría el asunto, y así, sin haber tomado ninguna decisión, con una gran confusión mental, se quedó dormida cuando la primera luz grisácea del amanecer entraba en la alcoba.

Hacía un día cálido y resplandeciente, como el anterior, el sol dorado brillaba, alto, en un cielo sin nubes y, cuando Dona bajó del dormitorio, lo primero que hizo fue dirigirse al cinturón de árboles en el que, la noche anterior, William y el desconocido habían hablado para desaparecer después. Sí, tal como esperaba, habían dejado un pequeño rastro entre los jacintos silvestres, fácil de seguir, que cruzaba el sendero principal del bosque y seguía hasta perderse entre la espesura de los árboles. Lo siguió un poco más, siempre cuesta abajo, sinuoso, irregular, poco claro, y de pronto comprendió que acabaría por llegar a la ría o a uno de sus afluentes, porque a lo lejos divisó el brillo del agua, aunque no sospechaba que estuviera tan cerca, porque la ría quedaba a su espalda, mucho más allá, a la izquierda y ese curso de agua hacia el que se dirigía le era desconocido, un descubrimiento. Dudó un momento, no sabía si debía continuar, y entonces se acordó de la hora, de que los niños estarían buscándola, y tal vez William también, para recibir órdenes; de forma que dio media vuelta, cruzó el bosque otra vez y llegó al césped de Navron House. Tendría que dejar el asunto para otro momento, por la tarde, tal vez.

Se dedicó a jugar con los niños y a escribir a Harry la carta debida, pues el mozo volvía a Londres al cabo de un par de días y le llevaría noticias suyas. Se sentó en el salón, junto a la ancha puerta acristalada, que estaba abierta, mordisqueando la punta de la pluma, porque ¿qué le iba a decir, que era feliz disfrutando de la libertad, una felicidad absurda? Y eso le haría daño; pobre Harry, jamás lo entendería.

Recibí visita de un amigo tuyo de juventud, un tal Godolphin —escribió—; poco gallardo me pareció, y pomposo, y no os pude imaginar de niños retozando juntos por estos campos. Aunque tal vez no retozarais, sino que os sentarais en sillas doradas a jugar al cordel. Tiene un forúnculo en la punta de la nariz y su mujer está encinta, por lo que le di la enhorabuena. El buen hombre estaba muy alborotado y escandalizado por causa de los piratas, o, mejor dicho, por causa de un pirata, un francés, que viene por la noche y roba en su casa y en las de sus vecinos, y al que ni los soldados del oeste logran dar caza, cosa que, a mi parecer, habla de ineptitud. Así pues, me dispongo a salir con un alfanje entre los dientes y, tan pronto atrape al rufián, que, según Godolphin, es un felón brutal, un asesino de hombres y un cautivador de mujeres, lo ataré con cuerdas gruesas y te lo enviaré a modo de presente.

Bostezó y se dio unos golpecitos en los dientes con la pluma: era fácil escribir cartas así, burlándose de todo, y debía tener cuidado de no ponerse tierna, porque Harry montaría en un caballo inmediatamente para ir a verla, ni tampoco fría en exceso, porque entonces se asustaría y vendría al punto de todos modos.

Diviértete cuanto puedas y piensa en tu talle al tiempo de tomar esa quinta copa, y, si así te place, no dudes en dirigirte a cualquier dama hermosa que pase ante tus ojos adormilados, pues no te lo reprocharé cuando volvamos a vernos.

*Tus hijos se encuentran bien y te mandan besos y abrazos, y yo te mando... lo que deseas.
Tu amante esposa,*

Dona

Dobló la carta y la selló. Ya estaba libre otra vez, y empezó a pensar en cómo burlar a William por la tarde: no quería que estuviera en casa en el momento de iniciar la expedición. A la una en punto, después de comer un poco de fiambre, ya sabía cómo hacerlo.

—William —dijo.

—¿Sí, *milady*?

Lo miró, pero no detectó en él estragos nocturnos: estaba igual que siempre, atento a sus órdenes.

—William, me gustaría que fueras a casa de *milord* Godolphin esta tarde y llevaras unas flores a su señora, que no se encuentra bien.

¿Vio un destello de fastidio en sus ojos, una indisposición momentánea, una vacilación?

—¿Deseáis que lleve las flores hoy, *milady*?

—Te lo ruego, William.

—Según creo, el mozo está ocioso, *milady*.

—Quiero que el mozo lleve de merienda al campo a la señorita Henrietta, al señorito James y a la niñera en el carruaje.

—Muy bien, *milady*.

Ella no dijo nada más y él también guardó silencio; Dona sonrió para sí porque sospechaba que William no quería ausentarse. Tal vez tuviera otro compromiso con su amigo, allí en el bosque. Bien, pues ella ocuparía su lugar.

—Que una de las doncellas dé la vuelta a mi colchón y corra las cortinas. Esta tarde voy a descansar —dijo mientras salía del comedor, y William respondió con una inclinación de cabeza.

Era una artimaña para disiparle las dudas que pudiera tener, aunque estaba segura de que no sospechaba nada. A continuación, ateniéndose a su papel, subió y se acostó. Después oyó llegar el carruaje al patio y las voces de los niños, que charlaban emocionados por la inesperada merienda campestre; el carruaje se fue. Poco después oyó los cascos de un solo caballo en los adoquines, salió de la alcoba y miró por una ventana del pasillo que daba al patio; vio montar a William en uno de los caballos con un gran ramo de flores en la silla, delante de él, y partir.

«Una estrategia excelente», pensó, riéndose para sí como una niña tonta en una aventura. Se puso un traje viejo que no le importaba estropear y un pañuelo de seda en la cabeza, y salió de su propia casa como un ladrón.

Recorrió la senda que había descubierto por la mañana, pero ahora se internó en el bosque sin la menor vacilación. Se oía de nuevo la algarabía de los pájaros, después del silencio del mediodía, y las silenciosas mariposas danzaban y revoloteaban mientras los lentos abejorros zumbaban en el aire cálido abriéndose paso hacia las ramas más altas de los árboles. Sí, desde allí se divisaba de nuevo el brillo del agua que la había sorprendido por la mañana. Ahora había menos árboles, se estaba acercando a la orilla, y de pronto, por primera vez, se encontró con el río, quieto y silencioso, casi oculto entre árboles, oculto a la mirada del hombre. Se quedó pasmada mirándolo, pues ignoraba la existencia de esa corriente furtiva, tributaria de la ría principal, que discurría a escondidas por sus tierras, tan protegida, tan escondida en el bosque. La marea empezaba a bajar, el agua se retiraba de las marismas, y ahí, donde se encontraba en ese momento, nacía el río, porque, un poco más arriba, la corriente se reducía a un arroyo y el arroyo a un manantial. El río rodeaba un cinturón de árboles y Dona se puso a andar por

la orilla, contenta, fascinada, olvidada su misión por el placer inesperado del descubrimiento; este río era un manantial de encantamientos, una nueva vía de escape, mejor que Navron incluso, un rincón en el que holgar y dormir, tierra de lotos. Había una garza real en la orilla, solemne y gris, con la cabeza metida bajo el ala, y un poco más allá, un pájaro ostrero pateaba en el barro; de pronto un zarapito solitario, extraño y adorable, lanzó su llamada, levantó el vuelo desde la orilla y se alejó río abajo. Algo que no era ella alertó a las aves, porque la garza real levantó la cabeza y se elevó agitando las alas con lentitud y se fue detrás del zarapito; Dona se detuvo un momento, también había oído un ruido, de algo que golpeaba, como un martillo.

Continuó y llegó a un recodo del río; se detuvo buscando instintivamente la protección de los árboles, porque allí mismo, delante de ella, donde el río se ensanchaba de pronto y formaba un remanso profundo, había un barco anclado... tan cerca que podía haber arrojado una galleta a la cubierta. Lo reconoció enseguida, era el barco que había visto la tarde anterior, el que parecía pintado en el horizonte, teñido de rojo y dorado bajo el sol poniente. Había dos hombres colgados del costado, quitando pintura, y el ruido que había oído era el de un martillo. Debía de haber mucho calado donde estaba el barco, un fondeadero perfecto, porque las orillas de lodo eran altas y empinadas por ambos lados y la marea bajaba, entre espuma y burbujas, mientras que el río seguía su curso sinuoso descendiendo hacia la ría hasta desaparecer. A poca distancia de donde se encontraba vio un pequeño muelle en el que había poleas, pastecas y cabos; estarían haciendo alguna reparación. También vio un bote abarloado, pero no había nadie dentro.

Menos los dos hombres que trabajaban en un costado del barco, todo estaba tranquilo: reinaba la tranquilidad perezosa de una tarde de verano. Dona pensó que nadie podía saber, nadie se imaginaría siquiera, a menos que se acercara andando desde Navron, como ella, que allí, en ese remanso, había fondeado un barco, envuelto entre los árboles e invisible desde la ría.

Otro hombre cruzó por la cubierta y, asomándose por la amurada, miró a sus compañeros. Era un hombrecito risueño, parecía un mono, y llevaba un laúd en la mano. De un salto se subió a la amurada y, con las piernas cruzadas, empezó a rasgar las cuerdas. Los otros dos hombres lo miraron y rompieron a reír mientras él tocaba un airecillo ligero y cadencioso; después empezó a cantar, suavemente al principio, un poco más fuerte después; Dona aguzó el oído para entender la letra y de repente lo comprendió todo. Se le aceleró el corazón: el hombrecito cantaba en francés.

Y así lo supo, y así lo comprendió: las manos se le llenaron de sudor, se le secó la boca y, por primera vez en su vida sintió un curioso y extraño espasmo de miedo.

Aquí era donde se escondía el francés: ese era su barco.

Tenía que pensar a toda prisa, trazar un plan, poner en práctica algunos de sus conocimientos; ahora todo parecía muy evidente: el río silencioso, el escondite perfecto, nadie podría saberlo jamás, tan lejano, tan misterioso, tan solitario. Tenía que hacer algo, tenía que decir algo, contárselo a alguien.

¿O no? ¿No podía irse ahora, fingir que no había visto el barco, olvidarlo todo, o fingir que lo olvidaba?, lo que fuera, con tal de no verse implicada, porque conllevaría el fin de la paz, molestias, soldados pisoteando los bosques, gente y más gente. Vendría Harry de Londres, complicaciones sin fin, y Navron dejaría de ser su refugio. No, no diría nada, se iría de allí sigilosamente, volvería al bosque y a la casa, guardaría para sí el remordimiento de saberlo sin contárselo a nadie, y que siguieran los saqueos... ¿Qué más daba? Que lo solucionaran Godolphin y sus amigos tragavirotas, le daba igual que el condado sufriera.

En el momento en que iba a dar media vuelta para escabullirse entre los árboles, alguien apareció por detrás, entre los árboles, le arrojó la casaca por encima de la cabeza y se la tapó, al tiempo que le agarraba las manos y se las ponía a la espalda para impedir que se moviera o forcejara, y Dona cayó al suelo a sus pies, medio asfixiada, desamparada, sabiendo que estaba perdida.

VI



Lo primero que sintió fue furia, una furia ciega e irracional. ¿Cómo osaba tratarla de ese modo quienquiera que fuese, amarrarla como a un pollo, cargársela al hombro y llevarla al muelle?, pensó. La arrojaron brutalmente a la tablazón del fondo del bote y el hombre que la había derrumbado cogió los remos y se dirigió al barco. El hombre soltó un grito —un grito de gaviota— y dio una voz a sus compañeros en un dialecto que ella no entendió. Los otros hombres respondieron con carcajadas y el del laúd rasgueó una alegre giga como burlándose.

Dona logró deshacerse de la casaca que la asfixiaba y miró al hombre que la había atrapado. Él le dijo algo en francés y sonrió. Le chispeaban los ojos alegremente, como si capturarla fuera un juego, una broma divertida de una tarde de verano y, cuando ella frunció el ceño con altivez, dispuesta a no perder la dignidad, él cambió a una expresión solemne, de falso temor, y fingió que temblaba.

Dona se preguntó qué pasaría si levantaba la voz y pedía auxilio: ¿la oiría alguien, sería inútil?

Por algún motivo sabía que no debía hacerlo, las mujeres de su clase no pedían ayuda a gritos. Esperaban, urdían planes para escapar. Sabía nadar, tal vez más tarde le fuera posible huir del barco, deslizarse por la borda, de noche quizá. Cuán insensata había sido, pensó, al quedarse allí unos momentos sabiendo que el barco era del francés. En verdad se merecía que la hubiera capturado, y qué exasperación verse en semejante brete, tan ridículo y absurdo, cuando habría sido tan fácil retirarse discretamente hacia los árboles y volver a Navron. Pasaron al lado de la popa, por debajo de la alta toldilla y de las ventanas del espejo de popa, y allí estaba escrito el nombre del barco con floridas letras doradas: *La Mouette*. No sabía lo que significaba, no se acordaba, de pronto se le había olvidado lo que había aprendido de francés, y ahora el hombre señalaba con el dedo la escala que colgaba por la borda, y los tripulantes, sonriendo con complacencia, se asomaron a mirar —malditos

fueran sus ojos—, a ver cómo subía. Y lo hizo ágilmente, dispuesta a no darles motivo de risa; con un movimiento de cabeza rechazó las ofertas de ayuda y saltó a la cubierta por sí sola.

Empezaron a decirle cosas en ese dialecto que no entendía —sería bretón, porque ¿no había dicho Godolphin que el barco desaparecía en la costa de enfrente?—, sin dejar de sonreír y carcajeándose a su costa como idiotas, como si la conocieran de toda la vida, de una forma que la enfurecía, porque restaba valor al papel heroico y digno que deseaba desempeñar. Se cruzó de brazos y miró a otra parte sin decir nada. Entonces apareció otra vez el primer hombre —supuso que había ido a avisar al jefe, al capitán de ese barco fantástico— y, por señas, le indicó que lo siguiera.

Todo era distinto de como se lo había imaginado. Estos hombres eran como niños, estaban encantados de verla, sonreían y silbaban, mientras que ella creía que los piratas eran hombres desesperados, con aretes en las orejas y un cuchillo entre los dientes.

El barco estaba limpio —se había imaginado una nave sucia, cochambrosa y maloliente—, todo estaba en orden, la pintura era fresca y alegre, las cubiertas estaban fregadas como en un buque de guerra y, de la parte delantera, donde suponía que vivían los hombres, llegaba un olor muy apetitoso de sopa de verdura. Entraron por una puerta batiente, bajaron unos peldaños y el hombre llamó a otra puerta; una voz suave le dio permiso para entrar. Dona se quedó en el umbral, parpadeando un poco, porque el sol entraba a raudales por las ventanas de popa y dibujaba motivos acuáticos en los mamparos de madera clara. Volvieron el desconcierto y la sensación de ser una necia, porque el camarote no era el agujero oscuro que se había imaginado, repleto de botellas vacías y alfanjes, sino una estancia —como la de una casa— con sillas, una mesa brillante y cuadritos de pájaros en los mamparos. Parecía un lugar de descanso, aunque austero, la cámara de una persona que se bastaba a sí misma. El hombre que la había llevado allí se retiró y cerró la puerta sin hacer ruido, pero el que estaba en la mesa siguió escribiendo como si no hubiera entrado nadie. Dona lo miró furtivamente, consciente de la timidez que sentía de pronto e irritada consigo por eso mismo, pues ella era Dona, la que nunca se intimidaba, la indiferente a todo y a todos. Se preguntó cuánto tiempo pensaría tenerla así. ¡Qué modales, qué grosería! Pero sabía que no podía ser ella la primera que hablara. De repente se acordó de Godolphin, de sus ojos saltones, del forúnculo de la nariz y de sus temores por las mujeres del condado; ¿qué diría si pudiera verla ahora, sola en el camarote con el terrible francés?

El francés seguía escribiendo y Dona, al lado de la puerta. Entonces se dio cuenta de por qué este hombre no era igual que los demás. Lucía su propio pelo, como hacían antes los hombres, en vez de las ridículas pelucas de rizos que se habían puesto de moda, e inmediatamente comprendió que era lo que mejor le convenía, que sería imposible que lo llevara de cualquier otra forma.

¡Cuán ausente parecía, cuán distanciado! Como un estudiante que prepara un examen; ni siquiera se había tomado la molestia de levantar la cabeza cuando llegó ella y ¿qué demonios escribía, que tan importante era? Se atrevió a acercarse un poco a la mesa para ver algo y comprobó que en realidad no escribía, sino que estaba dibujando, y muy bien, con gran detalle, una garza real en las marismas, como la que había visto ella hacía diez minutos.

Y su desconcierto fue mayor aún, se quedó sin palabras, sin pensamientos incluso, porque los piratas no eran así, al menos los que se imaginaba ella, y ¿por qué no hacía el papel que le había asignado y se convertía en un hombre perverso de sonrisa aviesa, con la lengua sucia de blasfemias raras y las manos grasientas, en vez de esa persona seria, sentada a una mesa brillante, que la trataba con indiferencia?

Por fin habló, un levísimo acento extranjero caracterizaba su voz, pero todavía no la miró, sino que continuó con el dibujo de la garza real.

—Al parecer estabais espiando mi barco —dijo.

Dona se enfureció al momento: ¡ella, espiando! ¡Dios santo, qué acusación!

—Nada más lejos de la verdad —respondió fríamente, con claridad, con la voz de niño que solía emplear con los criados—. Todo lo contrario, al parecer vuestros hombres han entrado en mis tierras.

El hombre levantó la mirada sin perder un segundo y se puso en pie —era alto, mucho más de lo que se había imaginado— y una mirada de reconocimiento brilló en sus ojos como una llamarada repentina; sonrió con lentitud, como en secreto.

—Mis más humildes disculpas —dijo—. No sabía que la señora de la casa hubiera venido a visitarme en persona.

Cogió una silla y Dona se sentó sin decir una palabra. Él siguió mirándola con el mismo brillo de reconocimiento, de estar divirtiéndose en secreto, y se recostó en la silla, cruzó las piernas y mordisqueó la punta de la pluma.

—¿Me han reducido y me han traído aquí por orden vuestra? —preguntó, porque había que decir algo, sin duda, y él no iba a hacer nada sino mirarla de arriba abajo de esa forma tan singular.

—Mis hombres tienen órdenes de apresar a quienquiera que se aventure en el río —dijo—. Por lo general, nunca sucede nada. Habéis sido más osada que los habitantes y, ya veis, habéis sufrido por vuestra osadía. No os han herido ¿verdad? Ni os han puesto una mano encima.

—No —dijo ella secamente.

—En tal caso ¿cuál es vuestra queja?

—No estoy acostumbrada a recibir semejante trato —dijo ella, enfadada otra vez, porque la estaba haciendo quedar en ridículo.

—No, no, claro está —dijo él en voz baja—, pero no os hará mal.

¡Santo Dios, cuánta insolencia! ¡Maldito impertinente! Pero cuanta mayor furia mostraba ella más se divertía él, porque seguía columpiándose en la silla, sonriendo y mordisqueando la punta de la pluma.

—¿Qué os proponéis hacer conmigo? —le preguntó.

—¡Ah, ahí me habéis pillado! —contestó él, y dejó la pluma en la mesa—. Debo consultar mi libro de reglas.

Abrió un cajón de la mesa y sacó un libro, cuyas páginas procedió a pasar poco a poco, con gran seriedad.

—«Prisioneros: método de captura, interrogatorio, detención, tratamiento, etc., etc.» —leyó en voz alta—, hummm, sí, está todo aquí, pero desafortunadamente este reglamento se refiere a la captura y tratamiento de prisioneros masculinos. Al parecer, no he previsto nada para el caso de prisioneras. Un gran descuido por mi parte.

Dona volvió a acordarse de Godolphin y sus temores y, a pesar de la irritación, se le escapó una sonrisa al evocar sus palabras: «Como el felón es francés, es solo cuestión de tiempo».

La voz del francés interrumpió el pensamiento.

—Así está mejor —dijo—. Irritaros no os sienta bien, lo sabéis. Ahora empezáis a parecer más vos misma.

—¿Qué sabéis vos de mí? —replicó ella.

Él volvió a sonreír y a columpiarse en la silla.

—*Lady St. Columb* —dijo—, la niña bonita y mimada de la corte. *Lady Dona*, que frecuenta las tabernas de Londres con los amigos de su marido. Sois muy famosa, lo sabéis.

Se sonrojó sin querer, herida por la ironía de esas palabras y el silencioso desprecio.

—Eso se acabó —dijo ella—, se terminó, borrón y cuenta nueva.

—De momento, queréis decir.

—No, para siempre.

Él empezó a silbar bajo para sí, cogió de nuevo el dibujo y siguió jugando con él, añadiendo algo en el fondo.

—Después de un tiempo en Navron, os cansaréis —dijo—, los olores y el ruido de Londres os llamarán de nuevo. Recordaréis este ánimo que os posee ahora como una cosa pasajera.

—No —dijo ella.

Pero él no respondió y siguió dibujando.

Ella lo observaba, picada por la curiosidad, porque dibujaba bien, y se le empezó a olvidar que era su prisionera y que debían seguir siendo enemigos.

—La garza real estaba en la orilla, en el nacimiento del río —dijo ella—. La he visto hace un momento, antes de subir al barco.

—Sí —dijo él—, siempre está ahí cuando baja la marea. Es uno de sus cotos de caza. Sin embargo tiene el nido un poco más lejos, en los alrededores de Gweek, en el canal principal. ¿Qué más visteis?

—Un pájaro ostrero y otro más, un zarapito, creo que era.

—¡Ah, sí! Esos también. Supongo que los espantaron los martillazos.

—Sí —dijo ella.

Siguió silbando el mismo airecillo sin melodía y dibujando un poco más, mientras ella lo miraba pensando lo natural que era, lo fácil y espontáneo estar ahí, en el camarote del francés, en su barco, a su lado, con el sol entrando a raudales por las ventanas y la marea baja burbujeando alrededor de la popa. Era curioso, como un sueño, como si siempre hubiera sabido que iba a suceder, como si fuera una escena de una obra de teatro en la que ella tenía un papel, y ahora se hubiera levantado el telón y le hubieran susurrado al oído: «Adelante, ahora entras tú».

—Ya han empezado a chirriar las chotacabras —dijo él—, al anochecer se guarecen en la falda del monte, río abajo. Pero son tan inquietas que es casi imposible acercarse a ellas.

—Sí.

—El río es mi refugio, ¿sabéis? —dijo, mirándola, y después retiró la mirada—. Vengo aquí para no hacer nada. Y después, cuando la pereza está a punto de ganarme, largo velas otra vez.

—Y cometéis actos de piratería contra mis paisanos —dijo ella.

—Y cometo actos de piratería contra vuestros paisanos —repitió él.

Dio el dibujo por terminado y lo dejó a un lado; se puso de pie y levantó los brazos por encima de la cabeza.

—Algún día os capturarán —dijo ella.

—Algún día... tal vez —respondió él, y se acercó a la ventana de popa a mirar, dándole la espalda—. Venid a ver —le dijo.

Dona se levantó de la silla, se acercó y se puso a su lado; se quedaron contemplando el agua, sobre la que flotaba un gran grupo de gaviotas en busca de bocados que comer.

—Siempre vienen por docenas —le contó—, parece que saben cuándo llegamos del cabo. Mis hombres les echan de comer, no puedo evitarlo. Y yo soy tan malo como ellos. Siempre les tiro algo desde estas ventanas.

Se echó a reír, cogió un mendrugo y se lo arrojó a las gaviotas, que se lanzaron sobre él.

—Es posible que le hayan tomado cierto apego familiar al barco —dijo—, y la culpa es mía, por llamarlo *La Mouette*.

—*La Mouette*: la gaviota, claro —dijo ella—. Se me había olvidado esa palabra.

Y siguieron mirando a las gaviotas pegados a la ventana.

«Esto es absurdo —pensó Dona—, ¿por qué hago esto? No es lo que pretendía. A estas alturas tendría que estar atada con cuerdas, arrojada a la oscura bodega de este barco, amordazada y golpeada, pero estoy aquí tirando pan a las gaviotas y se me ha olvidado que debía estar enfadada».

—¿Por qué sois pirata? —le preguntó, rompiendo el silencio.

—¿Por qué galopáis vos en caballos demasiado vivos? —respondió él.

—Porque es peligroso, por la velocidad, porque puedo caerme —dijo ella.

—Por eso mismo soy pirata yo —dijo él.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Digamos que es muy sencillo. No hay misterio alguno. Nada tengo que reprochar a la sociedad ni guardo rencor a mis congéneres. Lo único cierto es que me atrae la piratería, es el molde perfecto de mi particular forma de pensar. No hay en ello brutalidad ni derramamiento de sangre. Son precisas muchas horas de muchos días para organizar las cosas, es menester cuidar hasta el último detalle antes de desembarcar, preverlo y prepararlo todo. Aborrezco el desorden, así como los métodos de ataque chapuceros. Es muy semejante a un problema de geometría; es, a la postre, alimento para el seso. Y además... reconozcámoslo... además me divierte: mi especie de emoción es la forma de vencer al oponente. Me resulta muy satisfactorio, muy absorbente.

—Sí —dijo ella—, sí, lo comprendo.

—Os confunde, ¿no es así? —dijo él, riéndose—, porque esperabais encontrarme embriagado, tirado en el suelo, rodeado de sangre, cuchillos,

botellas y mujeres llorosas.

No le respondió, se limitó a sonreírle.

Llamaron a la puerta y, cuando el francés dijo: «Adelante», entró uno de sus hombres con una gran sopera llena en una bandeja. Olía bien. El vapor se elevaba en el aire. El hombre empezó a poner un mantel blanco en el otro extremo de la mesa. Abrió un pañol del mamparo y sacó una botella de vino. Dona lo miraba. El olor de la sopa era muy tentador, estaba hambrienta. El vino parecía fresco en su fino frasco. El hombre se retiró y Dona, al levantar la mirada, vio que el señor del barco la observaba con la risa en los ojos.

—¿Gustáis? —dijo.

Ella asintió, de nuevo con la sensación de ser una necia: ¿cómo era posible que le leyera el pensamiento? El francés sacó otro plato, otra cuchara y otra copa del armario. Después acercó dos sillas a la mesa. Había también pan tierno, recién hecho, al estilo francés, con la corteza oscura, tostada, y toquecitos de mantequilla muy amarilla.

Comieron en silencio y después él sirvió vino. Estaba frío, era claro y no demasiado dulce. Dona no dejaba de pensar que aquello parecía un sueño, mejor dicho, el recuerdo de un sueño que hubiera tenido mucho antes, tranquilo, conocido, un sueño que reconocía.

«No es la primera vez que hago esto —pensó—, no es la primera vez». Pero eso era absurdo, porque era la primera vez, sin duda, y jamás había visto al francés hasta ese momento. Se preguntó qué hora sería. Los niños ya habrían vuelto de la merienda campestre. Prue estaría acostándolos. Correrían a llamar a su puerta pero ella no estaría para recibirlos. «Da igual —pensó—. Me da lo mismo», y siguió bebiendo vino, mirando los cuadros de pájaros del mamparo y, de soslayo, al francés alguna que otra vez, cuando sabía que él no la miraba.

Él alargó la mano para coger una lata de tabaco de un estante y empezó a desmenuzarlo en la mano. Era picadura muy oscura, marrón. Y de pronto la verdad cayó sobre ella como un bofetón: vio la lata de tabaco de su dormitorio y el libro de poesía francesa con el dibujo de una gaviota en la portada. Vio a William corriendo hacia el cinturón de árboles; William: su señor, el señor que viajaba de un sitio a otro, cuya vida era un constante huir. Se levantó de la silla mirándolo.

—¡Dios santo! —exclamó.

Él la miró a su vez.

—¿Qué sucede?

—Sois vos —dijo—; sois vos quien dejó la lata de tabaco en mi alcoba, y un libro de Ronsard. Vos habéis dormido en mi cama.

El francés sonrió. Le hacía gracia la forma en que lo había expresado, así como su asombro, su confusión y su consternación.

—¿Los dejé allí? —dijo—. Se me había olvidado. Gran negligencia y falta de atención de William, que no los vio.

—William se quedó en Navron por vos —dijo ella—; por vos despidió a los criados. Mientras nosotros estábamos en Londres todo este tiempo, vos estabais en Navron.

—No —respondió él—, no todo el tiempo. Solo en algunas ocasiones, cuando me convenía, según mis planes. Os aseguro que el invierno resulta muy húmedo en el río. Era un cambio, un cambio muy de agradecer, la verdad, acogerme a la comodidad de vuestra alcoba. No sé por qué motivo, pero siempre me pareció que no sería una molestia para vos.

Siguió mirándola, siempre con la misma chispa de íntimo regocijo en los ojos.

—Solicité permiso a vuestro retrato, para que lo sepáis —le dijo—. Me dirigí a él en varias ocasiones. «*Milady* —le decía, pues me puse por completo a vuestro servicio—, ¿haríais la merced de prestar vuestro lecho a un francés fatigado?». Y me parecía que vos asentíais graciosamente con la cabeza y me concedíais licencia. A veces incluso sonreíais.

—Habéis obrado muy mal —dijo ella—, os habéis desviado mucho.

—Lo sé —dijo él.

—Además del peligro que habéis corrido.

—Eso era lo más divertido.

—Si por un instante hubiera sabido...

—¿Qué habríais hecho?

—Habría venido a Navron sin tardanza.

—Y ¿después?

—Habría cerrado la casa. Habría despedido a William. Habría puesto vigilancia.

—¿Tantas cosas?

—Sí.

—No os creo.

—¿Por qué?

—Porque cuando yacía en vuestro lecho, mirando vuestro retrato de la pared, no os comportabais de ese modo.

—Pues ¿cómo me comportaba?

—De un modo muy distinto.

—¿Qué hacía?

—Muchas cosas.

—¿De qué clase?

—En primer lugar, os uníais a nosotros en el barco. Inscribíais vuestro nombre en la lista de los leales. Eras la primera y última mujer que lo hacía.

Y, con estas palabras, se levantó de la mesa, se acercó a un cajón y sacó un libro. Lo abrió y le enseñó una página en la que decía *La Mouette*, y, a continuación, una serie de nombres: Edmond Vacquier, Jules Thomas, Pierre Blanc, Luc Dumont... y muchos más. A continuación cogió la pluma, la mojó en el tintero y se la ofreció.

—Bien, ¿qué queréis que haga?

Dona cogió la pluma, la sostuvo un momento en la mano como sopesando la pregunta y, sin saber si era por el recuerdo de Harry en Londres, bostezando en la mesa de juego, o el de Godolphin con sus ojos saltones, o por la rica sopa que había comido y el vino que había bebido, que le habían producido un cálido amodorramiento y cierto descuido, como una mariposa al sol, o porque él estaba a su lado, pero lo miró, se echó a reír de repente y firmó con su nombre en el centro de la página, debajo de los otros nombres: Dona St. Columb.

—Y ahora debéis volver, pues vuestros hijos se estarán preguntando qué habrá sido de vos —le dijo.

—Sí —dijo ella.

Salieron del camarote y subieron a cubierta. El francés se asomó por la regala y llamó a los hombres que estaban en medio del barco.

—Primero debo presentaros —dijo.

Dio una orden en el dialecto bretón que ella no entendía y en un momento se reunió la tripulación, y la miraban con curiosidad.

—Voy a decirles que, a partir de ahora, vendréis al río sin que nadie os moleste —dijo—, que podéis ir y venir a vuestro capricho. El río es vuestro. El barco es vuestro. Sois una más.

Se dirigió brevemente a los hombres y después, de uno en uno, estos se acercaron a ella, inclinaron la cabeza, le besaron la mano... Ella se reía y les daba las gracias... y todo parecía una locura, una frivolidad, como un sueño al sol. Abajo, en el agua, uno de ellos la esperaba en un bote. Dona se subió a la amurada y se descolgó por el costado hasta la escala. El francés no la ayudó. Apoyado en la amurada, la miraba.

—Y ¿Navron House? —dijo—. ¿Está cerrada a cal y canto? ¿William será despedido?

—No —dijo ella.

—En tal caso, debo devolveros la visita —replicó él—, por pura cortesía.

—Naturalmente.

—¿Qué hora será la conveniente? Por la tarde, creo, entre las tres y las cuatro, y ¿me ofreceréis té?

Ella lo miró riéndose e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No —dijo—, eso es para *lord* Godolphin y los demás. Los piratas no van de visita a la hora del té. Llegan furtivamente por la noche, llaman a la ventana... y la señora de la casa, temiendo por su vida, les da de cenar a la luz de las velas.

—Como deseéis —dijo él—. Entonces ¿mañana a las diez?

—Sí —dijo ella.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

El francés se quedó apoyado en la amurada, mirándola, mientras la llevaban a la orilla en el bote. El sol se había ocultado detrás de los árboles y el río estaba en sombra. La marea había terminado de bajar y el agua estaba en calma. Un zarapito dio una voz, oculto detrás de un meandro del río. El barco, sus colores atrevidos, sus mástiles inclinados, parecían lejanos, irreales, algo fantástico. Dona dio media vuelta y se internó rápidamente entre los árboles en dirección a casa, sonriendo para sí con una sensación de culpabilidad, como una niña que atesora un secreto.

VII



Cuando llegó a casa vio a William en la puerta acristalada del salón, fingiendo que ordenaba la estancia, pero al instante supo que estaba esperándola.

No se lo dijo inmediatamente por divertirse un poco a su costa y, al entrar, se quitó el pañuelo diciendo:

—He ido a dar un paseo, William, ya no me duele tanto la cabeza.

—Eso me parece ver, *milady* —contestó él, sin perderla de vista.

—Fui a la orilla del río, todo estaba tranquilo y fresco.

—Sin duda, *milady*.

—Ignoraba que existiera ese río. Es encantador, como de cuento de hadas.

Un buen escondite para fugitivos como yo, William.

—Muy probable que lo sea, *milady*.

—Y ¿*milord* Godolphin? ¿Lo has visto?

—El señor no se encontraba en casa, *milady*. Pedí a su criado que diera las flores y vuestro mensaje a su esposa.

—Gracias, William. —Se detuvo un momento fingiendo que arreglaba unas ramas de lilas del jarrón y después dijo—: ¡Ah, William, antes de que se me olvide! Mañana por la noche celebro una cena. Un poco tarde, a las diez.

—Muy bien, *milady*. ¿Cuántos comensales serán?

—Solo dos, William. Un caballero y yo.

—Sí, *milady*.

—El caballero vendrá a pie, por lo que no será necesario que ningún mozo se quede en vela para atender un caballo.

—Como gustéis, *milady*.

—¿Sabes cocinar, William?

—No me es del todo ajeno ese arte, *milady*.

—En tal caso, manda a los criados a la cama y prepara tú la cena para el caballero y para mí.

—Como ordenéis, *milady*.

—Y es preciso que no digáis a nadie que voy a recibir una visita, William.

—Sí, *milady*.

—Lo cierto es que me propongo hacer una cosa escandalosa, William.

—Tal se diría, *milady*.

—Y ¿te espanta de un modo horrible, William?

—En modo alguno, *milady*.

—¿Por qué, William?

—Porque nada de lo que vos o mi señor hagáis podría espantarme jamás, *milady*.

Dona rompió a reír y juntó las manos de una palmada.

—¡Ah, William, mi solemne William! Entonces ¡lo has adivinado desde el primer momento! ¿Cómo lo sabías, cómo podías saberlo?

—Algo en vuestra forma de andar, cuando entrasteis ahora mismo, *milady*, os delató. Y vuestros ojos, si me permitís la licencia sin ofenderos, vuestros ojos estaban muy vivos. Además, viniendo como veníais del río, até cabos, por así decir, y me dije: «Ha sucedido. Por fin se han conocido».

—¿Por qué «por fin», William?

—Porque, veréis, *milady*, soy fatalista de natural y siempre he sabido que este encuentro se produciría tarde o temprano.

—¿Aunque sea yo una señora de su casa, casada y respetable, con dos hijos, y tu señor, un francés sin ley, un pirata?

—A pesar de todo eso, *milady*.

—Pero eso está muy mal, William. Lo que hago va en contra del interés de mi país. Podría ir al calabozo por ello.

—Sí, *milady*.

William dejó de disimular la sonrisa y su boquita de piñón se relajó, y Dona comprendió que ya no volvería a ser inescrutable y silencioso, sino su amigo, su aliado, y que podía confiar plenamente en él.

—¿Apruebas la conducta de tu amo, William? —le preguntó.

—Aprobar y desaprobar son dos palabras que no entran en mi vocabulario, *milady*. A mi señor le conviene ser pirata, es lo único que cuenta. Su barco es su reino, va y viene según le place y no recibe órdenes de nadie. Él es su propia ley.

—¿Sería posible ser libre, hacer aquello que uno desee, aun sin ser pirata?

—Mi amo considera que no, *milady*. A su parecer aquellos que llevan una vida normal en este nuestro mundo se ven forzados a unos hábitos, a unas costumbres, a unas reglas de vida que a la postre acaban con toda iniciativa y espontaneidad. El hombre se convierte en piñón de rueda, parte de un sistema.

En cambio el pirata es un rebelde, un marginado que se libra del mundo. No tiene ataduras ni principios impuestos por el hombre.

—En resumen, tiene tiempo para ser sí mismo.

—Sí, *milady*.

—Y ¿no le inquieta saber que la piratería es delito?

—Roba a quienes pueden permitirse que les roben algo, *milady*. Regala gran parte del botín. Los bretones más pobres se benefician a menudo. No, el aspecto moral no le inquieta.

—Supongo que no es casado.

—No, *milady*, no lo es. El matrimonio y la piratería no se llevan bien.

—Y ¿si a su mujer le agradara el mar?

—Las mujeres están hechas para obedecer la ley de la naturaleza, *milady*, y traer hijos a mundo.

—Ah, muy cierto, William.

—Y las mujeres que traen hijos al mundo sienten apego por su hogar y ya no desean vagabundear. El hombre se enfrenta desde el principio a una elección: quedarse en casa y aburrirse o irse y ser desgraciado. En cualquier caso, está perdido. No, para ser verdaderamente libre, el hombre tiene que navegar solo.

—¿Es la filosofía de tu señor?

—Sí, *milady*.

—Me gustaría ser hombre, William.

—¿Cómo así, *milady*?

—Porque entonces buscaría mi barco, me iría y tendría mi propia ley.

Mientras hablaba, se oyó arriba un grito fuerte, seguido por un llanto y la voz regañona de Prue. Dona sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tu amo no yerra, William —dijo—. Todos somos piñones de una rueda, más aún las madres. Únicamente los piratas son libres.

Subió a ver a sus hijos, a calmarlos, a enjugarles las lágrimas. Esa noche, tumbada en la cama, cogió el libro de Ronsard de la mesita de noche y se quedó pensando en lo extraño que se le hacía que el francés hubiera estado allí también, con la cabeza en su almohada, ese mismo libro en las manos y la pipa en la boca. Se lo imaginó dejando el libro a un lado después de leer un rato, como ella ahora, apagando la vela de un soplido y poniéndose de lado para dormir. Se preguntó si estaría durmiendo en ese momento en el fresco y tranquilo camarote de su barco, mientras el agua lamía el costado en el río misterioso y silencioso. O si estaría tumbado boca arriba, como ella, con los

ojos abiertos en la oscuridad, lejos del sueño, pensando en el futuro, con las manos debajo de la cabeza.

La mañana siguiente, cuando se asomó a la ventana del dormitorio y el sol le dio en la cara, al ver el cielo limpio y con un brillo intenso, porque soplaba viento del este, en lo primero que pensó fue en el barco del río. Después recordó lo acogedor que era el lugar en el que había fondeado, en lo profundo del valle, envuelto en árboles, y lo poco o nada que notarían la marea turbulenta que subía por la ría rizando la superficie, mientras las aguas bravías de la boca del estuario rugían y rompían unas contra otras levantando espuma.

Pensó en la velada que la esperaba, en la cena, y empezó a sonreír con la emoción culpable de una conspiración. El día en sí era el preludio, un primer bocado de cosas por venir, y salió al jardín a cortar flores, aunque las que había en la casa no se habían marchitado todavía.

Cortar flores procuraba paz y tranquilidad a las inquietudes que le rondaban por la cabeza, y la simple sensación de tocar pétalos, pasar los dedos por tallos largos, colocarlas en una cesta y, después, en los jarrones que William le habían preparado, hizo desaparecer su desasosiego. William también era un conspirador. Lo había observado en el comedor, cuando limpiaba la plata y la miró con conocimiento de causa, porque ella sabía el motivo por el que limpiaba con tanto afán.

—Hagamos justicia a Navron en todo su esplendor —le dijo—, saca toda la plata, William, y enciende hasta la última vela. Pondremos la vajilla de la rosa en el borde, la que se guarda para los banquetes.

Era divertido, era emocionante. Sacó ella misma la vajilla, fregó los platos, llenos de polvo por falta de uso, y confeccionó un centro de mesa con los capullos de rosa recién cortados. Después bajó con William a la bodega y, a la luz de la vela, miraron las botellas, cubiertas de telarañas, hasta que William sacó un vino que su señor apreciaba mucho, y que no sabían que tenían. Sonrieron, susurraron furtivamente; Dona estaba encantada, se sentía como una niña traviesa que comete una mala acción, algo prohibido, y ahoga una risa incontenible a espaldas de sus padres.

—¿Qué vamos a cenar? —le preguntó.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza, no se lo iba a decir.

—Confíad en mí, *milady*. No os decepcionaré.

Dona salió de nuevo al jardín, cantando, con una alegría absurda en el pecho. Pasó el cálido mediodía, un poco brumoso por el viento del este, pasaron las largas horas de la tarde, y el té con los niños a la sombra de la morera, hasta que por fin el día empezó a declinar otra vez y llegó la hora de

que se fueran a la cama, y el viento amainó mientras el sol se ponía incendiando el cielo; y salió la primera estrella.

La casa volvió a quedar en silencio; los criados, creyendo que la señora estaba cansada y se retiraba a la cama sin cenar, se felicitaron por lo cómoda de llevar que era su ama y se retiraron también a sus cuartos. En alguna parte, solo en su habitación sin duda, William preparaba la cena. Dona no hizo preguntas. Daba igual.

Se fue a su alcoba y se plantó delante del guardarropa pensando en qué vestido ponerse. Eligió uno de color crema que se ponía a menudo y que sabía que la favorecía, y también los pendientes de rubíes de la madre de Harry y el dije alrededor de la garganta.

«No va a fijarse —pensó—, no es de esos, las mujeres, sus trajes y sus alhajas le son indiferentes». Sin embargo, se vistió con esmero y, cuando estaba colocándose los tirabuzones por detrás de las orejas, de repente el reloj de la torre del establo dio las diez y, asustada, dejó el peine y bajó las escaleras, que llevaban directamente al comedor. William había encendido todas las velas, tal como le había pedido, y la plata brillaba en la larga mesa. Y allí estaba, colocando platos en el trincherero; se acercó a ver qué había preparado. Y sonrió.

—¡Ah, William! Ahora ya sé por qué has ido a Helford esta tarde y has vuelto con una cesta.

Porque allí, en el trincherero, había un centollo aderezado al estilo francés, patatas pequeñas blancas cocidas con la piel, una fresca ensalada verde salpicada con ajo y rabanitos rojos. Además le había quedado tiempo para hacer unos pastelitos de finas y estrechas láminas con nata entre ellas, que acompañarían a las primeras fresas silvestres del año que había en un cuenco, a su lado.

—William, vales más de lo que pesas —le dijo.

Él respondió con una inclinación de cabeza y se permitió una sonrisa.

—Vuestra satisfacción es un premio para mí, *milady*.

—¿Qué tal estoy? ¿Será del agrado de tu señor? —le preguntó, dando una vuelta sobre sí misma.

—No hará comentario alguno, *milady* —respondió el criado—, pero dudo que vuestro aspecto lo deje completamente indiferente.

—Gracias, William —contestó ella con seriedad, y se fue al salón a esperar a su invitado.

William había corrido las cortinas para mayor seguridad, pero ella las describió para que entrara la noche de verano y, en ese mismo momento, el

francés se acercaba por el césped: una silueta alta y oscura que caminaba en silencio.

Vio al instante que se había puesto a la altura de las circunstancias, pues sabiendo que ella haría el papel de señora de la casa, se había vestido como para ir a una fiesta, igual que ella. La luz de la luna se reflejaba en sus medias blancas y brillaba en las hebillas plateadas de los zapatos. Llevaba una casaca de color vino, como la faja, aunque más oscura, y encaje en el cuello y en las muñecas. Seguía despreciando las pelucas de moda, luciendo en cambio su propio pelo, como un caballero. Dona le tendió la mano y, en esta ocasión, él le hizo una inclinación de cabeza, como haría cualquier invitado, y se la rozó con los labios; después se quedó en el umbral de la larga puerta acristalada y la miró sonriendo.

—La cena os aguarda —le dijo ella, tímida de repente, sin motivo.

Él no respondió, pero la siguió hacia el comedor, donde esperaba William detrás de la silla de Dona.

El invitado se detuvo un momento a mirar el resplandor de las velas, el brillo de la plata y los relucientes platos con rosas en el borde; después se volvió hacia la anfitriona con la lenta sonrisa burlona que Dona se esperaba.

—Gran acierto por vuestra parte, poner todas estas tentaciones ante los ojos de un pirata, ¿no os parece?

—La culpa es de William —respondió Dona—, es todo cosa suya.

—No os creo —dijo él—; William no ha hecho jamás esta clase de distinciones conmigo, ¿no es cierto, William? Freías una chuleta y me la servías en un plato desportillado, quitabas la funda a una silla y me decías que me conformara con eso.

—Sí, señor —dijo William, con los ojos brillantes en su cara redonda.

Dona se sentó, ya no estaba cohibida, porque la mera presencia de William rompía la tirantez entre ellos dos.

William conocía su papel y lo interpretaba a la perfección poniendo en bandeja a su señora la ocasión de aguzar el ingenio y aceptando con una sonrisa y un encogimiento de hombros las bromas de su señor. El centollo estaba exquisito; la ensalada, excelente; los pastelitos, ligeros como el aire; las fresas silvestres, puro néctar; el vino, perfecto.

—A pesar de todo, soy mejor cocinero que William —declaró el francés—, un día probaréis mi pollo a la primavera, asado en espeto.

—No lo creo —contestó ella—, jamás se ha asado un pollo en ese camarote que habitáis, que parece la celda de un ermitaño. La cocina y la filosofía no se llevan bien.

—Muy al contrario, se llevan a la perfección —dijo él—, pero no os asaré el pollo en mi celda. Prenderemos una hoguera al aire libre, a la orilla del río, y allí os lo asaré. Pero tenéis que comerlo con las manos. Y no habrá velas, solo la luz de la hoguera.

—Y tal vez chirríe la chotacabras de la que me hablasteis —dijo ella.

—¡Tal vez!

La miró sonriendo desde el otro lado de la mesa y de repente, ella vio la hoguera que encenderían a la orilla del agua, oyó el siseo de las llamas, el crepitar de la leña en el aire e incluso le llegó a la nariz el apetitoso olor de la carne asada. Él se abstraería haciendo el asado, igual que dibujando la garza el día anterior o planeando asaltos el día siguiente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que William los había dejado solos; se levantó de la mesa, apagó las velas y desfilaron los dos hacia el salón.

—Fumad, si os place —le dijo.

Allí mismo, en la repisa de la chimenea, estaba el bote de tabaco.

—Sois la anfitriona perfecta —dijo él.

Dona se sentó, pero él se quedó de pie al lado de la repisa, llenando la pipa y mirando la sala al mismo tiempo.

—No está igual que en invierno —dijo—. Cuando vine, unas telas cubrían el mobiliario y no había flores. Este salón parecía austero. Vos lo habéis cambiado todo.

—Las casas vacías son como sepulcros —dijo ella.

—Ah, sí... pero no me refiero a eso. De haber sido cualquier otra persona la que hubiera roto el silencio, Navron House seguiría siendo un sepulcro.

Dona no respondió. No estaba segura de lo que quería decir su invitado.

Se quedaron unos momentos en silencio, hasta que él dijo:

—Y, a fin de cuentas ¿qué fue lo que os hizo venir a Navron?

Dona jugueteó con la borla del cojín en el que apoyaba la cabeza.

—Ayer decíais que *lady* St. Columb era muy famosa, que habíais oído habladurías sobre sus escapadas. Tal vez me hartara de *lady* St. Columb y prefiriera ser otra persona.

—Es decir, ¿deseabais escapar?

—Eso es lo que dijo William que diríais vos.

—William tiene experiencia. Me ha visto proceder del mismo modo. Había una vez un hombre que se llamaba Jean-Benoit Aubéry; poseía tierras y fortuna en Bretaña, tenía amigos y responsabilidades, y William era su criado. El señor de William se cansó de Jean-Benoit Aubéry y entonces se hizo pirata y construyó *La Mouette*.

—Entonces ¿es posible convertirse en otra persona?

—Eso he descubierto.

—Y ¿ahora sois feliz?

—Estoy satisfecho.

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Entre la felicidad y la satisfacción? ¡Ah, ahí me habéis pillado! No es fácil explicarlo con palabras. La satisfacción es un estado mental y físico, cuando el cuerpo y el seso funcionan en armonía, sin fricción. La cabeza está en paz, y también el cuerpo. Ambos son suficientes en sí mismos. La felicidad es escurridiza... tal vez se conozca una vez en la vida, y se asemeja al éxtasis.

—¿No es cosa duradera, como la satisfacción?

—No, no es duradera. Sin embargo, a pesar de todo, existen diferentes grados de felicidad. Recuerdo, por ejemplo, un momento en particular, después de hacerme pirata y atacar por primera vez uno de vuestros barcos mercantes. Salí victorioso, llevé el botín a puerto. Fue un momento de felicidad suprema. Había logrado lo que me había propuesto, aunque al principio no las tenía todas conmigo.

—Sí —dijo ella—. Sí... eso lo entiendo.

—Ha habido algunos momentos más. El placer que me invade cuando termino un dibujo, lo miro y tiene la forma y el contorno que quería. Ese es otro de los grados de la felicidad.

—En tal caso, es más fácil para el hombre; el hombre es creador, lo que consigue es lo que le procura la felicidad. Lo que hace con las manos, con la cabeza, merced a sus dotes.

—Es posible —dijo él—. Pero las mujeres nos llevan la delantera: traen hijos al mundo. Eso es una proeza superior a terminar un dibujo o planear un acto de piratería.

—¿Os parece?

—Naturalmente.

—Nunca se me había pasado tal idea por la cabeza.

—Vos tenéis hijos, ¿no es así?

—Sí, dos.

—Y, cuando los tomasteis en brazos por primera vez, ¿no teníais conciencia de haber hecho una proeza? ¿No os dijisteis: «Esto lo he hecho yo»? Y ¿no era semejante a la felicidad?

Dona lo pensó un momento y después sonrió.

—Quizá —dijo.

El francés se dio media vuelta y empezó a tocar los objetos de la repisa.

—No perdáis de vista que soy pirata —dijo—, vais dejando tesoros por todas partes con total descuido. Este cofrecito, sin ir más lejos, vale unos cuantos cientos de libras.

—¡Ah, es que confío en vos!

—Hacéis mal.

—Me acojo a vuestra clemencia.

—Tengo fama de despiadado.

Dejó el cofrecito y cogió la miniatura de Harry. Se quedó mirándola un momento silbando suavemente.

—¿Es vuestro marido? —preguntó.

—Sí.

No hizo ningún comentario, simplemente dejó la miniatura en su sitio, y la forma en que lo hizo, sin decir nada de Harry, de lo que le parecían él o la pieza en sí, le produjo una curiosa turbación. Instintivamente vio que lo consideraba poca cosa, imbécil incluso, y de pronto deseó no haberla dejado allí expuesta, o que Harry fuera de otra manera.

—Es de hace muchos años —dijo entonces, como a la defensiva—, de antes de nuestro matrimonio.

—Sí, claro —dijo él; hizo una pausa y añadió—: Vuestro retrato, el de vuestra alcoba, ¿es de la misma época?

—Sí... bueno, al menos lo hicieron poco después de celebrar nuestro compromiso.

—Y ¿cuánto tiempo lleváis de matrimonio?

—Seis años. Henrietta tiene cinco.

—Y ¿qué os animó a casaros?

Lo miró un momento sin saber qué decir; era una pregunta muy inesperada. Y entonces, como lo había dicho en voz baja, con tanta compostura, como si le hubiera preguntado por qué había elegido tal plato para la cena, como si la respuesta no tuviera la menor importancia, le contó la verdad sin darse cuenta de que jamás, hasta entonces, lo había reconocido ni para sí.

—Harry era divertido —dijo— y me gustaban sus ojos.

Al decirlo tuvo la sensación de que su voz sonaba muy lejana, como si no fuera ella la que hablaba, sino otra persona.

Él no dijo nada. Se había alejado de la repisa de la chimenea para sentarse y estaba sacando un papel del bolsillo grande de la casaca. Ella se quedó mirando al frente, recordando a Harry en el pasado, pensando en su boda en Londres, en la enorme cantidad de gente, en que Harry, tan juvenil,

seguramente asustado por las responsabilidades que se le venían encima y con la poca imaginación que tenía, había bebido demasiado la noche de bodas para parecer más valiente de lo que era, pero lo único que había conseguido era parecer un borracho y un necio. Y recorrieron Inglaterra para conocer a sus amigos alojándose siempre en las casas de los demás, en un ambiente tenso y artificial, y ella, que casi inmediatamente concibió a su hija, estaba irritable, inquieta, fuera de sí, porque nunca se había encontrado tan mal de salud. No poder montar a caballo, ni pasear ni hacer nada de lo que le gustaba contribuía a su mal humor. Si hubiera podido hablar con Harry, pedirle comprensión, tal vez todo habría sido más llevadero, pero para él la comprensión no significaba silencio, ternura ni tranquilidad, sino bullicio desbordante, alegría forzada, hacer mucho ruido en su empeño por animarla, y, para rematar, un gran despilfarro de caricias que no la ayudaban en nada.

De pronto levantó la mirada y vio que su invitado la estaba dibujando.

—¿Os molesta? —dijo él.

—No —dijo ella—, claro que no.

Le intrigaba qué clase de dibujo haría de ella, y le miró las manos, diestras y rápidas, pero no veía el papel, porque lo tenía apoyado en las rodillas.

—¿Cómo llegó William a ser vuestro criado? —le preguntó.

—Su madre era bretona... supongo que eso no lo sabíais —respondió él.

—No —dijo ella.

—Su padre era mercenario, soldado de fortuna; de una manera u otra llegó a Francia y se casó. Seguro que os habéis apercebido del curioso acento que tiene.

—Creía que era córnico.

—El pueblo córnico y el bretón se parecen mucho. Ambos son celtas. La primera vez que vi a William, iba corriendo por las calles de Quimper descalzo, con el calzón roto. Se encontraba en algún brete del cual lo salvé. Desde entonces es uno de mis leales. El inglés lo aprendió de su padre, claro está. Tengo entendido que había vivido muchos años en París antes de encontrarlo yo. Nunca he ahondado en su vida. Su pasado suyo es.

—Y ¿por qué no quiso ser pirata?

—¡Ah, sí! Por un motivo muy prosaico y nada novelesco. William tiene el estómago delicado. El estrecho que separa la costa de Cornualles de la de Bretaña es demasiado para él.

—Y ¿así fue como encontró Navron, que es un escondite excelente para su señor?

—Exacto.

—Y ¿así se roba a los hombres en Cornualles y las mujeres temen por su vida y por algo más que por su vida, como dice *lord* Godolphin?

—Las mujeres de este país son unas engreídas.

—Eso es lo que me habría gustado decirle a *lord* Godolphin.

—Y ¿por qué no lo hicisteis?

—Porque me faltó valor para escandalizarlo.

—Esa fama de galantes que tenemos los franceses es completamente infundada. Somos más tímidos de lo que nos creéis. Ya está: he terminado el retrato.

Le dio el dibujo y se recostó en la silla con las manos en los bolsillos de la casaca. Dona miró el retrato en silencio. Vio que el rostro que la miraba desde el papel era el de la otra Dona: la que no deseaba reconocer ni para sí. Las facciones eran las mismas, los ojos, la textura del pelo, pero la expresión de la mirada era la que a veces se había visto en el espejo, cuando estaba sola. Era una persona que había perdido la ilusión, que contemplaba el mundo desde la estrechez de un marco y le parecía distinto al que deseaba, una persona amargada y de poca valía.

—No es muy halagador —dijo momentos después.

—No era mi intención —contestó él.

—Parezco mayor de lo que soy.

—Es posible.

—Y el gesto de la boca es presuntuoso.

—Eso diría.

—Y... tiene el ceño fruncido de una forma singular.

—Sí.

—Creo que no me satisface en exceso.

—Eso me temía. Es una lástima. Tal vez hubiera cambiado la piratería por el arte del retrato.

Le devolvió el dibujo y entonces vio que sonreía.

—No complace a las mujeres oír verdades sobre sí mismas —dijo.

—¿A quién complace? —replicó él.

Dona no quería seguir hablando de eso.

—Ahora comprendo por qué sois tan buen pirata —le dijo—. Hacéis vuestro trabajo a conciencia. Esa cualidad se refleja también en vuestros dibujos. Reflejáis lo esencial del modelo.

—Es posible que haya sido injusto —dijo él—. A este modelo en particular lo pillé por sorpresa, en el momento en que un estado de ánimo determinado se reflejó en su rostro. Sin embargo, si os dibujara en otro

momento, pongamos, cuando jugáis con los niños, o sencillamente cuando os entregáis al placer de haber escapado, el efecto sería completamente distinto. Entonces podríais acusarme de halagaros.

—¿Tan variable soy?

—No he dicho que seáis variable. Es solo que se os refleja en el rostro todo lo que se os pasa por la cabeza, que es precisamente lo que desea el dibujante.

—¡Cuán insensible es el dibujante!

—¿Por qué lo decís?

—Hace una copia de las emociones a costa del modelo. Captura un estado de ánimo y lo plasma en el papel para mayor vergüenza del dueño del estado de ánimo.

—Es posible. Pero, por otra parte, el dueño del estado de ánimo, al verse reflejado por primera vez, puede abandonarlo para siempre por ser indigno y una pérdida de tiempo —mientras hablaba rasgó el papel por la mitad y después lo redujo a trocitos pequeños—. Ya está —dijo—, olvidémoslo. Además, ha sido una cosa imperdonable. Ayer me dijisteis que había ocupado vuestras propiedades. Es culpa mía por varias razones. La piratería nos induce a adoptar malas costumbres.

Se levantó y ella comprendió que tenía intención de irse.

—Disculpadme —dijo—, he debido de pareceros quejica y bastante caprichosa. En verdad, cuando vi el dibujo, me avergoncé, porque por primera vez alguien me veía tal como me veo yo a menudo. Ha sido como si tuviera algún defecto físico y vos me hubierais dibujado desnuda.

—Sí. Pero supongamos que el dibujante tiene un defecto comparable pero que lo desfigura más, ¿creéis que el modelo tendría motivos para avergonzarse?

—¿Queréis decir que sería como un vínculo entre los dos?

—Exacto —sonrió de nuevo, dio media vuelta y se dirigió a la ventana—. En estas costas, cuando empieza a soplar viento del este, dura varios días —dijo—. Mi barco tendrá que esperar a que cambie el tiempo, estaré mano sobre mano y es posible que dibuje mucho. ¿Me permitiríais que os retratara otra vez?

—¿Con una expresión diferente?

—Eso depende de vos. No olvidéis que habéis estampado vuestro nombre en mi libro y, cuando estéis de humor para hacer más completa vuestra escapada, el río está acostumbrado a acoger fugitivos.

—No lo olvidaré.

—También hay aves para observar, peces para pescar y ríos para explorar. Son formas diversas de escapar.

—¿Que a vos os han dado buen resultado?

—Que me han dado buen resultado. Gracias por la cena. Buenas noches.

—Buenas noches.

El francés no le tocó la mano esta vez, sino que salió por la puerta acristalada sin volver la cabeza, y ella se quedó mirando hasta que desapareció entre los árboles con las manos hundidas en los bolsillos de la casaca.

VIII



Hacía un calor sofocante en el interior de la casa y, debido al estado de salud de *lady* Godolphin, su marido había ordenado que cerraran las ventanas y corrieran las cortinas para que el sol no la molestara. La luz del verano la fatigaría, el aire suave podía palidecerle más las lánguidas mejillas. Pero recostarse en el sofá entre cojines, charlar de naderías con sus amigos en una habitación protegida del aire y el sol, entre el zumbido de las conversaciones y el cálido olor a humanidad que comía tarta de mantequilla y fruta... eso no podía fatigar a nadie. Era la idea que tenían de la relajación tanto *lord* Godolphin como su señora.

«Nunca más —pensaba Dona—, ni por Harry ni por consideración, nunca más me convencerán de que vaya de visita a casa de mis vecinos» y, fingiendo interés en un perrito faldero que se había sentado en su vestido, le dio el húmedo trozo de tarta que el propio Godolphin la había obligado a aceptar. Vio por el rabillo del ojo que alguien había observado sus movimientos y, horror de los horrores, ahí tenía otra vez al anfitrión encima de ella con un poco más de tarta en las manos, y tuvo que poner su deslumbrante sonrisa falsa, agradecersele con una inclinación de cabeza y ponerse otro bocadito empapado entre los labios a su pesar.

—Si al menos consiguierais convencer a Harry de renunciar a los placeres de la ciudad —dijo Godolphin—, podríamos celebrar a menudo pequeñas reuniones como la presente. A causa del estado de salud de *milady*, las grandes resultarían perjudiciales, pero unos pocos amigos, así, tal como hoy, solo pueden beneficiarla. Lamento profundamente la ausencia de Harry.

Miró a un lado y a otro, satisfecho de su sentido de la hospitalidad, y Dona, mustia en su asiento, volvió a contar a las quince o dieciséis personas de la reunión, que, hartas de verse a todas horas a lo largo de muchos años, la observaban con un interés apático. Las señoras se fijaban en su vestido, en los novedosos guantes largos con los que jugueteaba en el regazo y en el sombrero con las grandes plumas que le ocultaban la mejilla derecha. Los

hombres miraban sin decir palabra, como si estuvieran en la primera fila del teatro, y uno o dos le preguntaron, con una jovialidad burda, sobre su vida en la corte y los placeres del rey, como si solo por haber venido de Londres pudiera saberlo todo sobre la vida y milagros del soberano. Aborrecía el cotilleo por el simple placer de cotillear y, aunque podía haberles contado muchas cosas, si hubiera estado de humor, sobre la banalidad del mundo frívolo del que había huido, del falso Londres pintado, de los niños con linternas vagando de puntillas por las polvorientas calles adoquinadas, de los petimetres achispados en la puerta de las tabernas que se reían a grandes carcajadas y cantaban a voz en grito, del bullicioso ambiente de parranda presidido por alguien con una cabeza que no utilizaba, una mirada oscura y errante y una sonrisa sardónica, guardó silencio y, en su lugar les contó lo mucho que le gustaba el campo.

—Es una verdadera lástima que Navron se halle tan aislada —dijo uno—. Os parecerá tremendamente solitaria, en comparación con la ciudad. Si al menos viviéramos más cerca de vos, podríamos vernos a menudo.

—Sois muy considerado —dijo Dona—. Harry os estaría muy agradecido. Sin embargo, el camino hasta Navron es sumamente incómodo. Hoy me ha sido muy difícil venir aquí. Además, comprended que soy una madre entregada y mis hijos me ocupan casi todo el tiempo del que dispongo.

Sonrió a los presentes con una expresión de inocencia en sus grandes ojos, pensando, mientras hablaba, en la barquita que estaría esperándola en Gweek, con las cañas de pescar enrolladas en el fondo y el hombre que estaría allí, ocioso, en mangas de camisa, remangadas por encima de los codos.

—A mi parecer, hacéis gala de un gran valor —dijo *lady* Godolphin con un suspiro— viviendo sola allí, sin vuestro marido. Yo, por el contrario, me inquieto si el mío se ausenta unas pocas horas durante el día.

—Es comprensible, habida cuenta de la situación en que os halláis —murmuró Dona.

Tuvo que sofocar un deseo loco de echarse a reír, de decir una barbaridad, porque al imaginarse a *lady* Godolphin suspirando en un sofá por su marido y su horrendo forúnculo, tan visible en la nariz, tenía tentaciones de ser mala.

—Confío en que contéis con la debida protección en Navron —dijo Godolphin, dirigiéndose a ella con solemnidad—. Hay tanto licencioso y tanto canalla suelto por ahí en estos tiempos... ¿Disponéis de criados dignos de confianza?

—Son incondicionales.

—Me alegro, porque, de otro modo, os enviaría dos o tres de los míos por cuenta de mi antigua amistad con Harry.

—Os aseguro que es totalmente innecesario.

—Eso creéis vos. Algunos pensamos de otra forma.

Miró al hombre que más cerca tenía, Thomas Eustick, propietario de un terreno extenso más allá de Peryn —un hombre de labios finos y ojos estrechos—, que hacía un rato que miraba a Dona desde la otra punta de la sala. Este se acercó ahora y, con él, Robert Penrose, de Tregony.

—Tengo entendido que Godolphin os ha informado de las amenazas que sufrimos, que provienen del mar —dijo bruscamente.

—Por parte de un francés escurridizo —dijo Dona sonriendo.

—Que dejará de ser escurridizo en breve —replicó Eustick.

—¿Ah, sí? ¿Habéis traído más soldados de Bristol?

El hombre se sonrojó y miró a Godolphin con irritación.

—En esta ocasión no se trata de pagar a mercenarios —dijo—. Yo me opuse a esa idea desde el principio, pero, como de costumbre, no se me prestó atención. No; la idea es enfrentarnos directamente a los extranjeros y considero que el método será eficaz.

—Siempre y cuando nos unamos en número suficiente —añadió Godolphin secamente.

—Y tomen el mando los mejor capacitados para ello —terció Penrose, de Tregony.

Se produjo un silencio mientras los tres hombres se miraban con suspicacia. ¿Se había enrarecido un poco el ambiente por algún motivo?

—Y, si una casa está dividida contra sí, tal casa no permanece —murmuró Dona.

—¿Qué habéis dicho? —inquirió Thomas Eustick.

—Nada. De repente me ha venido a la cabeza un versículo de la Biblia. Pero estabais hablando del pirata. Uno contra tantos. Lo capturarán, sin duda. Y ¿cuál es el plan para capturarlo?

—Todavía no es más que una idea, señora, y, como es natural, no podemos desvelarla. Pero os advertiría, y me inclino a pensar que eso era lo que pretendía hacer Godolphin ahora, cuando os preguntó por vuestros criados, os advertiría de que sospechamos que algunas gentes del condado trabajan para el francés.

—Me dejáis pasmada.

—Es imperdonable, en efecto, y si las sospechas se confirman, morirán todos en la horca, como morirá él. La cuestión es que creemos que el francés

tiene un escondite en algún lugar de la costa, y que uno o dos habitantes lo saben pero no hablan.

—¿No habéis hecho una búsqueda exhaustiva?

—Mi querida *lady* St. Columb, registramos la zona un día sí y otro también. Pero, como habréis oído, se trata de un felón más escurridizo que una anguila, como todos los franceses, y, al parecer, conoce nuestra costa mejor que nosotros mismos. Supongo que no habéis visto nada fuera de lugar en los alrededores de Navron.

—Nada en absoluto.

—La casa domina una amplia vista de la ría, ¿no es así?

—Una vista excelente.

—Entonces, habríais avistado cualquier nave desconocida que entrara en sus aguas, ¿no?

—Sin la menor duda.

—No es mi deseo alarmaros, pero sabed que es posible que el francés se haya ocultado en Helford con anterioridad, y que vuelva a hacerlo.

—Me aterrorizáis.

—Y debo advertiros de que los hombres de esa laya no sentirían el menor respeto por vuestra persona.

—¿Queréis decir que... es un hombre sin escrúpulos?

—Eso me temo.

—Y ¿que sus hombres están desesperados y son unos salvajes?

—Son piratas, señora, franceses, por cierto.

—En tal caso, he de tomar todas las precauciones posibles para salvaguardar mi casa. ¿Creéis que también puedan ser caníbales? Mi hijo menor no tiene ni dos años.

La señora Godolphin soltó un gritito de horror y empezó a abanicarse rápidamente. Su marido chasqueó la lengua con fastidio.

—Tranquilízate, Lucy, *lady* St. Columb bromeaba, nada más. No obstante, os aseguro —continuó, dirigiéndose a Dona de nuevo— que no es ninguna tontería ni debéis tomároslo a la ligera. Creo ser responsable de la seguridad de la población de los alrededores y, puesto que Harry no se halla en Navron, reconozco que estoy preocupado por vos.

Dona se levantó y le tendió la mano.

—Sois muy bondadoso —dijo, dedicándole una sonrisa especial, la que reservaba para las ocasiones difíciles—. No olvidaré vuestra amabilidad, pero os aseguro que no tenéis necesidad de angustiarnos. Si es preciso, podría cerrar mi casa a cal y canto. Y, con vecinos como los caballeros presentes —y miró

también a Eustick y a Penrose—, sé que no ha de sucederme mal alguno. Sois los tres caballeros muy dignos de confianza, muy... si me permitís, muy ingleses en vuestras costumbres.

Los tres, de uno en uno, inclinaron la cabeza ante su mano y ella los obsequió con una sonrisa.

—Quizá —dijo— el francés haya dejado nuestras costas para siempre y no haya que pensar más en él.

—Desearía que así fuera —dijo Eustick—, pero presumimos de empezar a entender a esa rata. Cuanto más quieto está, más peligroso se vuelve, siempre. Veréis como no tardamos en tener noticias tuyas de nuevo.

—Y —añadió Penrose— caerá sobre nosotros donde menos lo esperemos, delante de nuestras propias narices. Pero será la última vez.

—Será un placer inmenso para mí —dijo Eustick hablado lentamente— colgarlo del árbol más alto del parque de Godolphin justo antes del anochecer. E invitar a todos los presentes a presenciar la ceremonia.

—¡Qué sanguinario, señor! —dijo Dona.

—Vos también lo seríais, señora, si os hubieran robado todas las posesiones. Cuadros, plata, vajilla... todo de valor considerable.

—Pero pensad en la alegría que tendréis al recuperarlo.

—Me temo que yo veo las cosas de modo distinto.

Hizo una inclinación de cabeza y dio media vuelta, sonrojado una vez más de irritación.

Godolphin la acompañó al carruaje.

—Ese comentario vuestro ha sido un tanto desafortunado —dijo—. Eustick es muy celoso de su dinero.

—Tengo fama —dijo Dona— de hacer comentarios desafortunados.

—Sin duda en Londres los entenderán.

—Creo que no. Es uno de los motivos por los que me fui de la ciudad.

La miró sin comprender y la ayudó a subir al carruaje.

—¿Vuestro cochero sabe lo que hace?

Se lo preguntó mirando a William, que solo, sin ayuda de ningún lacayo, sostenía las riendas en las manos.

—A la perfección —dijo ella—. Le confiaría mi vida.

—Tiene una expresión obstinada.

—Sí, pero muy divertida, y me encanta su boca.

Godolphin dio un respingo y se apartó de la portezuela.

—Esta misma semana mando cartas a la ciudad —dijo con frialdad—, ¿tenéis algo que decir a Harry?

—Que me encuentre bien y estoy muy contenta, nada más.

—Me encargaré de que sepa de mi preocupación por vos.

—Tened la bondad de no molestaros.

—Lo considero mi deber. Además, la presencia de Harry en las proximidades sería una ayuda inestimable.

—No lo creo.

—Eustick puede resultar un estorbo, y Penrose, un déspota; me paso la vida poniendo paz entre ellos.

—Y ¿os parece que Harry sabría hacerlo mejor que vos?

—Me parece que Harry pierde el tiempo en Londres, cuando debería estar cuidando de sus posesiones en Cornualles.

—Hace ya unos años que las posesiones se cuidan solas.

—Eso no hace al caso. La cuestión del asunto es que necesitamos toda la ayuda que podamos reunir. Y cuando Harry sepa que los piratas medran en la costa...

—Ya se lo he dicho.

—Pero no con la fuerza necesaria, estoy convencido. Si Harry creyera por un instante que Navron House puede estar amenazada, que pueden robarle todo, que su mujer corre peligro... no se quedaría en la ciudad por nada. Yo, en su lugar...

—Pero no estáis en su lugar.

—Yo, en su lugar, no os habría consentido venir sola al oeste. Se sabe de mujeres que, en ausencia de su marido, pierden la cabeza.

—¿Solo la cabeza?

—Insisto: se sabe que pierden la cabeza en momentos difíciles. Ahora os parece que sois muy valiente, sin duda, pero, si os encontrarais cara a cara con un pirata, juraría que os echaríais a temblar y perderíais el sentido, como cualquier otra mujer.

—Me echaría a temblar, sin duda.

—No puedo hablar con tanta franqueza delante de mi esposa, tiene los nervios a flor de piel en estos momentos, pero me han llegado un par de rumores muy feos, y a Eustick también.

—¿Qué clase de rumores?

—Mujeres... bueno... en peligro y todo lo demás.

—¿En peligro? ¿Por qué?

—La gente del campo es cerrada y no cuenta nada. Pero tenemos la impresión de que algunas aldeanas de los alrededores han sufrido a manos de esos malditos canallas.

—¿No es un tanto imprudente investigar eso?

—¿Por qué lo decís?

—Tal vez descubráis que no han sufrido en absoluto, sino todo lo contrario; tal vez disfrutaran una inmensidad. Adelante, William, ten la bondad.

Y, con una inclinación de cabeza, sonriente, *lady* St. Columb agitó la mano enguantada despidiéndose de *lord* Godolphin.

Se alejaron velozmente por el sendero de la entrada, dejando atrás pavos reales en el suave césped y venados en el parque, y salieron a la calzada principal; Dona se quitó el sombrero y empezó a abanicarse con él mirando la espalda rígida de William y riéndose en silencio.

—William, me he portado muy mal.

—Eso supongo, *milady*.

—Hacía un calor espantoso en casa de *lord* Godolphin y su mujer tenía todas las ventanas cerradas.

—Muy insoportable, *milady*.

—Y ninguno de los invitados era de mi agrado.

—No, *milady*.

—Y me moría de ganas de soltar impertinencias terribles.

—Menos mal que no habéis muerto, *milady*.

—Uno se llamaba Eustick y otro Penrose.

—Sí, *milady*.

—Tan desagradable el uno como el otro.

—Sí, *milady*.

—La cuestión, William, es que estas personas empiezan a espabilar. Han hablado mucho de piratería.

—Acabo de oír lo que decía *lord* Godolphin hace un momento, *milady*.

—Y de planes para capturar a los piratas, de unirse en una banda ellos también, de ahorcamientos en el árbol más alto. Y sospechan de la ría.

—Sabía que solo era cuestión de tiempo, señora.

—¿Crees que tu señor sospecha el peligro que corre?

—Eso creo, sí, *milady*.

—Pero sigue fondeando en el río.

—Sí, *milady*.

—Lleva aquí casi un mes. ¿Siempre se queda tanto tiempo?

—No, *milady*.

—¿Cuánto tiempo suele quedarse?

—Cinco o seis días, *milady*.

—El tiempo pasa deprisa. Tal vez no haya caído en la cuenta del tiempo que ha estado.

—Tal vez.

—Empiezo a conocer bien a los pájaros, William.

—Me he dado cuenta, *milady*.

—Empiezo a distinguir sus diferentes cantos y la variación del vuelo, William.

—Sin duda, *milady*.

—También he adquirido cierta pericia con la caña de pescar.

—Lo he observado, *milady*.

—Tu señor es un gran maestro.

—Eso parece, *milady*.

—Es curioso, ¿verdad, William?, que antes de venir a Navron los pájaros me dieran igual y la pesca, otro tanto.

—Es muy curioso, *milady*.

—Me imagino que... que siempre estuvo presente el deseo de saber estas cosas, pero estaba adormecido, no sé si entiendes lo que quiero decir.

—Os entiendo perfectamente, *milady*.

—Para una mujer no es fácil adquirir estos conocimientos por sí misma, ¿no te parece?

—Es casi imposible, *milady*.

—Es necesario un instructor, realmente.

—Así lo considero, *milady*.

—Pero, claro, el instructor debe ser comprensivo.

—Eso es muy importante, *milady*.

—Y debe ser de su agrado... impartir esos conocimientos a su alumno.

—Huelga decirlo, *milady*.

—Y es posible que, a través del alumno, el instructor perfeccione sus conocimientos y obtenga así algo de lo que carecía. En cierto sentido podría decirse que aprenden el uno del otro.

—Habéis resumido con brevedad la esencia del asunto, *milady*.

William, qué encantador, siempre tan amigable, siempre tan comprensivo. Era como disponer de un confesor que nunca reprochaba ni condenaba.

—¿Qué cuento contaste en Navron, William?

—Dije que os quedabais a comer en casa de *lord* Godolphin y que volveríais tarde, *milady*.

—Y ¿dónde vas a guardar los caballos?

—Eso ya está arreglado. Tengo amigos en Gweek, *milady*.

—¿También les has contado un cuento?

—Sí, *milady*.

—Y ¿dónde me cambiaré el vestido?

—Consideraré que a la señora no le molestaría cambiarse detrás de un árbol.

—Qué considerado eres, William. ¿Has elegido el árbol?

—Me he permitido fijarme en uno, *milady*.

El camino torcía bruscamente a la izquierda y se encontraron de nuevo a la vista de la ría. El agua espejeaba entre los árboles. William detuvo a los caballos, se paró un momento y, a continuación, se llevó la mano a la boca y soltó un grito de gaviota. La respuesta no se hizo esperar desde la orilla, que no se veía, y el criado se dirigió a la señora.

—Os está esperando, *milady*.

Dona sacó un vestido viejo de debajo del cojín del carruaje y se lo echó sobre un brazo.

—¿A qué árbol te referías, William?

—Al más grande, *milady*, el roble de las ramas largas.

—¿Crees que estoy loca, William?

—Digamos que... no cuerda del todo, *milady*.

—Es una sensación muy agradable, William.

—Eso me ha parecido siempre, *milady*.

—Qué feliz se puede ser sin motivo alguno... como una mariposa o algo así.

—Exacto, *milady*.

—¿Qué sabes de las costumbres de las mariposas?

Dona se volvió y se encontró de frente con el señor de William, que tenía las manos ocupadas con una caña que estaba preparando, pasando el sedal por el ojo de un anzuelo; después partió el sedal con los dientes.

—Andáis con gran sigilo —dijo ella.

—Es una antigua costumbre que tengo.

—Estaba diciéndole una cosa a William.

—Sobre las mariposas, creo. Pero ¿qué os hace creer que son felices?

—Se nota solo con verlas.

—¿Os referís a la forma en que bailan al sol?

—Sí.

—Y ¿sentís deseos de hacer lo mismo?

—Sí.

—Entonces, será mejor que os cambiéis el vestido. Las damas de la mansión que toman el té con Godolphin no saben nada de las mariposas. Os

espero en la barca. El río es un hervidero de peces.

Le dio la espalda y volvió directamente a la orilla del agua, mientras Dona, al abrigo del roble, se quitaba el vestido de seda y se ponía el otro riéndose para sus adentros; se le soltaron unos rizos del prendedor y le cayeron hacia la cara. Cuando terminó, dio el vestido de seda a William, que esperaba escondiendo la cara entre la cabeza de los caballos.

—Vamos a ir ría abajo con la marea, William, y volveré a Navron andando desde el río.

—Muy bien, *milady*.

—Estaré en el sendero de la entrada poco después de las diez, William.

—Sí, *milady*.

—Y me llevarás a casa como si viniéramos de la mansión de *lord Godolphin*.

—Sí, *milady*.

—¿Por qué sonríes?

—No me he dado cuenta, *milady*, de que tenía las facciones tan relajadas.

—Eres un mentiroso. Adiós.

—Adiós, *milady*.

Se levantó el viejo vestido de gasa por encima de los tobillos y se apretó la banda de la cintura para que no se moviera, y echó a correr descalza entre los árboles hasta la barca que la esperaba en la orilla.

IX



El francés estaba poniendo cebo en el anzuelo y, sonriendo, levantó la cabeza y miró a Dona.

—No habéis tardado.

—No disponía de espejo en el que deleitarme.

—Ahora comprendéis —dijo él— que la vida es muy sencilla cuando nos olvidamos de objetos como los espejos.

Dona subió a la barca y se puso al lado del francés.

—Permitid que sea yo quien ensarte la lombriz en el anzuelo —dijo ella.

Le pasó la caña y, poniéndose a los remos, empezó a deslizar la barca corriente abajo sin dejar de mirar a Dona, que se había sentado en la proa. Estaba concentrada en la tarea, con el ceño fruncido y, como la lombriz se retorció, terminó por clavarse el anzuelo en un dedo. Juró por lo bajo y, al levantar la mirada, vio que él se reía.

—No puedo —dijo, enojada—. ¿Por qué la mujer tiene que ser tan inútil para estas cosas?

—Lo haré yo cuando estemos un poco más abajo.

—Pero eso no es solución —dijo—. Quiero hacerlo yo. No voy a rendirme.

En vez de responder, el francés empezó a silbar suavemente, para sí y, como dejó de mirarla para observar el vuelo de un ave que pasaba por encima de ellos y no le decía nada, Dona volvió a intentarlo, hasta que por fin gritó triunfalmente:

—¡Ya está! ¡Lo he conseguido! Mirad, lo he conseguido —y levantó el anzuelo para que lo viera.

—Muy bien —exclamó—, progresáis —dijo, descansando en los remos y dejando que la barca avanzara sola con la marea.

Poco después, cuando habían recorrido un trecho, el francés sacó una piedra grande de debajo de los pies de Dona, la amarró a un cabo largo y la

arrojó por la borda, de forma que quedaron fondeados, los dos juntos, ella en la proa y él en el asiento del centro, con una caña cada uno.

El agua se rizaba suavemente, con la marea llegaban briznas de hierba y algunas hojas. Todo estaba muy tranquilo. El fino sedal de pescar que sujetaba Dona tiraba un poco con la marea y de vez en cuando, por impaciencia, ella tiraba de él para mirar el anzuelo, pero la lombriz seguía allí, entera, con una cinta oscura, que era un alga que se había enganchado al final.

—Se os ha ido hasta el fondo —dijo él.

Dona recogió un poco de sedal mirando al francés por el rabillo del ojo y, al ver que no criticaba su método ni le corregía nada más, sino que seguía pescando tranquilamente, satisfecho, soltó otra vez el sedal y empezó a fijarse en el perfil de su mandíbula, la posición de los hombros, la forma de las manos. Supuso que, mientras la esperaba, habría estado dibujando, como de costumbre, porque en la popa de la barca, debajo de un aparejo de pesca, había una hoja de papel arrugada y humedecida ya con el bosquejo de una bandada de pequeños correlimos que levantaba el vuelo desde el barro.

Se acordó del dibujo que le había hecho el día anterior y de lo distinto que era del primero, el que había roto en pedazos, porque en el nuevo la había captado en un momento de alegría, inclinada sobre la amura del barco, mirando a Pierre Blanc, tan gracioso, que cantaba una de sus pícaras canciones, y después lo clavó en el mamparo de su camarote, encima de la chimenea, con la fecha al pie.

—¿Por qué no lo rompéis, como hicisteis con el primero? —le había preguntado.

—Porque esta es la actitud que quería captar y recordar —había contestado él.

—¿Porque es más propia de un miembro de la tripulación de *La Mouette*?

—Es posible.

Y no dijo nada más. Y ahora, ahí estaba, sin acordarse del dibujo, pendiente solo de la pesca, mientras que a poca distancia unos hombres planeaban capturarlo, matarlo, e incluso tal vez en ese mismo momento los criados de Eustick, Penrose y Godolphin estuvieran haciendo preguntas por la costa y en las aldeas desperdigadas por el campo.

—¿Os preocupa algo? —preguntó él en voz baja, irrumpiendo en sus pensamientos—. ¿Os habéis cansado de pescar?

—Estaba pensando en lo de esta tarde —dijo ella.

—Sí, lo sé. Os lo he visto en la cara. Contádmelo.

—No deberíais quedaros más tiempo aquí. Han empezado a sospechar. Han hablado de ello, se recrean en la posibilidad de capturaros.

—Eso no me preocupa.

—Se lo toman muy en serio, estoy convencida. Eustick está empeñado. No es un tontorrón pomposo como Godolphin. Tiene intención de colgaros del árbol más alto del parque de Godolphin.

—No deja de ser un halago, al fin y a la postre.

—Os reís de mí. Creéis que no hago sino repetir habladurías y rumores, como todas las mujeres.

—Dramatizáis las cosas, como todas las mujeres.

—Y vos no les prestáis la menor atención.

—Así pues, ¿qué os placería que hiciera?

—En primer lugar, os rogaría que tuvierais precaución. Eustick ha dicho que los campesinos conocen vuestro escondite.

—Es muy posible.

—Y que un día alguno os traicionará y rodearán el río.

—Estoy preparado para eso.

—¿Cómo?

—¿Eustick y Godolphin os contaron cómo se proponían capturarme?

—No.

—Del mismo modo, yo tampoco os contaré cómo pienso zafarme de ellos.

—¿Creéis ni por un instante que yo sería capaz de...?

—No creo nada... pero estoy seguro de que ha picado un pez en vuestra caña.

—Me provocáis a propósito.

—Nada más lejos de la verdad. Si no queréis cobrar ese pez, traed aquí la caña.

—Sí, quiero cobrarlo.

Y empezó a recoger el sedal a regañadientes, un poco enfadada, hasta que, al notar la resistencia en el anzuelo, tiró más deprisa y el sedal mojado fue a parar a su regazo y a sus pies descalzos; riéndose de él por encima del hombro, dijo:

—¡Ya lo tengo! Lo noto, está ahí, en el anzuelo.

—Más despacio —dijo él en voz baja— o lo perderéis. Despacio, acercadlo al costado de la barca.

Pero no le hizo caso. Se levantó, presa de la emoción, el sedal se le escapó un momento y entonces tiró de él con toda la fuerza que pudo y, en el

momento en que vio el reflejo blanco del pez que llegaba a la superficie, este tiró del sedal, viró a un lado rápidamente y desapareció.

Dona dio un grito de desilusión y se volvió hacia él con cara de reproche.

—Lo he perdido —dijo—, se ha escapado.

La miró riéndose, quitándose el pelo de los ojos de una sacudida.

—Os habéis emocionado en exceso.

—No he podido evitarlo. Era una sensación tan agradable... esa forma de tensarse el sedal... Y quería pescarlo por encima de todo.

—No tiene importancia. Es posible que pique otro.

—El sedal está todo enredado.

—Dádmelo.

—No. Puedo hacerlo yo.

El francés cogió su caña otra vez; ella se agachó a recoger el sedal y se lo puso en el regazo. Era una maraña ingobernable de nudos y vueltas y, cuanto más se esforzaba por deshacer el enredo, más se enredaba. Miró al francés con desconcierto y él, sin mirarla, tendió la mano y cogió el sedal. Creyó que iba a burlarse de ella, pero no dijo nada, y se recostó en la proa mirándole las manos, que deshacían los nudos del húmedo sedal.

El sol había avanzado hacia el oeste, pintaba cintas en el cielo y arrancaba reflejos dorados al agua. La marea bajaba rápidamente borboteando en la proa de la barca.

Ría abajo un zarapito solitario andaba por el barro, hasta que levantó el vuelo silbando suavemente y desapareció.

—¿Cuándo encenderemos la hoguera? —preguntó Dona.

—Cuando pesquemos la cena —dijo él.

—Y ¿si no pescamos nada?

—Pues no habrá hoguera.

Siguió mirándole las manos y, milagrosamente, o eso le pareció, el sedal, desenredado de nuevo, quedó enrollado en vueltas sueltas; el francés lo echó al agua por un costado y le dio el otro extremo para que lo sujetara.

—Os lo agradezco —dijo ella en tono bajo, un tanto humillada.

Lo miró y vio una sonrisa en sus ojos, la sonrisa secreta que se había acostumbrado a esperar, y por algún motivo extraño, supo que esa sonrisa tenía que ver con ella, aunque él no dijo nada, y de pronto sintió una curiosa alegría.

Siguieron pescando, cada cual con su caña, mientras un mirlo solitario cantaba su canción intermitente, meditabunda y dulce escondido en el bosque de la otra orilla de la ría.

Sentados allí los dos, en silencio, Dona pensó que no había sabido lo que era la paz hasta ese momento, que los inquietos demonios de su interior, que tan a menudo luchaban y se revolvían por salir, se habían apaciguado ahora gracias al silencio y a la presencia del pirata. En cierto modo era como estar bajo los efectos de un hechizo, de un encantamiento extraño, porque esa sensación de quietud le era completamente ajena, pues siempre había vivido en un torbellino de ruido y movimiento. Y, sin embargo, el hechizo traía consigo un eco que no le era ajeno, como si hubiera vuelto a un lugar que conocía desde siempre, que deseaba profundamente, pero que lo había perdido por descuido, por las circunstancias o por la torpeza de su propia percepción.

Comprendió que esta era la paz que ansiaba cuando se fue de Londres, la que había ido a buscar a Navron, pero también que solo había hallado una parte en los bosques, en el cielo, en la ría, y que lo que la completaba y redondeaba era estar con él, como en ese momento o cuando se le colaba en el pensamiento.

Aunque estuviera en Navron jugando con los niños, paseando por el jardín o llenando jarrones de flores, y él, lejos, en su barco del río, el mero hecho de saber que estaba allí le llenaba el pensamiento y el cuerpo de vida y calor, una sensación asombrosa que nunca había experimentado.

«Es porque los dos somos fugitivos —pensaba—, ese es el vínculo que nos une», y se acordó de lo que había dicho la primera noche, cuando cenaron en Navron, a propósito de los defectos de cada cual. De pronto vio que él tiraba de su sedal y se asomó a mirar rozándole el hombro, y dijo con emoción:

—¿Han picado?

—Sí —dijo él—. ¿Queréis cobrar vos la pieza?

—No estaría bien —dijo ella entristecida—, lo habéis pescado vos.

Riéndose, le pasó el sedal y ella acercó el inquieto pez al costado, lo sacó y lo dejó en el fondo de la barca; el pez saltaba y se movía enredándose en el retorcido sedal. Dona se arrodilló y lo cogió; tenía el vestido mojado y salpicado de barro de la ría, y los rizos le caían en la cara.

—Es más pequeño que el que picó en mi anzuelo —dijo.

—Como sucede siempre —dijo él.

—Pero lo he pescado, lo he sacado del agua, ¿no es verdad?

—Sí, lo habéis hecho muy bien.

Seguía arrodillada, intentando desenganchar el anzuelo de la boca del pez.

—¡Ah, pobrecillo, está agonizando! —dijo—. Seguro que le duele mucho, no sé qué hacer.

Miró al francés con gran consternación, él se acercó y, arrodillándose a su lado, le cogió el pez de las manos y soltó el anzuelo de un tirón seco. Después le metió los dedos en la boca y le echó la cabeza atrás, de manera tal que el pez se debatió un instante y se quedó inmóvil.

—Lo habéis matado —dijo ella con tristeza.

—Sí —dijo él—, ¿no era eso lo que queríais que hiciera?

Dona no respondió, se acababa de dar cuenta, ahora que la emoción había pasado, de lo cerca que estaba de ella: los hombros se tocaban, también las manos, y él sonreía otra vez de esa forma silenciosa y secreta; un resplandor desconocido hasta entonces la invadió de pronto, un deseo atrevido y desvergonzado de estar aún más cerca de él, de rozarle los labios con los suyos, de notar su mano en la cintura. Desvió la mirada hacia la ría, muda y atónita ante ese fuego nuevo que se le había encendido por dentro, temiendo que él pudiera leerle el mensaje en los ojos y entonces despreciarla, como despreciaban Harry y Rockingham a las mujeres del Swan, y se puso a atusarse los rizos y a alisarse el vestido, absurdos gestos mecánicos que seguramente no lo engañarían, pero que procuraban alguna protección a su desnudez.

Tan pronto como se recobró le echó una mirada furtiva y vio que había recogido los sedales y se había puesto a los remos.

—¿Tenéis apetito? —le preguntó.

—Sí —respondió ella con voz insegura, sin saber muy bien qué decir.

—Pues hagamos una hoguera y preparemos la cena —dijo él.

El sol se ponía y las sombras empezaban a adueñarse del agua. La marea bajaba rápidamente y el francés llevó la barca al centro del canal para que la corriente los empujara río abajo. Dona se acurrucó en la proa, sentada con las piernas cruzadas y la barbilla apoyada en las manos.

La luz dorada desapareció y el cielo palideció, se puso misterioso y suave, pero el agua parecía más oscura que antes. El aire olía a musgo, a follaje verde y tierno del bosque y al aroma acre y penetrante de los jacintos silvestres. Cuando llegaron al centro de la corriente el francés dejó de remar y se quedó escuchando; Dona volvió la cabeza hacia la orilla y por primera vez oyó un chirrido muy curioso, grave y bastante áspero, fascinante por lo tranquilo y monótono.

—La chotacabras —dijo él, mirándola un instante.

Dejó de mirarla y en ese momento Dona supo que había leído el mensaje de sus ojos un poco antes y que no la despreciaba por ello, lo sabía y lo entendía porque él sentía lo mismo, el mismo fuego, el mismo deseo. Mas, como ella era una mujer y él un hombre, jamás reconocerían esas cosas abiertamente; los dos debían ser reservados hasta que llegara el momento, que podía ser mañana, pasado mañana o nunca: no podían elegirlo ellos.

Siguió remando corriente abajo sin decir una palabra, hasta que llegaron a la desembocadura del río, donde los árboles se amontonaban hasta la misma orilla; se internaron a contracorriente por el estrecho canal y llegaron a un claro en el que antiguamente había un muelle; apoyándose en los remos, dijo:

—¿Aquí?

—Sí —dijo ella.

Acercó la proa de la barca hasta el blando barro y desembarcaron.

El francés sacó la barca de la corriente, cogió su cuchillo y, arrodillado en la orilla, limpió el pescado mientras decía a Dona que encendiera la hoguera.

Dona encontró unas ramas secas al pie de los árboles y las partió sobre la rodilla; se había rasgado el vestido y se le había arrugado irremediablemente, y, riéndose para sí, pensó en *lord* y *lady* Godolphin, que la mirarían atónitos si la vieran en ese momento, como una gitana nómada, con los mismos sentimientos primitivos, y traidora a su país, para rematar.

Colocó los palos apoyándolos unos en otros. Él llegó de la orilla con el pescado limpio y se arrodilló al lado con la yesca y el pedernal, hasta que prendió una llamita con un primer destello, que empezó a crecer. Poco después, los palos largos crepitaban y alumbraban, y ellos se miraron entre las llamas y se rieron el uno del otro.

—¿Alguna vez habéis asado pescado al aire libre? —le preguntó.

Ella negó con un movimiento de cabeza; él hizo un hueco entre la ceniza, por debajo de los palos, colocó una piedra plana en el centro y puso el pescado encima. Limpió el cuchillo en el calzón y, acuclillado junto al fuego, esperó unos minutos, hasta que el pescado empezó a dorarse; entonces le dio la vuelta con el cuchillo para que le llegara el calor por la otra parte. En el río, estaba todo más oscuro que en la ría y la sombra de los árboles se alargaba sobre el muelle. A medida que oscurecía, se extendía por el cielo un resplandor que solo se ve algunas noches de verano, breve y precioso, que murmura un instante en el tiempo y se va para siempre. Dona miraba cómo manejaba el pescado con las manos; levantó la vista hacia el rostro, absorto en la tarea, con el ceño ligeramente fruncido, concentrado, y la tez sonrojada con el reflejo del fuego. El apetitoso olor de la comida les llegó a la nariz al

mismo tiempo; él la miró y sonrió sin decir nada; dio otra vuelta al pescado sobre las llamas crepitantes.

Después, cuando le pareció que estaba hecho, lo levantó con el cuchillo y lo colocó en una hoja, todavía crepitante del fuego, lo partió de arriba abajo, dejó una mitad en el borde de la hoja y se la ofreció junto con el cuchillo, mientras que él cogía la otra mitad con los dedos y empezaba a comer riéndose de ella.

—Es una lástima —dijo Dona, pinchando el pescado con el cuchillo— que no tengamos nada que beber.

A modo de respuesta, él se levantó, fue a la barca, que estaba en la orilla del agua, y volvió al momento con una botella larga y delgada en la mano.

—Se me había olvidado —dijo— que estáis acostumbrada a cenar en el Swan.

Dona no respondió inmediatamente, molesta por sus palabras, pero, mientras le servía vino en una copa que había traído para ella, preguntó:

—¿Qué sabéis vos de mis cenas en el Swan?

Él se chupó los dedos, pegajosos del pescado, y sirvió más vino en otra copa.

—*Lady St. Columb* cena codo con codo con las damiselas de la ciudad —dijo—, y después campa por las calles y caminos como un muchacho con el calzón caído y vuelve a casa cuando la ronda nocturna se va a la cama.

Se quedó con la copa en la mano, sin beber, mirando el agua oscura, y de pronto le surgió un pensamiento: que él la consideraba vulgar y promiscua, como las mujeres de la taberna, que lo que hacía ahora, sentarse con él al aire libre, al anochecer, con las piernas cruzadas, como una gitana, era solamente un breve paréntesis en una serie de escapadas continuas, que había hecho lo mismo con otros muchos hombres, con Rockingham, con todos los amigos y conocidos de Harry, que no era sino una ramera caprichosa en busca de sensaciones nuevas, sin contar siquiera con la excusa de la pobreza de las ramerías. No entendía por qué motivo le producía un dolor tan intolerable la idea de que pudiera tener esa opinión de ella; le pareció que la luz se apagaba del todo y que el gozo del día se esfumaba. Sintió de pronto una gran necesidad de volver a Navron, a casa, a su dormitorio, y de que James corriera hacia ella sobre sus inseguras piernecitas gordezuelas, y de levantarlo en brazos, estrecharlo con fuerza y esconder la cara en su mejilla suave y rellena, para olvidar esta angustia nueva, desconocida, que le embargaba el corazón, este sentimiento doloroso de perplejidad, de cosa perdida.

—¿Ya no tenéis sed? —dijo el francés, cuando Dona se volvió con la mirada atormentada.

—No, creo que no —y guardó silencio, jugueteando con los extremos de la banda de la cintura.

Le parecía que la paz de estar juntos se había hecho añicos y que de nuevo había tensión entre ellos. La había herido con sus palabras, y él lo sabía, y, mientras miraban el fuego sin decir nada, todas las palabras ocultas, no pronunciadas, ardían en el aire creando un ambiente crispado e inquieto.

Finalmente fue él quien rompió el silencio con su voz grave y serena.

—En invierno —dijo—, cuando dormía en Navron, en vuestro aposento, y miraba el cuadro, os dibujaba mentalmente. Tal vez os veía pescando, como hemos hecho esta tarde, o mirando el mar desde la cubierta de *La Mouette*. Pero, no sé por qué, los dibujos no se avenían del todo con las habladurías sobre vos que a veces oía en boca de los criados. No cuadraban los unos con las otras.

—¡Qué tontería, hacer dibujos de una mujer sin haberla visto jamás!

—Es posible —dijo él—, pero también fue tontería dejar vuestro retrato en vuestra alcoba, solo y desatendido, habiendo piratas como yo por las costas inglesas.

—Podíais haberle dado la vuelta —dijo ella—, ponerlo de cara a la pared... o incluso cambiarlo por otro de la verdadera Dona St. Columb de parranda en el Swan, disfrazada con el calzón de los amigos de su marido y cabalgando a medianoche con un antifaz para asustar a ancianas solitarias.

—¿Esa era una de vuestras diversiones?

—Fue la última antes de huir. Me intriga que no lo supierais por las habladurías de los criados.

De pronto él se echó a reír y, cogiendo un poco más de leña del montón que tenía al lado, la echó a la hoguera y las llamas crepitaron y saltaron en el aire.

—Es una lástima que no nacierais varón —dijo—, porque habrías descubierto lo que significa el peligro. En el fondo, os placería vivir fuera de la ley, como a mí; disfrazaros de hombre para asustar a las ancianas era lo más parecido a la piratería que os podíais imaginar.

—Sí —dijo ella—, pero vos, tan pronto como os hacéis con el botín o desembarcáis, desaparecéis en vuestro barco con la sensación de haber conseguido algo, mientras que yo, después de mis lastimosos intentos de piratería, solo sentía desprecio por mí misma y degradación.

—Sois mujer —dijo él— y tampoco os molestáis en matar peces.

Lo miró entre las llamas y vio que ahora sonreía burlonamente y que la tensión había desaparecido, que eran ellos mismos otra vez y que podía recostarse en un codo y despreocuparse.

—Siendo niño —dijo— jugaba a los soldados y luchaba por mi rey, pero, cuando había tormenta y caían rayos y tronaba el cielo, me escondía entre las faldas de mi madre y me tapaba los oídos. Además, para mayor realismo, me pintaba las manos de rojo y fingía que me habían herido, pero la primera vez que vi sangre de verdad, de un perro que agonizaba, eché a correr y vomité.

—Igual que yo —dijo ella—; eso fue lo que sentí después del asalto a la anciana.

—Sí, por eso os lo he contado.

—Pero ahora la sangre no os afecta, sois pirata y lucháis por vuestra vida... robando, matando y haciendo daño. Todo lo que fingíais hacer pero os atemorizaba... ahora os es indiferente.

—Muy al contrario —dijo él—, tengo miedo a menudo.

—Sí, pero de otra forma. No tenéis miedo de vos. No os da miedo tener miedo.

—No. No, eso ya ha pasado. Se me pasó cuando me hice pirata.

Los largos palos de la hoguera empezaron a partirse y se derrumbaron a trozos. Las llamas ardían bajas y la ceniza era blanca.

—Mañana —dijo él— tengo que empezar a hacer planes otra vez.

Lo miró, pero la luz de la hoguera ya no se reflejaba en él y su rostro estaba en sombra.

—¿Queréis decir que... debéis partir? —preguntó ella.

—Llevo demasiado tiempo ocioso —respondió él— y la culpa es del río. He permitido que se adueñara de mí. No, vuestros amigos Eustick y Godolphin tendrán que defender sus riquezas. Procuraré que salgan a campo abierto.

—¿Vais a hacer algo peligroso?

—Naturalmente.

—¿Vais a desembarcar otra vez en la costa?

—Es muy probable.

—¿Arriesgándoos a que os capturen e incluso os maten?

—Sí.

—¿Por qué... por qué razón?

—Porque busco la satisfacción de demostrar que tengo más seso que ellos.

—Es una razón ridícula.

—No obstante, es la mía.

—¡Cuánta soberbia! Es una forma sublime de presunción.

—Lo sé.

—Sería mejor que volvierais a Bretaña.

—Mucho mejor.

—Pero llevaréis a vuestros hombres a un acto desesperado.

—Tanto les da.

—Y *La Mouette* podría zozobrar, en vez de descansar pacíficamente fondeada en un puerto del otro lado del estrecho.

La Mouette no fue hecha para fondear pacíficamente en un puerto.

El pirata le sostuvo la mirada un largo instante con una luz en los ojos como la llama que se había extinguido en la hoguera, hasta que se despezó, bostezó y dijo:

—Es una verdadera lástima que no seáis un muchacho, porque habríais podido venir conmigo.

—¿Por qué tengo que ser un muchacho para hacer eso?

—Porque las mujeres que no se atreven a matar peces son demasiado delicadas y preciosas para los barcos piratas.

Ella lo miró mordiéndose un dedo, hasta que dijo:

—¿Eso creéis en verdad?

—Naturalmente.

—¿Me permitiríais ir con vos por esta vez para demostraros que os equivocáis?

—Os marearíais.

—No.

—Sufriríais incomodidades, pasarías frío y miedo.

—No.

—Suplicaríais que os dejara en tierra tan pronto como el plan empezara a dar resultado.

—No.

Lo miró con hostilidad, enfadada; él se levantó de pronto, se rio y apagó con el pie el último rescoldo de la hoguera; desapareció el resplandor y la noche se hizo oscura.

—¿Cuánto apostaríais —le preguntó— a que no me mareo ni me quejo de frío ni de miedo?

—Depende —dijo él— de lo que podamos jugaros.

—Mis pendientes —dijo ella—, podéis quedaros con mis pendientes de rubíes, los que llevaba cuando cenasteis conmigo en Navron.

—Sí —dijo él—, serían un buen premio. Si los tuviera en mi poder, no habría motivo para ser pirata. Y, si ganarais vos la apuesta, ¿qué me pediríais?

—Aguardad —dijo—, dejadme pensar —y se quedó en silencio a su lado un momento, mirando el agua; y, muerta de ganas de diversión, presa de pura maldad, dijo—: Un rizo de la peluca de Godolphin.

—Os traeré la peluca entera —dijo él.

—Muy bien —contestó ella, y dio media vuelta para dirigirse a la barca —, así pues, no hay nada más que decir. Todo arreglado. ¿Cuándo zarpamos?

—Cuando haga el plan.

—Y ¿os pondréis a trabajar mañana?

—Me pondré a trabajar mañana.

—Procuraré no interrumpiros. Yo también tengo que hacer un plan. Creo que me indispondré y me quedaré en la cama, será una indisposición febril, para que los niños y la niñera no puedan entrar en mi alcoba. Solo me atenderá William. Y mi querido y leal William llevará todos los días alimento y agua a la enferma... que no estará allí.

—Sois ingeniosa.

Dona subió a la barca y el pirata cogió los remos y se adentró silenciosamente en el río, hasta que el casco del barco apareció ante ellos a la suave luz grisácea. Una voz los saludó desde la nave y él respondió en bretón; pasó de largo hasta llegar con la barca a su lugar de siempre, en el nacimiento del río.

Se adentraron en el bosque sin hablar y, al llegar a los jardines de la casa, el reloj de la torre dio la media. William estaría esperándola en el camino de la entrada con el carruaje, para llevarla a casa según lo previsto.

—Confío en que hayáis disfrutado de la cena con *lord* Godolphin —dijo el francés.

—Mucho —dijo ella.

—Y el pescado ¿estaba algo más que simplemente hecho?

—El pescado estaba delicioso.

—En el mar perderéis el apetito.

—Al contrario, el mar me abrirá un apetito feroz.

—Será necesario navegar con el viento y la marea, ¿lo habéis pensado? Es decir, zarpar antes del amanecer.

—Es la mejor hora del día.

—Tal vez mande a buscaros sin previo aviso, de repente.

—Estaré preparada.

Siguieron andando entre los árboles hasta llegar al camino de la entrada a la casa, vieron el carruaje esperando y a William con los caballos.

—Os dejo aquí —dijo él, y esperó un momento a la sombra de los árboles, mirándola—. Entonces, ¿es cierto que vendréis?

—Sí —dijo ella.

Se sonrieron mutuamente con un repentino sentimiento nuevo, una nueva emoción, como si el futuro, desconocido todavía para ambos, encerrara un secreto y una promesa. Después, el francés dio media vuelta y se alejó entre los árboles; Dona salió al camino a la altura de las hayas, que se erguían, altas y sombrías, en la noche de verano moviendo suavemente las ramas, como un susurro de acontecimientos futuros.

X



Fue William quien la despertó, el que le sacudía el brazo y le decía al oído:

—Perdonadme, *milady*, pero *monsieur* acaba de mandar recado, el barco zarpa dentro de una hora.

Dona se sentó en la cama inmediatamente, las palabras se llevaron todas las ganas de dormir.

—Gracias, William —dijo—, no tardo ni veinte minutos en prepararme. ¿Qué hora es?

—Las cuatro menos cuarto, *milady*.

William salió de la alcoba y Dona, descorriendo las cortinas, vio que todavía era de noche, la blanca aurora no había llegado. Empezó a vestirse a toda prisa con el corazón acelerado de emoción y las manos más torpes que nunca, siempre con la sensación de ser una niña mala que se lanza a una aventura prohibida. Hacía cinco días que había cenado en el río con el francés y no lo había vuelto a ver desde entonces. Sabía por instinto que, cuando trabajaba, quería estar solo, y había dejado pasar los días sin cruzar el bosque para ir al río ni mandarle recados, ni siquiera por medio de William, porque sabía que en cuanto completara el plan mandaría a buscarla. La apuesta no había sido una tontería del momento, una diversión de una noche de verano que se olvida al día siguiente, sino un pacto que él cumpliría, una prueba de la fuerza de Dona, un reto para su valor. A veces pensaba en Harry, que seguiría con su vida en Londres, sus paseos a caballo, sus juegos, las visitas a las tabernas, a los teatros, las partidas de cartas con Rockingham..., y las imágenes que conjuraba le parecían de otro mundo, un mundo con el que ya no tenía nada que ver. Era, en cierto modo, un pasado muerto y enterrado, y Harry, algo así como un fantasma, una sombra errante de otra época.

La otra Dona también había muerto, y la mujer que ocupaba su lugar vivía con mayor intensidad, con mayor profundidad, con una nueva abundancia de sentimiento en cuanto pensaba o hacía, una nueva valoración que tenía algo de sensual en todos los detalles que componían cada día.

El verano le procuraba gozo y alegría por sí mismo, las mañanas luminosas cortando flores con los niños, paseando con ellos por los campos y los bosques, y las largas tardes, perezosas y completas, cuando se tumbaba a la sombra de los árboles y el aire olía a tojo, a retama y a jacintos silvestres. Hasta las cosas más sencillas, las más elementales, como comer, beber y dormir, eran ahora, desde que estaba en Navron, una fuente de placer, de disfrute en abandono y tranquilidad.

No, la Dona de Londres se había ido para siempre, la mujer que se acostaba al lado de su marido bajo el dosel del gran lecho de su casa de St. James Street, con dos spaniels arañando el mimbre de sus cestos, en el suelo, la ventana abierta al aire cargado y sofocante y a los gritos callejeros de componedores de sillas y aprendices de toda laya... aquella Dona pertenecía a otra existencia.

El reloj de la torre dio las cuatro, y la nueva Dona, con un vestido viejo que había apartado hacía tiempo para regalárselo a una campesina, un pañuelo sobre los hombros y un hatillo en las manos, bajó las escaleras sigilosamente hasta el comedor, donde la esperaba William con una vela en la mano.

—Pierre Blanc os aguarda fuera, *milady*, en el bosque.

—Sí, William.

—Me ocuparé de la casa en vuestra ausencia, *milady*, y procuraré que Prue no se descuide con los niños.

—Cuentas con toda mi confianza, William.

—Tengo intención de anunciar a la servidumbre esta mañana que *milady* se encuentra indispuesta, un poco febril, y que, por temor al contagio, preferís que los niños no vayan a veros a vuestra alcoba, así como tampoco las doncellas, y que me habéis pedido que os atienda yo mismo.

—Excelente, William. Y tu rostro, tan solemne, será perfecto para la ocasión. Eres, si me permites decirlo, un mentiroso nato.

—Eso me han dicho a veces las mujeres, *milady*.

—Creo que en realidad no tienes corazón, William. ¿Seguro que puedo dejarte solo entre un montón de mujeres con la cabeza a pájaros?

—Seré un padre para ellas, *milady*.

—Puedes regañar a Prue, si te parece conveniente; a veces es perezosa.

—Así lo haré, señora.

—Y pon mala cara a la señorita Henrietta si habla más de lo debido.

—Sí, *milady*.

—Y si el señorito James se empeña en repetir de fresas...

—Deseáis que se lo permita, *milady*.

—Sí, William, pero cuando Prue no lo vea... después, en la despensa, los dos solos.

—Entiendo la situación perfectamente, *milady*.

—Ahora tengo que irme. ¿Te gustaría venir conmigo?

—Desafortunadamente, *milady*, mis entrañas no encajan bien el movimiento del barco en el agua. ¿Entiende *milady* a lo que me refiero?

—Dicho de otra forma, te mareas horriblemente, William.

—*Milady* sabe expresarse muy bien. Por cierto, a propósito de lo que estamos hablando, me permito la libertad de aconsejaros, *milady*, que llevéis con vos esta cajita de grageas, que en otro tiempo me hicieron un servicio impagable y que tal vez os sirvan de ayuda en el caso de que os agobie alguna sensación extraña.

—Eres muy considerado, William. Dámelas, las guardaré en el hatillo. He apostado con tu señor a que no sucumbiré. ¿Crees que ganaré la apuesta?

—Depende de a qué os referáis, *milady*.

—A que no sucumbiré al movimiento del barco, William, por supuesto. ¿A qué creías que me refería?

—Perdonad, *milady*. Por un momento se me fue la cabeza a otra parte. Sí, creo que ganaréis la apuesta.

—Es lo único que hemos apostado, William.

—Sí, *milady*.

—¿Lo dudas?

—Cuando dos personas emprenden un viaje, *milady*, y una de ellas es un hombre como mi señor y la otra una mujer como mi señora, se me figura que la situación encierra muchas posibilidades.

—William, eres un impertinente.

—Lo lamento, *milady*.

—Y... francés en las ideas.

—Culpad de ello a mi madre, *milady*.

—Olvidáis que llevo seis años casada con *sir* Harry, que tengo dos hijos y que el próximo mes cumplo treinta años.

—Todo lo contrario, *milady*, eran esas tres cosas en las que más pensaba.

—Entonces, me has dejado completamente perpleja. Abre la puerta ahora mismo y déjame salir al jardín.

—Sí, *milady*.

William abrió los postigos y descorrió las largas y gruesas cortinas. Algo revoloteó contra los cristales buscando una salida y, cuando William abrió la

puerta acristalada, una mariposa, que estaba prisionera entre los pliegues de las cortinas, salió volando al aire.

—Otra fugitiva que busca la salida, *milady*.

—Sí, William —le sonrió brevemente y, de pie en el umbral, aspiró el aire fresco de la madrugada; levantó la mirada y vio la primera pincelada clara del día en el cielo—. Adiós, William.

—*Au revoir, milady*.

Dona salió al césped con el hatillo en la mano y el pañuelo en la cabeza, miró atrás una vez más y vio la silueta gris de la casa, sólida y segura, dormida, y a William montando guardia en la puerta acristalada. Se despidió de él agitando la mano y siguió a Pierre Blanc, que, con sus ojos alegres, su oscura carita de mono y sus pendientes, la condujo por el bosque hasta el barco pirata del río.

Sin saber por qué, esperaba oír barullo, ruido, la confusión de las maniobras, pero cuando llegó a *La Mouette* todo era silencio, como de costumbre. No entendió que el barco estaba listo para zarpar hasta que embarcó por la escala del costado; la cubierta estaba limpia y la tripulación en sus puestos.

Uno de los hombres se acercó e hizo una profunda inclinación de cabeza.

—*Monsieur* desea veros en el alcázar.

Dona subió hasta la cubierta de popa y, al mismo tiempo, se oyó el traqueteo de la cadena en el escobén, el gruñido del cabrestante y ruido de pisadas. Pierre Blanc, el compositor, empezó a canturrear, las voces de los hombres, graves y bajas, se elevaron en el aire, y Dona dio media vuelta y se asomó a verlos. Sus idas y venidas por la cubierta, el crujido del cabrestante y el canto monótono eran como una poesía en el aire, un ritmo delicioso, todo formaba parte de una mañana fresca y parte de una aventura.

Entonces oyó una orden a su espalda, clara, determinante, y vio al francés por primera vez al lado del timonel, junto a la rueda del timón, con una expresión tensa de atención y las manos a la espalda. Era un ser distinto al compañero del río que se había sentado a su lado en la barca y había desenredado el sedal, y después había encendido la hoguera en el muelle para asar el pez, con las mangas enrolladas por encima de los codos y el pelo cayéndole sobre los ojos.

Tuvo la sensación de ser una intrusa, una tonta entre un puñado de hombres con trabajo que hacer y, sin una palabra, se apartó a un lado, contra la amura, donde no lo molestaría, y él siguió dando órdenes, levantando la mirada hacia el cielo, o bajándola hacia el agua y las orillas del río.

Poco a poco el barco empezó a alejarse, y el viento de la mañana, que venía de los montes, hinchó las grandes velas. Se deslizaba por el río como un fantasma sobre el agua tranquila, casi rozando los árboles a veces, a medida que el canal se acercaba a la costa; el francés, sin moverse del lado del timonel, marcaba el rumbo observando los meandros del río. La gran ría se abrió ante ellos, el viento soplaba de lleno del oeste y rizaba la superficie del agua y, cuando llegó con fuerza a *La Mouette*, la nave se escoró ligeramente, las cubiertas se inclinaron y un leve roci6n de espuma salpic6 la cubierta. Rompía el día por el este, una neblina opaca cubría el cielo y un resplandor apagado prometía buen tiempo. El aire sabía a sal y traía una frescura del mar abierto más allá del estuario y, cuando el barco entró en el canal principal de la ría, las gaviotas levantaron el vuelo y lo siguieron.

Los hombres dejaron de cantar y miraban al mar con expectaci6n, como si hubieran descansado demasiado tiempo y de pronto estuvieran ansiosos por entrar en acci6n. Una vez más, la espuma del mar encrespado roci6 el barco al cruzar la barra de la boca del estuario, y Dona, sonriendo, la prob6 en los labios; levant6 la mirada y vio que el francés ya no estaba con el timonel, sino a su lado, y seguro que también a él le habían salpicado las olas, porque tenía sal en los labios y el pelo mojado.

—¿Es de vuestro agrado? —le dijo.

Ella asintió riéndose, sin dejar de mirarlo, y él sonrió un momento contemplando el mar. En ese instante Dona sabore6 un triunfo, un éxtasis súbito, porque sabía que él era suyo y que lo amaba, aunque eso lo sabía desde el primer día, desde el instante en que entr6 en el camarote y lo vio sentado a la mesa, dibujando la garza real. O incluso desde antes, desde que avist6 el barco en el horizonte dirigiéndose a tierra con sigilo; fue entonces cuando supo que iba a suceder esto y que nada podría evitarlo; ella formaba parte de su cuerpo y de su pensamiento, eran el uno para el otro, dos trotamundos, dos fugitivos hechos en el mismo molde.

XI



Eran aproximadamente las siete de la tarde y Dona, que venía de cubierta, vio que habían cambiado el rumbo otra vez y se dirigían de nuevo hacia la costa. La tierra no era todavía nada más que un borrón en el horizonte, un mero jirón de nube. Habían estado todo el día en el mar, en medio del estrecho, sin avistar ninguna otra nave, con un fuerte viento doce horas seguidas que había hecho saltar y mecerse a *La Mouette* como si estuviera viva. Dona entendió que la idea era esconderse a la vista de tierra hasta el final de la tarde, y, cuando llegara la noche, acercarse al amparo de la oscuridad. Por eso el día había consistido en un mero dejar pasar el tiempo, naturalmente con la posibilidad de cruzarse con un mercante que llevara alguna carga por el estrecho y pudiera ser la primera presa, pero no había sido así y la tripulación, azuzada por el largo día en el mar, ardía en deseos de comenzar la aventura que los aguardaba y enfrentarse a los azares que se pudieran presentar por la noche. Todos y cada uno parecían poseídos por una sensación emocionante, un espíritu malvado, eran como niños que se disponían a iniciar una aventura de locos, y Dona, apoyada en la borda de la cubierta de popa, los observaba, los oía reír y cantar, hacerse bromas unos a otros y echarle una mirada a ella de vez en cuando, una sonrisa, todo con una actitud premeditada de galantería, muy conscientes de la presencia a bordo de una mujer que nunca había navegado con ellos.

Incluso el día era contagioso, con el sol abrasador, la fresca brisa del oeste y el agua azul. Le entró entonces un gran deseo de ser hombre, uno más, de manejar cabos y pastecas, subir a lo alto del palo y orientar velas, e ir al gobierno de la gran rueda del timón. Las olas salpicaban la cubierta constantemente, le mojaban las manos, le empapaban el vestido, pero le daba igual, el sol se lo secaría enseguida. Encontró un espacio seco a sotavento del timón y allí se sentó, con las piernas cruzadas como las gitanas, con el pañuelo sujeto en la banda de la cintura y el viento revolviéndole el pelo. A mediodía tenía un hambre feroz y de popa le llegó un olor a pan caliente y

café negro y amargo; después vio a Pierre Blanc subiendo por la escala de popa con una bandeja en las manos.

Se la cogió, casi avergonzada por la ansiedad que sentía, y él, guiñándole un ojo con una familiaridad absurda que la hizo reír, puso los ojos en blanco y se frotó el estómago.

—*Monsieur* se reunirá con vos enseguida —le dijo, sonriendo con complicidad.

Dona pensó que todos esos hombres sabían sumar dos y dos igual que William, e igual que a él les parecía natural, alegre y encantador.

Se abalanzó sobre la hogaza de pan como un niño hambriento y cortó un trozo de negra corteza; también había mantequilla, queso y un cogollo de lechuga. Oyó unos pasos a la espalda, levantó la cabeza y vio al capitán de *La Mouette*, que la miraba desde arriba. Se sentó a su lado y cogió la hogaza de pan.

—El barco se cuida solo —dijo—, además este tiempo es el mejor, podría mantener el rumbo todo el día con solo apoyar un dedo en el timón de vez en cuando. Pasadme el café.

Dona llenó dos tazas del líquido humeante y bebieron con ganas, mirándose por encima del borde.

—¿Qué os parece mi barco? —le preguntó.

—Me parece que es mágico, que no es un barco, porque es como si no hubiera estado viva hasta ahora.

—Ese mismo efecto me hizo a mí al principio, cuando empecé con la piratería. ¿Qué tal el queso?

—También es mágico.

—¿No os mareáis?

—No he estado mejor en mi vida.

—Comed ahora cuanto podáis, porque esta noche no habrá tiempo para cenar. ¿Otro trozo de pan?

—Por favor.

—Vamos a tener este viento todo el día, pero por la noche amainará y tendremos que deslizarnos sigilosamente por la costa aprovechando la marea al máximo. ¿Sois feliz?

—Sí... ¿por qué lo preguntáis?

—Porque yo también lo soy. Dadme más café.

—Los hombres están muy alegres hoy —dijo, mientras cogía la cafetera—. ¿Es por esta noche o porque han vuelto al mar?

—Por ambas cosas. Y también por vos.

—¿Por qué habrían de alegrarse por mí?

—Sois un estímulo más. Esta noche trabajarán mucho mejor porque estáis vos.

—¿Cómo, pues, no habéis traído a una mujer a bordo hasta ahora?

El capitán sonrió con la boca llena de pan y queso, pero no respondió.

—Se me había olvidado contaros lo que dijo Godolphin el otro día.

—¿Qué dijo?

—Dijo que corrían rumores feos por el condado sobre vuestra tripulación. Que sabía de algunas aldeanas que estaban en peligro por causa de vuestros hombres.

—¿En peligro? ¿Por qué?

—Eso mismo pregunté yo. Y, para mi gran regocijo, respondió que temía que algunas hubieran sufrido a manos de vuestros malditos canallas.

—Dudo que sufrieran.

—Yo también.

El capitán siguió comiendo pan y queso, mirando hacia arriba de vez en cuando, a las velas.

—Mis compañeros nunca imponen sus atenciones a ninguna mujer —dijo—, las complicaciones vienen más bien porque vuestras mujeres no los dejan en paz. Salen a escondidas de las cabañas y se pierden por los montes cuando saben que *La Mouette* ha fondeado en alguna costa cercana. Hasta nuestro leal William tiene complicaciones por ese motivo, según tengo entendido.

—William es muy... galo.

—Como yo mismo, como todos nosotros, pero a veces resulta cargante que te persigan.

—Olvidáis —dijo ella— que las aldeanas consideran aburridos a sus maridos.

—Deberían enseñarles mejores modales.

—Los pueblerinos ingleses no están en su salsa cuando se trata de amor.

—Eso me han contado. Pero seguro que podrían mejorar con un poco de instrucción.

—¿Cómo pueden instruir las mujeres a los maridos en cosas que desconocen, en cosas para las que no han recibido instrucción?

—Tienen instinto, sin duda.

—El instinto no siempre es suficiente.

—Entonces, compadezco a vuestras paisanas.

Se apoyó en el codo y empezó a buscar la pipa en el bolsillo de su larga casaca; ella se quedó mirándolo mientras llenaba la cazoleta del tabaco fuerte

y oscuro que en algún momento había estado en la lata de su dormitorio, hasta que empezó a fumar sujetando la pipa por la cazoleta.

—Como os dije en otra ocasión —dijo él, mirando hacia los palos—, esa fama de galantes que tenemos los franceses es completamente infundada. No es posible que todos los galantes estén en nuestro lado del estrecho y todos los torpes se hayan quedado en el vuestro.

—Tal vez el clima inglés tenga algo que enfría la imaginación.

—El clima no tiene nada que ver, ni las diferencias raciales. El hombre, o la mujer, por cierto, nace con una comprensión natural de las cosas o sin ella.

—Supongamos que en un matrimonio uno tiene esa comprensión innata y el otro no.

—En ese caso, el matrimonio será sin duda aburrido, cosa que, a mi parecer, sucede a menudo.

Una nubecilla de humo pasó por el rostro de Dona; levantó la mirada y vio que el capitán se estaba riendo de ella.

—¿De que os reís? —inquirió.

—Estabais tan seria como si estuvierais considerando la posibilidad de escribir un tratado sobre la incompatibilidad.

—Quizá lo haga... cuando sea vieja.

—*Lady St. Columb* habrá de escribir con conocimiento de causa, es esencial para todo tratado.

—Es posible que tenga conocimiento de causa.

—Es posible. Pero, para que el tratado sea completo, tendréis que añadir unas últimas palabras sobre la compatibilidad. Sabed que de vez cuando sucede que un hombre encuentra a la mujer que es la respuesta a sus sueños más peregrinos. Y se comprenden el uno al otro desde los momentos más triviales hasta los estados de ánimo más tenebrosos.

—Pero no sucede a menudo, ¿no es así?

—No, no sucede a menudo.

—En tal caso, mi tratado quedaría incompleto.

—Pues sería una lástima para vuestros lectores, pero sobre todo para vos.

—¡Ah! Pero, en el lugar de unas palabras sobre la compatibilidad, como decís vos, podría escribir una o dos páginas sobre la maternidad. Soy una madre excelente.

—¿Ah, sí?

—Sí. Preguntad a William. Él lo sabe todo.

—Si sois tan excelente madre, ¿qué hacéis en la cubierta de *La Mouette*, sentada encima de las piernas, con el pelo en la cara y hablando de las

intimididades del matrimonio con un pirata?

Fue Dona quien se rio ahora; se llevó las manos al pelo e intentó colocarse los despeinados rizos y atárselos en la nuca con una cinta que sacó del corsé.

—¿Sabéis lo que hace *lady* Columb en este instante? —le preguntó—. Mucho me placería saberlo.

—Se encuentra en la cama con dolor de cabeza, calentura y frío en el estómago, y nadie entrará en su dormitorio, solamente William, su fiel criado, que le lleva uvas de vez en cuando para calmarle la calentura.

—Lo lamento profundamente por ella, sobre todo si piensa en la incompatibilidad mientras guarda cama.

—Eso no lo hace porque es muy sensata.

—Si *lady* Columb es tan sensata, ¿por qué se disfrazó de salteadora de caminos en Londres y se puso calzón?

—Porque estaba enfadada.

—¿Por qué estaba enfadada?

—Porque su vida era un desastre.

—Y, como le parecía un desastre, ¿intentó huir?

—Sí.

—Entonces, si *lady* Columb está en la cama con calentura en este momento lamentando su pasado, ¿quién es esta mujer que está sentada a mi lado en cubierta?

—Es un grumete, el miembro más insignificante de la tripulación.

—El grumete tiene un hambre canina, se ha comido todo el queso y tres cuartas partes del pan.

—Lo siento, creía que habíais terminado.

—Así es.

El capitán sonrió y ella apartó la mirada, no fuera a leerle el deseo en los ojos y pensar que era una libertina, porque sentía el deseo y no se arrepentía. Después, él vació la pipa en la cubierta y dijo:

—¿Os agradaría gobernar el barco?

Lo miró de nuevo con ojos alegres.

—¿Puedo? ¿No lo haré zozobrar?

El capitán se rio y se puso en pie levantándola a ella al mismo tiempo, y juntos se dirigieron a la gran rueda del timón; él dijo algo al timonel.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Dona.

—Sujetad el timón con las dos manos... así. Mantened el barco en su rumbo... así. Que no orce demasiado o se acuartelará el trinquete. ¿Notáis el viento en la nuca?

—Sí.

—Pues procurad que siga así, que no lleguéis a notarlo en la mejilla derecha.

Dona sujetaba el timón con las dos manos en las cabillas y, un momento después, notó que el barco ascendía, como si el casco tuviera vida propia, y que se balanceaba surcando el mar abierto. El viento silbaba en la jarcia y en la arboladura y también se oía el zumbido de las estrechas velas triangulares, por encima de su cabeza, mientras que el gran trinquete cuadrado tensaba las escotas como un ser vivo.

Abajo, en el combés, los hombres habían notado el cambio de timonel y, dándose codazos unos a otros, señalaban hacia arriba y se reían de ella llamándose unos a otros en el dialecto bretón que Dona no entendía, mientras el capitán seguía a su lado oteando las aguas, con las manos hundidas en los bolsillos de su larga casaca y los labios fruncidos en posición de silbar.

—Así pues, mi grumete sabe hacer una cosa por instinto.

—¿A qué os referís? —preguntó ella, con el pelo en el rostro.

—Sabe llevar un barco.

Y, riéndose, se alejó y la dejó sola con *La Mouette*.

Estuvo una hora al timón, tan contenta, pensaba, como lo estaría James con un juguete nuevo, hasta que, cuando se le cansaron los brazos, miró al timonel al que había relevado, que estaba allí mismo, observándola con una sonrisa en la cara; este se acercó y la reemplazó de nuevo, y ella bajó al camarote del capitán, se tumbó en la litera y se durmió.

Abrió los ojos un momento y lo vio entrar y consultar las cartas de la mesa y unos cálculos escritos en un papel, y después debió de dormirse otra vez, porque cuando se despertó no había nadie; se levantó, se desperezó y salió a cubierta, un poco avergonzada porque tenía la sensación de estar hambrienta otra vez.

Eran las siete y el barco se acercaba a la costa con el francés al timón. Sin decir nada, Dona se puso a su lado a contemplar el borrón de la costa en el horizonte.

Poco después el capitán dio una orden y los hombres empezaron a trepar por la jarcia, pequeñas y ágiles siluetas, una mano detrás de otra, como los monos, y después Dona vio flamear el gran trinquete cuadrado y caer en pliegues que ellos aferraban a la verga.

—Cuando el barco se hace visible —le explicó—, lo primero que se avista desde tierra es el trinquete. Todavía faltan dos horas para el anochecer y no queremos que nos vean.

Dona miraba la lejana costa con el corazón acelerado por una emoción extraña, y se dejó ganar por un espíritu de aventura magnífica, igual que el francés y sus hombres.

—Creo que vais a cometer una verdadera locura —dijo.

—Me pedisteis la peluca de Godolphin —dijo él.

Lo miró de soslayo, intrigada por la frialdad y la serenidad de la voz, como cuando fueron a pescar a la ría.

—¿Qué va a suceder? —preguntó—. ¿Qué vais a hacer?

No respondió enseguida. Dio otra orden y los hombres arriaron otra vela.

—¿Conocéis a Philip Rashleigh? —le preguntó.

—He oído a Harry hablar de él.

—Contrajo matrimonio con la hermana de Godolphin, pero eso no tiene nada que ver. Philip Rashleigh espera que vuelva un barco de las Indias, cosa que llegó tarde a mis oídos, pues de lo contrario habría hecho lo necesario para salirle al encuentro. Tal como están las cosas, supongo que habrá llegado a su destino hace dos días. Tengo intención de abordarlo mientras está fondeado, ponerlo en manos de una tripulación modélica y que se lo lleven a la costa del otro lado del estrecho.

—Pero ¿si sus hombres superan a los vuestros en número?

—Ese riesgo siempre está presente. Lo esencial en este caso es el factor sorpresa, que nunca ha fallado hasta ahora —la miró, le hizo gracia la expresión de perplejidad y la forma de encogerse de hombros, como si de verdad considerara que estaba loco—. ¿A qué creéis que me dedico cuando me encierro en el camarote a planear estrategias? ¿Acaso lo confío todo a la fortuna? Mis hombres no se quedan mano sobre mano, como sabéis, cuando me refugio a descansar en el río. Algunos recorren el país, como os ha dicho Godolphin, pero sin intenciones de hacer sufrir a las mujeres. El sufrimiento es un detalle secundario.

—¿Vuestros hombres saben inglés?

—Claro está. Por eso los elijo para este trabajo en particular.

—Sois concienzudo en grado sumo —dijo ella.

—No me agrada la incompetencia —replicó.

Poco a poco, la línea de la costa se iba perfilando con nitidez, estaban entrando en un gran golfo. A lo lejos, hacia el oeste, se distinguían extensos arenales blancos, que empezaban a teñirse de gris a medida que se cerraba la oscuridad. El barco llevaba rumbo norte, navegaba hacia un cabo oscuro, pero todavía no se veía ningún río ni ensenada en la que pudiera fondear un barco.

—¿No sabéis hacia dónde nos dirigimos? —le preguntó.

—No —respondió ella.

El pirata sonrió sin decir nada y empezó a silbar suavemente, para sí, sin dejar de mirarla, hasta que ella volvió la cabeza a otra parte sabiendo que los ojos la traicionaban, como los de él; se hablaban sin decir nada. Miró por encima del tranquilo mar, a tierra; percibió el olor que le traía la brisa nocturna: cálida hierba de los acantilados, musgo y árboles, arena caliente, pues le había dado el sol todo el día, y supo que eso era la felicidad, eso era la vida tal como siempre le habría gustado vivirla. Enseguida llegarían el peligro, la emoción y tal vez la lucha real; estarían juntos en ello; después construirían su propio mundo, en el que solo lo que pudieran darse el uno al otro tenía importancia: la belleza, el silencio y la paz. Estiró los brazos por encima de la cabeza, sonrió, lo miró otra vez volviendo la cabeza y dijo:

—Entonces ¿adónde nos dirigimos?

—A Fowey Haven —le dijo.

XII



Cayó la noche, muy oscura y serena. Una levísima brisa soplaba del norte, pero allí, al abrigo del cabo, no llegaba. Solo algún esporádico silbido repentino en la jarcia y una suave ondulación en la superficie del agua negra indicaban que a una o dos millas de la costa la brisa era más constante. *La Mouette* había fondeado en el lindero de una pequeña ensenada, muy cerca — tanto que se podía lanzar un guijarro contra las rocas— de los altos y oscuros acantilados, indistintos sus límites en la negrura. El barco había llegado sigilosamente al rincón previsto, nadie levantó la voz, no se dieron órdenes cuando se aproó al viento para fondear y la cadena descendió por el acolchado escobén con un ruido cavernoso y amortiguado. Por un momento la colonia de gaviotas, que anidaban por centenares en lo alto de los acantilados, se alborotó, molesta; sus gritos de protesta levantaron ecos en las paredes de la roca y se alejaron por el agua, y luego, cuando terminó el movimiento, se tranquilizaron de nuevo y todo quedó en silencio. Dona estaba apoyada en la barandilla del castillo de popa mirando el cabo, y le pareció que había algo sobrenatural en aquella calma, algo raro, como si hubieran llegado sin querer a una tierra adormecida cuyos habitantes estuvieran bajo los efectos de un hechizo y las gaviotas que se habían despertado al acercarse ellos fueran los centinelas, que hacían guardia allí para dar la alarma. Entonces recordó que esa tierra y esos acantilados, que eran otra parte de su misma costa, esta noche serían para ella, en cualquier caso, un lugar hostil. Había llegado a territorio enemigo, y los habitantes de Fowey Haven, que en ese momento dormían en su cama, también le eran ajenos.

La tripulación de *La Mouette* se había reunido en el combés de la nave, los veía allí, hombro con hombro, inmóviles y en silencio, y por primera vez desde que inició la aventura, notó un pellizco diminuto de aprensión, un escalofrío femenino de miedo. Ella era Dona St. Columb, mujer de un terrateniente y *baronet* inglés, que, dejándose llevar locamente por un impulso, había confiado su suerte a manos de unos bretones de los que solo

sabía que eran piratas y proscritos, hombres sin escrúpulos, peligrosos, a las órdenes de otro que nunca le había contado nada de sí mismo y al que amaba ridículamente, sin motivo ni razón, cosa que —si se detenía a considerar con frialdad— la haría arder de vergüenza. Era posible que el plan fallara, que él y sus hombres cayeran prisioneros, y ella también, y que los hicieran pasar a todos por la ignominia de comparecer ante la justicia, y enseguida se descubriría su verdadera identidad y Harry vendría de Londres sin pérdida de tiempo. En un instante se imaginó toda la historia corriendo por el país como la pólvora, el escándalo y el horror que levantaría, envuelta en un ambiente sucio y sórdido; en Londres, los amigos de Harry se reirían y probablemente Harry se volara los sesos, los niños se quedarían huérfanos, se les prohibiría pronunciar el nombre de su madre porque se había escapado con un pirata francés como una fregona con un mozo de cuerdas. Las ideas se mordían la cola unas a otras en su cabeza mientras ella miraba a la silenciosa tripulación de *La Mouette* y se acordaba de su confortable lecho de Navron, del ameno jardín, de la vida con los niños, tan segura y normal. Después, al mirar hacia arriba, vio que el francés estaba a su lado y se preguntó hasta qué punto sabría él interpretar la expresión de su rostro.

—Venid abajo —le dijo en un susurro.

Lo siguió obedientemente, como una niña que va a recibir un castigo de su preceptor, y se preguntó cómo reaccionaría si se le ocurriera burlarse de ella por el miedo que sentía. El camarote estaba oscuro, dos velas proporcionaban un débil resplandor, y él se sentó en el borde de la mesa mirando a Dona de arriba abajo, mientras ella seguía de pie frente a él, con las manos a la espalda.

—Habéis recordado que sois Dona St. Columb —le dijo.

—Sí —dijo ella.

—Y arriba, en cubierta, habéis deseado estar a salvo en casa otra vez y no haber puesto jamás los ojos en *La Mouette*.

No había respuesta posible, la primera parte de la frase podía ser cierta, pero la segunda jamás lo sería. Se hizo el silencio entre ellos y Dona se preguntó si todas las mujeres, cuando se enamoraban, se debatían entre dos impulsos, el deseo de olvidarse de la modestia y la discreción y confesarlo todo y una determinación igual de ocultar su amor para siempre, de ser fría, altiva, de desentenderse de todo, de morir antes que reconocer una cosa tan íntima y personal.

Deseaba estar en otro sitio, silbando despreocupadamente, con las manos en los bolsillos del calzón, hablando con el capitán del barco de estratagemas

y posibilidades de la noche de acción, o que él fuera diferente, otra persona, alguien que no la interesara nada, en vez de ser el único hombre al que amaba y deseaba en el mundo entero.

Y de pronto saltó la chispa de la ira porque ella, que se había reído del amor y se había burlado de los sentimientos, solo había necesitado unas pocas semanas para caer en tan vergonzosa degradación, en tan despreciable debilidad. El capitán se levantó de la mesa, abrió un pañol del mamparo y sacó una botella y dos vasos.

—No es nada aconsejable —le dijo— emprender una aventura con el corazón frío y el estómago vacío, sobre todo no estando acostumbrado a las aventuras —llenó un vaso, dejó el otro vacío y le ofreció a Dona el lleno—. Yo beberé después —dijo—, cuando volvamos.

En ese momento, Dona se fijó en una bandeja que había en el aparador, al lado de la puerta; estaba cubierta con una servilleta, y el capitán la cogió y la acercó a la mesa. Había fiambre, pan, y unas lonchas de queso.

—Es para vos —dijo—, comedlo enseguida; ya falta poco.

Le dio la espalda y se puso a mirar unas cartas en la mesa auxiliar, y ella empezó a comer y a beber maldiciéndose por los reparos que había sentido en cubierta y, después de comer un poco de fiambre, cortarse una rebanada de pan y terminar el vino que le había servido él, le pareció que las dudas y temores no volverían, que, a fin de cuentas, habían sido solo la consecuencia de tener los pies helados y el estómago vacío, y que él se había dado cuenta desde el primer momento y había entendido su estado de ánimo a su manera inescrutable.

Echó la silla hacia atrás y él, al oír el ruido, se volvió sonriendo; ella respondió con una carcajada, sonrojada por la sensación de culpa como una niña mimada.

—Mejor ahora, ¿no es así?

—Sí —dijo ella—. ¿Cómo lo sabíais?

—Porque el amo del barco considera su obligación saber estas cosas —respondió—, y al grumete hay que iniciarlo en la piratería con mucha más delicadeza que al resto de la tripulación. Y ahora, manos a la obra. —Cogió la carta que estaba mirando antes y Dona vio que era un mapa de Fowey Haven; lo puso en la mesa, delante de ella—. El fondeadero principal está aquí, en aguas profundas, enfrente de la ciudad —dijo, señalando en el mapa con el dedo—, y la nave de Rashleigh estará más o menos por aquí, donde amarra siempre sus naves a una boya en la desembocadura de este río. —En el mapa,

un aspa roja señalaba el lugar de la boya—. Parte de la tripulación se quedará a bordo de *La Mouette* —dijo— y vos también, si lo deseáis.

—No —dijo ella—, hace un cuarto de hora habría dicho que sí, pero ahora ya no.

—¿Estáis segura?

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida.

La miró a luz temblorosa de la vela y de pronto ella sintió alegría, una euforia absurda, como si todo diera igual, absolutamente todo, y, aunque los capturasen y los llevaran ante la justicia y los colgaran del árbol más alto en el parque de Godolphin, valdría la pena, porque antes vivirían una aventura y la vivirían juntos.

—Así pues, ¿*lady* St. Columb ha vuelto a su lecho de enferma? —preguntó.

—Sí —dijo Dona, y bajó la vista al mapa de Fowey Haven.

—Fijaos —le dijo— en que hay un fortín a la entrada del puerto, está guarnecido, y hay también dos castillos, uno a cada lado del canal, pero no habrá soldados en ellos. Aunque la noche es oscura, no es aconsejable intentar cruzar en bote. Aunque ahora ya conozco bastante bien a vuestro paisano de Cornualles y sé que duerme como un tronco, no puedo garantizar que todos los hombres del fortín tengan los ojos cerrados para mi propio provecho. Por lo tanto, la única forma posible es ir por tierra.

Hizo una pausa y empezó a silbar suavemente pensando en el plan.

—Nosotros estamos aquí —dijo, señalando una cala situada a poca distancia del puerto, hacia el este— y me propongo bajar a tierra aquí, en esta playa. Una senda agreste sube por el acantilado; desde allí cruzaremos por tierra hasta encontrar un río (parecido al que hemos dejado en Helford, aunque seguramente menos encantador) y en la desembocadura del río, ante la ciudad de Fowey, encontraremos la nave de Rashleigh.

—Estáis muy seguro de vos —le dijo ella.

—Si no lo estuviera no podría ser pirata. ¿Sabéis escalar un acantilado?

—Lo haré mejor si me prestáis un calzón —dijo ella.

—Eso pensaba —le respondió—. Hay un par de ellos ahí, en esa litera, que son de Pierre Blanc; los guarda para las fiestas y para confesar, así que supongo que estarán bastante limpios. Podéis probároslos directamente. También os puede prestar una camisa, medias y zapatos. No os hará falta casaca, esta noche hace mucho calor.

—¿Me corto el pelo con unas tijeras? —preguntó ella.

—Tal vez os parecierais más a un grumete, pero prefiero arriesgarme a que nos capturen —respondió él.

Ella no dijo nada de momento, porque el capitán la estaba mirando.

—Cuando lleguemos a la orilla del río —le preguntó después—, ¿cómo embarcaremos?

—Lleguemos primero al río; después ya os lo diré.

El francés recogió el mapa, lo dobló y lo guardó de nuevo en el pañol; ella lo vio sonreír para sí, como en secreto.

—¿Cuánto tardáis en cambiaros de ropa? —le preguntó.

—Cinco minutos por lo menos —dijo ella.

—Os dejo aquí, pues. Subid a cubierta cuando estéis preparada. Necesitáis sujetar esos rizos con algo —abrió un cajón del pañol, rebuscó un momento y sacó la banda roja que llevaba en la cintura la noche en que cenó con ella en Navron—. *Lady St. Columb* se convierte en un bandolero saltimbanqui por segunda vez en su vida —dijo—, pero ahora no será para asustar a una viejecita.

Salió del camarote y cerró la puerta. Unos diez minutos después, cuando Dora subió a cubierta, lo encontró al lado de la escala que habían echado por un costado del barco. El primer grupo ya se había ido a tierra y los demás estaban esperando en el segundo bote. Dora fue hacia él un poco nerviosa, con la sensación de ser pequeña, de estar un tanto perdida en el calzón de Pierre Blanc y con los zapatos, que le hacían daño en los talones, un secreto que debía guardar para sí. El capitán le echó un vistazo e hizo un gesto de asentimiento.

—No está mal —dijo—, pero se os vería mucho a la luz de la luna.

Ella se rio y bajó a la barca con los hombres. Pierre Blanc estaba agachado en proa como un mono y, al verla, cerró un ojo y se llevó una mano al corazón. Brotó la risa entre los hombres y todos le sonrieron con una mezcla de admiración y familiaridad que a nadie podía ofender; ella les sonrió a su vez y se sentó en la bancada de popa abrazándose a las rodillas con una libertad deliciosa, sin el estorbo de las enaguas y los lazos.

El capitán de *La Mouette* fue el último en bajar, se sentó a su lado y agarró la caña del timón; los demás se pusieron a los remos y el bote partió a toda velocidad hacia la playa de guijarros del otro lado del pequeño golfo. Dona pasó la mano por el agua un momento; estaba caliente y suave como el terciopelo, la fosforescencia brillaba como una lluvia de estrellas y pensó, sonriendo para sí en la oscuridad, que por fin podía hacer el papel de chico, como tanto había deseado en su infancia cuando veía a sus hermanos irse a

caballo con su padre y ella se quedaba mirándolos con resentimiento, con su muñeca tirada en el suelo con desprecio. La proa de la barca rozó los guijarros y los hombres del primer grupo, que aguardaban en la playa, agarraron ambos lados de la borda y la sacaron del agua. Las gaviotas se alborotaron otra vez y dos o tres parejas levantaron el vuelo con un grito, agitando las alas en el aire.

Dona notó el crujido de los guijarros bajo los gruesos zapatos que llevaba y olió la turba que coronaba el acantilado. A continuación, los hombres se volvieron hacia la estrecha senda que serpenteaba por el acantilado e iniciaron la ascensión. Dona apretó los dientes, porque la subida iba a ser difícil con esos zapatos que no le quedaban bien, y entonces vio al francés a su lado, que le cogía la mano. Subieron juntos, ella sin soltarlo por nada del mundo, como un niño pequeño que se aferra a la mano de su padre. Se detuvieron una vez a recobrar el aliento y, al mirar atrás, Dona vio la borrosa silueta de *La Mouette* fondeada en el golfo y oyó el ruido amortiguado de los remos de la barca que los había llevado a tierra, que volvía, sigilosa, surcando el agua oscura. Las gaviotas se tranquilizaron y no se oía nada más que los pasos cautelosos de los hombres que trepaban por la senda, y abajo, lejos, las olas que rompían en la playa.

—¿Podéis reanudar la marcha? —preguntó el francés.

Ella asintió y él le agarró la mano con más fuerza; no le pesaban la espalda ni los hombros y pensó con alegría, con descaro incluso, que era la primera vez que la tocaba, y le gustaba notar su fuerte mano. Después de escalar el acantilado, todavía quedaba un gran trecho por subir; la marcha era dura y los helechos jóvenes ya les llegaban a la altura de las rodillas; el pirata la llevó consigo mientras los hombres se abrían en abanico campo a través, de modo que Dona no pudo seguir contándolos. El francés había estudiado el mapa a conciencia, desde luego, y sus hombres también, suponía, porque marchaban con paso firme, igual que él, sin detenerse a reconocer el terreno, y los zapatos no dejaban de rozarle los pies por ambos lados; sabía que le había salido una ampolla en el talón derecho del tamaño de una moneda de oro.

Empezaron a descender después de cruzar un camino de carro que, sin duda, hacía las veces de vía principal, y finalmente el francés le soltó la mano y se adelantó un poco, aunque ella lo seguía de cerca, como una sombra. En un momento le pareció entrever un río a la izquierda, pero enseguida lo perdió de vista, iban a cubierto, por debajo de unas sebes, y después bajaron de nuevo entre helechos, matorrales y tojos —cuyo olor impregnaba el aire, cálido como la miel— hasta que por fin llegaron a un frondoso grupo de

árboles atrofiados que crecían a la orilla del agua y donde había una estrecha franja de arena y, enfrente, un río que se abría a un puerto, con un pueblecito un poco más allá.

Se sentaron entre los árboles y esperaron, hasta que los hombres del barco empezaron a llegar de uno en uno, como siluetas silenciosas que salían de la oscuridad.

El capitán de *La Mouette* iba llamándolos por su nombre en voz baja, y, cuando terminaron de contestar, cada cual según su turno, y supieron que no faltaba ninguno, se dirigió a ellos en ese bretón que Dona no entendía. Señaló al otro lado del río un momento y Dona distinguió la forma de un barco fondeado; se movía con la proa enfrentada a la corriente, con el primer reflujo de la bajamar que llegaba del estrecho.

Había un farol colgado en la jarcia, pero ninguna otra señal de vida; de vez en cuando llegaba por el agua el crujido hueco del barco, que borneaba sobre la boya a la que estaba amarrado. Era un ruido un tanto desolador, lúgubre, como si hubieran abandonado la nave y estuviera perdida, y a este ruido se unió una pequeña racha de viento del puerto que entró por el río; el francés levantó la cabeza bruscamente y miró hacia al oeste, al pueblo, frunció el ceño y volvió la mejilla hacia la brisa.

—¿Qué hay? —susurró Dona.

Notó instintivamente que de repente, por algún motivo, algo no iba bien; antes de responder, el capitán olisqueó el aire como si fuera un animal en busca de un rastro, y después dijo sucintamente:

—El viento ha rolado al suroeste.

Dona volvió la cara en la dirección del viento y comprobó que la brisa que había soplado de tierra las últimas veinticuatro horas venía ahora del mar, olía de otra manera, como a sal húmeda, y soplaba a ráfagas. Se acordó de *La Mouette*, fondeado en el pequeño golfo, y pensó en ese otro barco que estaba amarrado ahí mismo, en el río, y en que ahora el único aliado con el que contaban era la marea, porque el viento había cambiado y se había puesto en su contra.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó.

Pero él no respondió, se había puesto de pie y se dirigía a la estrecha franja de arena de la orilla del río pisando rocas resbaladizas y algas empapadas, y los hombres lo siguieron sin decir una palabra, mirando al cielo de uno en uno y al suroeste, de donde soplaba el viento.

Se quedaron todos en la orilla sin perder de vista el barco silencioso: de pronto el agua se agitó, pues el viento soplaba en dirección contraria a la

marea, y el ruido de la amarra que rozaba la boya se hizo más fuerte que antes. Después el capitán de *La Mouette* se apartó un poco y llamó a Pierre Blanc por señas; este se acercó y escuchó en silencio lo que tenía que decirle el capitán asintiendo de vez en cuando para darle a entender que estaba de acuerdo. Cuando terminaron, el francés fue a ver a Dona y le dijo:

—Acabo de decir a Pierre Blanc que os lleve a *La Mouette*.

A Dona se le aceleró el corazón y sintió un escalofrío.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué queréis que me vaya ahora?

Él volvió a mirar al cielo y esta vez le cayó una gota de lluvia en la cara.

—El tiempo nos va a hacer una jugarreta —dijo—. *La Mouette* está ahora resguardada en una playa a sotavento y los hombres que se han quedado allí estarán preparándose para salir de la bahía. Pierre Blanc y vos tendréis tiempo para volver y detenerlos antes de que salgan.

—Entiendo lo que sucede con el tiempo —dijo ella—. Será difícil llevarse el barco de aquí. No *La Mouette*, sino este otro. El viento y la marea ya no están a vuestro favor. Por eso queréis que vuelva, ¿no es así? Por si surgen complicaciones.

—Sí —dijo él.

—No pienso irme —dijo ella.

Él no respondió, pero no podía verle la expresión de la cara, porque la había vuelto nuevamente hacia el puerto.

—¿Por qué queréis quedaros? —le preguntó al fin.

Había un matiz en su voz que le aceleró el corazón otra vez, pero por otro motivo, y se acordó del día en que habían ido a pescar a la ría y él dijo la palabra «chotacabras» con ese mismo matiz, con esa misma ternura.

En un arrebato de temeridad pensó: «¿Qué más da? ¿Por qué seguimos fingiendo? Cualquiera de nosotros puede morir hoy o mañana sin haber vivido todo lo que podríamos vivir juntos». Se clavó las uñas en la mano y, mirando hacia el puerto, igual que él, dijo con súbita pasión:

—¡Ah, maldita sea! ¡De sobra sabéis por qué quiero quedarme!

Notó que se volvía a mirarla y apartaba la vista otra vez, y entonces dijo:

—Por esa misma razón quería que os fuerais.

El silencio cayó de nuevo sobre ellos, ambos buscaban palabras y, si hubieran estado solos, no habrían tenido necesidad de hablar, porque la barrera de timidez que se interponía entre ellos se acababa de disolver de repente, como si nunca hubiera existido, y él se echó a reír, le cogió la mano y le besó la palma diciendo:

—Quédate, pues; lucharemos juntos y nos colgarán juntos del mismo árbol, a ti y a mí.

Se apartó de ella una vez más y llamó a Pierre Blanc, que se alegró mucho de que las órdenes hubieran cambiado y sonrió ampliamente. Pero la lluvia iba en aumento, las nubes se habían arremolinado en el cielo y el viento del suroeste llegaba en fuertes ráfagas al río desde el puerto.

—Dona —dijo, llamándola por su nombre por primera vez, pero sin tensión, con naturalidad, como si siempre la hubiera llamado así.

—Sí —respondió ella—. ¿Qué? ¿Qué quieres que haga?

—No hay tiempo que perder; tenemos que zarpar con el barco antes de que el viento arrecie. Pero antes debemos atraer al dueño a bordo.

Se quedó mirándolo como si estuviera loco.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando soplabla el viento de tierra —le explicó brevemente—, podíamos haberlo sacado de aquí antes de que los holgazanes de tierra se hubieran quitado las legañas de los ojos. Ahora tenemos que sacarlo como sea por el estrecho canal que hay entre los dos castillos. Philip Rashleigh estaría más seguro a bordo de su barco que armando jaleo en tierra y disparando el cañón contra nuestra proa al pasar por el fortín.

—¿No son medidas muy desesperadas? —dijo ella.

—No más que lo que nos proponemos hacer —respondió él.

Sonreía a Dona como si nada tuviera importancia y a él le diera igual.

—¿Te gustaría hacer una cosa especiada de peligro? —le preguntó.

—Sí —dijo ella—. ¿Qué tengo que hacer?

—Quiero que vayas con Pierre Blanc a buscar una barca —dijo—. Id a dar una vuelta por la orilla de este río en dirección a la bocana del puerto; encontraréis algunas cabañas en la falda de la montaña y un muelle, en el que habrá algunas barcas. Quiero que Pierre Blanc y tú cojáis la primera que encontréis y crucéis hasta la ciudad de Fowey, bajéis a tierra y vayáis a ver a Philip Rashleigh.

—Sí —dijo ella.

—Su casa es inconfundible —dijo—. Se encuentra cerca de la iglesia, mirando al muelle. Desde aquí se ve la fachada que da al muelle. Ahora hay luz dentro.

—Sí.

—Quiero que le digáis que se requiere su presencia inmediata a bordo de este barco. Inventad lo que queráis; haz el papel que te apetezca, pero no te

expongas a la luz. En la sombra, puedes pasar por un grumete, pero a la luz eres una mujer.

—Y ¿si se niega?

—No se negará si actuáis con inteligencia.

—En tal caso, yo hablaré con él.

El capitán se acercó a la orilla y los hombres lo siguieron. Dona entendió de pronto por qué ninguno llevaba casaca, por qué no llevaban sombrero y por qué ahora se quitaban los zapatos y se los echaban al cuello atados con un cordel sujeto a la hebilla. Miró el barco, que tensaba las amarras en el río; el farol de la jarcia se balanceaba con el viento, cada vez más fresco, mientras los hombres de a bordo dormían profundamente; y pensó en esos sigilosos asaltadores que se apoderarían de él en la oscuridad. Sin ruido de remos en la noche, sin sombras de barcas, solo una mano mojada que sale del agua y se agarra a la cadena, una huella mojada en el castillo de proa y unas siluetas ágiles y empapadas en las cubiertas, un susurro, un silbido, un grito sofocado y acallado.

Se estremeció sin motivo, salvo por ser mujer y, él, volviéndose a mirarla, le sonrió y le dijo:

—Idos ya, dad media vuelta e idos.

Obedeció y volvió a pisar rocas y algas, con el pequeño Pierre Blanc correteando tras ella como un perro. No miró atrás ni una sola vez, pero sabía que estaban todos nadando hacia el barco, que el viento arreciaba y que la marea bajaba rápidamente. Miró al cielo y la lluvia empezó a caer torrencialmente, desde el suroeste.

XIII



Dona se acuclilló en la popa del bote, la lluvia le golpeaba los hombros y Pierre Blanc buscaba los remos a tientas en la oscuridad. Ya se notaba una corriente en el remanso donde estaban las barcas y las olas rompían contra los escalones del muelle. En las cabañas de la ladera no se veían señales de vida y pudieron hacerse fácilmente con la primera barca que encontraron. Pierre Blanc remó hasta el centro de la corriente y, en cuanto llegaron a la bocana del puerto, los golpeó un fuerte viento que, junto con el reflujo del agua, levantó un oleaje cruzado que salpicó la baja borda del bote. La lluvia caía con furia ocultando los montes; Dona, temblando con la fina camisa, sintió una honda desesperanza y se preguntó si sería todo culpa suya, si no les habría traído mala suerte y no sería esta la última aventura de *La Mouette*, que nunca hasta entonces había llevado a una mujer a bordo.

Miró a Pierre Blanc, que remaba con esfuerzo y ya no sonreía, sino que volvía la vista atrás constantemente, hacia la bocana del puerto. Se estaban acercando a la ciudad de Fowey, se veía un grupo de cabañas al lado del muelle y, por encima de ellas, destacaba la torre de la iglesia.

La aventura se había convertido de repente en una pesadilla de la que no se despertaría y llevaba por compañero al pequeño Pierre Blanc, con su cara de mono.

Se inclinó hacia él y el hombrecito descansó un momento sobre los remos mientras la barca se balanceaba en el agua.

—Iré yo sola a la casa —le dijo—, tú espérame en la barca, al lado del muelle —la miró con poco convencimiento, pero ella le hablaba con apremio, poniéndole una mano en la rodilla—. Es la única forma y, si no vuelvo dentro de media hora, vete enseguida al barco.

Él lo pensó un momento y después asintió, pero seguía sin sonreír, pobre Pierre Blanc, que nunca se había puesto serio; parecía compartir la misma desesperanza. Se acercaron al muelle y la débil luz del farol les iluminó la

cara. El agua se agitaba alrededor de la escala; Dona se puso de pie en la popa y se agarró a los travesaños.

—Pierre Blanc, recuerda —le dijo— que no debes esperarme más de media hora.

Inmediatamente le dio la espalda por no ver la cara de preocupación que se le ponía. Se dirigió a la iglesia después de pasar unas pocas cabañas y llegó a la casa que había en la calle, al pie de la montaña.

Había luz en la ventana de abajo, veía el resplandor que se escapaba entre las cortinas cerradas, pero en la calle no había nadie. Se quedó debajo de la ventana sin saber qué hacer, soplándose las manos heladas, pensando, y no por primera vez, que el plan de ir a buscar a Philip Rashleigh era la mayor temeridad de toda la aventura, porque sin duda no tardaría en irse a la cama y quedarse dormido y, por lo tanto, no sería un obstáculo para nadie. Llovía a raudales y nunca se había encontrado tan sola, tan inútil y tan perdida.

De pronto se abrió la ventana y, atemorizada, se aplastó contra la pared. Oyó una respiración fuerte y que alguien apoyaba los codos en el alféizar; a continuación, una lluvia de ceniza de pipa le cayó en los hombros y después, un bostezo y un suspiro. Una silla arañó el suelo de la estancia y quienquiera que la hubiera movido hizo una pregunta y el que estaba en la ventana respondió con una voz que le resultó sorprendentemente conocida.

—Sopla un vendaval del suroeste —dijo Godolphin—. Es una lástima que no fondearais ría arriba. Si el tiempo sigue así, es posible que por la mañana tengan dificultades en el barco.

Silencio. Dona notaba los latidos del corazón en un lado del cuerpo. No se había acordado de Godolphin, ni de que era cuñado de Philip Rashleigh. Godolphin, en cuya casa había tomado el té no hacía ni una semana. Pues ahí lo tenía, a una vara^[2] de distancia, tirando la ceniza de la pipa encima de sus hombros.

Al acordarse de la insensata apuesta de la peluca se dio cuenta de que el francés seguro que sabía que estaría con Philip Rashleigh en Fowey esa noche, y, ¡claro!, además de apoderarse del barco tenía la intención de robarle la peluca a Godolphin.

Sonrió para sí, a pesar del miedo y la angustia, porque, sin duda, arriesgar la vida de ese modo por una descabellada apuesta era el colmo de la insensatez. Y lo quiso aún más por eso, porque no solo sabía callar y entender las cosas, que fueron las primeras cualidades que la atrajeron de él, sino que también hacía gala de una perfecta indiferencia por los valores del mundo, de una locura indomable.

Godolphin seguía asomado a la ventana, lo oía bostezar y respirar fuertemente, y las palabras que había dicho le resonaban todavía en la cabeza, la alusión al barco, la conveniencia de llevarlo ría arriba. Empezó a hacerse una idea de cómo convencer al dueño para que subiera a bordo sin levantar sospechas; la otra voz dijo algo en tono brusco desde el interior de la casa y la ventana se cerró de repente. Dona pensaba a toda prisa, sin tener en cuenta el peligro; la loca insensatez de la noche le despertaba una sensación asfixiante de deleite que había vivido hacía unos meses cuando, con total indiferencia por las habladurías y con algunas copas de más, se había ido de jarana por las calles de Londres.

Pero en esta ocasión la aventura era real, no una broma inventada para combatir el aburrimiento de las horas nocturnas, cuando el aire de Londres era irrespirable y Harry insistía en ejercer sus prerrogativas. Abandonó el refugio de la ventana, se dirigió a la puerta y, sin vacilación, tocó la gran campana.

Los perros respondieron inmediatamente; a continuación, ruido de pasos, de pestillos y cerraduras. Con consternación, vio que era el propio Godolphin el que llenaba con el cuerpo el vano de la puerta, con una palmatoria en la mano.

—¿Qué quieres? —dijo, enfurecido—. ¿Acaso ignoras la hora que es? ¡Son casi las doce y todo el mundo está durmiendo!

Dona se encogió y se apartó de la luz, como reaccionando con timidez a semejante recibimiento.

—Necesitan al señor Rashleigh —dijo—. Me mandan a avisarlo. El patrón quisiera mover el barco ahora, antes de que empeore el vendaval.

—¿Quién es? —preguntó Philip Rashleigh desde dentro, y los perros no dejaban de ladrar a Dona y arañarle las piernas, hasta que Godolphin decidió echarlos de allí—. ¡Al suelo, Ranger, demonio de perro! ¡Adentro, Tancred! —y después—: Entra, muchacho, anda.

—No, señor. Estoy empapado hasta los huesos, si me hicierais la merced de decir al señor Rashleigh que me han mandado a avisarlo, para que vaya al barco.

Dona empezó a retroceder porque el hombre la miraba fijamente, frunciendo el ceño de perplejidad, como si no terminara de entender algo de su aspecto, como si viera algo anormal. Philip Rashleigh volvió a hablar desde dentro, irritado:

—¿Quién demonios es? ¿El chico de Dan Thomas, de Polruan? ¿Es el joven Jim?

—No tan rápido —dijo Godolphin, poniendo una mano a Dona en el hombro—. El señor Rashleigh quiere hablar contigo. ¿Eres Jim Thomas?

—Sí, señor —dijo Dona agarrándose irreflexivamente al clavo ardiendo que le ofrecía—, y es urgente, señor; dice el patrón que por favor vaya el señor Rashleigh enseguida, que no hay tiempo que perder, que el barco corre peligro. Dejadme marchar, señor, tengo que hacer otro recado, mi madre está muy enferma y ahora debo ir corriendo a avisar al médico.

Pero Godolphin no le quitaba la mano de encima, y además le acercó la palmatoria a la cara.

—¿Qué llevas en la cabeza? —preguntó—. ¿Tú también estás enfermo, como tu madre?

—¿Qué majaderías son esas? —gritó Rashleigh, saliendo al recibidor—, la madre de Jim Thomas lleva diez años en la tumba. ¿Quién es? ¿Qué le pasa al barco?

Dona se zafó de la mano que la sujetaba y, con la cabeza vuelta hacia ellos y diciéndoles que se dieran prisa, que el vendaval empeoraba por momentos, echó a correr por la plaza hasta el muelle, con una risa histérica subiéndole por la garganta y un perro de Rashleigh ladrando tras ella.

Se detuvo en seco a poca distancia del muelle y se escondió en la entrada de una cabaña, porque había alguien junto a la escala, alguien que no estaba ahí antes, escudriñando el puerto por el lado de la desembocadura del río. Llevaba un farol en la mano y supuso que sería un guardián nocturno, que hacía la ronda y que ahora, por pura mala suerte, le pareció, se había quedado en el muelle. No se atrevía a seguir adelante hasta que se fuera y, de todos modos, Pierre Blanc se había ido un poco más lejos en la barca para que no lo viera nadie.

Siguió escondida en la entrada vigilando al hombre y mordiéndose las uñas con impaciencia, pero él seguía escudriñando la desembocadura del río, como si hubiera algo allí que le llamara la atención, algún movimiento. Sintió una leve náusea, porque tal vez el abordaje de la nave no hubiera salido según el plan y la tripulación de *La Mouette* se encontrara en apuros en el agua, con su capitán al frente; o tal vez hubieran encontrado más resistencia de la esperada y estuvieran luchando en esos momentos a bordo del barco de Rashleigh y el guardián oyera el ruido y por eso no dejaba de mirar en la oscuridad. No podía hacer nada por ayudarlos; tal como estaban las cosas, ya había despertado sospechas, y además se empezaron a oír voces y pasos y al momento aparecieron Rashleigh y Godolphin por una esquina, ambos

protegidos contra el frío con grandes capotes, y Rashleigh con un farol en la mano.

—¡Eh, tú! —dijo a voces, y el guardián se volvió al oír la voz y se dirigió raudo a su encuentro.

—¿Has visto a un muchacho corriendo por aquí? —dijo Rashleigh.

—No he visto a nadie por aquí —dijo el hombre—, pero allí pasa algo, señor, creo que vuestra nave se ha soltado de la boya.

—¿Qué dices? —inquirió Rashleigh, acercándose al muelle.

—Entonces —dijo Godolphin, siguiéndolo— el muchacho no mentía, a fin de cuentas.

Dona se agazapó en el umbral. Los hombres pasaron de largo y llegaron al muelle sin mirar ni una sola vez hacia la cabaña. Ella no los perdía de vista desde su escondite, miraban al otro lado del puerto dándole la espalda, como antes el guardián, y el capote de Godolphin volaba al fuerte viento mientras la lluvia les caía encima a raudales.

—Mirad, señor —dijo el guardián—, están largando velas, seguro que el patrón lo quiere llevar ría arriba.

—Ese hombre está loco —gritó Rashleigh—, no tiene ni doce hombres a bordo, tres cuartas partes de la tripulación está durmiendo en tierra, van a encallar antes de que les dé tiempo a hacer nada. Joe, vete a despertar a unos cuantos, necesitamos todas las manos en el barco. Maldito sea ese necio incompetente de Dan Thomas. Pero ¿qué se ha creído, en el nombre de Dios Todopoderoso?

Se llevó las manos a los lados de la boca y gritó hacia el otro lado del puerto.

—¡Ah del barco! ¡Ah del *Merry Fortune*!

El guardián echó a correr por el muelle, agarró la cuerda de la campana de un barco que colgaba junto al farol, y el tañido voló por el aire, fuerte y machacón, con apremio suficiente para despertar hasta a la última alma de Fowey. Casi al instante se abrió una ventana en una cabaña de la calle, una cabeza se asomó y dijo:

—¿Qué te pasa, Joe? ¿Algo anda mal?

Y Rashleigh, yendo de un lado a otro a grandes zancadas, ciego de furia, contestó a voces:

—¡Ponte el calzón, maldita sea, y trae también a tu hermano! ¡El *Merry Fortune* está a la deriva en el puerto!

Apareció otra silueta en la puerta de otra cabaña, poniéndose una prenda de abrigo encima, y llegó otro hombre corriendo por la calle; entretanto, la

campana no dejaba de tañer ni Rashleigh de vociferar, mientras la lluvia y el viento le sacudían el capote y el farol que llevaba en la mano.

Se iluminaron las ventanas de las cabañas cercanas a la iglesia, unas voces llamaban, otras gritaban, salían hombres de debajo de las piedras, corrían por el muelle.

—¡Traedme una barca, por todos los demonios! —aulló Rashleigh—. ¡Subidme a bordo, cualquiera de vosotros, subidme a bordo!

Alguien se movía en la cabaña en la que se había ocultado Dona; oyó pasos en las escaleras; salió del escondite y se plantó en el muelle. En medio de la oscuridad y la confusión, mientras el viento silbaba y la lluvia caía a raudales, era solo una silueta entre las muchas que miraban el barco que, con las velas izadas en sus vergas, derivaba hacia el centro de la corriente con la proa enfilada a la bocana del puerto.

—¡Mirad! ¡Está perdido! —gritó una voz—. La corriente se lo lleva hacia las rocas, los de a bordo deben de estar todos locos, o completamente borrachos.

—¿Por qué no vira por redondo y sale de ahí de una vez? —gritó otro.

—¡Mira! —respondió otro más—. ¡Se lo lleva la corriente!

—¡La corriente es todavía más fuerte que el viento! —gritaron al lado de Dona—. Se lo lleva sin remedio.

Había unos cuantos hombres luchando con las barcas amarradas al muelle, los oía maldecir mientras intentaban soltarlas, en tanto Rashleigh y Godolphin, mirándolos desde arriba, los increpaban por su lentitud.

—¡Han tocado las amarras! —gritó un hombre—. Los cabos ceden, ¡los han cortado a cuchillo!

Dona se imaginó a Pierre Blanc sonriendo para sí en la oscuridad, oyendo los tañidos de la gran campana del muelle.

—¡Uno de vosotros! ¡Que se eche al agua y me traiga una barca! ¡Por Dios que el gracioso que lo haya hecho me va a oír! ¡Haré que lo ahorquen!

El barco se acercaba, Dona veía a los hombres en las vergas, la gavia del palo mayor flameaba y alguien daba órdenes desde el timón, alguien que tenía la cabeza echada hacia atrás, mirando cómo se tensaba la vela.

—¡Ah del barco! ¡Ah del barco! —se desgañitaba Rashleigh.

—¡Vira por redondo, hombre! —gritaba Godolphin también—. ¡Vira por redondo, que todavía hay tiempo!

Pero el *Merry Fortune* seguía su rumbo; venía directo por el centro de la corriente, hacia puerto, el reflujo lo golpeaba por debajo de la quilla.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó alguien—. ¡Va de cabeza a la bocana del puerto! ¡Eh, mirad eso! ¡Mirad!

Y es que, ahora que el barco se encontraba tan cerca, Dona vio una fila de tres barcas en el agua, al costado de la nave, unidas a ella por una estacha cada una, y que los hombres que las tripulaban se doblaban por la cintura sobre los remos, mientras la gran gavia seguía hinchándose e impulsando la nave, y también las velas mayores, y el barco se escoraba con una gran racha de viento que venía de los montes de detrás de la ciudad.

—¡Se dirige al mar! —gritó Rashleigh—. ¡Por Dios, se dirige al mar!

Godolphin se volvió de pronto y sus ojos saltones se encontraron con Dona, que, con la emoción, se había acercado sigilosamente al borde del muelle.

—¡Ahí está el muchacho! —exclamó—. ¡Él tiene la culpa de todo! ¡Eh, vosotros! ¡Atrapad a ese muchacho!

Dona dio media vuelta, pasó rápidamente por debajo del brazo de un anciano que la miraba sin pestañear y echó a correr a ciegas para salir del muelle por la calle de la casa de Rashleigh; dejó la casa atrás, así como la iglesia, y salió de la ciudad en busca de la protección de los montes, perseguida por varios pies, grandes voces y una muy potente que le decía:

—¡Vuelve aquí, vamos, te digo que vuelvas!

A la izquierda se abría un sendero que se internaba en el monte entre tojos y helechos jóvenes y por allí huyó, tropezando en el agreste terreno con los incómodos zapatos y la lluvia chorreándole por la cara, hasta que el resplandor del agua del puerto quedó abajo y se empezó a oír el ruido de las olas contra la pared del acantilado.

Solo pensaba en escapar, en esconderse de los ojos saltones e inquisitivos de Godolphin, porque a Pierre Blanc lo había perdido sin remedio y el *Merry Fortune* libraba su propio combate en el centro del puerto.

Siguió corriendo en la noche, con el viento; el camino la llevaba por la falda del monte hacia la bocana del puerto, y todavía le parecía oír el horrible tañido de la campana del barco, en el muelle, despertando a todo el mundo y ver al enfurecido Philip Rashleigh maldiciendo a los hombres que forcejaban con las amarras. El sendero empezó a descender por fin, Dona se detuvo en su loca carrera y, al quitarse la lluvia de la cara, vio que llevaba a una cala, cerca de la bocana del puerto, y después volvía a ascender hacia el fortín del cabo. Se puso a mirar al frente, oyendo el ruido de las olas, aguzando la vista en busca de la silueta del *Merry Fortune*, y después, al mirar hacia atrás, vio una

lucecita que avanzaba hacia el sendero en el que se encontraba y oyó ruido de pasos.

Se agachó entre los helechos y los pasos se acercaron, hasta que vio a un hombre con un farol en la mano. Andaba ligero, sin mirar a derecha ni a izquierda, y pasó de largo por su escondite en dirección a la cala, y luego siguió subiendo hacia el cabo; veía el resplandor del farol, que ascendía por el monte. Entonces comprendió que se dirigía al fortín, lo enviaba Rashleigh para que diera aviso a la guarnición. No sabía si por fin Rashleigh sospecharía algo o si seguía creyendo que el patrón del barco había perdido la cabeza y se dirigía hacia el desastre, pero en realidad daba igual. El resultado sería el mismo. Los soldados que guardaban la bocana del puerto dispararían sobre el *Merry Fortune*.

Echó a correr de nuevo por el sendero hasta la cala, pero en vez de seguir subiendo hacia el cabo, como el hombre del farol, se fue a la izquierda, por la playa, agarrándose con manos y pies a las rocas húmedas y a las algas, hasta la bocana misma del puerto. Tuvo la sensación de estar mirando otra vez el mapa de Fowey Haven. Vio la estrecha entrada, el fortín y las rocas que sobresalían de la cala en la que se encontraba ahora, y un único pensamiento le ocupaba la cabeza: tenía que llegar a aquellas rocas antes de que el barco alcanzara la bocana del puerto y encontrar la forma de avisar al francés de que el fortín estaría alerta.

De momento se encontraba a sotavento del cabo, ya no tenía que luchar contra la lluvia y el viento, pero se resbalaba en las rocas y tropezaba con ellas, empapadas todavía como las había dejado la marea; se había caído algunas veces y se había hecho cortes en las manos y en la barbilla, y los mechones de pelo que se le habían soltado de la banda le caían en la cara.

Una gaviota gritaba en alguna parte. El graznido insistente rebotaba en los acantilados, en lo alto del cielo, y empezó a maldecirlo con furia, completamente en vano, porque ahora le parecía que todas las gaviotas eran centinelas, sus enemigas, enemigas también de sus compañeros, y esa ave que alborotaba la oscuridad se burlaba de ella anunciando a voces que todos sus intentos de llegar al barco eran inútiles.

No tardaría mucho en llegar a las rocas más altas, oía las olas y, poniéndose en pie con ayuda de las manos y mirando hacia delante, vio que el *Merry Fortune* se echaba encima de la bocana del puerto y las olas rompían contra la proa. Los botes que la habían remolcado estaban ya en cubierta y los hombres que iban en ellos se apelotonaban en una banda del barco, porque de pronto, como un milagro, el viento roló un grado o dos hacia el oeste y, con el

fuerte reflujo, el *Merry Fortune* navegaba hacia mar abierto. Ahora había otras barcas en el agua, pequeñas embarcaciones que lo perseguían, con hombres que gritaban, que maldecían; seguro que uno de ellos era Godolphin, y Rashleigh a su lado. Dona se echó a reír al tiempo que se apartaba el pelo de los ojos, porque ya nada tenía importancia, ni la furia de Rashleigh ni la posibilidad de que Godolphin la reconociera, porque el *Merry Fortune* navegaba, inalcanzable, por delante de ellos, temerario, exultante, hacia el temporal de verano. La gaviota volvió a gritar, y ahora cerca de Dona; echó un vistazo en busca de una piedra, para arrojársela, pero vio un bote que pasaba a toda velocidad pegado a las rocas, y en él iba Pierre Blanc, levantando la carita hacia los acantilados, y volvió a soltar su grito de gaviota.

Ella se irguió riéndose todavía; levantó los brazos por encima de la cabeza y le dio una voz; él la vio y se acercó hasta las rocas, y ella bajó y se sentó a su lado sin hacer preguntas, ni él tampoco, porque ya estaba remando entre las olas en dirección al barco. Dona sangraba por la herida de la barbilla y estaba empapada hasta la cintura, pero le daba igual. El bote saltaba en el oleaje y la sal, mezclada con la lluvia y el viento, le salpicaba la cara. Se vio un destello de luz y se oyó un cañonazo, y algo cayó en el agua unas diez varas por delante de ellos, pero Pierre Blanc, sonriendo como un mono, remó hasta el centro del canal y ahí estaba el *Merry Fortune*, desafiando al mar, dirigiéndose hacia ellos, con el viento aullando en las hinchadas velas.

Otro destello, otro cañonazo ensordecedor, pero ahora se oyó también un crujido de madera al resquebrajarse; Dona no veía nada, solo sabía que habían lanzado un cabo al bote y que tiraban de ellos acercándolos mucho al costado del barco; y vio caras sonrientes que la miraban y manos que la izaban, y por debajo, el remolino negro del agua y el bote volcado, que desaparecía en la oscuridad.

El francés estaba al timón del *Merry Fortune*, y también tenía una herida en la barbilla, todo el pelo en la cara y la camisa chorreando, pero la miró un momento a los ojos, se sonrieron y entonces:

—¡Al suelo, Dona! —le dijo—. Van a disparar otra vez.

Dona se tiró al suelo a su lado, agotada, dolorida, temblando de frío bajo la lluvia y los rociones, pero todo eso carecía de importancia, le daba igual.

El disparo quedó corto.

—¡No malgastéis pólvora, muchachos! —dijo, riéndose—. Esta vez no nos pilláis.

Entretanto, Pierre Blanc, chorreando también y temblando como un perro, se asomó por la amurada con un dedo en la nariz. Y el *Merry Fortune* se

levantó y cayó en el seno de las aguas, y las velas flamearon con estrépito mientras un hombre gritaba desde las barcas que los perseguían y otro, armado de mosquete, disparaba a la jarcia.

—Ahí está tu amigo, Dona —dijo el francés—. ¿Sabes si tiene buena puntería?

Dona se acercó a popa arrastrándose y miró por la borda; la primera barca estaba casi debajo de ellos, Rashleigh los miraba echando chispas por los ojos y Godolphin llevaba un mosquete al hombro.

—¡Hay una mujer a bordo! —gritó Rashleigh—. ¡Allí, mirad!

Pero, mientras lo decía, Godolphin disparó otra vez y el proyectil pasó por encima de la cabeza de Dona sin rozarla; cuando el *Merry Fortune* se escoró al entrar una racha repentina de viento, Dona vio al francés dejar el timón un momento en manos de Pierre Blanc, que estaba a su lado. Riéndose, el capitán se subió a la borda de sotavento en el momento en que el barco se hundía en el mar, con una espada en la mano.

—Saludos, caballeros —dijo—, y buen viaje de vuelta al muelle de Fowey, pero antes nos gustaría quedarnos con un recuerdo suyo.

Estirándose con la espada, echó el sombrero de Godolphin al agua de un solo golpe y, pinchando la gran peluca de tirabuzones con la punta, se la llevó al barco con gesto triunfante, agitándola en el aire. Godolphin, calvo como un recién nacido, con los ojos saltones en medio de su cara rubicunda, cayó hacia atrás estrepitosamente en la popa de la barca, junto con el mosquete.

Inmediatamente se desató otro aguacero y dejaron de verse; el mar barrió la cubierta y lanzó a Dona contra los imbornales. Cuando se pudo levantar, recobrar el aliento y apartarse el pelo de la cara, el fortín quedaba en la popa, lejos, en el cabo, las barcas no se veían y el francés estaba al timón del *Merry Fortune* riéndose de ella, con la peluca de Godolphin colgada en el timón.

XIV



Había dos barcos en medio del estrecho, navegando al alimón, separados por una distancia de unas tres millas, y el que iba en cabeza tenía un singular aire de gallardía, con sus mástiles inclinados y su pintura de colores, como si guiara al sobrio mercante que lo seguía hacia aguas ignotas, más allá del lejano horizonte.

El temporal de verano, que había azotado el mar veinticuatro horas seguidas sin descanso, había amainado solo y el cielo estaba de un azul denso, sin una sola nube. Tampoco había marejada y las aguas estaban en calma, curiosamente inmóviles, de manera que ambas naves, con una pequeña brisa del norte, estaban prácticamente detenidas en el estrecho con las velas colgando, inútiles, sobre las vergas. Un olor de comida salía de los fogones del *Merry Fortune*, el aroma tostado y caliente de pollo asado, que se coló en el camarote por el portillo abierto, mezclado con el aire salado y el cálido sol. Dona abrió los ojos y por primera vez se dio cuenta de que el barco ya no se balanceaba ni cabeceaba con la marejada del Atlántico, de que el mareo había desaparecido y sobre todo de que estaba hambrienta, más que en toda su vida. Bostezó y se desperezó estirando los brazos; sonrió para sí porque se encontraba perfectamente y después maldijo en voz baja pronunciando uno de los juramentos más contundentes de Harry al acordarse de que, por haberse mareado, había perdido la apuesta. Se llevó las manos a las orejas, tocó los pendientes de rubíes, enfurruñada, y fue entonces cuando vio que estaba completamente desnuda en la cama y que no había rastro de su ropa en el suelo del camarote.

Parecía que hiciera una eternidad que había bajado la escalerilla de los camarotes dando tumbos, a oscuras, empapada, agotada y mareada, y, quitándose la camisa y el calzón y los incómodos zapatos que le rozaban los pies, se había metido entre las cálidas sábanas con la única idea de encontrar quietud y dormirse.

Seguro que había entrado alguien en el camarote mientras dormía, porque el portillo estaba abierto de par en par, pero antes estaba cerrado por la tormenta, y se habían llevado la ropa dejando en su lugar un aguamanil humeante y una toalla.

Se bajó de la ancha litera en la que había dormido un día y una noche y, al encontrarse desnuda en el suelo, mientras se lavaba, pensó que quienquiera que hubiera sido el dueño del *Merry Fortune* creía en la comodidad más que en la vigilancia. Miró por el portillo mientras se hacía la raya del pelo y vio a lo lejos, por estribor, los palos de *La Mouette*, rojos y brillantes al sol. El olor de los fogones le llenó la nariz otra vez y, al oír ruido de pasos en la cubierta de encima, volvió a la litera y se tapó con la sábana hasta la barbilla.

—¿Ya estás despierta? —preguntó el francés.

Le dijo que entrara y se recostó en la almohada con el corazón latiendo como loco, y él se quedó en el umbral sonriéndole, con una bandeja en las manos.

—Al final he perdido la apuesta, he perdido los pendientes —dijo.

—Sí, lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque bajé una vez a ver qué tal estabas y me tiraste una almohada a la cabeza, además de mandarme al infierno —respondió él.

Dona se rio.

—Mientes —le dijo—, no bajaste, yo no vi a nadie.

—Estabas tan dormida que no puedes acordarte de nada —dijo—, pero no discutamos. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Yo también. He pensado que podíamos comer juntos.

Empezó a poner la mesa y ella lo miraba, tapada hasta la barbilla.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde, más o menos —le dijo.

—Y ¿qué día es hoy?

—Domingo. Tu amigo Godolphin no habrá podido ir a la iglesia, a menos que haya un buen barbero en Fowey.

Miró al mamparo, y Dona, siguiendo su mirada, vio la peluca de tirabuzones colgada de un clavo por encima de su cabeza.

—¿Cuándo la pusiste ahí? —preguntó, riéndose.

—Cuando estabas mareada.

Dona se calló pensando con aborrecimiento que la había visto en una circunstancia así, tan vergonzosa, tan tremendamente indigna, y se tapó más

aún con la sábana mientras le miraba las manos, que trinchaban el pollo.

—¿Te apetece un ala? —le preguntó.

—Sí.

Y al instante se preguntó cómo iba a sentarse en la litera si estaba completamente desnuda; aprovechando el momento en que él se puso de espalda para abrir una botella de vino, se sentó rápidamente y se puso la sábana por los hombros.

El francés le llevó una fuente con pollo y la miró de arriba abajo.

—Hay algo mejor que eso por aquí —dijo—, recuerda que el *Merry Fortune* ha venido de las Indias —salió un momento y se agachó junto a un gran baúl de madera que estaba al lado de la escalerilla, levantó la tapa y sacó un gran pañuelo de alegres colores, rojo y dorado, con remates de seda—. Tal vez Godolphin pensara regalárselo a su mujer —dijo—. Hay muchos más abajo, en la bodega, si te gustan.

Se sentó a la mesa, arrancó un muslo y empezó a comérselo a mordiscos. Ella bebió vino sin dejar de mirarlo por encima del borde del vaso.

—Podíamos estar colgados de aquel árbol del parque de Godolphin —dijo ella.

—Sí, de no haber rolado el viento al oeste —respondió él.

—Y ¿qué vamos a hacer ahora?

—Los domingos no hago planes —respondió.

Dona empezó a comer el pollo; arrancó el ala y le dio un mordisco, como hacía él; se oía el laúd de Pierre Blanc en la proa, y las voces de los hombres, que cantaban suavemente.

—¿Siempre te acompaña esta suerte endemoniada, francés? —le preguntó.

—Siempre —dijo él.

Tiró el hueso del muslo por el portillo y arrancó el otro.

El sol entraba hasta la mesa y el mar lamía perezosamente el costado del barco; siguieron comiendo, pendientes el uno del otro y de las horas que tenían por delante.

—Rashleigh procura comodidad a sus hombres —dijo el francés al cabo de un rato, mirando a todas partes—, tal vez por eso estaban todos dormidos cuando subimos a bordo.

—¿Cuántos eran al final?

—Media docena nada más.

—Y ¿qué hicisteis con ellos?

—Pues, los atamos espalda con espalda, los amordazamos y los dejamos a la deriva en un bote. Diría que los recogió el propio Rashleigh.

—¿Volveremos a tener mala mar?

—No, el temporal ya pasó.

Dona se recostó en la almohada mirando los dibujos que hacía el sol en el mamparo.

—Me gustó. El peligro, la emoción —dijo ella—, pero me alegro de que todo haya terminado. No quiero repetirlo, no quiero tener que vigilar la casa de Rashleigh ni esconderme en el muelle, ni correr por el monte hacia la cala hasta que se me salga el corazón por la boca.

—No lo hiciste tan mal, para ser un grumete —dijo él.

La miró y después apartó la vista, y ella empezó a trenzar los flecos de seda del pañuelo que le había dado. Pierre Blanc seguía tocando el laúd; tocaba la cancioncilla ligera que le había oído la primera vez que vio *La Mouette* fondeada en el río de Navron.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos en el *Merry Fortune*? —preguntó.

—¿Por qué? ¿Quieres ir a casa? —preguntó él.

—No... No, pura curiosidad —dijo ella.

El francés se levantó de la mesa y cruzó hasta el portillo para ver *La Mouette*, que se encontraba en perfecta calma a unas dos millas de distancia.

—Así son las cosas en el mar —dijo—, o demasiado viento o muy poco. Con algo más de brisa estaríamos ya en la costa francesa. Tal vez lleguemos esta noche.

Se quedó allí, con las manos metidas en los bolsillos del calzón, musitando la letra de la canción que tocaba Pierre Blanc con el laúd.

—¿Qué harás cuando entre viento? —le preguntó.

—Navegar avistando tierra y después mandar a un puñado de hombres a que se lleven el *Merry Fortune* a puerto. En cuanto a nosotros, volveremos a *La Mouette*.

Dona seguía jugueteando con los flecos del pañuelo.

—Y después, ¿dónde vamos a ir? —dijo.

—Volveremos a Helford, naturalmente. ¿No quieres ver a tus hijos?

Dona no respondió. Estaba mirándole la nuca y la postura de los hombros.

—Quizá la chotacabras siga llamando a su pareja en el río a medianoche —dijo el francés—. Podíamos ir a verla, y también a la garza real. No terminé el dibujo de la garza, ¿verdad?

—No sé.

—Además hay muchos peces en el río esperando a que los pesquen —añadió él.

Lentamente, la canción de Pierre Blanc terminó y solo se oía el chapoteo del agua contra el costado del barco. La campana del *Merry Fortune* dio la media, y, a lo lejos, *La Mouette* la repitió. El sol brillaba sobre el plácido mar. Todo estaba en paz. Nada se movía.

El francés se alejó del portillo y se sentó en la litera, al lado de Dona, silbando todavía la canción.

—Estos son los mejores momentos para un pirata —dijo—. El plan se ha cumplido y el botín es espléndido. Al recordarlo, solo se acuerda uno de los buenos momentos, los malos no cuentan, hasta la próxima vez. Y, como no habrá viento hasta la noche, podemos hacer lo que nos plazca.

Dona escuchaba el chapoteo del mar contra el casco.

—Podemos darnos un baño —dijo— cuando refresque, antes de que se vaya el sol.

—Podemos.

Guardaron silencio de nuevo, Dona seguía mirando el reflejo del sol en el mamparo.

—No puedo salir de la cama hasta que se seque la ropa —dijo.

—Lo sé.

—¿Tardará mucho, si está ahí fuera al sol?

—Unas tres horas, diría.

Dona suspiró y se acomodó en la almohada.

—¿No podrías echar un bote al agua y mandar a Pierre Blanc a la *La Mouette* a buscar mi vestido?

—Ahora está durmiendo —dijo el capitán del barco—, todos están durmiendo. ¿No sabías que a los franceses les gusta descansar entre la una y las cinco de la tarde?

—No —dijo ella—, no lo sabía.

Se puso los brazos detrás de la cabeza y cerró los ojos.

—En Inglaterra —dijo— nadie duerme por la tarde. Debe de ser una costumbre propia de tus paisanos. Pero ¿qué vamos a hacer hasta que se seque la ropa?

La miró con una sombra de sonrisa en los labios.

—En Francia —dijo— te dirían que solo se puede hacer una cosa. Pero tal vez sea también una costumbre propia de mis paisanos.

Dona no respondió. El francés se inclinó sobre ella, estiró un brazo y, con la mano, empezó a aflojarle lentamente la tuerca del pendiente de la oreja

izquierda.

XV



Dona llevaba el timón de *La Mouette* y el barco cabeceaba entre las largas olas verdes, que rociaban la cubierta en dirección a ella. Las blancas velas se tensaban y cantaban por encima de ella, y todos los ruidos a los que había tomado aprecio le entraban por los oídos, bellos y fuertes. El crujido de las grandes pastecas, la tensión de los cabos, los golpes secos del viento en las jarcias, y abajo, en el combés, las voces de los hombres, que se reían y bromeaban entre ellos, mirando hacia arriba de vez en cuando para comprobar si ella los observaba, exhibiéndose como niños para ganarse su atención. El sol le caía con fuerza en la cabeza y, cuando las olas rociaban la cubierta, le llegaba el sabor a los labios; también la cubierta desprendía un olor cálido y penetrante, a alquitrán, maromas y salitre azul.

«Y todo esto —pensaba— es pasajero, no es más que un fragmento de tiempo que nunca volverá, porque el día de ayer ya es historia, ya no es nuestro, y el de mañana no lo conocemos y puede sernos hostil. Nuestro día, nuestro momento, es ahora: el sol es nuestro, y el viento, el mar y los hombres que cantan en la cubierta. Hoy es un día para no olvidar jamás y conservarlo en el recuerdo siempre con cariño, porque lo dedicaremos a vivir, a amar, y no hay nada más importante en este mundo que nos hemos construido, en el que nos hemos refugiado». Miró al francés, que estaba tumbado en cubierta, contra la amurada, con las manos detrás de la cabeza y la pipa en la boca. De vez en cuando sonreía para sí mientras dormitaba al sol y le recordó el contacto de su espalda apoyada en la de ella toda la noche; se apiadó entonces de todos los hombres y mujeres que no hallaban alegría en el amor, que eran fríos, reacios, tímidos, que se imaginaban que la pasión y la ternura eran dos cosas distintas, no solo una maravillosamente entremezclada, de manera que la fiereza era lo mismo que la dulzura, que el silencio era hablar sin palabras. Pues el amor, tal como lo conocía ahora, no era nada vergonzante ni reservado, sino la posesión de dos seres que no levantaban barreras entre ellos, ni arrogancia; cualquier cosa que pudiera sucederle a él le sucedería

también a ella, cualquier sentimiento, cualquier movimiento, cualquier sensación física o mental.

Notó cómo se levantaba el timón de *La Mouette* entre sus manos y cómo se escoraba el barco con el refrescante viento, «y todo esto —se dijo—, forma parte de lo que sentimos el uno por el otro, parte de la hermosura de vivir: la fuerza que se encierra en el casco de un barco, la belleza de las velas, las olas del mar, el sabor del agua, la caricia del viento en el rostro e incluso los sencillos placeres de comer, beber y dormir; todo lo vivimos juntos con alegría y entendimiento en virtud de la felicidad que hallamos el uno en el otro».

El francés abrió los ojos y la miró; se quitó la pipa de la boca, sacudió la ceniza en cubierta y esta salió volando, esparciéndose en el viento. Se puso de pie, se desperezó, bostezó con indolencia, en paz, satisfecho, y se fue al timón, al lado de Dona; puso las manos encima de las de ella y se quedaron así, mirando el cielo, el mar, las velas, sin decir ni una palabra.

La costa de Cornualles era una línea delgada en el horizonte, lejos; se acercaron las primeras gaviotas a recibirlos dando vueltas y gritando por encima de los palos, y ellos sabían que no tardarían en percibir el olor de los montes lejanos, que el sol perdería fuerza y después se abriría entre ellos el gran estuario de Helford, mientras el sol se ponía, brillante, rojo y dorado por encima de las aguas.

Las playas en las que el sol daba todo el día estarían calientes y la ría, llena y límpida con la marea. Habría correlinos picoteando en las rocas y, entre los charcos, pájaros ostreros meditando sobre una pata, mientras que un poco más allá, cerca de la desembocadura del río, la garza real estaría inmóvil, como dormida, y levantaría el vuelo en cuanto se acercaran deslizándose por encima de los árboles con sus grandes y silenciosas alas.

El río se quedaría tranquilo y en silencio, después del bullicioso sol y del ascenso del mar, y los árboles que se acumulaban en la orilla serían acogedores y amables. La chotacabras empezaría a chirriar, tal como había dicho él, los peces saltarían en la superficie del agua y a ellos dos los envolverían todos los olores y los sonidos del verano mientras paseaban entre los árboles a la luz del crepúsculo, entre verdes helechos nuevos y musgo.

—¿Volvemos a hacer una hoguera y nos asamos la cena en el río? —dijo él, leyéndole el pensamiento.

—Sí —dijo ella—, en aquel muellecito, como la otra vez.

Se apoyó en él sin dejar de mirar la delgada línea de la costa, ahora más definida y clara, pensando en la otra cena que habían preparado juntos, en la

poca timidez y contención que se habían mostrado y que ya no volverían a sentir, porque el amor, cuando es correspondido, reconocido y consumado, es algo muy sencillo que intensifica todo gozo y hace desaparecer la fiebre.

La Mouette volvió a acercarse a tierra furtivamente, como aquella primera tarde que ahora parecía tan lejana, cuando Dona estaba en el acantilado y lo divisó con una sensación premonitoria en el corazón. El sol descendió y acudieron las gaviotas a saludarlos y, entre la marea que subía y el bonancible viento de la tarde, el barco entró suavemente y en silencio en el canal del estuario. Aunque solo se habían ausentado unos pocos días, los árboles lucían un color más intenso que antes, el verde de los montes era más profundo y el olor fragante y cálido del verano flotaba en el aire como la caricia de una mano. Mientras *La Mouette* se dejaba llevar por la marea, un zarapito levantó el vuelo con un silbido y se adentró rápidamente en la ría, y después el barco perdió velocidad cuando cayó el viento al entrar en el río, y echaron los botes al agua, hicieron firmes las amarras y remolcaron el barco hasta su fondeadero secreto mientras las primeras sombras caían en el agua.

La cadena traqueteó con un ruido cavernoso en el profundo remanso rodeado de árboles, el barco borneó aproándose a la última pleamar, y de pronto, como por ensalmo, apareció una pareja de cisnes; eran como dos falúas blancas navegando en compañía, y detrás, siguiéndolos, tres algodonosas crías de plumón oscuro. Se alejaron río abajo dejando una estela a su paso, como una nave, y al cabo de un rato, cuando todo estaba acogedor, preparado para la noche, sin nadie en las cubiertas, llegó de la cocina un olor a comida y el murmullo grave de las voces de los hombres, que charlaban en el castillo de proa.

El bote del capitán esperaba al final de la escala; salió del camarote, llamó a Dona, que estaba apoyada en la borda de la cubierta de popa mirando la primera estrella que se veía entre las ramas de un árbol oscuro, y se fueron juntos en el bote, que se mecía en el agua, por donde se habían ido los cisnes.

Enseguida resplandeció el fuego en el claro, los palos secos restallaban y se quebraban, y en esta ocasión asaron crujientes lonchas de panceta vetada y tostaron pan, que quedó ennegrecido. Partieron la panceta con las manos y luego hicieron café, fuerte y amargo, en un cazo que tenía el mango doblado; después, el francés sacó la pipa y el tabaco y Dona, apoyándose en su rodilla, se puso las manos detrás de la cabeza.

—Y podría ser siempre así —dijo ella, contemplando el fuego—, si quisiéramos. Así podría ser mañana y pasado mañana y un año seguido. Y no solo aquí, sino en otros países, en otros ríos, donde nos llevara el capricho.

—Sí —dijo él—, si quisiéramos. Pero Dona St. Columb no es Dona la grumete. Ella tiene otra vida en otro mundo y en este preciso momento se está despertando en su dormitorio, en Navron; ya no tiene calentura y recuerda muy vagamente lo que ha soñado. Se levanta, se viste y va a ver cómo están su casa y sus hijos.

—No —dijo ella—, todavía no se ha despertado, todavía tiene mucha fiebre y sueña cosas maravillosas, cosas que no había vivido jamás.

—A pesar de todo —respondió él—, son solo sueños. Y por la mañana se despertará.

—No —dijo ella—. No, no. Que sea siempre así. Siempre la hoguera y la oscuridad de la noche, y la cena que hemos preparado y tu mano aquí, encima de mi corazón.

—Recuerda —le dijo— que las mujeres son más primitivas que los hombres. Les gusta recorrer el mundo, sí, y jugar al amor y a las aventuras, pero solo un rato. Porque después, igual que las aves, quieren hacer un nido. El instinto es muy poderoso en ellas. Las aves construyen el nido que ansían, se acomodan en él calientes y a salvo, y tienen hijos.

—Pero los hijos crecen —dijo ella— y levantan el vuelo, y después también se van y los padres vuelven a volar en libertad.

El francés se rio mirando el fuego, contemplando las llamas.

—No tengo respuesta, Dona —dijo—, porque podría irme ahora mismo en *La Mouette* y volver a buscarte dentro de veinte años, ¿con qué me encontraría? No con mi grumete, sino con una mujer plácida y acomodada que habría olvidado sus sueños hacía mucho, y yo sería un marinero muy envejecido, anquilosado, barbudo, y los años me habrían despojado del placer de la piratería.

—Mi francés pinta un cuadro muy negro del futuro —dijo ella.

—Tu francés es realista —dijo él.

—Y ¿si me fuera ahora contigo y no volviera nunca más a Navron? —le preguntó.

—¿Quién sabe? Tal vez lo lamentarías, te desilusionarías y mirarías atrás.

—Contigo no —dijo ella—, contigo jamás.

—Bien, en tal caso, tal vez no lo lamentaras. Pero entonces querrías construir otro nido, criar otra prole, y yo tendría que navegar solo de nuevo y perdería el gusto por la aventura de todos modos. Ya lo ves, Dona mía, la mujer no tiene escapatoria, solo puede huir una noche y un día.

—No, tienes razón —dijo ella—, la mujer no tiene escapatoria. Así pues, si vuelvo a navegar contigo, seré el grumete y tomaré prestado el calzón de

Pierre Blanc para siempre, y no habrá complicaciones de índole primitiva, y el corazón y la cabeza estarán en paz, y tú podrás robar barcos y seguir desembarcando en la costa, y yo, la humilde grumete, te haré la cena en el camarote y no preguntaré nada ni te daré conversación.

—Y ¿cuánto tiempo lo soportaríamos tú y yo?

—Tanto como quisiéramos.

—Querrás decir tanto como quisiera yo. Que no sería ni una noche ni una hora, y, desde luego, no esta noche ni esta hora, Dona.

Las llamas se redujeron hasta quedarse en nada, y luego ella le dijo:

—¿Sabes qué día es hoy?

—Sí —dijo él—, el solsticio de verano, el día más largo del año.

—Por lo tanto, esta noche dormiremos aquí, en vez de en el barco. Porque nunca volverá a suceder. No para nosotros. No de esta forma, en este río.

—Lo sé —dijo él—, por eso he traído mantas en el bote. Y una almohada para ti. ¿No las has visto?

Dona lo miró, pero ya no le veía la cara, porque estaba en la sombra desde que se había apagado el fuego; entonces el francés se levantó sin una palabra, se acercó al bote, y volvió a su lado con las mantas y la almohada entre los brazos; las extendió en el claro, debajo de los árboles, cerca de la orilla del agua. La marea empezaba a bajar dejando al aire las marismas. Los árboles temblaron con un leve soplo de viento y después se quedaron quietos otra vez. Las chotacabras guardaban silencio y las aves marinas dormían. No había luna, solo el cielo oscuro en lo alto, y a su lado, las negras aguas del río.

—Mañana me iré muy temprano a Navron —le dijo—, al amanecer, antes de que te despiertes.

—Sí —dijo él.

—Avisaré a William antes de que se levanten los criados, y después, si los niños están bien y no es necesario que me quede, volveré al río.

—Y ¿después?

—No sé. Eso tienes que decirlo tú. No es conveniente hacer planes. Se tuercen las más de las veces.

—Finjamos que lo hacemos —dijo él—, finjamos que vuelves para desayunar conmigo, y que después nos vamos en el bote por el río, y que tú pescas otra vez, aunque con más suerte que la anterior.

—¿Pescaremos muchos peces?

—Eso no lo vamos a decidir esta noche. Lo dejamos hasta que llegue el momento.

—Y, cuando terminemos de pescar —siguió ella—, nos bañamos. A mediodía, cuando el sol caliente más. Y después comemos y luego dormimos tumbados boca arriba en una playita. Y entonces vendrá la garza real a buscar comida cuando cambie la marea, y podrás dibujarla otra vez.

—No, no voy a dibujar otra garza real —dijo él—, creo que ha llegado el momento de hacer otro dibujo de la grumete de *La Mouette*.

—Y así un día, y otro y el siguiente. Sin pasado ni futuro, solo presente.

—Pero hoy —dijo él— es el día más largo. Es el solsticio de verano. ¿Se te ha olvidado?

—No —dijo ella—. No se me ha olvidado.

«En alguna parte —pensó antes de dormirse—, en alguna parte hay otra Dona, acostada en la gran cama con dosel de Londres, inquieta y sola, que no sabe nada de esta noche a la orilla del río, ni de *La Mouette* fondeado en el remanso, ni de su espalda contra la mía aquí, en la oscuridad. Ella está en el pasado. No tiene nada que ver con esto. Y también en alguna otra parte hay una Dona del día de mañana, una Dona del futuro, de dentro de diez años, que guardará todo esto en la memoria como oro en paño. Habrá olvidado algunas cosas, tal vez, el ruido del agua en las marismas, el cielo oscuro, el agua negra, el temblor de los árboles que hay detrás de nosotros y la sombra que arrojan delante de nosotros, y el olor de los helechos nuevos y del musgo. Incluso olvidará las cosas que nos dijimos, el roce de las manos, la calidez, el cariño, pero jamás la paz que nos hemos dado el uno al otro, jamás la quietud y el silencio».

Cuando se despertó una luz gris bañaba los árboles y una neblina flotaba sobre el agua, y los dos cisnes regresaban río arriba como fantasmas de la mañana. Las cenizas de la hoguera eran polvo blanco. Él dormía a su lado, lo miró preguntándose por qué los hombres parecían niños cuando estaban dormidos. Las arrugas se alisaban y desaparecían, y también el conocimiento, y volvían a ser el niño pequeño que habían sido hacía mucho tiempo. Se estremeció ligeramente con el frío de la madrugada y después se quitó la manta, pisó, descalza, las cenizas de la hoguera y vio desaparecer a los cisnes en la neblina.

Se agachó a coger su capa, se envolvió en ella y dio media vuelta, hacia los árboles, dejando atrás el muelle, en dirección a la sinuosa vereda que la llevaría a Navron.

Intentó recobrar los hilos de su vida normal. Los niños en la cama. James en la cuna, con la cara encendida y los puños apretados; Henrietta echada encima de la almohada; Prue con la boca abierta, durmiendo a su lado. Y

entretanto, William, el fiel William, cuidando de la casa y mintiendo por su señor.

La niebla se levantaría enseguida y el sol saldría por encima de los árboles del otro lado de la ría, y en ese momento, al llegar al final del bosque y encontrarse en el césped, la luz de la mañana tocó Navron con un dedo, dormida como estaba, cerrada, silenciosa, mientras ella la miraba. Cruzó sigilosamente el césped, plateado de rocío, e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada, naturalmente. Esperó un momento y dio la vuelta por el patio hasta la parte de atrás, donde estaba la ventana de William; tal vez la oyera si lo llamaba en voz baja. Se quedó escuchando al pie de la ventana. Estaba abierta, y la cortina no estaba corrida.

—¡William! —dijo en voz baja—. William ¿estás ahí?

No hubo respuesta; se agachó, cogió una piedrecilla y la arrojó contra el cristal. Un momento después apareció el rostro del criado, que la miró como si fuera una aparición, pero enseguida se llevó el dedo a los labios y desapareció. Dona esperó con inquietud, pues lo había visto pálido y demacrado, como si no hubiera dormido. «James está enfermo —pensó—. James ha muerto. Va a decirme que James ha muerto». Entonces le oyó correr suavemente los pestillos del portalón, que se abrió un poquito para dejarla entrar.

—Los niños —dijo, agarrándolo por la manga—, ¿los niños están enfermos?

William negó con un movimiento de cabeza e indicándole de nuevo que guardara silencio; miró hacia atrás, hacia las escaleras del recibidor.

Dona entró en casa mirando a todas partes y le dio un vuelco el corazón al comprender de repente, pues vio un gran capote en la silla, la fusta, el desorden habitual de una llegada y un sombrero descuidadamente tirado al suelo de piedra, además de otra fusta y una gruesa manta escocesa.

—Ha llegado *sir* Harry, *milady* —dijo William—, justo antes de que se pusiera el sol, venía de Londres a caballo. Y *lord* Rockingham está con él.

Dona no dijo nada. Seguía mirando el capote de la silla. En ese momento se oyó arriba el ladrido agudo de un pequeño spaniel.

XVI



William miró de nuevo hacia lo alto de las escaleras, le brillaban los ojillos en el rostro blanco, pero Dona movió la cabeza en silencio, cruzó el recibidor de puntillas y se dirigió al salón. William encendió dos velas y esperó delante de ella a que dijera algo.

—¿Qué motivos ha dado? —preguntó—. ¿Por qué ha venido?

—Por lo que yo sé, *sir* Harry empezaba a inquietarse en Londres sin vos, *milady* —dijo William—, y a una palabra de *lord* Rockingham se decidió. Al parecer, *milord* se encontró con un familiar de *lord* Godolphin en Whitehall y le dijo que en estos momentos se requería con urgencia la presencia de *sir* Harry en Cornualles. Es lo único que pude deducir de la conversación que tuvieron en la cena, *milady*.

—Sí —dijo Dona, como si no lo hubiera oído—. Tuvo que ser Rockingham, porque Harry es tan perezoso que no habría venido si no lo convencen.

William no se movía de su sitio, con la vela en la mano.

—¿Qué le has dicho a *sir* Harry? —le preguntó—. ¿Cómo has conseguido que no entrara en mi alcoba?

William esbozó una sonrisa por primera vez y miró a su señora con conocimiento de causa.

—*Sir* Harry no se habría atrevido a entrar, *milady* —dijo—, antes tendría que haberme matado. Tan pronto como los caballeros desmontaron, les expliqué que llevabais varios días enferma, con calentura, que por fin empezabais a conciliar el sueño un poco y que sería extremadamente perjudicial para vuestra salud que *sir* Harry se aventurase aunque solo fuera a entrar en vuestra alcoba. Necesitabais paz absoluta.

—Y ¿se lo tragó?

—Como un corderito, *milady*. Primero maldijo un poco y me regañó por no haberle mandado aviso, pero le dije que tenía órdenes estrictas de vos de no hacérselo saber. Y entonces llegaron corriendo la señorita Henrietta y el

señorito James a saludar a su padre y le contaron lo mismo, que estabais en cama, muy indispuesta, y, como no podía ser menos, también se acercó Prue con cara de desconsuelo y le dijo que *milady* ni siquiera le permitía entrar a ella para atenderla. Y, después de jugar con los niños, cenar y dar un paseo por los jardines, *milady*, *sir* Harry y *lord* Rockingham se retiraron. *Sir* Harry se encuentra en la cámara azul, *milady*.

Dona le sonrió y le puso la mano en el brazo.

—Mi fiel William —dijo—, y después no has podido dormir pensando en mañana, si no regresaba yo antes.

—Habría tenido que tomar una decisión, sin duda, *milady*, aunque habría sido una cuestión peliaguda.

—Y ¿*milord* Rockingham? ¿Qué ha dicho de todo esto?

—*Milord* parecía decepcionado por que no hubierais salido a recibirlo, *milady*, pero no dijo gran cosa. Creo que despertó su interés saber que no os cuidaba nadie sino yo, cuando Prue se lo contó a *sir* Harry. Me di cuenta de que *milord* me observaba con curiosidad, *milady*, e incluso con una mirada nueva, me atrevería a decir.

—Capaz es, William, sería muy propio de su forma de pensar. No hay que perderlo de vista, pues tiene el olfato de un terrier.

—Sí, *milady*.

—Es curiosa la fatalidad que se cierne siempre sobre los planes que hacemos. Tenía intención de almorzar en el río con tu señor, ir a pescar con él, bañarnos y hacer la cena bajo las estrellas otra vez, como anoche, pero ahora ya no es posible.

—No por mucho tiempo, *milady*.

—Eso no lo sabemos. Es preciso mandar aviso a *La Mouette* sin falta, tiene que irse del río con la próxima marea.

—Sería más prudente aguardar hasta la noche, mi señora.

—Esa decisión depende de tu señor. ¡Ah, William!

—¿Sí, *milady*?

Pero Dona se encogió de hombros y no dijo nada, aunque con la mirada le contaba todo lo que jamás podría expresar con palabras, y de pronto William se inclinó hacia ella con su curiosa boca de piñón, y le dio unos golpecitos en el hombro, como si Dona fuera Henrietta.

—Ya lo sé, *milady* —le dijo—, pero al final todo saldrá bien. Volveréis a estar con él.

Y, por culpa de la calamitosa vuelta a casa, porque estaba cansada y porque le daba palmaditas en el hombro de esa forma tan amable y ridícula,

empezaron a caérsele las lágrimas hasta las mejillas y no podía impedirlo.

—Perdóname, William —le dijo.

—*Milady*.

—Soy tan tonta, tan completamente tonta y débil... Esto tiene algo que ver con haber sido tan feliz.

—Lo sé, *milady*.

—Porque hemos sido felices, William. Y el sol, y el viento, y el mar y... lo más maravilloso que puede haber en la vida.

—Me lo imagino, *milady*.

—No sucede a menudo, ¿verdad?

—Una vez cada millón de años, *milady*.

—Entonces no derramaré más lágrimas como una niña mimada. Porque, suceda lo que suceda, hemos tenido lo que hemos tenido y no puede quitárnoslo nadie. He estado más viva que nunca hasta ahora. Bien, William, me retiro a mi alcoba; me desvestiré y me echaré en la cama. Después, por la mañana, ven a despertarme con el desayuno y, cuando esté preparada para el suplicio, iré a hablar con *sir* Harry, a ver si averiguo cuánto tiempo piensa quedarse.

—Muy bien, *milady*.

—Y hay que mandar aviso al río, a tu señor, sin falta.

—Sí, *milady*.

Y, cuando la luz del día empezaba a entrar por las rendijas de los postigos, salieron de la sala y Dona, con los zapatos en la mano y la capa sobre los hombros, subió sigilosamente las escaleras por las que había bajado hacía unos cinco días, aunque a ella le parecía un año y una vida. Se quedó un momento escuchando en la puerta de Harry y sí, oyó los conocidos ronquidos de Duke y Duchess, los spaniels, y la respiración lenta y profunda de Harry. «Eso —pensó— formaba parte del mundo que antes me irritaba y me empujaba a hacer cosas absurdas; ahora ya no ejercen ningún poder sobre mí, porque ya no son mi mundo, me he escapado».

Fue a su dormitorio y cerró la puerta. El ambiente estaba fresco y olía bien, porque la ventana estaba abierta y daba al jardín, y William había puesto un ramo de muguet junto a la cama. Descorrió las cortinas, se desvistió y se tumbó con las manos en los ojos. «Y ahora —pensó—, ahora él se despierta y tiende la mano a un lado buscándome, pero me he ido, y entonces se acuerda y sonrío, se despereza, se queda mirando el sol, que asoma por encima de los árboles. Y después se levantará y olerá el aire, como le he visto hacer, silbando muy bajito, rascándose la oreja izquierda, y bajará al río a darse un

baño. Llamará a los hombres de *La Mouette*, que estarán fregando la cubierta, y uno de ellos le echará la escala para que suba y otro echará un bote al agua para ir a buscar el otro y los enseres de la cena y las mantas. Después irá al camarote, se secará con una toalla mirando el agua por el portillo, y luego, cuando se vista, Pierre Blanc le llevará el desayuno y él esperará un poco, pero, como está hambriento, comerá solo, sin mí. Más tarde subirá a cubierta y mirará la vereda que discurre entre los árboles». Se lo imaginó llenando la pipa, apoyado en la regala de popa, mirando al agua, y tal vez los cisnes pasaran de nuevo y les tiraría pan, indolente, satisfecho, imbuido de una pereza cálida después del baño de la mañana, pensando tal vez en ir a pescar, en el calor del sol y en el mar. Sabía cómo la miraría, si la viera llegar al río entre los árboles, y cómo le sonreiría sin decir nada, sin moverse de la cubierta, tirando pan a los cisnes como si no la viera. «Y ¿para qué darle vueltas en la cabeza a estas cosas —se preguntó— si ya todo ha terminado, todo está muerto y enterrado, y jamás volverá a suceder, porque el barco tiene que partir antes de que lo descubran? Yo estoy aquí, en mi cama, en Navron, y él allí, en el río, ya no estamos juntos y esto que siento ahora es el infierno que viene con el amor, el infierno, la condena, la agonía más insoportable, porque después de la belleza y la dulzura vienen el pesar y el dolor». Y así estuvo tumbada boca arriba, tapándose la cara con los brazos, sin dormir, hasta que salió el sol e inundó el dormitorio.

William llegó a las nueve con el desayuno, dejó la bandeja en la mesita de noche y le preguntó:

—¿Habéis descansado, *milady*?

—Sí, William —mintió, al tiempo que arrancaba una uva del racimo que le había traído.

—Los caballeros están desayunando abajo, *milady* —le dijo—. *Sir* Harry me ha pedido que os pregunte si estáis lo bastante recuperada para verlo.

—Sí, William, tendré que verlo.

—Si me permite un consejo, *milady*, sería prudente correr las cortinas un poquito para que vuestro rostro quede en la oscuridad. A *sir* Harry podría extrañarle que tuvierais tan buen aspecto.

—¿Tengo buen aspecto, William?

—Sospechosamente bueno, *milady*.

—Sin embargo, me duele muchísimo la cabeza.

—Por otros motivos, *milady*.

—Y tengo ojeras y estoy completamente agotada.

—Sí, *milady*.

—Más vale que salgas enseguida de aquí, William, antes de que te arroje algo a la cabeza.

—Muy bien, *milady*.

Salió cerrando la puerta con mucho cuidado y Dona se levantó, se lavó y se peinó y, después de correr las cortinas, tal como le había aconsejado William, volvió a la cama, hasta que oyó los ladridos agudos de los spaniels, las uñas que rascaban la puerta y, detrás, unos pasos fuertes; en un momento Harry entraba en la alcoba y los perros, ladrando alegremente, se subían a la cama.

—¡Abajo, ahora mismo, diablillos...! —gritó Harry—. ¡Eh, Duke, eh, Duchess! ¿Es que no veis que el ama está enferma? ¡Venid aquí, vamos, bribones!

Como de costumbre, armaba él más jaleo que los propios perros; a continuación se sentó en la cama con todo su peso, en el lugar de los perros, y sacudió las marcas de las patas con un pañuelo perfumado sin dejar de soplar y resoplar.

—¡Maldita sea! ¡Qué calor hace esta mañana! —dijo—; ya he sudado la camisa y todavía no son ni las diez. ¿Qué tal estás? ¿Te encuentras mejor? ¿Dónde has contraído esa condenada calentura? ¿Te queda un beso para mí? —se inclinó hacia ella, olía mucho a perfume y la raspó con la peluca mientras le toqueteaba la mejilla torpemente—. No pareces muy enferma, bella mía, incluso con esta luz, y yo que creía que te encontraría a las puertas de la muerte, por lo que me dijo el hombre ese. ¿Qué tal criado es? ¡Lo despido ahora mismo si no te gusta, ya sabes!

—William es una joya —le dijo—, el mejor criado que he tenido en mi vida.

—Ah, bien, si a ti te gusta, es lo único que importa. Así, has estado malita, ¿eh? No tenías que haberte ido de Londres. Londres siempre te sienta bien. Aunque reconozco que ha sido un aburrimiento, sin ti. Ni una obra de teatro que valiera la pena ver, y la otra noche casi pierdo una fortuna jugando al *piquet*. Me han contado que el rey tiene una nueva amante, pero todavía no la he visto. Una actriz o algo así. Rockingham ha venido conmigo, ¿sabes?, está impaciente por verte. «Maldita sea —me dijo en Londres—, vámonos a Navron a ver qué hace Dona», y aquí estamos, y tú, inválida en cama, por todos los diablos.

—Me encuentro mucho mejor, Harry. Ha sido una cosa pasajera.

—Bien, me alegro de saberlo. Como te he dicho, yo te veo muy bien. Estás bronceada, ¿verdad? ¡Te has puesto más negra que una gitana!

—La enfermedad me habrá puesto amarilla.

—Y tienes los ojos más grandes que nunca, maldita sea.

—Será por la calentura, Harry.

—Qué calentura tan rara. Tendrá algo que ver con este clima. ¿Quieres que los perros se suban a la cama?

—No, creo que no.

—¡Eh, Duke, da un beso a tu ama y después baja de la cama! ¡Ven, Duchess, ven a ver a tu ama! A Duchess le ha salido una llaga en el lomo y se la rasca tanto que la tiene casi en carne viva, fíjate. ¿Qué podemos hacerle? Le he puesto pomada, pero no le hace efecto. Por cierto, he comprado otra yegua, está abajo, en el establo. Es castaña y tiene un genio tremendo, pero tiene bastante resistencia. «Te doy mil por ella», me dice Rockingham, y yo le digo: «Que sean cinco mil y a lo mejor muerdo el anzuelo», pero no acepta el juego. De modo que la región está infestada de piratas, ¿eh?, que roban, violan, maltratan y causan estragos entre la población, ¿no es así?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ah, pues fue Rockingham, que nos contó la historia un día en la ciudad. Se encontró con un primo de George Godolphin. ¿Qué tal está Godolphin?

—La última vez que lo vi estaba un poquito fuera de sus casillas.

—Eso me parecía. Me escribió una carta hace algún tiempo y se me olvidó contestarle. Y ahora su cuñado ha perdido un barco, parece. ¿Conoces a Philip Rashleigh?

—No he hablado con él.

—Bueno, enseguida lo conocerás. Lo he invitado a casa. Nos conocimos ayer en Helston. Estaba de un humor de perros, y también Eustick, que se encontraba con él. Por lo visto, ese francés del demonio se llevó el barco del puerto de Fowey delante de las narices de Rashleigh y Godolphin. ¡Qué descarro infernal! ¿No te parece? Y después desapareció en la costa francesa, claro, sin que lo persiguiera nadie. Dios sabrá el tesoro que había en ese barco, porque acababa de llegar de las Indias.

—¿Por qué has invitado a Philip Rashleigh a casa?

—Bueno, en realidad, fue idea de Rockingham. «Metamos baza en el asunto —me dijo—. Eres toda una autoridad en esta parte del mundo y a lo mejor nos divertimos un rato», y Rashleigh dijo: «¿Quién se divierte? Seguro que vos os divertiríais mucho si os hubieran robado una fortuna, como a mí». «Ah, aquí todos estáis dormidos —le dijo Rockingham—. Daremos caza a ese ladrón, os lo entregaremos y entonces veréis lo divertido que es». Así que se me ocurrió celebrar una reunión con Godolphin y un par más para tender una

trampa al francés; y, cuando caiga en ella, lo ahorcaremos en alguna parte y podrás reírte a gusto.

—Entonces, Harry, ¿crees que lograrás lo que no han logrado otros?

—¡Ah, seguro que a Rockingham se le ocurre algo! Es el hombre ideal para estas cosas. Sé que yo no sirvo para esto, no tengo sesos en la cabeza, gracias a Dios. Oye, Dona, ¿cuándo vas a levantarte?

—Cuando salgas de aquí.

—Sigues igual de distante, ¿eh?, y guardándotelo todo para ti sola. Mi mujer no me procura mucha diversión, ¿verdad, Duke? ¡Toma, anda, busca la zapatilla! ¿Dónde está? ¡Búscala!

Lanzó un zapato de Dona al otro lado de la alcoba y mandó a los perros a buscarlo, y los perros se pelearon por cogerlo ladrando y arañando el suelo, hasta que volvieron y se lanzaron a la cama.

—Está bien, nos vamos; aquí no nos quieren, perros, estamos molestando. Voy a decir a Rockingham que estás a punto de levantarte; se va a poner más contento que unos cascabeles. Te mando a los niños, ¿te parece?

Y salió pisando fuerte, cantando en voz alta, con los perros ladrando detrás de él.

Es decir, que Philip Rashleigh había ido a Helston el día anterior con Eustick. También Godolphin habría vuelto ya. Pensó en la cara de Rashleigh tal como la había visto por última vez, roja de ira e impotencia, y de lo que dijo: «¡Hay una mujer a bordo! ¡Allí, mirad!», sin dejar de mirarla desde la barca, en Fowey Haven, y ella, que había perdido la banda del pelo y lo llevaba suelto al viento, se había reído de él y lo había saludado con la mano.

No la reconocería. Sería imposible. Porque iba en camisa y calzón y tenía la cara y el pelo chorreando de agua. Se levantó y empezó a vestirse, pensando todavía en las cosas que le había contado Harry. Que Rockingham, siempre tan dispuesto a la maldad, estuviera en Navron era una espina clavada, irritante y continua, porque ese hombre no era un necio. Por otra parte, su sitio estaba en Londres, en las calles empedradas, en los teatros, en los ambientes de St. James, sofocantes y sobrecargados de olores; así que, en Navron, su Navron, era un intruso que venía a romper la paz. Ya no había serenidad en la casa, oía su voz en el jardín, al pie de su ventana, y también la de Harry; se reían juntos y tiraban piedras a los perros. No, ya estaba todo muerto y enterrado. La escapada era cosa del ayer. Y *La Mouette* podría no haber vuelto, podría estar todavía quieto y en calma enfrente de la costa francesa, mientras la tripulación llevaba el *Merry Fortune* a puerto. Las olas de la blanca y tranquila playa, el mar verde, dorado bajo el sol, el agua fría y

limpia alrededor de su cuerpo desnudo y, después del baño, la calidez de la cubierta seca en la espalda, contemplando los palos del barco, altos y llamativos, que hendían el cielo.

Llamaron a la puerta y entraron los niños. Henrietta llevaba una muñeca nueva que le había regalado Harry, y James, un conejito metido en la boca; se lanzaron sobre ella con sus manitas calientes y la cubrieron de besos generosos, mientras Prue, en el fondo, hacía una reverencia y le preguntaba ansiosamente por su salud. «Y en alguna parte —pensó Dona—, en alguna parte hay una mujer que no se preocupa por todo esto, porque está tumbada en la cubierta de un barco y se ríe con su amante, y tiene el sabor de la sal en los labios, y el calor del sol y el mar».

—Mi muñeca es más bonita que el conejito de James —dijo Henrietta.

Y James, que no podía parar de moverse en el regazo de su madre, con la carita gordezuela pegada a la de ella, gritó:

—¡No, no, mío, mío!

Se sacó el conejito de la boca y se lo tiró a su hermana a la cara. Entonces empezaron las lágrimas, las regañinas y las reconciliaciones, y más besos, y la sorpresa de un bombón, y mucho bullicio y conversación, y el barco desapareció y también el mar, pero *lady* St. Columb de Navron, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza y ataviada con un vestido azul claro, bajó las escaleras hasta el jardín con un niño de cada mano.

—Habéis tenido calentura, Dona, ¿no es así? —dijo Rockingham, saliendo a su encuentro y besándole la mano que le tendió—. Sea como fuere —añadió, retrocediendo para mirarla—, os ha sentado de maravilla.

—Eso mismo digo yo —dijo Harry—. Se lo he dicho arriba, está morena como una gitana.

Se agachó, cogió a los niños y se los subió a los hombros; los niños chillaban de alegría y los perros se unieron a la fiesta.

Dona se sentó en la terraza y Rockingham, de pie enfrente de ella, jugueteaba con las puntillas de los puños.

—No parece que os alegréis mucho de verme —le dijo.

—¿Por qué no habría de alegrarme? —respondió ella.

—Hace ya unas semanas que no os veía, y os fuisteis de una forma tan precipitada, después de la escapada a Hampton Court... Supongo que hice algo que os ofendió.

—No hicisteis nada.

La miró de soslayo y se encogió de hombros.

—¿A qué os habéis dedicado en estos parajes? —le preguntó.

Dona bostezó mirando a Harry y a los niños, que jugaban en el césped con los perros.

—He sido muy feliz —dijo— aquí sola, con los niños. Cuando me fui de Londres, le dije a Harry que quería estar sola. Estoy enfadada con los dos por estropear la paz de la que gozo aquí.

—No hemos venido únicamente por placer —dijo Rockingham—, también tenemos una misión que cumplir. Tenemos intención de capturar al pirata que, al parecer, os causa muchos disgustos.

—Y ¿cómo pensáis hacerlo?

—Ah, pues... ya veremos. A Harry le emociona bastante la idea. Se ha aburrido últimamente, sin nada que hacer. Y Londres huele muy mal en verano, incluso para mí. El campo nos vendrá muy bien a los dos.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—Hasta que capturemos al francés.

Dona se rio y, cogiendo una margarita de la hierba, empezó a quitarle los pétalos.

—Ha vuelto a Francia —dijo.

—Yo creo que no —dijo Rockingham.

—¿Por qué?

—Por una cosa que dijo ese tal Eustick ayer.

—¿Thomas Eustick el refunfuñón? ¿Qué tiene él que decir? —preguntó Dona.

—Solamente que un pesquero de St. Michael's Mount había informado de que había avistado una nave a primera hora de la mañana de ayer navegando en dirección a la costa inglesa.

—No es gran cosa. Un mercader que volvía de fuera.

—Al pescador no se lo pareció.

—La costa inglesa es grande, mi querido Rockingham. De Land's End a Wight hay mucho trecho que vigilar.

—Sí, pero el francés nunca va a Wight. Al parecer, nunca va a ningún sitio, más que a esta estrecha franja de Cornualles. Según Rashleigh, el francés ha llegado incluso hasta vuestra ría de Helford.

—En tal caso, habrá llegado de noche, mientras estoy durmiendo en la cama.

—Es posible. De todos modos, no se atreverá a seguir haciéndolo mucho tiempo más. Será inmensamente divertido estropearle el juegucito. Supongo que habrá muchos ríos y calas en esta costa, ¿no?

—Sin duda Harry os podrá informar mejor que yo.

—Y esta parte no está muy habitada. Tengo entendido que Navron es la única casa grande de toda esta región.

—Sí, supongo.

—Es idónea para un bandido. Casi me gustaría ser pirata yo también. Y, si supiera que no había protección masculina en la casa y la señora del lugar era tan bella como vos, Dona...

—¿Qué, Rockingham?

—Si yo fuera pirata, repito, y supiera todas esas cosas, me tentaría mucho volver a esta región una y otra vez.

Dona volvió a bostezar y tiró la margarita deshojada.

—Pero no sois pirata, mi querido Rockingham, sino un miembro muy mimado de la aristocracia, exagerado en el vestir y lo más decadente que existe, amén de aficionado en exceso a las mujeres y al alcohol. Así que ¿lo dejamos así? Empiezo a aburrirme.

Se levantó y echó a andar en dirección a la casa.

—Hubo un tiempo —dijo él sin darle importancia— en el que no os aburríais de mí ni de mi conversación.

—Sois un engreído.

—¿Recordáis cierta velada en Vauxhall?

—Recuerdo muchas veladas en Vauxhall y una en particular, en la que, después de tomar dos copas de vino y encontrándome terriblemente somnolienta, cometisteis la audacia de besarme, y yo no tuve fuerzas para protestar. Os aborrezco desde entonces, y aún más a mí misma.

Se detuvieron en la puerta acristalada y él la miró, sonrojado.

—Un discurso encantador —dijo él—. El aire de Cornualles os ha hecho casi venenosa. O tal vez sea una secuela de la calentura.

—Tal vez.

—¿Tratáis tan ariscamente al curioso criado que os atiende?

—Preguntádselo a él.

—Creo que sí. Si yo fuera Harry, preguntaría muchas cosas, y todas de carácter muy personal.

—¿Qué esto? ¿Qué pasa aquí? —dijo Harry, sentándose con ellos en el salón y pasándose un pañuelo por la frente—. ¿De qué habláis vosotros dos?

—Estábamos hablando de vuestro criado —dijo Rockingham con una sonrisa espléndida—; es tan extraño que Dona solo le permitiera a él que la cuidara cuando estaba enferma...

—Sí, por todos los santos, es un bicho muy raro, y no me equivoco. Yo no confiaría mucho en él, Dona. ¿Qué gracia le encuentras?

—Es silencioso y discreto, no hace ruido al andar y es el único de toda la casa que tiene estas cualidades. Por eso decidí que me cuidara él y nadie más.

—Un verdadero placer para el criado —dijo Rockingham sacándose brillo a las uñas.

—¡Sí, pardiez! —replicó Harry enérgicamente—. Rock tiene razón, ¿sabes, Dona? El hombre ha podido tomarse libertades infernales. Has corrido mucho peligro. Tú, ahí, en la cama, tan baldada e indefensa, y el hombre ese moviéndose en silencio a tu alrededor. Tampoco es un sirviente de toda la vida, no sé casi nada de él.

—¡Ah! Entonces, ¿no ha estado siempre a vuestro servicio? —dijo Rockingham.

—¡No, pardiez, Rock! Nunca venimos a Navron, como bien sabes. Y soy tan condenadamente perezoso que la mitad de las veces no sé quiénes son mis criados. Tengo intención de despedirlo.

—Ni en sueños —dijo Dona—: William continuará a mi servicio hasta que lo diga yo.

—Está bien, está bien, no hace falta discutir por eso —dijo Harry, al tiempo que cogía a Duchess en brazos y la acariciaba—, pero resulta un tanto inquietante que el hombre ese entre en tu alcoba. Bueno, pues por ahí viene, y trae una carta de alguien. Parece que también esté atacado de calentura.

Dona miró la puerta, donde estaba William con un papel en la mano, más pálido de lo habitual y con cierta tensión en la mirada.

—¿Qué traes ahí, eh? —dijo Harry.

—Una misiva de *lord* Godolphin, *sir* Harry —respondió William—. Acaba de entregarla un criado y espera respuesta.

Harry la abrió rasgándola y después se la lanzó a Rockingham con una carcajada.

—La jauría se reúne, Rock —dijo—. ¡Que empiece la diversión!

Rockingham leyó la carta con una sonrisa y después la partió en trocitos.

—¿Qué les vas a responder? —preguntó.

Harry estaba mirando el lomo de la spaniel, separando el pelo a los lados.

—Le ha salido otro eccema aquí, maldita sea —dijo—. Esa pomada que le estoy poniendo no sirve de nada. ¿Qué dices? ¡Ah, sí! La respuesta para Godolphin. William, ten la bondad de decir a ese hombre que *lady* St. Columb y yo tendremos el honor de recibirlo a él y a los otros caballeros esta noche a la hora de cenar.

—Muy bien, señor —dijo William.

—Pero ¿qué clase de invitación es esa? —preguntó Dona, retocándose los rizos delante del espejo—. Y ¿a quién tendré el honor de recibir?

—A George Godolphin, a Tommy Eustick, a Philip Rashleigh y a seis más —dijo Harry, quitándose a la perra del regazo—, y por fin van a pillar a ese franchute, ¿verdad que sí, Duchess? Y asistiremos a la matanza.

Dona no dijo nada y, al volverse y ver reflejada la sala en el espejo, vio que Rockingham no le quitaba la vista de encima.

—Será una cena muy divertida, ¿no os parece? —dijo.

—Lo dudo mucho —dijo Dona—: teniendo en cuenta que Harry es el anfitrión, estaréis todos tirados por el suelo antes de medianoche.

Salió de la estancia y, después de cerrar la puerta, llamó a William en voz baja, y él se acercó al momento con la preocupación en los ojos.

—¿Qué sucede? —le preguntó—. Estás muy agitado. *Lord Godolphin* y sus amigos no pueden hacer nada, será demasiado tarde. *La Mouette* habrá zarpado.

—No, *milady* —dijo William—, no habrá zarpado. He ido al río a dar la alarma a mi señor. El barco ha quedado varado con la marea de la mañana y una roca le ha abierto una grieta en la tablazón del casco. Estaban reparándola cuando llegué. Tardarán veinticuatro horas en ponerla en condiciones de navegar.

Dejó de mirarla a la cara y se alejó un poco, y Dona, volviendo atrás la cabeza, vio que la puerta que acababa de cerrar estaba abierta otra vez y que Rockingham estaba en el umbral, jugueteando con las puntillas de los puños de la camisa.

XVII



El largo día llegaba lentamente a su fin. Parecía que las agujas del reloj de la torre se movieran a regañadientes y el carrillón tocaba, sombrío, cada media hora. La tarde se puso bochornosa y gris bajo un cielo plomizo que amenazaba tormenta pero no descargaba.

Harry se había tumbado en el césped con un pañuelo en la cara y roncaba sonoramente mientras los perros, a su lado, olisqueaban el aire; Rockingham estaba sentado con un libro abierto en las manos, cuyas páginas apenas pasaba y, cuando Dona lo miraba por casualidad, siempre lo encontraba mirándola a ella con curiosidad, con voracidad.

Él no sabía nada, desde luego, pero tenía una misteriosa intuición de naturaleza casi femenina, había notado cambios en ella y recelaba; recelaba de las semanas que había pasado sola en Navron, de su trato familiar con el criado William, de la actitud distante que tenía con Harry y con él, actitud que, habría jurado, no se debía al aburrimiento sino a otra cosa más vital, más peligrosa. Estaba más callada de lo que solía, no charlaba, no bromeaba ni se burlaba de Harry como en Londres, sino que cortaba tallos de hierba con las manos, con los ojos entornados, como si soñara en secreto. Rockingham observaba todas estas cosas y ella sabía que la miraba, y la tensión entre uno y otra iba en aumento a medida que pasaban las horas. A Dona le daba la sensación de que era un gato amenazador que acecha escondido al pie de un árbol, y ella, un pájaro que aguarda la ocasión de huir en silencio, oculto entre la hierba.

Y Harry, ajeno a todos los ambientes, dormitaba y suspiraba.

Dona sabía que los hombres estarían reparando el barco. Se los imaginó con la marea baja, descalzos, con el torso desnudo, la espalda empapada de sudor, y *La Mouette*, con la herida del casco al aire, cicatrizando, y la tablazón, gris de barro.

Él estaría trabajando con ellos, con el ceño fruncido, apretando los labios con cara de concentración —esa cara que había aprendido a amar y a respetar

—, porque reparar el barco era una cuestión de vida o muerte, como lo había sido desembarcar en Fowey, y ahora no tendría tiempo para holgar ni para soñar.

Tenía que encontrar la manera de acercarse al río antes de que cayera la noche, para rogarle que zarpara con la siguiente marea aunque *La Mouette* todavía hiciera agua, porque le estaban tendiendo una trampa, y quedarse siquiera una sola noche más sería fatal para él y para su tripulación.

Habían avistado el barco acercándose a la costa, según le había dicho Rockingham, y ya habían pasado casi veinticuatro horas, tiempo suficiente para prever y hacer planes. Tal vez hubiera vigilantes en los cabos y espías en los montes y en los bosques, y esta misma noche Rashleigh, Godolphin y Eustick estarían en Navron, quién sabe con qué intenciones.

—Estáis muy pensativa, Dona —dijo Rockingham, y ella vio que había dejado el libro a un lado y la observaba ladeando la cabeza, sin asomo de sonrisa en la mirada—. Seguro que ha sido la calentura lo que tanto os ha cambiado —prosiguió—, porque en Londres jamás guardabais silencio más de cinco minutos seguidos.

—Me estoy haciendo mayor —dijo ella alegremente, mordisqueando una hierba—, cumplo treinta años dentro de unas semanas.

—Una calentura muy curiosa —dijo él, sin hacerse eco de sus palabras—, que deja a la paciente con color de gitana y unos ojos tan grandes. Por lo visto no avisasteis al galeno.

—Soy mi propio galeno.

—Con los consejos del excelso William. Por cierto, tiene un acento muy singular. Una entonación extranjera.

—Así se habla aquí, en Cornualles.

—Pero tengo entendido que no es de Cornualles, o eso me ha contado el mozo en el establo esta mañana.

—En tal caso, quizá sea de Devon. Nunca le he preguntado por sus orígenes.

—Y, por lo visto, la casa estaba completamente vacía antes de que vinierais y este William tan singular cargó con la responsabilidad de Navron sobre sus hombros sin ayuda de ningún criado más.

—No sabía que os dedicarais a chismorrear en los establos, Rockingham.

—¿Ah, no, Dona? Pues es uno de mis pasatiempos predilectos. Siempre me entero de los últimos escándalos de la ciudad gracias a los criados de mis amigos. Lo que se cuenta en los mentideros del servicio es cierto invariablemente, y de lo más entretenido.

—Y ¿de qué os habéis enterado en los mentideros de Navron?

—De lo suficiente, querida Dona, para despertarme la curiosidad.

—¿Es cierto eso que decís?

—Al parecer, a *milady* le apasiona dar largos paseos cuando más calienta el sol. Por lo visto disfruta poniéndose los trajes más viejos, para volver algunas veces salpicada de barro y de agua del río.

—Muy cierto, sí.

—Parece ser que *milady* tiene un apetito caprichoso. A veces duerme hasta el mediodía y pide el almuerzo. O no prueba bocado desde mediodía hasta las diez de la noche, y entonces, cuando los criados están en la cama, el fiel William le sirve la cena.

—Cierto también.

—Y además, a pesar de gozar de una salud de hierro, cae inexplicablemente enferma y cierra las puertas de su alcoba a toda la casa, incluso a sus hijos, pues ha contraído una calentura, aunque nadie ha llamado al médico, y de nuevo el singular William es la única persona que puede traspasar las puertas de su alcoba.

—¿Alguna otra cosa, Rockingham?

—¡Oh, no, nada más, querida Dona! Solo que parecéis haberos recuperado muy deprisa de la calentura y no acusáis la menor alegría por ver a vuestro marido ni a su mejor amigo.

Un suspiro, un bostezo, un desperezarse, y Harry se quitó el pañuelo de la cara y se rascó la peluca.

—Bien sabe Dios que eso último que has dicho es muy cierto —dijo Harry—, pero Dona siempre ha sido como un témpano de hielo, Rock, amigo mío. ¡Llevo seis años casado con ella y lo sé muy bien! ¡Malditas moscas! ¡Vamos, Duchess! ¡Caza una mosca! ¡No las dejes que molesten a tu amo, anda!

Se enderezó en la silla, agitó el pañuelo en el aire y los perros se despertaron y empezaron a saltar y a ladrar, y después aparecieron los niños por una esquina de la terraza para retozar media hora antes de irse a la cama.

Poco después de las seis, un chaparrón los obligó a entrar en casa, y Harry, sin dejar de bostezar y quejarse del calor, se sentó a jugar al *piquet* con Rockingham. Todavía faltaban tres horas y media para la cena y *La Mouette* seguía fondeado en el río.

Dona estaba en la puerta acristalada, tamborileando con los dedos en el cristal, la tormenta arreciaba. La sala estaba cerrada y empezaba a oler a perros y al perfume que Harry se rociaba en la ropa. De vez en cuando

estallaba en carcajadas y se burlaba de los errores que cometía Rockingham en el juego. Las agujas del reloj corrían más deprisa de lo que ella deseaba, compensando la lentitud del día, y se puso a dar vueltas de un lado al otro de la sala, incapaz de contener la premonición de una derrota.

—Nuestra Dona parece inquieta —dijo Rockingham, levantando la mirada de las cartas—, tal vez no haya sanado completamente de la misteriosa calentura.

Ella no respondió y se detuvo otra vez frente a la puerta acristalada.

—¿Puedes superar a la sota? —dijo Harry riéndose al tiempo que echaba una carta en la mesa—. ¿O has vuelto a perder? Deja en paz a mi mujer, Rock, y atiende al juego. Mira esto, otro rey que me llevo. Ven a sentarte, Dona, inquietas a los perros con tanto paseíto.

—Mirad el juego de Harry por encima de su hombro, a ver si hace trampa —dijo Rockingham—, hubo un tiempo en el que nos ganabais a los dos al *piquet*.

Dona los miró: Harry, vocinglero y animado, ligeramente sofocado ya por la copa que había tomado, ajeno a todo lo que no fueran las cartas que tenía entre manos, y Rockingham, siguiéndole el juego como solía, pero siempre en guardia, como un gato lustroso, con los ojos entrecerrados puestos en Dona con curiosidad, con voracidad.

Sin embargo, estarían ahí jugando al menos una hora, conocía bien a Harry y lo sabía, y, con un bostezo, dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—Voy a acostarme hasta la hora de la cena —dijo—. Me duele la cabeza. Seguro que hay tormenta en el aire.

—¡Adelante, Rock, muchacho! —dijo Harry, echándose hacia atrás en la silla—. Apuesto a que no tienes un corazón en la mano. ¿Subes la apuesta? Ahí tienes a un buen jugador. Lléname la copa, Dona, ya que estás de pie. Tengo más sed que una esponja.

—Recuerda —dijo Rockingham— que tal vez tengamos que hacer algo antes de medianoche.

—¡No, vive Dios, no se me olvida! Vamos a cazar al franchute, ¿verdad? ¿Por qué me miras así, bella mía? —dijo, volviéndose hacia su mujer; tenía la peluca un poco torcida y los ojos azules un poco brumosos en su bonita cara sonrosada.

—Estaba pensando, Harry, que seguramente te parecerás a Godolphin dentro de unos diez años.

—¡Quiá! ¿Eso piensas? Bueno, y ¿qué? George Godolphin es un hombre corpulento, uno de mis más antiguos amigos. ¿Es un as lo que me pones

delante de los ojos? ¡Condenado seas por tramposo y ladrón de hombres inocentes!

Dona salió discretamente de la estancia, subió a su alcoba y cerró la puerta, y después tiró del grueso cordón de la campanilla que colgaba a un lado de la chimenea. Unos minutos después llamaron a la puerta y entró una doncella menuda.

—Haz el favor de mandarme a William —dijo Dona.

—Lo lamento, *milady* —dijo la muchacha haciendo una reverencia—, pero William no está en la casa. Salió después de las cinco y no ha vuelto.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé, *milady*.

—Bien, da igual, gracias.

La muchacha se fue y Dona se tumbó en la cama con las manos debajo de la cabeza. Seguro que William había tenido la misma idea que ella. Había ido a ver cuánto habían avanzado con el barco y a avisar a su señor de que sus enemigos iban a cenar en Navron esa misma noche. Pero ¿por qué tardaba tanto? Se había ido a las cinco y ya eran casi las siete.

Cerró los ojos y, en el silencio del dormitorio, notó que el corazón le latía como lo había hecho una vez, cuando estaba en la cubierta de *La Mouette* esperando bajar a tierra en la bahía de Lantic. Se acordó de la sensación paralizadora que había tenido entonces y de que, cuando bajó al camarote y comió y bebió un poco, se le pasaron el miedo y la angustia y la iluminó por dentro el brillo de la aventura. Sin embargo, esta noche era diferente. Esta noche estaba sola y él no le daba la mano ni le habían hablado sus ojos. Estaba sola y tenía que cumplir con el papel de anfitriona de sus enemigos.

Se quedó tumbada en la cama, y fuera, el chaparrón se redujo a una llovizna y terminó, y los pájaros empezaron a cantar, pero William no había llegado todavía. Se levantó, fue a la puerta y se quedó escuchando. Oía el murmullo grave de las voces de los hombres en el salón, y Harry se rio de pronto, y también Rockingham; después debieron de seguir con el juego, porque solo se oía un murmullo otra vez, y a Harry, que maldecía a uno de los perros por rascarse. Dona no podía esperar más. Se puso una capa sobre los hombros, bajó las escaleras de puntillas, furtivamente, hasta el vestíbulo, y salió al jardín por una puerta lateral.

La hierba estaba empapada después del chaparrón, lucía una capa plateada por encima y el aire olía a humedad templada, como la bruma de otoño.

En el bosque, goteaba agua de los árboles y la vereda sinuosa que llevaba al río estaba llena de barro y charcos. Además había poca luz, porque el sol no

había vuelto a salir después de la lluvia y el denso follaje del verano formaba un dosel por encima de ella. Llegó al sitio en el que la vereda descendía bruscamente, y estaba a punto de irse por la izquierda como de costumbre, hacia el río, cuando oyó algo que la detuvo en seco; esperó un momento con la mano apoyada en una rama baja de un árbol. Lo que había oído era el chasquido de un palo al partirse porque lo habían pisado y los pasos de alguien que andaba entre los helechos. Se quedó quieta, sin mover ni un dedo, hasta que, cuando se hizo el silencio otra vez, miró por encima de la rama que la ocultaba y, a unas veinte varas, vio a un hombre con la espalda contra un árbol y un mosquete en la mano.

Distinguió el perfil debajo de su tricornio, pero no reconoció la cara, no la había visto nunca, pero él estaba ahí esperando, mirando hacia el río.

Cayó una gruesa gota de lluvia del árbol y el hombre se quitó el sombrero y se limpió la cara con un pañuelo, para lo cual dio la espalda a Dona, momento que aprovechó ella para alejarse de allí y echar a correr hacia la casa por el mismo camino por el que había llegado. Tenía las manos heladas y se cerró más la capa alrededor de los hombros pensando: «Por eso no ha vuelto William, porque lo han atrapado y lo retienen o porque se ha escondido en el bosque, como yo hace un momento. Y, si hay un hombre, habrá más, y el que acabo de ver no es de Helford, sino de Godolphin, de Rashleigh o de Eustick. Y no puedo hacer nada —se dijo—, nada más que volver a casa, vestirme y ponerme pendientes, dijes y pulseras y bajar al comedor con una sonrisa en los labios, sentarme presidiendo la mesa, con Godolphin a la derecha y Rashleigh a la izquierda, mientras sus hombres vigilan en el bosque».

Apretó el paso para llegar a casa, caían gotas de los árboles, los mirlos ya no cantaban y la tarde estaba misteriosamente silenciosa.

Cuando llegó al claro que se abría al césped, miró hacia la casa y vio que la puerta acristalada del salón que daba a la terraza estaba abierta, y que Rockingham estaba allí mirando el cielo, mientras Duke y Duchess iban detrás de él. Dona se retiró a los árboles y entonces, uno de los perros, olisqueando el suelo, encontró sus huellas en la húmeda hierba y las siguió meneando la cola. Vio que Rockingham seguía al perro con la mirada, y después la dirigió arriba, hacia la ventana que había por encima de su cabeza; un momento después avanzó cautelosamente hasta el borde del césped y siguió el rastro delator hasta que se perdía entre los árboles.

Dona se adentró un poco más en el bosque y oyó a Rockingham llamar al perro suavemente: «Duchess... Duchess»; oyó también al perro, que

olisqueaba un poco a la izquierda, entre los helechos. Entonces Dona dio la vuelta entre los árboles, en dirección al sendero que llegaba hasta la fachada de la casa y el patio. Duchess debió de seguir su rastro en el bosque, hacia el río, porque ya no la oía, y llegó al patio sin que nadie la viera.

Entró en casa por la puerta principal y, afortunadamente, el comedor estaba todavía a oscuras, no habían encendido las velas; vio a una criada al fondo, apilaba platos en una mesita auxiliar, con la ayuda del criado londinense de Harry. Y William seguía sin aparecer.

Esperó entre las sombras y, un momento después, los criados se fueron por la puerta del fondo hacia la cocina y ella subió rápidamente las escaleras y recorrió el pasillo hasta su dormitorio.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Harry desde su cámara.

Ella no contestó, sino que entró sigilosamente en su dormitorio y cerró la puerta; un momento después oyó pasos acercándose y, justo a tiempo, se quitó la capa y se tumbó en la cama echándose el cobertor por encima de las rodillas, porque Harry irrumpió de pronto sin llamar, según su costumbre, en camisa y calzón.

—¿Dónde demonios se ha metido ese William? —preguntó—. Tiene la llave de la bodega escondida en alguna parte y Thomas ha venido a preguntarme por el vino. Me dice que William no aparece por ninguna parte.

Dona, con los ojos cerrados, no se movió; después se puso de lado y miró a Harry bostezando, como si acabara de despertarse.

—¿Cómo quieres que lo sepa, Harry? —dijo—. A lo mejor está charlando con los mozos de cuadra, en los establos. ¿Por qué no lo buscan?

—Lo han buscado —dijo, resentido—; ha desaparecido sin más; George Godolphin y los demás están a punto de llegar para la cena y nosotros, sin vino. No voy a consentirlo, Dona, te lo aseguro. Lo despediré, para que lo sepas.

—Volverá enseguida —dijo Dona con aburrimiento—, hay tiempo de sobra.

—¡Qué insolencia! —dijo Harry—. Esto es lo que sucede con los criados cuando no hay un hombre en la casa. Le has dejado hacer exactamente su santa voluntad.

—Todo lo contrario, hace exactamente mi santa voluntad.

—Bien, pero no me complace, para que lo sepas. Rock tiene mucha razón. La actitud de ese hombre es demasiado familiar, ¡es insolente! Rock siempre acierta en estas cosas.

Estaba en medio de la alcoba mirándola de mal humor, sonrojado, echando chispas por los ojos; ella reconoció al instante esa actitud, la que siempre adoptaba cuando había bebido un poco; al cabo de un momento empezaría a insultar.

—¿Ganaste al *piquet*? —le preguntó, por ver si lo distraía.

Él se encogió de hombros, se acercó al espejo, se miró y empezó a alisarse las bolsas de los ojos con un dedo.

—¿Alguna vez gano más de diez minutos seguidos cuando juego con Rock? —gruñó—. No, siempre termino perdiendo veinte o treinta soberanos, y a duras penas puedo permitírmelo. Dime una cosa, Dona, ¿me vas a dar licencia para entrar aquí esta noche?

—Creía que estarías ocupado cazando piratas.

—¡Ah, eso se habrá acabado a medianoche o poco después! Si el franchute está escondido en alguna parte de la ría, como parecen creer Godolphin y Eustick, no tendrá forma de librarse. Van a apostar hombres por todas partes, desde aquí hasta el cabo y en ambas orillas de la ría, para reforzar la búsqueda. Esta vez no se escapará de la red.

—Y ¿de qué te vas a encargar tú?

—Ah, pues, seré un observador y acudiré cuando caiga la presa. Y beberemos todos y nos divertiremos a morir. Pero no has contestado a mi pregunta, Dona.

—¿Lo dejamos hasta que llegue el momento? Sabiendo cómo sueles estar después de medianoche, te dará completamente igual derrumbarte en mi alcoba o debajo de la mesa del comedor.

—Es porque siempre me tratas muy mal, Dona. Te aseguro que es un poco excesivo eso de que te refugies en Navron de repente y me dejes solo en Londres, esperándote, y luego caigas con una estúpida calentura justo cuando vengo a buscarte.

—Cierra la puerta, Harry, quiero dormir.

—Dormir, y ¿qué más? Siempre quieres dormir. Es lo que me dices siempre en cualquier circunstancia desde hace solo Dios sabe cuánto tiempo.

Salió del dormitorio dando zancadas y un portazo y Dona lo oyó detenerse un momento en las escaleras, preguntando a voces a un criado que estaba abajo si el sinvergüenza de William había vuelto.

Dona se levantó de la cama y vio por la ventana que Rockingham volvía por el césped con la perrita Duchess pegada a sus talones. Lentamente, empezó a vestirse con mucho cuidado, se rizó los oscuros tirabuzones con los dedos y se los colocó detrás de las orejas; se puso los pendientes y el dije de

rubí; porque Dona St. Columb, con su vestido de raso de color crema, los tirabuzones y las alhajas, no podía guardar el menor parecido con el desaliñado grumete de *La Mouette* que, chorreando agua por la fina camisa, se ocultaba al pie de la ventana de Philip Rashleigh hacía solo cinco días. Se miró en el espejo y luego se fijó en el retrato de la pared; vio lo mucho que había cambiado en el breve tiempo que llevaba en Navron, pues se le había llenado la cara y la mueca hosca había desaparecido de la boca; también había algo distinto en los ojos, como había señalado Rockingham. En cuanto al color agitanado del cutis, no había forma de ocultarlo; el sol también le había quemado las manos y el cuello. «¿Quién podría creer —pensó— que esto es debido a la calentura, que este color es ictericia?... Harry tal vez, tiene poca imaginación, pero Rockingham, jamás».

Al cabo de un rato oyó el tañido de la campana del establo en el patio, acababa de llegar el primer invitado, que detuvo el carruaje en los escalones de entrada. Cinco minutos de paz y empezaron a oírse cascos de caballo y la campana tañó de nuevo; también se oían las voces que venían del comedor, y la de Harry por encima de todas, más los ladridos de Duke y Duchess. Ya era casi de noche: desde la ventana se veía el jardín en sombra, los árboles no se movían. «El centinela —pensó— estará allí, en el bosque, vigilando el río, y a lo mejor han llegado más y están todos esperando de espaldas a los árboles, en silencio, hasta que terminemos de cenar; entonces Eustick mirará a Godolphin, Godolphin a Harry y Harry a Rockingham; echarán las sillas atrás, sonreirán y, acariciando la espada, irán al bosque. Y, si esto hubiera pasado hace cien años, habría estado preparada para evitarlo, les habría puesto una poción para dormir en el vino y habría vendido mi alma al diablo para echarles un conjuro, pero es ahora, no hace cien años, esas cosas ya no suceden, y lo único que puedo hacer en sentarme a cenar, sonreír y animarlos a beber».

Abrió la puerta y el bullicio de las voces del comedor subió con más claridad. Distinguió el tono pomposo de Godolphin y el ronquido quejumbroso de Philip Rashleigh; también una pregunta de Rockingham, sedosa y suave. Antes de bajar, pasó por el dormitorio de los niños, que ya estaban dormidos, les dio un beso y descorrió las cortinas para que les llegara el aire fresco de la noche; después, mientras se dirigía de nuevo hacia las escaleras, oyó un ruido a su espalda, lento, como si alguien arrastrara los pies entre las sombras del pasillo sin saber por dónde ir.

—¿Quién está ahí? —dijo en voz baja.

No hubo respuesta. Esperó un momento y sintió un estremecimiento de miedo; las voces de los invitados no cesaban; volvió a oír el ruido en el oscuro pasillo, y un susurro débil y un suspiro.

Cogió una vela del dormitorio de los niños y, sujetándola en alto, miró a la parte del pasillo de donde provenía ese ruido, y allí, medio agachado, medio apoyado en la pared, estaba William, con la cara blanca como la leche y el brazo izquierdo colgando como muerto. Se arrodilló a su lado, pero él la rechazó y la boquita de piñón se retorció de dolor.

—No me toquéis, *milady* —murmuró—, u os mancharéis el vestido, tengo sangre en la manga.

—William, mi querido William, ¿estás malherido? —le preguntó.

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza agarrándose el hombro con la mano derecha.

—No es nada, *milady* —dijo—, solo un mal... tenía que ser precisamente esta noche.

Cerró los ojos, debilitado por el dolor, y Dona comprendió que mentía.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Al volver por el bosque, *milady* —le dijo— vi a un hombre de *lord* Godolphin; se enfrentó conmigo. Conseguí zafarme de él, pero lo he pagado con este rasguño.

—Vamos a mi alcoba, te lo lavaré y te lo vendaré —le dijo en susurros.

William estaba a punto de desmayarse y no pudo negarse, sino que se dejó llevar por el pasillo hasta el dormitorio y, en cuanto llegaron, Dona cerró la puerta con pestillo y lo ayudó a acostarse en la cama. Después, con agua y una toalla, le limpió la herida del hombro y se la vendó. Él la miró y dijo:

—*Milady*, no tendríais que hacer esto.

—No te muevas —le dijo ella—, no te muevas de aquí, descansa.

Todavía estaba blanco como la pared, y ella, sin saber lo profunda que era la herida ni cómo podía aliviarle el dolor, se sintió inútil de pronto y se desesperó; William debió de advertirlo, porque dijo:

—No os preocupéis, *milady*, se me pasará. Al menos he cumplido la misión. Fui a *La Mouette* y vi a mi señor.

—¿Se lo dijiste? —le preguntó—. ¿Le dijiste que Godolphin y Eustick y los demás cenaban aquí esta noche?

—Sí, *milady*, y sonrió de esa forma que sonríe él, *milady*, y me dijo: «Dile a tu señora que estoy muy tranquilo y que *La Mouette* necesita un grumete».

Unos pasos se acercaron por el pasillo y alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —dijo Dona.

—*Sir Harry* os manda recado —dijo la voz de la doncella menuda— de que los caballeros os esperan para cenar.

—Di a *sir Harry* que empiecen, que ahora mismo estoy con ellos —dijo Dona. E, inclinándose de nuevo sobre William, susurró—: Y ¿el barco? ¿Ya lo han reparado? ¿Puede zarpar esta noche?

Pero William la miraba sin reconocerla, cerró los ojos y Dona vio que había perdido el conocimiento.

Lo tapó con las mantas sin saber muy bien lo que hacía y se lavó la sangre de las manos; después se miró en el espejo y, al ver que ella también había perdido el color de la cara, se puso colorete en los pómulos con mal pulso.

Salió dejando a William inconsciente en la cama y, mientras bajaba las escaleras hacia el comedor, oyó que los invitados arrastraban las sillas para recibirla de pie. Dona levantó la cabeza y sonrió, pero no veía nada, ni el resplandor de las velas, ni la larga mesa repleta de fuentes, ni la casaca morada de Godolphin, ni a Rashleigh con su peluca gris, ni a Eustick manoseando la espada ni los ojos de los hombres que la miraban y, a su paso hacia la cabecera de la mesa, le hacían una profunda inclinación de cabeza; solo veía a un hombre en la cubierta de su barco en el silencio del río, que le decía adiós mentalmente mientras esperaba que subiera la marea.

XVIII



Por primera vez en muchos años se celebraba un banquete en el gran comedor de Navron House. Las velas iluminaban a los invitados, que se sentaron hombro con hombro, seis a cada lado de la larga mesa; la mesa en sí estaba espléndida con la cubertería de plata y la vajilla con rosas en el borde, además de unos grandes cuencos rebosantes de fruta. En un extremo, el anfitrión — ojos azules, sofocado, la peluca rubia levemente torcida— reía un poco estentóreamente y demasiado tiempo cada gracia que corría entre los comensales. En el extremo opuesto, la anfitriona jugueteaba con los platos que le ponían delante, fría, imperturbable, miraba de vez en cuando a los invitados que tenía al lado como si, tanto el de la derecha como el de la izquierda, fueran lo único importante en todo el mundo y ella estuviera allí solo para ellos toda la noche, o más, si así lo deseaban. Jamás en la vida, pensaba Harry St. Columb dando una patada a uno de los perros, que estaban debajo de la mesa, jamás en la vida había visto a Dona coquetear con tanto descaro ni mostrarse tan seductora. Si esto se debía a la maldita calentura, que Dios ayudara a todos los presentes. Jamás en la vida, pensaba Rockingham, mirándola desde el otro lado de la mesa, jamás en la vida había visto a Dona tan provocativa. ¿Qué idea le había cruzado por la cabeza en ese momento y por qué se había ido a pasear al bosque, en dirección al río, a las siete de la tarde, cuando todos creían que estaba durmiendo?

«Esta es —pensaban todos los comensales— la famosa *lady* Columb, de la que tanto se habla se vez en cuando, la que hace cosas escandalosas y cena en las tabernas de Londres con damiselas de la ciudad, la que monta a pelo por las calles a medianoche ataviada con el calzón de su marido, la que sin duda ha dado algo de sí misma hasta al último de los galanes de St. James, por no mencionar a su majestad».

Al principio, los invitados recelaban, hablaban poco y parecían cohibidos, pero cuando ella empezó a hablar y los miró y les dirigió una palabra y una sonrisa, y les preguntó por su casa, sus aficiones, sus afanes, quién estaba

casado con quién y quién era soltero, y les dio a entender a todos y a cada uno que cada palabra que pronunciaban le parecía importante, tenía encanto y que, si la ocasión lo permitía, los comprendería como no los habían comprendido nunca, entonces se calmaron, se derritieron y «al infierno con todo lo que dicen de ella —pensó el joven Penrose—, no es más que maledicencia de mujeres feas y envidiosas», y «¡Vive Dios! ¡Qué mujer para tenerla, conservarla bajo siete llaves y no perderla jamás de vista!». Tremayne, de más allá de Probus, que no tenía mujer ni amante, la miraba sin palabras, completamente arrobado, y Carnethick, el de la peluca roja, que poseía todas las tierras de la costa oeste, cuya mujer era diez años mayor que él, cuando Dona le dedicó una mirada desde el otro lado de la mesa, se preguntó si habría alguna forma de verla a solas después de la cena. Incluso Godolphin, el pomposo Godolphin, con sus ojos saltones y su nariz hinchada, tuvo que reconocer un tanto a regañadientes que la mujer de Harry tenía encanto, aunque, desde luego, no le convencía ni le convencería nunca y, aunque no sabía por qué, no se imaginaba a Lucy trabando amistad con ella, pues había algo tan audaz en su mirada que le producía inquietud. Philip Rashleigh, siempre taciturno con las mujeres, siempre gruñón y silencioso, empezó a contarle de repente cosas de su infancia y lo mucho que quería a su madre, que había muerto cuando él tenía diez años.

«Son casi las once —pensaba Dona— y todavía estamos comiendo, bebiendo y charlando, y si puedo seguir así un poco más, daré tiempo a los que están en el río, porque la marea habrá empezado a subir hace rato y, tanto si *La Mouette* tiene una vía de agua en el casco como si no, la reparación que le hayan hecho tiene que resistir y el barco tiene que zarpar».

Hizo una seña con la mirada a los criados que los atendían para que llenaran las copas una vez más y, con el murmullo de las conversaciones en los oídos, miró a su vecino de la izquierda con una sonrisa preguntándose si William habría recobrado el conocimiento o si todavía estaría en la cama, pálido como la cera, con los ojos cerrados y la mancha rojo oscuro en el hombro.

—Aquí falta música —dijo Harry con los ojos entornados—, aquí falta música, mi abuelo la tenía, ahí arriba, en la galería, como en vida de la reina anterior. Maldita sea ¿por qué ya no hay juglares ahora? Supongo que los puritanos, Dios los confunda, los mataron a todos^[3].

«Está bien borracho —pensó Dona, mirándolo y reconociendo los síntomas—, pocas complicaciones dará esta noche».

—Esas bufonadas, mejor muertas y enterradas —sentenció Eustick frunciendo el ceño.

Le molestaba que se hubiera ofendido a los puritanos, porque su padre había luchado por el Parlamento.

—Entonces, ¿se celebran muchos bailes en la corte? —preguntó el joven Tremayne, sonrojándose hasta las orejas y mirándola con total dedicación.

—Sí, claro —le respondió ella—, tenéis que venir a la ciudad cuando Harry y yo volvamos, os buscaré una mujer para que os caséis.

Pero el joven hizo un movimiento negativo con la cabeza y, tartamudeando, rechazó la invitación con una súplica perruna en los ojos.

«James tendrá su edad dentro de veinte años —pensó Dona—, se colará en mi alcoba a las tres de la madrugada para contarme su última aventura y todo esto habrá pasado a la historia, no lo habré pensado más, pero tal vez me acuerde de repente, al ver los ojos de James y su cara pendiente de mí, y le cuente entonces que entretuve a doce hombres en una cena casi hasta medianoche para que el único al que he querido en el mundo pudiera huir a Francia y saliera de mi vida para siempre».

¿Qué le decía Rockingham a Harry disimuladamente?

—¡Sí, pardiez! —exclamó Harry atrayéndose la atención de toda la mesa—. ¡Ese granuja que tienes por criado no ha vuelto! ¿Lo sabes, Dona?

Y dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar los vasos; Godolphin frunció el ceño porque el vino le salpicó el lazo de encaje.

—Lo sé —dijo Dona sonriendo—, pero da lo mismo, nos las hemos arreglado muy bien sin él.

—¡George! —gritó Harry, dispuesto a airear su queja—. ¿Qué harías tú con un criado que se toma la noche libre cuando su señor tiene invitados a cenar?

—Despedirlo, naturalmente, mi querido Harry —dijo Godolphin.

—Y hacerlo polvo primero —añadió Eustick.

—Sí, es muy fácil decirlo —replicó Harry, hipando—, ese maldito es el consentido de Dona. Cuando estuvo enferma, él entraba y salía de su alcoba a todas las horas del día y de la noche. ¿Lo consentirías tú, George? ¿Tu mujer tiene un criado revoloteando por su dormitorio, eh?

—No, vive Dios —replicó Godolphin—. *Lady* Godolphin se encuentra en un estado de salud muy delicado en estos momentos y no soporta a nadie más que a su anciana niñera y a mí, claro está.

—Encantador —dijo Rockingham—, ¡cuán rural y enternecedor! Por el contrario, parece ser que *lady* Columb no tiene doncellas que la sirvan —

sonrió a Dona levantando la copa— y, por cierto, ¿os sentó bien el paseo, Dona? ¿Encontrasteis el bosque muy mojado?

Dona no respondió. Godolphin la miró con recelo, porque, la verdad, si Harry consentía que su mujer coqueteara con un criado, enseguida se convertiría en la comidilla de toda la región y, ahora que lo pensaba, se acordó del mozo insolente que conducía el carruaje el día en que la mujer de Harry fue a tomar el té a su casa.

—¿Qué tal soporta los calores vuestra señora? —le preguntó Dona—. ¡Me acuerdo tanto de ella!

Pero no oyó la respuesta, porque Philip Rashleigh le estaba diciendo algo al oído izquierdo.

—Juro que os he visto antes, *milady* —le susurraba—, pero no consigo recordar de ninguna manera cuándo ni dónde.

Y se puso a mirar el plato con el ceño fruncido como si, por pura concentración, pudiera recordarlo todo.

—Un poco más de vino para el señor Rashleigh —dijo Dona con una bonita sonrisa y acercándole la copa—. Sí, yo también tengo la sensación de conoceros, pero por fuerza sería hace seis años, cuando vine aquí de recién casada.

—No, juro que no fue entonces —dijo Rashleigh negando enfáticamente con movimientos de cabeza—. Es algo en vuestra voz. Y creo haberla oído no hace mucho.

—Es un efecto que causa Dona en todos los hombres —dijo Rockingham—. Cuando la han visto, siempre tienen la sensación de conocerla de antes. Y ya veréis, mi estimado Rashleigh, que eso os impedirá dormir por la noche.

—Colijo que lo decís por experiencia —terció Carnethick, mirándolo con intención.

Rockingham se limitó a sonreír y se ajustó las puntillas de los puños.

«¡Ah, cuánto lo aborrezco —pensó Dona—, con esos ojos entrecerrados de gato y esa sonrisa de suficiencia! ¡Cuánto le placería que todos los hombres de esta mesa creyeran que se acuesta conmigo!».

—¿Habéis estado alguna vez en Fowey? —preguntó Philip Rashleigh.

—Nunca, que yo sepa —respondió ella.

Rashleighapuró la copa de vino, todavía incrédulo.

—¿Os han contado cómo me saquearon? —preguntó de nuevo.

—Sí, ciertamente —dijo ella—, ¡qué disgusto para vos! Y ¿no habéis vuelto a tener noticia del barco?

—Ni una palabra —dijo él con amargura—. ¡Ah! ¡Estará cómodamente escondido en algún puerto francés a estas alturas! Y sin forma legal de sacarlo de allí. Es lo que sucede por tener una corte plagada de extranjeros y un rey que, se mire como se mire, habla mejor la lengua francesa que la inglesa. No obstante, ¡esta noche espero tomarme la revancha de una vez por todas!

Dona miró de soslayo el reloj de las escaleras. Faltaban veinte minutos para la medianoche.

—Y vos, *milord* —dijo ella sonriendo a Godolphin—, ¿participasteis en la pérdida del barco del señor Rashleigh?

—Sí, señora —contestó él con rigidez.

—Confío en que no os sucediera nada malo.

—No, por fortuna. Esos bandidos se dieron mucha prisa en enseñarnos los talones. Como todos los franceses, prefirieron huir a presentar un combate limpio.

—Y ¿su jefe era en realidad el hombre desesperado que me habíais descrito?

—Veinte veces peor, señora. Jamás en mi vida he visto canalla más sanguinario, demoniaco y desvergonzado que él. Se dice que desde entonces lleva en el barco un cargamento completo de mujeres, en todos los viajes, y la mayoría, pobres desgraciadas, raptadas en nuestros pueblos. Huelga decir que, de todo esto, nada le he contado a mi mujer.

—Como ha de ser; podría precipitar las cosas prematuramente —murmuró Dona.

—Llevaba una mujer a bordo del *Merry Fortune* —dijo Philip Rashleigh—. La vi en la cubierta, por encima de mí, tal como os veo ahora a vos. Una bruja descarada como no puede haber otra, con un corte en la barbilla y todo el pelo en los ojos. Una ramera de los puertos franceses, sin duda.

—Y había un muchacho —añadió Godolphin—, un pobre desgraciado que fue a llamar a la puerta de Philip; juraría que tuvo algo que ver. Tenía una forma de hablar quejumbrosa y un aire femenino de lo más desagradable.

—¡Cuán decadentes son esos franceses! —dijo Dona.

—¡No se habrían librado de nosotros si no hubiera sido por aquel viento —rugió Rashleigh— que empezó a soplar de Readymoney Cove y le hinchó las velas! Parecía cosa del diablo. George lo tenía a tiro de mosquete, pero falló.

—¿Cómo pudo ser, *milord*?

—Me quedé momentáneamente en desventaja, señora —empezó a decir Godolphin, sonrojándose.

En el otro extremo de la mesa, Harry miraba hacia abajo y, dándose un golpe en la rodilla, gritó:

—¡Me temo que todos sabemos muy bien lo que sucedió, George! Perdiste la peluca, ¿no es así? El bribón del franchute te levantó la peluca, ¿no?

Inmediatamente todas las miradas se volvieron hacia Godolphin, que bajó la vista a la copa que tenía delante más tieso que un palo.

—No les prestéis atención, querido *lord* Godolphin —le dijo Dona, sonriendo—, bebed un poquito más. Porque, al fin y al cabo, ¿qué importancia tiene perder la peluca? Podía haber sido algo mucho más valioso, y ¿qué iba a hacer entonces *lady* Godolphin?

Y en ese momento, Carnethick, que estaba junto a Rashleigh a su izquierda, se atragantó con el vino.

Las doce menos cuarto, menos diez, menos cinco, y el joven Tremayne hablaba de peleas de gallos con Penrose de Tregony; y Rockingham se desternillaba con una anécdota subida de tono que le contaba, con la mano en la boca, un hombre de Bodmin cuyo nombre no había oído; y Carnethick le sonreía desde el otro lado de la mesa, mientras Philip Rashleigh cogía uvas con una mano peluda y arrugada y Harry, medio dormido en la silla, cantaba para sí una canción sin melodía, acariciando la copa con una mano y al spaniel que tenía en el regazo con la otra.

De repente, Eustick, mirando el reloj, se puso de pie y dijo con voz de trueno:

—Caballeros, hemos perdido ya bastante tiempo, ¿habéis olvidado que nos hemos reunido esta noche aquí para tratar de un asunto grave?

Se hizo el silencio al punto. Tremayne bajó la mirada al plato, sonrojado, y Carnethick se limpió la boca con un pañuelo de encaje mirando al frente sin pestañear. Alguien tosió torpemente, alguien arrastró los pies debajo de la mesa y solo Harry seguía sonriendo, tarareando su canción beoda y sin melodía; el reloj de la torre del establo dio las doce. Eustick echó una mirada elocuente a la anfitriona. Dona se levantó enseguida y dijo:

—¿Deseáis que me vaya?

—¡Nada de eso! —dijo Harry abriendo los ojos—. ¡Que mi mujer se quede en su propia mesa, pardiez! La fiesta se apagará si se va ella, siempre es así. ¡A tu salud, bella mía, aunque consientas que tus criados entren y salgan de tu dormitorio a su libre albedrío!

—Harry, ya no es momento de bromear —dijo Godolphin, y volviéndose a Dona—: Hablaríamos con más libertad si no estáis presente. Tal como ha

observado Eustick, parece que a todos se nos ha olvidado un poco el propósito de esta reunión.

—Lo entiendo, naturalmente —dijo Dona—, y no desearía ser un estorbo por nada del mundo.

Y, cuando se levantaron todos para abrirle paso, se oyó una campanada en el patio.

—¿Quién demonios es? —dijo Harry, bostezando—. ¿Alguien que llega dos horas y media tarde para la cena? ¡Abramos otra botella de vino!

—Estamos todos aquí —dijo Eustick—, no esperamos a nadie más. Y ¿vos, Godolphin?

—No, yo no he convocado a nadie más —respondió, frunciendo el ceño—. Esta reunión era un secreto, en cualquier caso.

La gran campana de fuera volvió a sonar.

—¡Que vaya alguien a abrir la puerta! —gritó Harry—. ¿Dónde demonios se han metido los criados?

El perro saltó desde su regazo y echó a correr hacia la puerta.

—¡Thomas, vosotros! ¿Qué hacéis? —dijo Harry mirando a su espalda.

Rockingham se levantó, fue a la puerta del fondo, la que llevaba a la cocina, y la abrió de golpe.

—¡Hola! —gritó—. ¿Acaso estáis todos dormidos?

Pero no hubo respuesta, y el pasillo estaba a oscuras y en silencio.

—Alguien ha apagado las velas —dijo—. El pasillo está oscuro como boca de lobo. ¡Thomas! ¿Dónde estás?

—Harry: ¿qué órdenes has dado a los criados? —inquirió Godolphin, echando atrás su silla—. ¿Les dijiste que se fueran a la cama?

—A la cama no —dijo Harry, levantándose con dificultad—. Están todos esperando en la cocina, en alguna parte. Llámalos otra vez, Rock, te lo ruego.

—Te he dicho que no contesta nadie —dijo Rockingham— y no se ve luz en ninguna parte. Hasta la cocina está más negra que el carbón.

La campana tocó por tercera vez y Eustick, pronunciando un juramento, fue hacia la puerta a grandes pasos y empezó a abrir los cerrojos.

—Será uno de los nuestros, que viene a informar —dijo Rashleigh—, alguno de los hombres que hemos apostado en el bosque. Alguien nos ha traicionado y el combate ha empezado.

Se abrió la puerta y Eustick, sin moverse del umbral, preguntó a la oscuridad:

—¿Quién llama a Navron House?

—Jean-Benoit Aubéry, a vuestro servicio, caballeros —fue la respuesta.

A continuación entró el francés, espada en mano y con una sonrisa en los labios.

—No os mováis, Eustick —dijo—, y los demás, quedaos donde estáis. Os tengo a tiro a todos. El primero que se mueva recibirá una bala en la cabeza.

Y Dona, mirando arriba, hacia la galería, vio a Pierre Blanc con una pistola en la mano, y a Edmund Vacquier a su lado, mientras que en la puerta que daba a la cocina se encontraba William, pálido e inescrutable, con un brazo inútil y apuntando con un alfanje a la garganta de Rockingham con la mano del lado sano.

—Tomad asiento, os lo ruego, caballeros —dijo el francés—, y no los entretendré mucho. En cuando a *milady*, puede hacer lo que le plazca, pero antes debe entregarme los rubíes que luce en este momento, pues he hecho una apuesta por ellos con mi grumete.

Y, colocándose delante de ella, hizo una inclinación de cabeza sin dejar de jugar con la espada ante la mirada de odio y temor de doce hombres.

XIX



Parecían muertos, congelados en las sillas alrededor de la mesa. Nadie decía una palabra, pero todos miraban al francés, que seguía sonriendo con la mano extendida, esperando las alhajas.

Cinco contra doce, pero los cinco iban armados y los doce habían cenado opíparamente, sin medida, y la espada que cada cual tenía al lado estaba enfundada. Eustick todavía agarraba la puerta, pero Luc Dumont de *La Mouette* se encontraba a su lado, apuntándole a las costillas con una pistola y, lentamente, Eustick cerró la puerta y corrió los cerrojos. Pierre Blanc y su compañero bajaron por las escaleras de la galería, y tomaron posiciones a ambos lados del gran comedor, de manera que si, por casualidad, algún hombre se llevaba la mano a la espada, ese hombre caería, como había dicho su patrón. Rockingham, apoyado contra la pared, miraba la punta del alfanje de William y se pasó la lengua por los labios, pero no dijo nada. Solo el anfitrión, que había vuelto a hundirse en la silla, contemplaba la escena moderadamente asombrado, llevándose a los labios una copa de vino mediada.

Dona se quitó los pendientes y los depositó en la mano extendida.

—¿Nada más? —dijo.

Él señaló el dije del cuello con la punta de la espada.

—¿No me regalaríais esto también? —dijo él, enarcando una ceja—. Mi grumete me maldecirá, si no. Y la pulsera que lleváis en la muñeca; también debo pedíroslo.

Dona se quitó la pulsera y el dije y, sin decir una palabra ni sonreír, se lo puso en la mano.

—Gracias —dijo él—, espero que os hayáis restablecido de la calentura.

—Eso creía —respondió ella—, pero vuestra presencia aquí me hará recaer, sin duda.

—Sería una lástima —replicó él con gravedad—. Me daría cargo de conciencia. Mi grumete sufre calenturas de vez en cuando, pero el aire del

mar obra maravillas en su salud. Deberíais probarlo.

Y, con una inclinación de cabeza, se guardó las alhajas en el bolsillo y dio media vuelta.

—*Lord* Godolphin, si no yerro —dijo, situándose enfrente de su señoría—. La última vez que nos vimos os libré de vuestra peluca. También fue por una apuesta. Sin embargo, es posible que ahora me lleve algo más sustancioso —se acercó a él y, con la espada, le quitó la banda y la estrella que lucía en el pecho—. El arma también, lamento decir, es una cosa que no puedo dejar en vuestro poder —y la vaina de Godolphin cayó al suelo estrepitosamente.

El francés hizo otra inclinación de cabeza y se dirigió hacia Philip Rashleigh.

—Buenas noches, señor —dijo—, parecéis menos acalorado que la última vez que os vi. Debo daros las gracias por el regalo del *Merry Fortune*. Es una nave espléndida. Ahora no la reconoceríais, os lo juro. Tiene el aparejo nuevo y otra capa de pintura, y se encuentra en mi lado del estrecho. Vuestra espada, caballero, por favor. Y ¿qué lleváis en los bolsillos?

A Rashleigh se le hincharon las venas de la frente y se le aceleró la respiración.

—Pagaréis por esto, Dios os maldiga —dijo.

—Es posible —dijo el francés—, pero entretanto sois vos el que vais a pagar. —Y metió todos los soberanos de Rashleigh en una bolsa que llevaba sujeta a la cintura.

Lentamente recorrió toda la mesa y cada invitado hubo de entregarle el arma y el dinero de los bolsillos, amén de los anillos de los dedos y el alfiler del lazo. Y, al pasar alrededor de la mesa silbando una cancioncilla casi para sí, se inclinaba de vez en cuando hasta un cuenco de fruta y cogía una uva, y en una ocasión, mientras esperaba a que el fornido invitado de Bodmin se despojara de los muchos anillos que llevaba en los dedos, hinchados de gota, se sentó en el borde de la mesa, entre cubiertos y platos, y se sirvió una copa de vino del decantador.

—Tenéis una buena bodega, *sir* Harry —le dijo—. Os aconsejaría que este vino lo guardarais un año o un poco más, porque mejora; yo tenía unas botellas de esta misma cosecha en mi casa de Bretaña y cometí la torpeza de bebérmelas todas antes de tiempo.

—¡Maldito seáis! —farfulló Harry—. ¡De todos los condenados...!

—No os molestéis —sonrió el francés—, William habría podido darme la llave de la despensa si se la hubiera pedido, pero no os privaría del placer de beber esto dentro de cuatro o cinco años.

Se rascó la oreja y echó una mirada al anillo de Harry.

—Lucís una esmeralda muy hermosa —dijo.

En respuesta, Harry se la quitó bruscamente y se la tiró al francés a la cara, pero este la atrapó en el aire y la levantó hacia la luz.

—Ni una sola impureza —dijo—, lo que es raro en una esmeralda. Sin embargo, no os la voy a quitar. Pensándolo bien, *sir* Harry, ya os he robado bastante —hizo una inclinación de cabeza y devolvió el anillo al marido de Dona—. Y ahora, caballeros, debo pedirles una cosa más. Tal vez sea un poco grosero, pero, en estas circunstancias, es muy necesario. Veréis, deseo volver a mi barco, pero encontrarme con vuestros hombres en el bosque y que inicien una persecución sería un estorbo, me temo, para mis intenciones. En pocas palabras, debo pedirlos que os quitéis el calzón y se lo entreguéis a mis hombres, aquí presentes. También las medias y los zapatos —todos lo miraron con furia.

—¡No, por Dios! —gritó Eustick—. ¿Acaso no nos habéis humillado bastante?

—Lo lamento —dijo el francés sonriendo—, pero debo insistir. Hace buena noche, como sabéis, y ayer fue el solsticio de verano. *Lady* St. Columb, ¿me haríais tal vez la merced de ir al salón? Estos caballeros no se desnudarán delante de vos en público, por más que deseen hacerlo en privado —le sostuvo la puerta para que pasara y, volviendo la cabeza hacia los invitados, añadió—: Os doy cinco minutos, ni uno más. Pierre Blanc, Jules, Luc, William: no perdáis de vista a estos caballeros y, mientras ellos se desvisten, *milady* y yo hablaremos de los asuntos del día.

La siguió al salón y cerró la puerta.

—Y a ti —dijo—, con tu sonrisa orgullosa, en la cabecera de la mesa, ¿te obligo a hacer otro tanto, mi grumete?

Dejó la espada en una silla, se rio y le tendió los brazos. Ella se acercó y le puso las manos en los hombros.

—¿Por qué eres tan temerario —le preguntó—, tan desvergonzado y tan perverso? ¿Acaso no sabes que el bosque y los montes están infestados de hombres?

—Sí —dijo él.

—Entonces ¿por qué has venido aquí?

—Porque, como en todo lo que emprendo, la acción más arriesgada suele ser la mejor. Por otra parte, hacía casi veinticuatro horas que no te besaba.

Agachó la cabeza y le cogió la cara entre las manos.

—¿Qué pensaste —le preguntó— al ver que no iba a desayunar?

—No tenía tiempo de pensar —respondió él—, porque, nada más salir el sol, me despertó Pierre Blanc y me dijo que *La Mouette* había embarrancado y tenía una vía de agua. Como puedes imaginarte, ha sido harto difícil. Y después, más tarde, cuando estábamos todos descamisados, trabajando en la reparación, vino William con tu recado.

—Pero en ese momento no sabías lo que sucedería esta noche.

—No; sin embargo, enseguida lo sospeché. Uno de mis hombres vio a alguien en la playa, ría arriba, y otro en los montes de enfrente. Entonces supimos que teníamos el tiempo contado, aunque no hubieran descubierto *La Mouette*. Vigilaban la ría y el bosque, pero no habían llegado al río.

—Y después William, ¿volvió por segunda vez?

—Sí, entre las cinco y las seis. Me avisó de la cena que iba a celebrarse en Navron, y fue entonces cuando decidí lo que tenía que hacer. Se lo dije, naturalmente, pero lo hirieron en el bosque cuando venía hacia aquí y eso le ha dificultado las cosas.

—No he dejado de pensar en él durante la cena, herido y sin fuerzas en mi cama.

—Sí, pero se arrastró hasta la puerta de todos modos y nos la abrió, tal como habíamos planeado. Por cierto, todos los criados están encerrados en la despensa, atados espalda con espalda, como los marineros que encontramos en el *Merry Fortune*. ¿Quieres que te devuelva tus baratijas?

Metió la mano en el bolsillo para dárselas, pero ella dijo que no con un movimiento de cabeza.

—Es mejor que te quedes con ellas —le dijo—, te recordarán a mí.

Él no dijo nada, pero la miró y le acarició los tirabuzones.

—*La Mouette* zarpará dentro de dos horas, si todo sale bien —dijo—. La reparación que le hemos hecho en el costado es un poco basta, pero tendrá que resistir hasta que llegemos a las costas francesas.

—Y ¿el tiempo? —preguntó ella.

—Hace buen viento, y es constante. Llegaremos a Bretaña en dieciocho horas o menos.

Dona no dijo nada y él siguió acariciándole el pelo.

—No tengo grumete —dijo—. ¿Conoces a algún muchacho mañoso que quiera navegar conmigo?

Dona lo miró, pero el francés ya no sonreía, se alejó de ella y recogió la espada.

—Me temo que tengo que llevarme a William —dijo—. Ha cumplido su misión en Navron y no volverá a tu casa nunca más. Te ha servido bien, ¿no

es así?

—Muy bien —dijo ella.

—Si el sicario de Eustick no lo hubiera herido esta noche, lo dejaría contigo —dijo—, pero lo reconocerían rápidamente y Eustick lo ahorcaría sin ningún escrúpulo. Por otra parte, no creo que se hubiera quedado para servir a tu marido.

Echó un vistazo a ambos lados del salón y detuvo la mirada un momento en el retrato de Harry; luego se acercó a la puerta acristalada y la abrió después de descorrer las cortinas.

—¿Te acuerdas de la primera vez que cené contigo? —dijo—. Después te quedaste mirando el fuego y te dibujé. Estabas furiosa conmigo, ¿verdad?

—No —dijo ella—, furiosa no, avergonzada nada más, por lo mucho que adivinabas de mí.

—Voy a decirte una cosa. Jamás aprenderás a pescar. Eres muy impaciente. Te enredarías constantemente con el sedal.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dijo en francés—. ¿Los caballeros han hecho lo que les he pedido?

—Sí, *monsieur* —respondió William desde el otro lado de la puerta.

—Muy bien. Dile a Pierre Blanc que les ate las manos a la espalda y que los lleve a los dormitorios de arriba. Cerradles las puertas y echad la llave. No nos molestarán en dos horas, que es el tiempo que necesitamos.

—Muy bien, *monsieur*.

—Y, William...

—*Monsieur*?

—¿Qué tal el brazo?

—Duele un poquito, *monsieur*, pero no es nada.

—Bien, me alegro. Quiero que lleves a *milady* en un carruaje a esa lengua de arena que hay a una legua a este lado de Coverack.

—Sí, *monsieur*.

—Y espera órdenes allí.

—Entendido, *monsieur*.

Dona lo miró sin comprender y él se acercó a ella con la espada en la mano.

—¿Qué te propones? —le preguntó.

Tardó un poco en responder, no sonreía y los ojos se le oscurecieron.

—¿Te acuerdas de lo que dijimos anoche junto al río?

—Sí —dijo ella.

—Dijimos que, para la mujer, escapar era imposible, solo podía ser una noche y un día.

—Sí.

—Esta mañana, cuando trabajaba en el barco y William vino a decirme que ya no estabas sola, comprendí que nuestro ensueño había terminado y que el río había dejado de ser nuestro refugio. A partir de ahora *La Mouette* tiene que navegar por otras aguas y encontrar otros escondites. Y, aunque seguirá siendo libre, igual que los hombres de a bordo, su capitán estará cautivo.

—¿Qué significan esas palabras?

—Significan que estoy atado a ti, igual que tú a mí. Supe que iba a suceder desde el primer momento. Cuando venía aquí en invierno y me acostaba arriba, en tu lecho, con las manos detrás de la cabeza, y miraba el retrato de la pared, con ese gesto arisco tuyo, sonreía para mí y me decía: «Esa... y ninguna otra». Y esperé, y no hice nada porque sabía que nuestra hora había de llegar.

—¿Qué más?

—Tú también, mi despreocupada e indiferente Dona, tan tremenda, tan desilusionada, jugando a ser un chico en Londres con tu marido y sus amigos, sabías que en alguna parte, en algún país, con un disfraz que solo el cielo sabía, existía una persona que era parte de tu cuerpo y de tu pensamiento, y que sin esa persona estabas perdida como una brizna en el viento.

Se acercó a él y le puso las manos en los ojos.

—Todo eso —le dijo—, todo lo que sientes, lo siento yo. Cada pensamiento, cada deseo, cada cambio de humor. Pero ahora es tarde, no podemos hacer nada. Ya me lo has dicho una vez.

—Te lo dije anoche, cuando nada nos preocupaba y estábamos juntos, y faltaban muchas horas para que llegara la mañana. En esos momentos, uno puede encogerse de hombros ante el futuro, porque tiene el presente entre los brazos, y la idea es tan cruel que, no sé de qué forma desesperada, viene a acrecentar el gozo de esos momentos. Y cuando consumamos nuestro amor, Dona mía, nos libramos de la carga de ese amor y de nosotros mismos, además.

—Sí, lo sé. Lo he sabido siempre. Pero no les sucede a todas las mujeres.

—No —dijo él—, a todas no. —Sacó la pulsera del bolsillo y se la puso—. Por eso, cuando llegó la mañana y vi la niebla del río y que no estabas a mi lado, no fue desilusión lo que sentí, sino que comprendí una cosa: supe que escapar también es imposible para mí, que era un prisionero cargado de cadenas y que el calabozo era profundo.

Dona le cogió la mano y se la llevó a la mejilla.

—Y estuviste todo el día trabajando en el barco —dijo—, sudando y esforzándote, sin decir nada, con el ceño fruncido de esa forma que ahora entiendo y, cuando terminaste, ¿cuál fue tu respuesta?

Dejó de mirarla y dirigió la vista a la puerta acristalada.

—Mi respuesta —dijo, hablando lentamente— no había cambiado. Que tú eras Dona St. Columb, la mujer de un *baronet* inglés y madre de dos hijos, y que yo era el francés, un proscrito, un ladrón que robaba en tu país, enemigo de tus amigos. Si hay respuesta para esto, Dona, tienes que darla tú, no yo.

Se acercó de nuevo a la puerta acristalada y desde allí la miró.

—Por eso he pedido a William que te acerque a Coverack —dijo—, para que decidas lo que quieres hacer. Si Pierre Blanc y los demás volvemos sanos y salvos al barco cruzando el cordón de vigilantes del bosque e izamos velas sin demora y zarpamos con la marea, estaremos frente a Coverack al amanecer. Echaré un bote para saber tu respuesta. Si, cuando el sol ilumine, no hay rastro de *La Mouette*, sabrás que algo ha salido mal. Y tal vez Godolphin tenga por fin la satisfacción de colgar a ese aborrecible francés del árbol más alto de su parque.

Sonrió y salió a la terraza.

—Dona, te he amado —dijo— en todas tus facetas, pero sobre todo, creo, cuando te arrojaste a la cubierta del *Merry Fortune* con el calzón de Pierre Blanc y sangre en la cara, chorreando agua de lluvia hasta la rasgada camisa, y te miré y me reí y en ese momento te pasó una bala silbando cerca de la cabeza.

Dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

Dona se quedó inmóvil, con las manos juntas delante del cuerpo, mientras los minutos volaban. Después, como si despertara de un sueño, si dio cuenta de que se había quedado sola, de que la casa estaba en silencio y de que tenía los pendientes y el dije en la mano. Entró un soplo de aire por la puerta acristalada y apagó las velas de la pared; casi sin darse cuenta de lo que hacía, se acercó, la cerró y echó el pestillo; luego se dirigió a la que daba al comedor y la abrió de par en par.

Las fuentes y los platos seguían en la mesa, también los cuencos rebosantes de fruta, las copas de plata y los vasos; las sillas estaban separadas de la mesa, como si los invitados se hubieran retirado ya; parecía un lugar abandonado, olvidado, como un bodegón de un pincel primerizo en el que la comida, la fruta y el vino vertido carecen de vida y parecen irreales. Los dos perros estaban tumbados en el suelo, y Duchess, mirando a Dona, levantó el

hocico y gimió sin saber qué hacer. Uno de los hombres de *La Mouette* debía de haber apagado las velas a toda prisa antes de irse, porque no las había apagado todas: quedaban tres encendidas, goteando grasa en el suelo, y daban una luz siniestra y extraña.

Una se apagó, quedaban solo dos temblorosas bailando en la pared. Los hombres de *La Mouette* habían hecho su trabajo y se habían ido. En esos momentos se escabullían por el bosque en dirección al barco del río, y su patrón con ellos, espada en mano. El reloj de la torre del establo dio la una, una nota aguda y fina como el eco de una campana. Arriba, los invitados de Navron House, sin ropa y maniatados, se encontrarían en el suelo, indefensos y furiosos. Todos menos Harry, que estaría durmiendo a pierna suelta, roncando, con la peluca torcida y la boca completamente abierta, porque ni recibir el trato más humillante del mundo impediría que un St. Columb se fuera a la cama después de haber cenado en exceso. William estaría curándose la herida en su cuarto; entonces Dona sintió cargo de conciencia porque se había olvidado de él. Volvió a las escaleras y, cuando se apoyaba en el pasamanos para empezar a subir, oyó un ruido arriba, en la galería. Allí vio a Rockingham, mirándola con los ojos entornados, serios, con un corte en la cara y un cuchillo en la mano.

XX



Estuvo una eternidad mirándola desde arriba, y después bajó lentamente sin quitarle la vista de encima, mientras ella retrocedía buscando la mesa a tientas y se sentaba en su sitio, mirándolo también. Iba en camisa y calzón, y, al acercarse, Dona vio sangre en la camisa y el cuchillo que llevaba en la mano. Y supo lo que había sucedido. En alguna parte del pasillo de arriba yacía un hombre malherido en la oscuridad, o incluso muerto, y podía ser un tripulante de *La Mouette* o tal vez William. La pelea se había desarrollado en silencio y en la penumbra, mientras ella estaba en el salón, sola, soñando, con los rubíes en la mano. Rockingham llegó al final de las escaleras y todavía no había dicho nada, pero seguía mirándola con sus ojos entornados de gato, y después se sentó en la silla de Harry, en el otro extremo de la mesa, y dejó el cuchillo en la fuente que tenía delante.

Cuando por fin habló, su tono habitual contrastaba curiosamente con el aspecto que tenía en ese momento, tan distinto, porque el hombre que la miraba no era el Rockingham con el que había bromeado en Londres, a cuyo lado había cabalgado hasta Hampton Court y al que había despreciado por degenerado y disoluto. Este hombre era frío, tenía algo perverso, y desde ese instante era su enemigo, un enemigo que le deseaba sufrimiento y dolor.

—Veo que os han devuelto las alhajas —dijo.

Ella se encogió de hombros y no respondió, pues poco o nada importaba lo que hubiera podido averiguar él. Lo único importante en ese instante era conocer sus intenciones y los movimientos que haría.

—Y ¿qué le disteis en lugar de las alhajas? —le preguntó.

Dona procedió a ponerse los pendientes otra vez mirándolo por encima del brazo. Y entonces, como ahora odiaba esa mirada suya e incluso podía llegar a temerla, le dijo:

—Nos hemos puesto muy serios de repente, Rockingham. Creía que la broma de esta noche os habría resultado sumamente divertida.

—Tenéis razón, me he divertido mucho. Que solo unos pocos bribones hayan podido desarmar y desnudar a doce hombres me recuerda curiosamente a las bromas que hacíamos nosotros en Hampton Court. Sin embargo, que Dona St. Columb haya mirado al jefe de los bromistas de la forma en que lo ha hecho, una forma que solo puede significar una cosa, eso no me ha hecho gracia alguna.

Dona apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos.

—Y ¿qué? —preguntó.

—Que entonces, de repente, entendí muchas cosas que me tenían confuso desde que llegué aquí anoche. Ese criado vuestro, es, sin duda, espía del francés. Entendí que lo tratarais con tanta cordialidad: sabíais que era un espía. Y esos paseos, ese perderos en el bosque, esa mirada escurridiza vuestra que nunca había visto yo; sí, escurridiza, sin duda, para evitarme a mí, a Harry, a todos los hombres menos a uno, uno al que he visto esta noche.

Hablaba en voz baja, poco más que en susurros, y mirándola siempre con aborrecimiento.

—Bien, ¿lo negáis? —le preguntó.

—No niego nada —respondió ella.

Rockingham cogió el cuchillo y empezó a trazar líneas con él en la mesa, como si estuviera abstraído.

—Sabéis —le dijo— que os pueden llevar a prisión por esto, incluso que os ahorquen, si la verdad sale a la luz.

Ella volvió a encogerse de hombros sin decir nada.

—No es un final agradable para Dona St. Columb —continuó—. Nunca habéis estado en una cárcel, ¿verdad? Nunca habéis oído el calor y la porquería, nunca habéis probado pan negro y reseco ni bebido agua con una gruesa capa de espuma sucia. Y el tacto de una soga alrededor del cuello, que se cierra y os asfixia... ¿qué os parecen esas cosas, Dona?

—Mi pobre Rockingham —le dijo, hablando despacio—, me imagino esas cosas mucho mejor de lo que vos las describís. ¿Qué os proponéis? ¿Asustarme, acaso? Pues debo deciros que no lo conseguís.

—Simplemente me pareció aconsejable recordaros lo que puede suceder.

—Y todo porque *milord* Rockingham cree que sonreí a un pirata cuando este me pidió mis alhajas. Id con el cuento a Godolphin, a Rashleigh, a Eustick, incluso a Harry... Os dirán que deliráis.

—Es posible —dijo—, con el francés en alta mar y vos tan satisfecha en Navron House. Pero, supongamos que vuestro francés no está en alta mar, supongamos que lo apresan y os lo traen aquí atado de pies y manos y que

jugamos un poco con él como se jugaba con los prisioneros hace cien años, Dona, y que vos lo presenciárais. Tengo la certeza de que os delataríais.

Dona volvió a verlo como unas horas antes: un gato lustroso agazapado entre la alta hierba con un pajarillo entre las garras, tan almohadilladas, tan blandas, y entonces se dio cuenta, recordando de pronto el pasado, de que siempre había sospechado en él una depravación cruel e intencionada que, debido a la temeraria trivialidad de la época en la que vivían, podía disimular fácilmente.

—Os complace dramatizar —le dijo—, pero los tiempos de las empulgueras y los potros de tortura han pasado. Ya no quemamos a los herejes en la hoguera.

—A los herejes tal vez no —dijo—, pero ahorcamos a los piratas, los destripamos o los descuartizamos, y sus cómplices corren la misma suerte.

—Sea. Puesto que me consideráis cómplice, haced lo que os plazca. Subid, desatad a los invitados que han cenado aquí esta noche. Despertad a Harry de su sueño etílico. Llamad a los criados. Id a buscar caballos, soldados y armas. Y luego, cuando hagáis prisionero al pirata, colgadnos a los dos del mismo árbol, uno al lado del otro.

Rockingham no respondió. La miraba fijamente desde el otro lado de la mesa blandiendo el cuchillo en la mano.

—Sí —dijo—, lo soportaríais, ¿verdad? Y os enorgulleceríais y os alegraríais. Os daría igual morir ahora porque por fin habéis conseguido lo que habéis anhelado toda la vida. ¿No es así?

Dona lo miró y después se rio.

—Sí —dijo—, así es.

Rockingham se puso muy blanco y el corte de la cara parecía más rojo, en comparación, y le alteraba la forma de la boca, como si fuera una mueca extraña.

—Podía haber sido yo —dijo—, podía haber sido yo.

—Jamás —dijo ella—, os lo juro. Jamás en esta vida.

—Si no os hubierais ido de Londres, si no hubierais venido aquí, a Navron, habría sido yo. Sí, aunque habría sido por aburrimiento, por no tener nada mejor que hacer, por indiferencia, incluso por asco, pero habría sido yo.

—No, Rockingham... jamás...

Rockingham se puso de pie lentamente, blandiendo el cuchillo en la mano todavía; dio una patada al spaniel que tenía a los pies y se remangó hasta los codos.

Ella también se levantó, agarrándose a los brazos de la silla, y la turbia luz de las dos velas de la pared tembló en su rostro.

—¿Qué sucede, Rockingham?

Él sonrió por primera vez, echó la silla atrás y puso una mano en la esquina de la mesa.

—Creo —susurró— que voy a mataros.

Al instante, ella le arrojó a la cara un vaso de vino que tenía al lado y lo cegó medio segundo, mientras el vaso se hacía añicos en el suelo. Él arremetió contra Dona desde el lado de enfrente, pero ella lo esquivó; cogió una de las grandes sillas que la flanqueaban, la levantó y la arrojó contra los cubiertos y la fruta de la mesa; una de las patas alcanzó a Rockingham en el hombro. El hombre jadeaba de dolor, quitó la silla de la mesa, la tiró al suelo, levantó el cuchillo un momento por encima del hombro y se lo lanzó directo a la garganta. El cuchillo golpeó el dije de rubí, lo partió en dos y Dona notó que el frío acero le rozaba la piel y seguía su trayectoria hasta enredarse en los pliegues del vestido. Mareada de horror y de dolor, lo buscó palpando, pero antes de que lo encontrara, él se le echó encima, le agarró la mano y, doblándole la muñeca, se la sujetó en la espalda, en tanto con la otra mano le tapaba la boca como si quisiera asfixiarla. Dona notó que se caía hacia atrás, encima de la mesa; los vasos y las fuentes rodaron por el suelo estrepitosamente y debajo de ella, en alguna parte, estaba el cuchillo que buscaba él. Los perros ladraban con furia, emocionados, creyendo que se trataba de un juego nuevo para su propia diversión, y se arrojaban sobre Rockingham arañándole con las patas, por lo que él tuvo que volverse un momento para quitárselos de encima a patadas y, de paso, aflojó la mano que tapaba la boca a Dona.

Ella aprovechó para morderle la palma y sacudirle un puñetazo con la izquierda en los ojos, él le soltó la muñeca que le sujetaba en la espalda y la agarró por la garganta con ambas manos; Dona notó la presión de los pulgares en la tráquea, asfixiándola. Buscó el cuchillo desesperadamente con la mano derecha y de pronto lo tocó; lo agarró por el frío mango, subió la mano hasta clavárselo en la axila y notó cómo la blanda carne cedía horriblemente al empuje de la hoja, con sorprendente facilidad, con calidez, y que la sangre corría, espesa y veloz, y le regaba la mano. Rockingham, con un suspiro largo y extraño, dejó de asfixiarla y se desplomó de lado en la mesa, entre los vasos; ella se lo quitó de encima y se puso de pie otra vez, le temblaban las piernas y los perros no dejaban de ladrar como locos a su alrededor. Rockingham empezó a resbalar de la mesa mirándola con los ojos vidriosos,

apretándose con una mano la herida de la axila y estirando la otra para alcanzar un gran decantador de plata que seguía en la mesa; le habría destrozado la cara con él y la habría tirado al suelo, pero en el momento en que empezó a acercarse a ella, la última vela de la pared tembló, se apagó y ambos quedaron sumidos en la oscuridad.

Dona buscó a tientas el canto de la mesa y, bordeándola, se puso fuera del alcance de Rockingham mientras lo oía palpar en su busca por el oscuro comedor y tropezar con una silla que se interpuso en su camino. Quería llegar a las escaleras, veía una tenue claridad que llegaba de una ventana de la galería, y ahí estaban las escaleras, mientras los dos perros ladraban pegados a sus talones. Arriba se oían voces, gritos y patadas contra las puertas, pero todo esto era una barahúnda, un sueño que no tenía relación con la batalla que sostenía ella sola. Miró hacia atrás gimiendo y vio a Rockingham al pie de las escaleras, aunque no estaba erguido como antes, sino que empezaba a subir a cuatro patas, como los perros que la seguían. Llegó arriba, los gritos y los golpes se oían con mayor claridad. Destacaba la voz de Godolphin, también la de Harry; los perros se sumaron al clamor con sus ladridos y de las habitaciones de los niños llegó el grito agudo y atemorizado de uno de ellos, que se había despertado. Y entonces dejó de sentir miedo y vio que estaba furiosa. Entonces supo lo que debía hacer, con calma, con frialdad.

La luz grisácea que entraba por la ventana, de la luna que batallaba con las nubes, alumbraba débilmente un escudo colgado en la pared, trofeo de algún St. Columb muerto; Dona lo arrancó de su sitio, lo cubría un polvo de años y el peso la hizo caer de rodillas. Rockingham seguía acercándose. Lo vio doblado sobre el pasamanos, recuperando el aliento, y oyó sus arañazos en la escalera y sus jadeos. Cuando volvió la esquina y se irguió un momento, miró atrás buscándola en la oscuridad y ella le arrojó el escudo con tan buen tino que le dio en plena cara; él tropezó y se cayó rodando por las escaleras, con el escudo encima, hasta las losas del piso inferior. Y los perros bajaron detrás de él ladrando alborotados, correteando a su alrededor como si se tratara de un juego, olisqueándolo cuando quedó inmóvil en el suelo. Dona no se movió, no sentía nada más que un gran dolor detrás de los ojos; el grito de James todavía le resonaba en los oídos, y de pronto empezó a oír pasos, una voz angustiada que clamaba con temor y el chasquido de madera al romperse. Seguramente sería Harry, o tal vez Eustick o Godolphin, que habrían derribado a golpes la puerta de la habitación en la que los habían encerrado; pero ella estaba tan agotada que le pareció que esas cosas no tenían importancia. Quería tumbarse en la oscuridad, taparse la cara con las manos y dormir, y recordó que en ese

mismo pasillo se encontraba su dormitorio, también su cama, en la que podía esconderse y que la olvidaran. En el río había un barco que se llamaba *La Mouette* y el hombre al que amaba estaba al timón, llevándolo hacia el mar. Le había prometido que le daría la respuesta al amanecer, que lo esperaría en la pequeña lengua de arena que se adentraba en el mar. William, el leal William, la llevaría hasta él, encontrarían el camino campo a través en la oscuridad y, cuando llegaran a la cala, un bote del barco acudiría a buscarlos, como había dicho él. Se acordó de la costa de Bretaña, tal como la había visto una vez, dorada al amanecer, salpicada de rocas irregulares de color carmesí, como la de Devon. Las olas blancas se arrojaban sobre la arena, la espuma envolvía los acantilados en una bruma fina y su olor se mezclaba con el de la cálida tierra y la hierba.

En alguna parte había una casa que nunca había visto, pero él la llevaría allí y tocaría las paredes grises con las manos. Ahora quería dormir y soñar con estas cosas, olvidar las velas mortecinas del comedor de abajo, el cristal hecho añicos y las sillas rotas, y la cara de Rockingham cuando el cuchillo le abrió las carnes. Quería dormir; de pronto le pareció que ya no se sostenía, que se caía, igual que Rockingham, y vino la oscuridad y la envolvió, y el viento le soplaba en los oídos...

Sin duda fue mucho después cuando llegó gente, se agachó para levantarla y se la llevó. Y alguien le lavó la cara y la garganta y le puso almohadas debajo de la cabeza. Se oían muchas voces a lo lejos, voces de hombre y pasos firmes que iban y venían, seguro que había caballos en el patio de la casa; oía los cascos en los adoquines. En algún momento también oyó dar las tres en el reloj de la torre del establo.

Tenuemente, en el fondo de su conciencia, algo susurraba: «Estaré esperándome en la lengua de arena, y yo aquí sin poder moverme, sin poder ir con él»; intentó levantarse de la cama, pero no tenía fuerzas. Todo estaba oscuro todavía y fuera se oía una fina llovizna. Después debió de dormirse, caer en el sueño denso y profundo del agotamiento, porque cuando abrió los ojos era de día, habían corrido las cortinas y Harry estaba arrodillado a su lado, acariciándole el pelo con sus torpes manotas. Sus ojos azules la miraban fijamente con preocupación y balbuceaba como un niño.

—¿Te encuentras bien, Dona? —decía—. ¿Estás mejor? ¿Ya estás buena?

Ella lo miró sin comprender, todavía tenía el dolor sordo detrás de los ojos y le pareció ridículo que Harry estuviera allí arrodillado, de esa forma tan tonta, y se avergonzó de verlo así.

—Rock ha muerto —le dijo—. Lo encontramos muerto en el suelo, desnucado, pobre hombre. Rock, el mejor amigo que he tenido en mi vida — las lágrimas le rodaban por las mejillas y ella seguía mirándolo—. Te ha salvado la vida, ¿sabes? Seguro que luchó contra ese diablo con una sola mano, solo en la oscuridad, mientras tú volabas escaleras arriba para avisarnos. Pobrecita mía, mi niña hermosa.

Dejó de escucharle, se sentó en la cama mirando la luz del día que entraba por la ventana.

—¿Qué hora es? —dijo—. ¿Cuánto hace que amaneció?

—¿Que amaneció? —dijo él, atónito—. Es casi mediodía, creo. ¿Por qué preguntas eso? Vas a quedarte aquí descansando, ¿no? Lo necesitas, después de lo que te pasó anoche.

Dona se tapó los ojos con las manos e intentó pensar. Era mediodía y el barco se habría ido, porque él no habría podido esperarla después del amanecer. Se había quedado dormida en la cama mientras el bote se acercaba a la lengua de la arena para no encontrar a nadie esperándolo.

—Procura descansar otro poco, cariño mío —dijo Harry—, procura olvidar esta noche horrible que Dios confunda. Jamás volveré a beber, lo juro. Ha sido por mi culpa, tenía que haberlo impedido todo. Pero te vengaré, te lo prometo. Lo hemos capturado, ¿sabes? Tenemos a ese condenado.

—¿Qué dices? —preguntó hablando lentamente—. ¿De qué hablas?

—¡Del francés, naturalmente! —dijo él—, del diablo que ha matado a Rock y que te habría matado también a ti. El barco se ha ido con toda su maldita tripulación, pero a él lo hemos atrapado, al capitán, al maldito pirata.

Ella seguía mirándolo sin comprender, aturdida, como si la hubiera golpeado, y él, al ver la expresión de sus ojos, se preocupó más y empezó a acariciarle el pelo otra vez y a besarle los dedos murmurando:

—Pobrecita mía, qué lío tan tremendo, ¿eh? ¡Menuda nohecita! ¡Qué asunto tan endemoniado! —De pronto hizo una pausa, la miró, se ruborizó, un poco turbado, tocándole los dedos todavía y, como la desesperación que vio en su mirada era una cosa oscura y nueva, no la comprendió, y le dijo con torpeza, como un niño apocado—: Ese francés, ese pirata, no te hizo nada en absoluto, ¿verdad, Dona?

XXI



Pasaron dos días, un tiempo sin horas ni minutos en el que se vistió, comió y salió al jardín con una extraña sensación de irrealidad, como si no fuera ella la que se movía, sino otra mujer cuyas palabras ni siquiera entendía. No pensaba nada: era como si una parte de sí misma estuviera dormida todavía, y el entumecimiento se extendía de la cabeza a todo el cuerpo, y no sentía nada cuando el sol salía de entre dos nubes o soplaban un vientecillo fresco.

Los niños salieron una vez a verla, James se le subió al regazo y Henrietta, brincando delante de ella, dijo:

—Han atrapado a un pirata malo y Prue dice que lo van a ahorcar.

Sabía que Prue estaba cerca, pálida y compungida y, haciendo un esfuerzo, se acordó de que alguien había muerto en Navron, claro, y de que en ese momento Rockingham yacería en alguna iglesia oscura, hasta que lo enterrasen. Eran días apagados, grises, como algunos domingos de su infancia, cuando los puritanos prohibían los bailes al aire libre. En algún momento apareció el párroco de la iglesia de Helford, habló con ella en un tono grave y le dio el pésame por la pérdida de un gran amigo. Después se fue y Harry volvió a su lado sonándose la nariz y hablando en voz baja como no lo había hecho nunca. No se separó de ella, humilde, ansioso por satisfacerla y preguntándole sin cesar si necesitaba algo, una capa o una manta para las rodillas y, cuando le dijo que no con un movimiento de cabeza, deseando que la dejara sola para poder quedarse mirando al vacío tranquilamente, él empezó a decirle otra vez lo mucho que la quería y que no volvería a beber nunca más, que todo había sido porque había bebido demasiado aquella noche aciaga y por eso los habían sorprendido así, y que, de no haber sido por su falta de atención y su indolencia, el pobre Rockingham estaría vivo.

—También dejaré el juego —dijo—. No volveré a tocar un naipe, venderé la casa de la ciudad, nos iremos a vivir a Hampshire, Dona, cerca de tu antiguo hogar, donde nos conocimos, y llevaré por fin la vida de un caballero

de campo, contigo y los niños; enseñaré a montar al pequeño James, y el arte de la cetrería. ¿Qué te parece, eh?

Ella no contestó, siguió con la mirada fija al frente.

—Navron siempre ha tenido algo siniestro —dijo—. Recuerdo que de pequeño me lo parecía. Nunca estuve a gusto aquí: el aire es tan suave... No me sienta bien. Y a ti tampoco. Nos iremos en cuanto termine todo esto. Si al menos pudiéramos echarle las manos encima a ese maldito criado espía y colgarlos a los dos al mismo tiempo... ¡Dios! Cada vez que pienso en el peligro que has corrido por confiar tanto en él...

Se sonó la nariz otra vez. Uno de los perros se acercó a ella y le lamió las manos, y de repente se acordó de la furia con que ladraban aquella noche, de los gemidos, de la excitación y, en un abrir y cerrar de ojos, se hizo la luz de nuevo en su cabeza y recobró la conciencia con horror. Se le aceleró el corazón sin motivo y la casa, los árboles y Harry, que seguía sentado a su lado, cobraron cuerpo y forma. Mientras él hablaba, Dona comprendió que todas y cada de sus palabras podían ser de vital importancia, que no debía perderse ni una, porque tenía que pensar en qué hacer sin perder un segundo más.

—Seguramente el pobre Rock se impuso al criado desde el primer momento —decía Harry—. Había signos de lucha en su cuarto, claro, y sangre por todo el pasillo que desaparecía de repente, y ahí perdimos por completo el rastro del criado. Logró escapar no sé cómo, quizá se fue con los granujas del barco, aunque me parece poco probable. Debían de tener un escondite en la ría en el que se ocultaban continuamente. ¡Rayos, Dona! ¡Si lo hubiéramos sabido...!

Se dio un puñetazo en la palma de la mano, pero se acordó de pronto de la muerte que se había producido en Navron y de que levantar la voz y blasfemar era una falta de respeto al difunto, y bajando la voz con un suspiro dijo:

—¡Pobre Rock! No sé qué vamos a hacer ahora sin él, ¿no crees?

Dona habló por fin y la voz le sonó ajena incluso a ella, porque eligió las palabras con mucho cuidado, como una lección aprendida de memoria:

—¿Cómo lo habéis apresado? —preguntó, y el perro le lamió la mano otra vez, pero ella no se dio cuenta.

—¿Te refieres al condenado francés? —dijo Harry—. Pues... pues teníamos la esperanza de que tú pudieras contarnos algo, la primera parte, porque estuviste con él, ¿verdad?, en el salón. Pero no sé, Dona, estabas tan asombrada y tan rara cuando te lo pregunté... Y les dije a Eustick y a los

demás: «¡No, por todos los diablos! Ha pasado muy mal rato», y si prefieres no contármelo, pues lo dejamos y ya está, ¿de acuerdo?

Dona se puso las manos en el regazo y dijo:

—Me devolvió los pendientes y se fue.

—¡Ah, bien! —dijo Harry—. Si no pasó nada más... Pero debió de volver después con la intención de seguirte arriba. A lo mejor no te acuerdas de que te desmayaste allí, en el pasillo, al lado de tu alcoba. Sea como fuere, Rock debía de estar allí en ese momento y, al ver las intenciones del villano, se lanzó contra él; pero en la pelea por protegerte, no lo olvides nunca, Dona, nuestro querido y leal amigo perdió la vida.

Dona esperó un momento mientras miraba la mano de Harry, que acariciaba al perro.

—Y ¿después? —dijo, mirando al césped.

—Eso también se lo debemos a Rock. Tenía ese plan desde el principio. Se lo propuso a Eustick y a George Godolphin cuando nos encontramos en Helston: «Apostad hombres en las playas y disponed barcos y, si hay alguna nave oculta en la ría, lanzaos sobre ella cuando llegue por la noche, con la marea alta». Pero, en vez de encontrar el barco, encontramos al capitán.

Y se rio mientras tiraba al perro de las orejas y le hacía cosquillas en el lomo.

—Sí, Duchess, prendimos al capitán y lo ahorcaremos por piratería y asesinato, ¿verdad que sí? Y la gente volverá a dormir tranquilamente en su cama.

Dona se oyó decir con voz clara y tajante:

—¿Lo hirieron o algo? No lo entiendo.

—¿Que si lo hirieron? ¡No, por Dios! Lo ahorcaremos sin un solo rasguño y así sabrá lo que es bueno. Resulta que él y los otros tres bandidos se entretuvieron mucho aquí con sus artimañas y se dirigían a un lugar por debajo de Helford para encontrarse con su barco en medio de la ría. Debió de ordenar a la tripulación que zarpara mientras él estaba aquí, en casa. Dios sabrá cómo lo consiguieron, pero así lo hicieron. Cuando Eustick y los demás llegaron al lugar convenido, se encontraron con el barco en medio de la corriente y a los bandidos que iban a nado hacia él, todos menos el capitán, que estaba en la playa, frío como una hoja de acero, luchando contra dos de los nuestros al mismo tiempo, mientras sus hombres huían. No dejaba de mirar atrás para gritarles en esa endemoniada jerga suya que siguieran nadando hasta el barco y, aunque salieron barcas desde las playas, tal como se había previsto, llegaron tarde y no pudieron dar alcance a los bandidos ni al

barco. El barco salió de Helford con una corriente muy fuerte y buen viento por la aleta; el francés se quedó mirando cómo se iba y ¡maldita sea! ¡Se reía!, según dijo Eustick.

En tanto Harry hablaba, Dona creía ver la ría cuando se ensanchaba y encontraba con el mar, y oír el viento en la jarcia de *La Mouette* como lo había oído una vez; y la huida sería una repetición de tantas otras, pero ahora sin su capitán, ahora el barco se iba solo. Pierre Blanc, Edmond Vacquier y los demás lo habían dejado solo en la playa porque él se lo había ordenado, y sabía lo que les habría dicho mientras luchaba contra sus enemigos y ellos nadaban hacia el barco. Había salvado a su tripulación, había salvado el barco y en estos momentos, fuera cual fuera el calabozo en el que se encontrara, esa cabeza suya tan libre y serena estaría tramando una nueva forma de escapar. De pronto se dio cuenta de que ya no tenía miedo ni estaba aturdida, porque la forma en que lo habían capturado le había quitado todos los temores que albergaba.

—Y así, ¿dónde lo han llevado? —preguntó.

Se levantó y tiró al suelo la manta que Harry le había echado por encima de los hombros.

—George Godolphin —le dijo— lo ha puesto a buen recaudo en su fortaleza, con gran vigilancia, y al parecer quieren trasladarlo a Exeter o a Bristol tan pronto como llegue una escolta para llevarlo, que será dentro de cuarenta y ocho horas.

—Y ¿después?

—Lo ahorcarán, Dona, a menos que lo hagan George, Eustick y los demás y eviten la molestia a su majestad; lo ahorcarán el sábado a mediodía, a modo de entretenimiento para el pueblo.

Entraron en la casa y Dona, deteniéndose en el mismo sitio en el que el francés se había despedido de ella, dijo:

—¿Eso no iría contra la ley?

—Tal vez —dijo Harry—, pero no creo que su majestad quiera tomarse la molestia de amonestarnos.

No había tiempo que perder, pensó Dona, pero sí muchas cosas que hacer. Se acordó de unas palabras que le había dicho el francés: «La acción más arriesgada suele ser la mejor», una frase que no cesaría de repetirse a lo largo de las siguientes horas, porque si existía una situación que pareciera imposible de resolver, para la que no cupiera la menor esperanza, en este momento era salvarlo a él.

—Estás completamente repuesta, ¿verdad? —dijo Harry con gran preocupación, pasándole un brazo por los hombros—. Ha sido la impresión de la muerte del pobre Rock lo que te ha sumido en ese estado tan extraño estos dos días. Era eso, ¿a que sí?

—Quizá —dijo ella—, pero no lo sé y no tiene importancia. Ya estoy bien otra vez. No tienes de qué preocuparte.

—Quiero que te pongas bien —insistió—. Es lo único que me interesa, maldita sea, que te pongas bien y estés contenta —la miró con una humilde expresión de adoración y torpemente fue a cogerle la mano—. Y nos iremos a Hampshire, ¿eh?

—Sí —dijo ella—, sí, Harry, nos iremos a Hampshire.

Se sentó en un taburete bajo, delante de la chimenea, en la que no ardía ningún leño porque era verano, y se quedó mirando el lugar en el que tendría que haber habido fuego, mientras Harry, olvidándose de la muerte que había sucedido en la casa, llamaba a los perros:

—¡Eh, Duke! ¡Eh, Duchess! Vuestra ama dice que vendrá con nosotros a Hampshire. ¡Busca, Duke! ¡Hala, Duchess!

Naturalmente, era esencial ir a ver a Godolphin y hablar con él, convencerlo de que le permitiera tener una entrevista a solas con el preso. Esa parte sería fácil porque Godolphin era un necio. Lo halagaría y, cuando fuera a ver al francés, le entregaría armas, un cuchillo o una pistola, si podía hacerse con una. Hasta ahí, todo perfecto, porque la forma concreta de escapar no podía elegirla ella. Cenaron en silencio, en el salón, enfrente de la puerta acristalada, que estaba abierta; poco después, Dona subió a su dormitorio con la excusa de que estaba cansada y Harry tuvo la prudencia de no decir nada y dejarla irse sola.

Se desvistió y se metió en la cama sin dejar de pensar en la visita a Godolphin y en cómo conseguir llegar hasta él; entonces llamaron suavemente a la puerta. «No será Harry —pensó con el corazón encogido—, con esa actitud nueva, contrita y melancólica, esta noche no». No respondió con la esperanza de que creyera que estaba dormida, pero volvieron a llamar. El picaporte se movió y apareció Prue en camión, con una vela en la mano, y Dona vio que tenía los ojos enrojecidos e hinchados de llorar.

—¿Qué sucede? —dijo Dona, sentándose inmediatamente—. ¿Es James?

—No, *milady* —susurró la niñera—, los niños están dormidos. Es que... es que tengo una cosa que decir, *milady*.

Y empezó a llorar otra vez y a frotarse los ojos con la mano.

—Entra y cierra la puerta —dijo Dona—. ¿Qué sucede? ¿Por qué lloras? ¿Has roto algo? No voy a regañarte.

La muchacha no dejaba de llorar y, mirando a todas partes como si temiera que el propio Harry estuviera allí y pudiera oírla, susurró entre gemidos:

—Es por William, *milady*, he hecho una cosa muy mala.

«¡Ay, Dios! —pensó Dona—. William la sedujo cuando yo estaba en *La Mouette*, y ahora, como se ha ido, ella tiene miedo y está avergonzada porque cree que va a tener un hijo y yo la voy a despedir».

—No temas, Prue —le dijo con ternura—, no me voy a enfadar. ¿Qué sucede con William? Puedes contármelo, lo entenderé.

—Siempre me trataba muy bien —dijo Prue—, fue muy atento conmigo y con los niños cuando estuvisteis enferma, *milady*. Todo le parecía poco. Y, cuando los niños se iban a dormir, venía a verme, se sentaba un rato conmigo mientras yo cosía y me contaba cosas de los países que conocía, y a mí me parecía muy agradable.

—No me extraña, Prue —dijo Dona—, a mí también me lo habría parecido.

—Jamás pensé —dijo la muchacha, gimiendo de nuevo— que pudiera tener algo que ver con extranjeros, ni con esos piratas terribles de los que hemos oído hablar. No era así, qué va, al menos conmigo.

—No —dijo Dona—, seguro que no.

—Y sé que he hecho muy mal, *milady*, en no contárselo a *sir* Harry y a los demás caballeros aquella noche, cuando hubo aquel jaleo tan grande y salieron de las habitaciones a patadas y mataron al pobre *lord* Rockingham, pero me faltó valor para traicionarlo, *milady*. Estaba tan débil... porque había perdido mucha sangre... y tan pálido... que no pude. Si lo descubren, me azotarán y me encerrarán en un calabozo, pero me dijo que os lo contara a vos sucediera lo que sucediera.

Seguía retorciéndose las manos y llorando a mares.

—Prue —dijo Dona enseguida—, ¿qué es lo quieres decirme?

—Solo que aquella noche escondí a William en las habitaciones de los niños, *milady*, porque lo encontré en el suelo del pasillo, con una herida en el brazo y otra en la nuca. Y me dijo que *sir* Harry y los otros caballeros lo matarían si lo encontraban, que el pirata francés era su señor y que había habido pelea en Navron esa noche. Y entonces, en vez de traicionarlo, *milady*, le limpié las heridas y se las vendé y le hice una cama en el suelo al lado de los niños, y después de desayunar, cuando los caballeros se fueron a buscarlo

a él y a los piratas, le dejé salir, *milady*, por la puerta lateral, pero nadie sabe nada de todo esto, solo vos y yo.

Se sonó la nariz ruidosamente con un pañuelo y habría empezado a llorar otra vez, pero Dona le sonrió y, acercándose un poco, le dio unas palmaditas en el hombro y dijo:

—No pasa nada, Prue. Eres una buena chica, una chica leal, y me lo has contado todo, así que ahora te quedarás a mi servicio. Yo también aprecio a William y me dolería mucho que le sucediera algo malo. Pero dime una cosa, ¿dónde está William ahora?

—Dijo no sé qué de Coverack cuando se despertó, *milady*, y preguntó por vos; le dije que estabais en cama, muy aturdida y agotada, porque habían matado a *lord* Rockingham por la noche. Y entonces se quedó pensando, *milady*, y luego, después de limpiarle y vendarle las heridas otra vez, dijo que tenía amigos en Gweek que le darían cobijo y no lo traicionarían, y que estaría allí si deseabais mandarle algún recado, *milady*.

—¿En Gweek? —dijo Dona—. Muy bien, Prue. Ahora quiero que vuelvas a la cama y no pienses más en todo esto ni vuelvas a hablar de ello nunca más, ni siquiera conmigo. Sigue haciendo lo mismo de siempre, por favor, Prue, cuida a los niños y quíereles mucho.

—Sí, *milady* —dijo Prue.

Hizo una reverencia todavía con las lágrimas a punto de caérsele otra vez y salió del dormitorio para volver a las habitaciones de los niños. Dona sonrió para sí en la oscuridad, porque, si podía encontrar al leal William, su aliado y amigo, le parecía posible que su señor se fugara de la fortaleza.

Tranquilizada, se durmió y, al despertarse, vio que el lánguido cielo estaba azul otra vez y no había nubes, y el aire de ese verano tenía algo que no volvería nunca más: la calidez y el brillo de unos días de éxtasis en los que había ido a pescar al río con total despreocupación.

Mientras se vestía pensaba en lo que debía hacer y después de almorzar mandó llamar a Harry. Él había recuperado un poco su humor de siempre y, al entrar en la alcoba, llamó a los perros en el tono de costumbre, animoso y satisfecho consigo mismo, y la besó en el cuello mientras ella se peinaba delante del espejo del tocador.

—Harry —le dijo—, necesito que me hagas un favor.

—Lo que sea —respondió él con entusiasmo—. ¿De qué se trata?

—Quiero que te vayas de Navron hoy —le dijo— y que te lleves a Prue y a los niños.

Se quedó pasmado y la miró con desilusión.

—Pero... y ¿tú? —dijo—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Yo me iré mañana.

Harry empezó a dar vueltas por la alcoba.

—Creía que viajaríamos todos juntos en cuanto terminara todo esto —protestó—. Es muy probable que mañana mismo ahorquen al felón. Había pensado ir hoy a ver a Godolphin y a Eustick para hablar de ello. Te gustaría verlo colgando de un árbol, ¿verdad que sí? Podríamos hacerlo a las nueve de la mañana, tal vez, y después emprender viaje.

—¿Has visto algún ahorcado alguna vez? —le preguntó.

—Sí, claro, no hay gran cosa que ver, lo reconozco. Pero este caso es distinto. Maldita sea, Dona, ese felón mató al pobre Rock y te habría matado a ti también. ¿Acaso no sientes deseos de venganza? —Dona no respondió y Harry no le veía la cara porque estaba de espaldas a él—. A George Godolphin le parecería muy mal que me fuera sin darle ninguna explicación.

—Se lo explicaré yo —dijo ella—. Tengo intención de ir a verlo esta misma tarde, cuando te hayas ido.

—¿De verdad quieres que me vaya de viaje sin ti, con los niños y la niñera y dejándote sola aquí, con un puñado de criados cortos de entendederas?

—Exactamente, Harry.

—Pero, si me llevo el carruaje para los niños y yo voy a caballo, ¿cómo vas a viajar tú mañana?

—Alquilaré una silla de posta en Helston.

—Y ¿nos encontraremos en Okehampton por la noche?

—Y nos encontraremos en Okehampton por la noche.

Harry estaba en la ventana, mirando el jardín de mal humor.

—¡Ay, Dios! Dona, ¿alguna vez llegaré a entenderte?

—No, Harry —dijo ella—, pero no tiene ninguna importancia.

—Sí, la tiene —dijo él—, porque la vida se nos complica mucho a ti y a mí.

Dona lo miró; él tenía las manos a la espalda.

—¿Lo crees de verdad? —le preguntó.

—¡Maldita sea! —respondió él encogiéndose de hombros—. No sé ni lo que creo. Solo sé que lo daría todo por que fueras feliz, pero por Dios que no sé cómo hacerlo, y le tienes más cariño a una uña de James que a mí. ¿Qué puede hacer uno si su mujer no lo quiere, más que beber y jugar a las cartas? ¿Lo sabes tú?

Se quedó a su lado un momento y le puso la mano en el hombro.

—Dentro de tres semanas cumplo treinta años —le dijo—. Tal vez me haga más sabia con la edad.

—No quiero que seas más sabia —dijo él, enfadado—, te quiero tal como eres —Dona no respondió y, jugueteando con la manga de ella, añadió—: ¿Te acuerdas de lo que dijiste antes de venir a Navron, no sé qué cosa absurda de que eras como un pájaro de la pajarera de tu padre? Aquel día no lo entendí y sigo sin entenderlo. Parecía un galimatías sin sentido. Me gustaría saber a qué te referías.

—No pienses más en eso —le dijo, dándole unos golpecitos en la mejilla—, porque el pajarito encontró la forma de llegar al cielo. Y ahora, Harry, ¿vas a hacer lo que te he pedido?

—Sí, claro, supongo que sí —dijo él— pero te advierto de que no estoy conforme y de que haremos noche en Okehampton para esperarte. No retrases el viaje por ningún motivo, te lo ruego.

—No —dijo ella—, no lo retrasaré.

Harry bajó a hacer los preparativos y Dona llamó a Prue y le contó el repentino cambio de planes. Inmediatamente empezaron las prisas y el alboroto; prepararon ropa de cama y baúles y los ataron con correas, prepararon comida y ropa para el viaje, mientras los niños corrían de un lado a otro como cachorritos, disfrutando del movimiento, de cualquier cambio por lo que tenía de nuevo. «A ellos les da igual irse de Navron —pensó Dona—; dentro de un mes estarán jugando en los campos de Hampshire y Cornualles caerá en el olvido. A los niños se les olvidan los sitios enseguida, y las caras más aún».

A la una comieron fiambre todos juntos, una gran novedad para los pequeños. Henrietta bailoteaba alrededor de la mesa como un hada, blanca de emoción porque su padre cabalgaría al lado del carruaje. James se sentó en el regazo de su madre y se empeñó en poner los pies encima de la mesa; cuando Dona se lo permitió, miró a todas partes como un vencedor y ella le besó la carita gordezuela y lo abrazó. La alegría de los niños era contagiosa y Harry empezó a contarles cosas de Hampshire y les dijo que seguramente pasarían allí todo el verano.

—Henrietta, tú tendrás un poni, y James también, más adelante.

Empezó a tirar trocitos de fiambre al suelo, para los perros, y los niños batían palmas de contento y gritaban.

El carruaje llegó a la puerta y los niños se acomodaron entre bultos, alfombras, cojines y las cestas de los perros, mientras el caballo de Harry mordisqueaba el bocado y piafaba.

—Explícaselo perfectamente a George Godolphin —dijo Harry, inclinándose hacia Dona y golpeándose las botas con la fusta—. No lo va a entender, ¿sabes? No va a entender que desaparezca de esta forma.

—Confía en mí —respondió ella—. Sé lo que tengo que decir.

—Sigo sin comprender por qué no vienes con nosotros —insistió, mirándola—, pero te esperamos mañana por la noche en Okehampton. Ahora, al pasar por Helston, apalabraré la silla para ti, para mañana por la mañana.

—Gracias, Harry.

Siguió dándose con la fusta en la puntera de la bota.

—¡Estate quieto, animal! —le dijo al caballo, y después, a Dona—: Creo que todavía no te has repuesto de esa maldita calentura pero no quieres reconocerlo.

—No —dijo ella—, no tengo calentura.

—Te veo los ojos muy raros; antes los tenías de otra manera, cuando te vi en la cama, en tu dormitorio. Ahora la expresión ha cambiado y no sé lo que significa, ¡maldición!

—Ya te lo he dicho —respondió ella—, me hago mayor, cumplo treinta años dentro de tres semanas. Lo que ves en mis ojos es la edad que tengo.

—¡No, maldita sea! En fin, supongo que soy tan necio y estoy tan aturdido que tendré que pasar lo que me queda de vida preguntándome qué diablos te ha pasado.

—Eso creo, Harry —dijo ella.

Movió la fusta en el aire, hizo dar media vuelta al caballo y se alejó a medio galope por el camino de la entrada, mientras el carruaje lo seguía sobriamente, con los dos niños sonrientes en las ventanillas lanzando besos, hasta que doblaron la curva y dejaron de verla.

Dona cruzó el comedor vacío y salió al jardín. Le pareció que la casa ya tenía un aspecto extraño, de abandono, como si sus viejos huesos le dijeran que enseguida volverían a cubrir las sillas con telas, a cerrar los postigos, a echar la llave a las puertas, y que se quedaría sola con sus secretos en la oscuridad: sin sol, sin voces, sin risas, únicamente con el recuerdo silencioso de todo lo que había sido.

Aquí, al pie de este árbol se había tumbado al sol boca arriba y había contemplado las mariposas, y Godolphin había ido a visitarla por primera vez y la había sorprendido despeinada, con flores detrás de las orejas. Y en el bosque había campanillas azules en sitios en los que ahora ya no, y los helechos eran tiernos y ahora eran verde oscuro y le llegaban por la cintura. Toda esa belleza había llegado de repente y se había ido con la misma

rapidez; en el fondo del corazón supo que nunca volvería a contemplarla, que nunca volvería a Navron. Una parte de sí misma se quedaría allí para siempre: unos pasos corriendo de puntillas hacia el río, el roce de una mano en un árbol, la huella de su cuerpo en la alta hierba. Y quizá un día, dentro de muchos años, alguien paseara por estos parajes escuchando el silencio, como había hecho ella, y captara el murmullo de los sueños que había tenido allí, en verano, bajo un sol ardiente y un cielo blanco.

Dio media vuelta, llegó al patio y llamó al mozo de cuadra; le dijo que trajera a la jaca que estaba en el prado y la ensillara, que iba a dar un paseo.

XXII



Cuando Dona llegó a Gweek se dirigió directamente a una cabaña que estaba casi enterrada en el bosque, a unas cien varas del camino, pues sabía por instinto que ese era el sitio que buscaba. En una ocasión, al pasar por allí había visto a una mujer en la puerta, una mujer joven y bonita, y William, que conducía el coche, la había saludado con una floritura del látigo.

«Corren rumores muy feos —había dicho Godolphin— de mujeres en peligro», y Dona sonrió pensando en la joven, que se había sonrojado, lo recordaba bien, y en la expresión de William, en su galante inclinación de cabeza, sin sospechar que su señora lo estaba viendo todo.

Parecía que no había nadie en la cabaña. Desmontó y llamó a la puerta preguntándose un momento si no se habría equivocado a pesar de todo. Entonces oyó movimiento en el pequeño jardín trasero y llegó a ver un trocito de enagua que desaparecía por una puerta, y que la puerta se cerraba de repente y echaban la tranca. Llamó suavemente y, como nadie respondía, dijo:

—No te asustes. Soy *lady* St. Columb, de Navron.

Un par de minutos después descorrieron la tranca, se abrió la puerta y apareció William en persona, mientras la joven, sonrojada, miraba por detrás de él.

—*Milady* —dijo, mirándola.

La boquita de piñón se torció y Dona temió que fuera a deshacerse en llanto. Pero William se rehízo y sujetó la puerta con firmeza.

—Vete arriba, Grace —le dijo a la joven—, la señora desea hablar conmigo a solas.

La joven obedeció. Dona pasó delante de William, se dirigió a la pequeña cocina, se sentó junto al hogar y miró al leal criado.

Todavía llevaba el brazo en cabestrillo y un vendaje en la cabeza, pero era el mismo de siempre, como esperando instrucciones para la cena.

—Prue me dio tu recado, William —le dijo y, como estaba allí tan rígido e inexpresivo, le sonrió con comprensión.

—*Milady* —le dijo humildemente, mirando al suelo—, ¿qué puedo decir? Habría dado la vida por vos aquella noche y, sin embargo, os fallé y me quedé dormido como un niño enfermo en el suelo de las habitaciones de vuestros hijos.

—No pudiste evitarlo —le dijo—. Estabas débil, sin fuerzas, porque habías perdido mucha sangre, y tu prisionero resultó ser muy rápido y astuto para ti. Pero no he venido a hablar de eso, William.

La miró un momento con una interrogación en los ojos, pero ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sin preguntas —le dijo—, porque sé lo que ibas a preguntarme. Estoy bien, estoy fuerte y bastante entera, y lo que sucedió esa noche no te concierne. Ya ha pasado, está todo muerto y enterrado. ¿Lo entiendes?

—Sí, *milady*, si insistís...

—*Sir* Harry, Prue y los niños se han ido hoy de Navron poco después de mediodía. Lo único importante ahora es ayudar a tu señor. ¿Sabes lo que ha pasado?

—*Milady*, sé que el barco tuvo la fortuna de poder escapar con la tripulación sana y salva, pero mi señor es prisionero de *lord* Godolphin.

—Y el tiempo apremia, William, porque *milord* y los demás caballeros pueden tomarse la justicia por su mano y hacer con él lo que más desean... antes de que llegue la escolta de Bristol. Es posible que solo dispongamos de unas horas y, por lo tanto, tenemos que trabajar esta noche.

Le dijo que se sentara en el escabel, al lado del hogar, y le enseñó la pistola que llevaba escondida en el vestido, y también el cuchillo.

—La pistola está cargada y ahora, cuando me vaya de aquí, voy a ver a *lord* Godolphin y conseguiré entrar en la fortaleza cueste lo que cueste. No creo que sea muy difícil, porque *milord* es muy necio.

—Y ¿después, *milady*? —preguntó William.

—Después creeré que tu señor ya tiene dispuesto un plan de fuga y actuaremos en consonancia. Comprenderá que el tiempo apremia de verdad y tal vez necesite que tengamos dispuestos unos caballos a una hora determinada.

—Eso no sería imposible, *milady*. Hay formas y medios de procurarse monturas.

—Así lo creo, William.

—La joven que me ha ofrecido hospitalidad...

—Una jovencita encantadora, William.

—La señora es generosa. La joven que me ha ofrecido hospitalidad podría sernos útil para encontrar monturas, *milady*. Podéis dejar el asunto en mis manos con toda confianza.

—Y también a la joven, como dejé a Prue cuando me fui con tu señor.

—*Milady*, declaro solemnemente que jamás toqué a Prue ni un pelo de la cabeza.

—Probablemente, William, pero ahora no vamos a hablar de eso. Muy bien. El primer paso del juego está claro. Volveré aquí después de ir a casa de *lord Godolphin* a contarte las novedades.

—Muy bien, *milady*.

William le abrió la puerta y ella se detuvo un momento, sonriéndole, antes de salir al frondoso jardincillo.

—No podemos fallar, William —le dijo—. Dentro de tres días, tal vez menos, avistarás los acantilados de Bretaña. Te complacerá respirar de nuevo el olor de Francia, ¿no es así?

William le habría hecho una pregunta, pero Dona se alejó rápidamente por el camino hasta el sitio en el que había dejado atada la jaca a una rama de un árbol. Ahora que sabía lo que tenía que hacer y se esperaba algo de ella, se encontraba fuerte y resuelta, y la extraña melancolía que la embargaba cuando estaba sola en el jardín de Navron había pasado con el momento que la propició. Todo eso era cosa del pasado. Cabalgó velozmente, la fuerte jaca pisaba con seguridad el camino de barro, y enseguida llegó a la verja de la finca de Godolphin; vio a lo lejos la silueta gris de la casa, la torre achaparrada y los fuertes muros de la fortaleza que formaba parte de la mansión. Había un ventanuco estrecho en la torre, entre el parapeto y el suelo y, al pasar al pie de ella, se le aceleró el corazón súbitamente: ahí debía de estar su calabozo, tal vez incluso oyera los cascos de la jaca, se subiera al ventanuco y la viera desde arriba.

Salió un criado a la carrera para ocuparse del caballo y la miró atónito, preguntándose, se imaginó Dora, qué podía hacer *lady St. Columb* en Navron a la hora más tórrida de la tarde en una ruda jaca de campo, sola, sin compañía de marido ni criado.

Entró en el largo vestíbulo preguntándose si *milord* la recibiría y, mientras esperaba, se puso a mirar el parque por los grandes ventanales. En el centro de la hierba, separado de sus congéneres por una cuerda, vio un árbol alto, mucho más alto que los demás, y a un hombre subido a una rama gruesa, trabajando con una sierra y llamando al grupo de braceros que había al pie.

Se alejó con un estremecimiento repentino, un poco mareada, y entonces oyó pasos que se acercaban; *lord* Godolphin avanzaba hacia ella con su habitual compostura un tanto trastocada.

—Mis más humildes disculpas, señora —dijo, besándole la mano—. Temo haberos hecho esperar, pero lo cierto es que vuestra visita es algo inoportuna... Estamos todos muy preocupados... pues resulta que mi mujer se ha puesto de parto y estamos esperando al médico.

—Mi querido *lord* Godolphin, debéis perdonarme —dijo Dona—; de haberlo sabido, jamás me habría atrevido a molestaros. Pero os traigo un recado de Harry, comprended, y sus más sinceras disculpas. Lo han requerido en Londres con toda urgencia, se ha ido hoy a mediodía, con los niños, y...

—¿Harry se ha ido a la ciudad? —dijo, asombrado—. Pero... estaba previsto que viniera mañana... La mitad de la población del campo vendrá para la ocasión. Esos hombres están preparando el árbol, como podéis ver. Harry insistió mucho en ver ahorcado al francés.

—Os pide perdón humildemente —dijo ella—, pero el asunto era en verdad acuciante. Algo relacionado con su majestad, al parecer.

—¡Ah, bien, naturalmente, señora! Dadas las circunstancias, lo comprendo. Pero es una lástima, una verdadera lástima. Se trata de una ocasión tan extraordinaria, de una victoria tan señalada... Y, por el cariz que van tomando las cosas, diría que tal vez podamos celebrar dos cosas al mismo tiempo —tosió, henchido de amor propio e importancia, y entonces, al oír el ruido de un carruaje, miró hacia la puerta—. Será el médico —dijo enseguida—, excusadme unos momentos, os lo ruego.

—Naturalmente, *lord* Godolphin —dijo ella, sonriendo.

Dio media vuelta y se adentró en el saloncito pensando rápidamente, mientras en el vestíbulo se oían voces, murmullos y pisadas fuertes. «Es tan grande su zozobra —pensó— que si le quitáramos la peluca otra vez no se daría cuenta».

Los pasos y las voces desaparecieron por las escaleras y Dona, mirando por la ventana, vio que no había centinelas alrededor de la fortaleza ni en el camino de entrada; debían de estar en el interior. Godolphin volvió cinco minutos después, más sonrojado y preocupado que antes, si cabe.

—He dejado al médico con *milady* —dijo—, pero parece que, en su opinión, no habrá cambios hasta la noche. Es increíble, no tenía la menor la idea, ciertamente, estaba convencido de que en cualquier momento...

—Ya veréis: cuando hayáis sido padre una docena de veces —le dijo ella—, comprenderéis que los hijos son seres que nunca se apuran, que les gusta

demorar este paso de llegar al mundo. Querido *lord* Godolphin, creo que no os vendría mal un poco de distracción. Tengo la certeza de que vuestra esposa no corre ningún peligro. ¿El francés está encerrado ahí?

—Sí, señora, y pasa el tiempo, según dicen los vigilantes, dibujando pájaros en hojas de papel. Está loco, desde luego.

—Desde luego.

—Me llueven las felicitaciones de todos los rincones del condado. Me enorgullezco pensando que son merecidas, porque habéis de saber que fui yo quien desarmó al villano.

—Sois muy valiente.

—Es cierto que me puso la espada en las manos, pero, a pesar de todo, fue a mí a quien se la entregó.

—Es una gran proeza para contar en la corte la próxima vez que vaya a St. James, *lord* Godolphin. Su majestad quedará impresionado cuando conozca la forma en que habéis resuelto el asunto. Vos habéis sido el genio de todo ello.

—Me halagáis, señora.

—No, por cierto. Sé que Harry estaría de acuerdo conmigo. Me gustaría tener un recuerdo del francés para mostrárselo a su majestad. ¿Os parece que me daría un dibujo, pues que tantos hace?

—Será lo más fácil del mundo. Ha llenado de ellos todo el suelo del calabozo.

—Gracias a Dios, casi he olvidado todo lo que sucedió aquella terrible noche —suspiró Dona— y ya no recuerdo cómo era, solo que muy alto, muy negro, muy feroz e increíblemente feo.

—Creo que estáis un poco confundida, señora, yo no lo describiría de esa forma. Por ejemplo, no es tan alto como yo y, como todos los franceses, tiene un rostro más taimado que feo.

—Es una lástima que no pueda verlo para describírselo fielmente a su majestad.

—Entonces, ¿no vendréis mañana?

—No, y lo lamento. Voy a reunirme con Harry y los niños.

—Supongo —dijo *lord* Godolphin— que podría permitirnos ver un momento al villano en el calabozo. Pero tenía entendido, por lo que me contó Harry, que, después de la tragedia de la otra noche, no podíais hablar siquiera del felón... es decir, que os había aterrorizado hasta tal extremo que...

—Hoy, *lord* Godolphin, es todo muy distinto a la otra noche. Estáis vos para protegerme y el francés está desarmado. Me gustaría poder describir a su

majestad con todo detalle a este famoso pirata capturado y ejecutado por el más fiel de sus súbditos de Cornualles.

—Pues así será, señora. Cuando pienso en lo que habréis tenido que soportar a manos de ese infame, de buen grado lo ahorcaría tres veces. Al parecer, entre el susto y la alarma de lo que sucedió *milady* se vio obligada a encerrarse.

—Es lo más probable —dijo Dona, muy seria, y, al ver que Godolphin se disponía a seguir hablando de lo mismo e incluso tal vez a entrar en detalles domésticos que ella comprendía mucho mejor que él, añadió—: En tal caso, vayamos ahora, mientras el médico está con vuestra mujer.

Sin darle tiempo a replicar, Dona salió del salón al vestíbulo y llegó a los peldaños de la entrada, y él se vio obligado a acompañarla, aunque no dejaba de mirar las ventanas de la casa mientras andaban.

—Mi pobre Lucy —dijo—, si pudiera evitarle este suplicio...

—Eso tendríais que haberlo pensado hace nueve meses, *milord* —respondió ella.

Él la miró muy cohibido y escandalizado y murmuró unas palabras sobre los años que hacía que deseaban tener un hijo y heredero.

—Estoy segura de que os lo dará —le dijo, sonriendo—, aunque antes tengáis diez hijas.

Y llegaron a la pequeña entrada de piedra, en la que hacían guardia dos hombres armados con mosquetes, más un tercero, que estaba sentado en un banco ante una mesa.

—He prometido a *lady* St. Columb que podía echar un vistazo al preso —dijo *lord* Godolphin, y el hombre de la mesa la miró y sonrió.

—Mañana a estas horas no será digno de que lo vea una dama, *milord* —dijo, y Godolphin se rio sonoramente.

—No, por eso *milady* ha preferido venir hoy.

El guardián inició el camino por unas escaleras de piedra muy angostas, al tiempo que sacaba una llave de la cadena. «No hay ninguna otra puerta —pensó Dona— ni más escaleras que estas. Y los hombres de abajo están siempre en guardia». La llave giró en la cerradura y a ella se le aceleró el corazón otra vez de una forma absurda y ridícula, como siempre que estaba a punto de ver al francés. El carcelero abrió la puerta y ella entró, seguida por Godolphin; luego el carcelero se retiró dejándolos allí encerrados. El francés estaba sentado a la mesa, como la primera vez que lo vio, con la misma expresión absorta en el rostro, concentrado en lo que hacía, sin pensar en nada

más, y Godolphin, molesto por la actitud indiferente del preso, di un manotazo en la mesa y dijo con contundencia:

—¿No sabéis ponerlos en pie cuando me digno venir a veros?

La indiferencia no era fingida, como muy bien sabía Dona, porque el francés estaba tan pendiente de su tarea que no había distinguido los pasos del carcelero de los de *lord* Godolphin. Dejó el dibujo a un lado —era un zarapito, volando por un estuario hacia mar abierto— y entonces por fin la vio; se levantó sin dar ninguna señal de reconocimiento y le hizo una inclinación de cabeza sin decir palabra.

—Os presento a *lady* St. Columb —dijo Godolphin con rigidez—, que, desilusionada por no poder quedarse a veros ahorcado mañana, desea quedarse con uno de vuestros dibujos para llevarlo a la ciudad y entregárselo a su majestad, a modo de recuerdo de uno de los mayores canallas que haya inquietado jamás a sus fieles súbditos.

—Sois muy bienvenida, *lady* Columb —dijo el prisionero—. Como en estos días no he tenido gran cosa que hacer, puedo ofreceros una nutrida selección para que elijáis. ¿Cuál es vuestro pájaro predilecto, señora?

—Eso —dijo Dona— es algo que nunca he podido decidir. A veces creo que es la chotacabras.

—Lamento no poder ofreceros una chotacabras —dijo él revolviendo entre los papeles de la mesa—. Porque, veréis, la última vez que la oí, estaba tan absorto en otro asunto que no la observé con la atención que podía haberlo hecho.

—Queréis decir —terció Godolphin— que estabais tan absorto robando las posesiones de un amigo mío para vuestra satisfacción personal que no os distrajisteis con ninguna otra cosa.

—*Milord* —el capitán de *La Mouette* hizo una inclinación de cabeza—, es la descripción más delicada de la mentada ocupación que he oído en mi vida.

Dona se puso a mirar los dibujos de la mesa.

—Esto es una gaviota argéntea —dijo—, pero creo que le habéis quitado algunas plumas.

—El dibujo está inacabado, señora —dijo él—. Esta gaviota en particular perdió una pluma en un vuelo. Si sabéis algo de esta especie, recordaréis, sin embargo, que rara vez se adentran tanto en el mar, y esta en concreto se encuentra a tan solo tres leguas de la costa en estos instantes.

—Seguro —dijo Dona—, y esta noche volverá a la orilla a buscar la pluma que ha perdido.

—La señora no sabe gran cosa de ornitología —dijo Godolphin—. Por mi parte, jamás he oído decir que una gaviota o cualquier otra ave recoja plumas.

—De pequeña tenía un colchón de plumas —dijo Dona, hablando deprisa y sonriendo a Godolphin—, y recuerdo que las plumas empezaron a salirse al cabo de un tiempo; una de ellas salió volando por la ventana de mi dormitorio y cayó en el jardín. La ventana era grande, desde luego, no como esta rendijita que da luz a la celda.

—Como debe ser —respondió *milord*, un poco confuso.

La miró con incredulidad, preguntándose si todavía le duraría la calentura, porque sin duda lo que había dicho parecía fuera de lugar.

—¿Alguna se escapó por debajo de la puerta? —preguntó el preso.

—¡Ah, eso no lo recuerdo! —dijo Dona—. Creo que pasar por debajo de la puerta sería difícil incluso para una pluma... a menos que recibiera ayuda, claro está, como por ejemplo un fuerte soplo de aire, como, pongamos, el que suelta una pistola al disparar. Pero todavía no he elegido ningún dibujo. Esto es un correlimos, no sé si complacería a su majestad. *Milord*, ¿lo que oigo son ruedas en la entrada? Si estoy en lo cierto, solo puede ser el médico, que se va.

Lord Godolphin, fastidiado, chasqueó la lengua y miró hacia la puerta.

—No se iría sin decírmelo —respondió—. ¿Seguro que oís ruedas? Estoy un poco sordo.

—Sin la menor duda, *milord* —dijo ella.

Lord Godolphin se acercó a la puerta y llamó dando unos golpes.

—¡Eh, tú! —dijo—. Abre esta puerta ahora mismo.

El carcelero respondió con una voz y enseguida se oyeron sus pasos en las estrechas escaleras. En un momento, Dona sacó la pistola y el cuchillo de los pliegues del traje de montar y los dejó en la mesa, y el preso los cogió y los tapó con un montón de dibujos. El carcelero abrió la celda, Godolphin se volvió hacia Dona y la miró.

—Bien, señora —le dijo—, ¿habéis elegido el dibujo?

Dona revolvió los papeles para distraerlo y frunció el ceño.

—Es terriblemente difícil —dijo—. No sé decidirme entre la gaviota y el correlimos. No esperéis por mí, *milord*, a estas alturas ya debéis saber lo que tarda una mujer en decidirse. Os sigo dentro un momento.

—Es esencial que vea al médico —dijo Godolphin—, así que, si me excusáis, señora... Quédate aquí con *milady* —añadió, dirigiéndose al carcelero, al tiempo que se iba.

El carcelero volvió a cerrar la puerta y se quedó allí, cruzado de brazos y sonriendo a Dona con complicidad.

—Mañana celebraremos dos cosas, *milady* —le dijo.

—Sí —dijo ella—, y espero por tu bien que sea un niño. Os darán más cerveza a todos.

—¿No soy yo el único motivo de celebración? —preguntó el preso.

El carcelero se echó a reír y señaló el ventanuco de la celda con un movimiento de cabeza.

—A mediodía se habrán olvidado de vos —dijo—, estaréis colgado del árbol mientras los demás bebemos a la salud del futuro *lord* Godolphin.

—Es una verdadera lástima que ni el preso ni yo podamos estar presentes para beber a la salud del heredero —dijo Dona, sonriendo; sacó del bolsillo una bolsa de monedas y se la tiró al carcelero—. Estoy segura de que prefieres beber a montar guardia horas y horas ahí abajo. Y ¿si bebemos los tres mientras *milord* está con el médico?

El carcelero sonrió y guiñó un ojo al preso.

—No sería la primera vez que bebiera cerveza antes de una ejecución —dijo—, pero digo que nunca he visto a un francés ahorcado. Dicen que se mueren antes que nosotros porque tienen los huesos del cuello más quebradizos —y, con otro guiño, abrió la puerta y llamó a su ayudante—: Trae tres vasos y una jarra de cerveza.

Cuando el hombre estaba de espalda, Dona hizo una pregunta al preso con la mirada y él respondió moviendo solamente los labios.

—Esta noche a las once.

Ella asintió y susurró:

—William y yo.

El carcelero miró atrás y dijo:

—Si nos pilla el señor lo pagaremos caro.

—Yo te redimiría —dijo Dona—; a su majestad le complacerá mucho cuando lo cuente en la corte. Es la clase de jugarreta que más gracia le hace. ¿Cómo te llamas?

—Zachariah Smith, *milady*.

—Muy bien, Zachariah, si esto acarrea alguna consecuencia, intercederé por ti ante el propio rey.

El carcelero se rio; el ayudante llegó en ese momento con la cerveza y él cerró la puerta y llevó la bandeja a la mesa.

—Larga vida a *milady* —dijo—, la bolsa llena y buen apetito para mí; para vos, señor, una muerte rápida.

Sirvió cerveza en los vasos y Dona, chocando el suyo con el del carcelero dijo:

—Larga vida al futuro *lord* Godolphin.

El carcelero chasqueó los labios e inclinó la cabeza a un lado.

El preso levantó el vaso y sonrió a Dona.

—¿No deberíamos brindar por *lady* Godolphin? Me imagino que en este momento estará sufriendo cierta incomodidad.

—Y también por el médico —dijo Dona—, que estará un tanto acalorado.

Y, mientras bebía, se le ocurrió de pronto una idea; miró al francés y supo que a él se le había ocurrido lo mismo, porque estaba mirándola a su vez.

—Zachariah Smith, ¿estás casado? —dijo ella.

El carcelero se echó a reír.

—Dos veces —dijo—, y tengo catorce hijos.

—En tal caso, sabes el mal trago que está pasando ahora tu señor —sonrió—, pero, con un médico tan capaz como el doctor Williams, no hay motivo de preocupación. Supongo que conoces bien al médico.

—No, *milady*. Yo no soy hijo de Helston, soy de la costa del norte.

—El doctor Williams —dijo Dona soñadoramente— es un hombrecito raro de rostro solemne y redondo, con una boquita de piñón. Según dicen, sabe de cerveza tanto como el que más.

—Pues es una lástima —dijo el preso, dejando el vaso en la mesa— que no esté aquí para beber con nosotros. Tal vez lo haga después, cuando termine su jornada y haya convertido a *lord* Godolphin en padre.

—Cosa que no sucederá mucho antes de la medianoche, o ¿qué te parece a ti, Zachariah Smith, padre de catorce hijos? —preguntó Dona.

—Siempre suele ser a medianoche, *milady* —dijo el carcelero riéndose—. Mis nueve varones nacieron cuando el reloj daba las doce.

—Muy bien —dijo Dona—, cuando vea al doctor Williams personalmente le diré que, en honor de esta ocasión, Zachariah Smith, que presume de tener más hijos que los que entran en una docena de fraile, tomaría con él gustosamente un vaso de cerveza antes de empezar la guardia de noche.

—Zachariah, recordarás esta noche toda la vida —dijo el preso.

El carcelero puso los vasos en la bandeja.

—Si *lord* Godolphin tiene un hijo —dijo, guiñando un ojo—, habrá tanta alegría en su casa que se nos olvidará ahorcaros por la mañana.

Dona cogió el dibujo de la gaviota de la mesa.

—Bien —dijo—, ya he elegido. Y será mejor que el señor no te vea con la bandeja, Zachariah, así que voy a bajar contigo y vamos a dejar al preso con su pluma y sus pájaros. Adiós, francés, y que mañana tengas tan buen viaje como la pluma que se escapó de mi colchón.

El preso hizo una inclinación de cabeza.

—Eso depende —dijo— de la cantidad de cerveza que mi carcelero consume esta noche con el doctor Williams.

—Tendrá que hacer un gran alarde de resistencia para ganarme a mí —dijo el carcelero.

A continuación abrió la puerta y la sujetó para que pasara Dona.

—Adiós, *lady* St. Columb —dijo el preso.

Ella lo miró un momento pensando en que el plan que habían tramado era el más arriesgado y temerario de todos hasta entonces, y que si fallaba no tendría la menor posibilidad de huir, porque al día siguiente lo ahorcarían en el árbol del parque.

Él sonrió como en secreto y a ella le pareció que esa sonrisa era su propia personificación, lo primero de lo que se había enamorado cuando lo conoció y lo que siempre atesoraría en la memoria, porque conjuraba la imagen mental de *La Mouette*, el sol, el viento en el mar y, con estas cosas, las oscuras sombras del río, la hoguera y el silencio. Salió de la celda sin mirar atrás, con la cabeza alta y el dibujo en la mano. «Jamás sabrá —se dijo— en qué momento lo he querido más».

Bajó las estrechas escaleras detrás del carcelero con un gran pesar en el corazón, cansada de repente, hundida por este final decepcionante. El carcelero, sonriéndole, dejó la bandeja debajo de las escaleras y dijo:

—¡Cuánta sangre fría, ¿no?, para ser un hombre que está a punto de morir! Dicen que estos franceses no tienen sentimientos.

Dona consiguió sonreír y tendió una mano al carcelero.

—Eres un buen hombre, Zachariah —le dijo—, que tengas ocasión de beber muchos vasos de cerveza en el futuro, y unos cuantos esta misma noche. No se me olvidará decir al médico que venga a verte. Es muy menudo, recuerda, y tiene boquita de piñón.

—Y un gazzate como un pozo —se rio el carcelero—. Muy bien, *milady*, lo buscaré y le apagaré la sed. Pero sin decir una palabra al señor.

—Ni una, Zachariah —dijo Dona solemnemente.

Salió de la oscura fortaleza al sol y vio a Godolphin, que se acercaba a su encuentro desde la entrada de la casa.

—Os habéis equivocado, señora —le dijo, enjugándose el sudor de la frente—, el carruaje no se ha movido y el médico todavía está con mi mujer. Ha decidido quedarse a pesar de todo, porque la pobre Lucy está un poco inquieta. Creo que os han engañado los oídos.

—Y os he hecho volver a casa para nada —dijo Dona—. ¡Qué tonta soy, querido *lord* Godolphin! Pero, en fin, ya sabéis lo tontas que somos las mujeres. Mirad, he elegido el dibujo de la gaviota. ¿Os parece que complacerá a su majestad?

—Vos conocéis sus gustos mejor que yo, señora —dijo Godolphin—, o eso creo al menos. Decidme, ¿el pirata os ha parecido tan despiadado como os lo imaginabais?

—La cárcel lo ha aplacado, *milord*, o tal vez no haya sido la cárcel, sino que ha comprendido que, bajo vuestra custodia, es imposible fugarse. Me pareció que os miraba como si supiera que por fin había topado con un enemigo superior, con una cabeza más astuta que la suya.

—¡Ah! ¿Esa impresión os ha dado? Es curioso, porque yo he pensado lo contrario muchas veces. Pero estos extranjeros son la mitad mujer. Nunca se sabe lo que están pensando.

—Muy cierto, *milord*.

Llegaron a los escalones de la entrada y vio el carruaje del médico y el criado con la jaca de Dona.

—¿Deseáis tomar algo, señora, antes de partir? —preguntó Godolphin.

—No —respondió ella—, no; me he demorado mucho aquí y todavía tengo muchas cosas que hacer antes de partir por la mañana. Presentad mis respetos a vuestra mujer cuando esté en condiciones de recibirlos, y espero que antes de que caiga la noche ella os presente a vuestro doble, querido *lord* Godolphin.

—Eso, señora —respondió él con seriedad—, está en manos del Todopoderoso.

—Pero muy pronto —dijo ella, mientras montaba en la jaca—, en otras manos igualmente capaces: las del médico. Adiós.

Se despidió con un gesto de la mano; fustigó a la jaca sin previo aviso y esta inició el galope; al pasar al pie de la fortaleza, tiró de las riendas, miró hacia el ventanuco de la torre y silbó un compás de la canción que tocaba Pierre Blanc con el laúd; lentamente, como un copo de nieve, cayó una barba arrancada de una pluma de escribir. La atrapó sin tener en cuenta si Godolphin estaría mirándola desde los escalones de la entrada de su casa,

saludó de nuevo con la mano y salió a la calzada principal riéndose, con la pluma en el sombrero.

XXIII



Dona se asomó a la ventana de su dormitorio, en Navron, y al mirar al cielo vio por primera vez la estrecha y alargada forma dorada de la luna naciente por encima de los árboles oscuros.

«Señal de buena suerte», pensó mirando un momento las sombras del silencioso jardín y aspirando el denso olor dulce de la magnolia que subía por la pared. Tenía que guardar todas estas cosas en el corazón, junto con la belleza que se había ido, porque no volvería a verlas nunca más.

Incluso el dormitorio parecía ya abandonado, como el resto de la casa; los baúles estaban preparados en el suelo, bien cerrados con correas, la doncella había doblado y guardado su ropa según sus instrucciones. Cuando volvió a última hora de la tarde, acalorada y cubierta de polvo del viaje a caballo, y el mozo se hizo cargo de la montura en el patio, un criado de la posada de Helston aguardaba para hablar con ella.

—*Sir* Harry encargó una silla de posta para vos, *milady*, para que vayáis a encontraros con él en Okehampton.

—Así es —dijo ella.

—El amo me manda deciros, *milady*, que la tendréis aquí mañana a mediodía.

—Gracias —dijo ella.

Se quedó mirando los árboles de la entrada, el bosque que llevaba al río, porque todo lo que le decía el criado le resultaba irreal y el futuro le era ajeno. Cuando lo dejó para entrar en la casa, el muchacho la miró sin comprender y se rascó la cabeza: la señora parecía sonámbula y le había dado la impresión de que no entendía lo que le decía. Dona fue a las habitaciones de los niños y contempló las camas con los cobertores a rayas, los tabloncillos al aire, porque habían retirado las alfombras. Las cortinas estaban corridas y el aire ya estaba caliente, cargando el ambiente. Vio un brazo de un conejito de tela debajo de una cama, el que James había chupado y arrancando en plena rabieta.

Lo recogió y empezó a darle vueltas entre las manos. Parecía una cosa abandonada, una reliquia de tiempos pasados. No podía dejarlo allí, en el suelo, así que abrió el gran armario del rincón y lo echó dentro; cerró la puerta y salió del dormitorio para no volver a entrar.

A la siete le llevaron la cena en una bandeja y apenas la probó, no tenía hambre. Después dio orden al criado de que no volviera a molestarla, porque estaba cansada, y de que no la despertara por la mañana, porque seguramente dormiría hasta tarde, antes del tedioso viaje que debía emprender.

Se quedó sola y deshizo el hato que le había dado William al volver de casa de *lord* Godolphin. Sonriendo, sacó las rudas medias, el calzón raído y la alegre camisa remendada. Se acordó de la expresión cohibida con que se lo había dado y de sus palabras:

—Grace no puede hacer más por vos, *milady*; esta ropa es de su hermano.

—Es perfecta, William —le había dicho ella—, ni Pierre Blanc lo habría hecho mejor —pues debía hacer de muchacho por última vez y huir de la ropa femenina, al menos esta noche—; se corre mejor sin enaguas, y puedo montar a horcajadas, como cuando era pequeña.

William tenía dos caballos preparados, tal como había prometido, y tenía que ir a buscarla con ellos al camino de Navron a Gweek en cuanto dieran las nueve.

—Mi querido William, no olvides —le había dicho— que eres el médico y que yo soy tu mozo, y más vale que te olvides de *milady* y me llames Tom.

—*Milady* —había respondido él, mirando avergonzado a otra parte—, mis labios no pueden pronunciar ese nombre, sería muy vergonzoso.

Ella se rio y le dijo que los médicos no debían avergonzarse nunca, sobre todo si acababan de traer hijos varones o herederos al mundo.

Empezó a ponerse la ropa de muchacho y le quedaba bien, incluso los zapatos, no como los incómodos zuecos de Pierre Blanc; había además un pañuelo, se lo ataría alrededor de la cabeza, y un cinturón de cuero. Se miró en el espejo con los oscuros rizos ocultos y la piel tostada, como una gitana. «Vuelvo a ser un grumete —pensó—, y Dona St. Columb está durmiendo y soñando».

Pegó el oído a la puerta: todo estaba en silencio; los criados se habían retirado a sus cuartos. Se preparó para el mal trago de bajar las escaleras hasta el comedor, que era lo que más temía, en la penumbra, con las velas apagadas, y se acordó de repente de Rockingham, cuando estaba allí agazapado con el cuchillo en la mano. Pensó que sería mejor cerrar los ojos y recorrer el pasillo a tientas, hasta las escaleras, porque así no vería el gran

escudo de la pared ni el contorno de las escaleras. Y echó a andar con los brazos estirados por delante y los ojos bien cerrados; el corazón le latía muy deprisa, como si Rockingham estuviera esperándola todavía en el rincón más oscuro del comedor. Presa de un súbito ataque de pánico, se lanzó contra la puerta, descorrió los pestillos y salió corriendo a la oscuridad, al silencio y la seguridad de la entrada de la casa. En cuanto se vio libre de paredes perdió el miedo; el aire estaba cálido y suave y la gravilla crujía bajo sus pies, y, alta en el cielo claro, la luna brillaba como una hoz.

Andaba a paso rápido, porque la ropa de muchacho le daba libertad, y se animó; volvió a silbar la canción de Pierre Blanc y además se acordó de él, de su alegre cara de mono y sus dientes blancos; en estos momentos estaría esperando en la cubierta de *La Mouette*, en mitad del estrecho, en alguna parte, a que volviera el patrón al que había dejado en tierra.

Por la curva del camino apareció una sombra que avanzaba hacia ella: era William con los caballos y un muchacho, que sería el hermano de Grace, el dueño de la ropa que llevaba puesta.

William dejó al chico con los caballos y se acercó más; a Dona le entraron ganas de reírse al ver al buen criado con un traje negro, medias blancas y una peluca de rizos oscuros.

—¿Ha sido niño o niña, doctor Williams? —le preguntó.

Él la miró un tanto confuso, nada satisfecho con el papel que le tocaba desempeñar, porque tendría que ser el caballero y ella, el criado, cosa que lo escandalizaba... ¡a él, que no se escandalizaba por nada!

—¿Qué sabe el chico? —susurró, señalándolo.

—Nada, *milady* —contestó él en voz baja—, solo que soy amigo de Grace, que me escondo y que vos sois el compañero que me ayudará a huir.

—Entonces seré Tom —insistió ella— y lo seguiré siendo.

Y continuó silbando la canción de Pierre Blanc para mayor bochorno de William; se acercó a uno de los caballos y se subió de un salto a la silla, sonrió al muchacho, clavó los talones al caballo y partió delante de ellos volviendo la cabeza y riéndose. Desmontaron al llegar al muro de la finca de Godolphin y confiaron los caballos al muchacho, que los puso a buen recaudo a la sombra de los árboles. William y ella recorrieron a pie las ochocientas varas que los separaban de la verja del parque, como habían convenido por la tarde.

Ya era de noche, brillaban las primeras estrellas y ellos iban en silencio, porque todo estaba hablado y preparado. Eran como actores a punto de entrar en escena por primera vez ante un público que podía resultar hostil. La verja

estaba cerrada, así que se fueron hacia un lado, treparon por el muro, saltaron al parque y se acercaron furtivamente al camino de la entrada entre las sombras de los árboles. A lo lejos se veía la silueta de la casa: todavía había luz en las ventanas de encima de la puerta.

—El hijo y heredero no ha nacido todavía —susurró Dona.

Adelantó a William y se acercó a la casa; en la entrada de los establos vio el carruaje del médico, parado en el empedrado; el cochero estaba sentado al pie de un farol con un mozo de Godolphin, barajando unos naipes. Se oía un murmullo grave de voces y risa. Volvió atrás, con William, que se había quedado a la vera del camino de entrada, con su carita blanca empequeñecida entre la peluca prestada y el sombrero. Se veía la culata de la pistola debajo del capote y la boca, bien cerrada, era una línea delgada.

—¿Preparado? —le preguntó.

William asintió sin dejar de mirarla, y la siguió por el camino de entrada a la fortaleza. Dona tuvo un mal presentimiento pasajero al reparar en que tal vez a William le faltara confianza en su papel, como a tantos actores, y empezara a tartamudear; en tal caso, ahora que todo dependía de él, podían fracasar por su falta de pericia. Llegaron a la puerta de la fortaleza, que estaba cerrada, y Dona lo miró, le dio una palmadita en el hombro y él, por primera vez en la tarde, sonrió y los ojos le brillaron de tal forma que Dona recuperó la fe: seguro que no fallaría.

En un instante se transformó en el médico y, mientras ella llamaba a la puerta, él, en un tono seguro y categórico, sorprendente porque no parecía el mismo hombre que en Navron, dijo:

—¿Hay algún Zachariah Smith ahí dentro? ¿El doctor Williams de Helston puede entrar a hablar con él un momento?

Dona oyó una voz dentro que respondía y al momento se abrió la puerta; su amigo el carcelero apareció en el umbral, con la casaca echada sobre un hombro porque hacía calor y remangado hasta los codos, con una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—*Milady* no olvidó su promesa —dijo—. Bien, pasad, señor, es un placer veros y os aseguro que tenemos aquí suficiente cerveza para bautizar al niño y... a vos, de paso. ¿Ha sido niño?

—Así es, amigo mío —dijo William—, un niño precioso, igualito que su señor padre.

Se frotó las manos con satisfacción y entró en la torre detrás del carcelero; la puerta quedó entreabierta y Dona, acuclillada contra la pared, oyó sus movimientos en la entrada, el entrechocar de vasos y la risa del carcelero.

—Habéis de saber, señor —decía—, que soy padre de catorce hijos y puedo afirmar que sé tanto de esto como vos mismo. ¿Cuánto ha pesado el pequeño?

—¡Ah! —dijo William—. El peso, sí... veamos —y Dona, conteniendo la risa lo mejor que podía, se lo imaginó frunciendo el ceño de perplejidad, tan perdido como un niño ante semejante pregunta—. Unas cuatro libras diría yo, aunque no lo recuerdo con precisión... —empezó a decir.

El carcelero silbó de asombro y el ayudante se echó a reír.

—¿A eso llamáis un niño precioso? —dijo el carcelero—. Que me muera ahora mismo, señor; ese niño no vivirá ni dos días. Mi benjamín pasó de las once y parecía una gamba.

—¿He dicho cuatro? —lo interrumpió William rápidamente—. No, claro, cuatro no. He querido decir catorce. No, ahora que lo pienso otra vez, creo que han sido quince o dieciséis.

El carcelero volvió a silbar.

—El Señor se apiade de vos, señor, eso es mucho más de lo normal. Tendréis que estar más pendiente de la señora que del niño. ¿Se encuentra bien la señora?

—Muy bien —dijo William—, y de un humor excelente. Cuando salí de la estancia, hablaba con su señoría sobre los nombres que pondrían a su hijo.

—Entonces, es una mujer mucho más fuerte de lo que jamás habría creído —respondió el carcelero—. Bien, señor, creo que merecéis al menos tres vasos de cerveza, después de semejante parto. Traer al mundo a un niño de dieciséis libras es mucho trabajo para una noche. Buena suerte, señor, por vos y por el niño, y por la señora que brindó con nosotros aquí esta tarde, porque, si no me equivoco, vale por veinte ladys Godolphin.

Callaron un momento y a continuación se oyó el entrecocar de los vasos, un profundo suspiro del carcelero y un sonoro paladeo.

—Apuesto a que en Francia no hacen nada como esto —dijo—, allí solo tienen uvas y ranas, ¿verdad?, y caracoles y cosas así. Hace un momento le llevé un vaso al preso y, no me creeréis, pero tiene la sangre más fría que un pez, para ser un hombre que está a punto de morir, podría decirse. Se bebió el vaso entero de un trago y me dio una palmada en el hombro riéndose.

—Es la sangre extranjera —terció el ayudante—. Son todos iguales, los franceses, los holandeses, los españoles... sean de donde sean. Solo piensan en las mujeres y en el alcohol, y te apuñalan por la espalda a la menor ocasión.

—Y ¿a qué se dedica en su último día de vida? —continuó Zachariah—. ¡A llenar hojas de papel de pájaros, a quedarse ahí sentado y a fumar sonriendo! Lo normal sería que llamara a un sacerdote, porque esos son todos católicos; primero roban y violan y luego se confiesan y se dan golpes de pecho. Pero este francés no. Apuesto a que no conoce más ley que la suya. ¿Otro vasito, doctor?

—Gracias, amigo mío —dijo William.

Dona oyó el ruido de los vasos al llenarse y por primera vez se preguntó hasta qué punto resistiría William la cerveza y si sería prudente aceptar todas las invitaciones del carcelero con tanta facilidad.

William tosió, una tos seca y fuerte que fue una señal para ella.

—Después de lo que me has contado —dijo—, no me disgustaría ver a ese hombre. Estará desesperado, seguro. El condado se deshará de él sin la menor duda. Supongo que ahora estará durmiendo, si es que se puede dormir la última noche.

—¿Durmiendo? ¡Quia, señor! ¡Ni mucho menos! Ha tomado dos vasos de cerveza y me ha dicho que me los pagarais vos, y que, si volvíais a la torre antes de medianoche, bebería otro vaso con vos a la salud del hijo y heredero —se rio y después, bajando la voz, añadió—: No debo, claro, pero, tratándose de un hombre que va a morir en la horca por la mañana, aunque sea pirata y francés, no se le puede tratar mal, ¿no os parece, señor? —Dona no oyó la respuesta de William, pero sí el tintineo de unas monedas y unos pies arrastrándose. El carcelero volvió a reírse y dijo—: Gracias, señor, sois un auténtico caballero y, cuando mi mujer esté preñada otra vez, pensaré en vos.

Dona los oyó subir las escaleras hacia la celda y tragó saliva al tiempo que se clavaba las uñas en las palmas, pues era el momento que más temía, el momento en que cualquier desliz podía desencadenar el desastre, el momento en que el carcelero se diera cuenta y lo echara todo a rodar. Esperó hasta que calculó que podían haber llegado a la celda y, acercándose más a la puerta, aguzó el oído y oyó voces y el ruido de la llave en la cerradura. A continuación, con el estrépito de la puerta al abrirse, se acercó y entró en la fortaleza; vio a los otros dos guardianes de espaldas. Uno estaba sentado en un banco que se apoyaba en la pared, bostezando y desperezándose, el otro miraba las escaleras.

La luz era tenue, pues solo había un farol colgado de una viga. Sin salir de la sombra, Dona llamó a la puerta y dijo:

—¿Está aquí el doctor Williams?

Los hombres se volvieron al oírlo; el del banco parpadeó y dijo:

—¿Para qué lo quieres?

—Me mandan de la casa a buscarlo —respondió ella—. La señora se encuentra peor.

—No me extraña —dijo el de las escaleras—, después de traer dieciséis libras al mundo. Bien, muchacho, ahora se lo digo —y empezó a subir las escaleras llamando al carcelero—: Zachariah, llaman al médico, que vaya a la casa.

Dona lo vio doblar la esquina de las escaleras y llamar a la puerta y, en ese momento, dio un puntapié a la puerta de la torre; la cerró de golpe, echó el cerrojo y bajó la reja antes de que el guardián del banco pudiera ponerse de pie y gritar:

—¡Eh, tú! ¿Qué demonios haces?

Había una mesa entre ellos y, cuando el guardián quiso acercarse, Dona se apoyó en el borde y la empujó con todas sus fuerzas, la tiró al suelo y, de paso, al guardián; en ese momento se oyó un pequeño grito ahogado arriba, en las escaleras, y un golpe. A continuación, cogió la jarra de cerveza que tenía al lado, la arrojó contra el farol y la luz se apagó. El hombre que estaba en el suelo salió arrastrándose de debajo de la mesa, llamando a Zachariah a gritos y, cuando levantó más la voz maldiciendo y tropezando en la oscuridad, el francés llamó a Dona desde las escaleras.

—Dona, ¿estás ahí?

—Sí —dijo ella.

Jadeaba medio ahogada por la risa, la emoción y el miedo; él saltó por encima del pasamanos hasta el suelo y empezó a buscar al guardián en la oscuridad. Oía el ruido de la pelea al pie de las escaleras. El francés le daba con la culata de la pistola, se oían los golpes. El guardián se cayó encima de la mesa gruñendo de dolor.

—Dame el pañuelo, Dona, para amordazarlo —dijo el francés, y ella se quitó el que llevaba en la cabeza. En un momento hizo lo que quería—. No lo pierdas de vista —le dijo rápidamente—, no puede moverse —y subió las escaleras otra vez hasta la celda—. ¿Lo tienes, William? —preguntó.

Se oyó un ruido extraño en el piso de arriba, como un gemido entrecortado, y otro como si alguien arrastrara algo pesado por el suelo. El guardián amordazado que estaba al lado de Dona daba boqueadas mientras el ruido de arrastrar continuaba arriba, y de pronto a ella le entraron unas ganas incontenibles de reírse, una histeria tensa y terrible, y sabía que si se dejaba llevar no podría parar y al final gritaría.

El francés volvió a llamarla desde arriba.

—Dona, abre la puerta y mira a ver si el camino está despejado.

Ella fue a tientas y recorrió los grandes cerrojos. Abrió y miró fuera; se oían ruedas sobre el empedrado en el lado de la casa: el carruaje del médico se acercaba a la torre por el camino, el cochero hizo restallar el látigo y pronunció el nombre del caballo.

Dona entró de nuevo para avisar, pero el francés ya estaba a su lado, lo miró y le vio en los ojos la misma risa temeraria que el día en que le arrebató la peluca a Godolphin.

—¡Por Dios! —dijo él en voz baja—. Es el médico, que por fin se va a casa.

Salió al camino sin el sombrero y levantó la mano.

—¿Qué haces? —susurró ella—. ¿Te has vuelto loco, has perdido la cabeza?

Pero él se reía sin hacerle caso. El cochero frenó al caballo en la entrada de la torre y por la ventanilla asomó el rostro largo y delgado del médico.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —preguntó con voz temblorosa.

El francés puso las manos en la ventanilla y sonriendo, dijo:

—¿Ya habéis dado un heredero a *milord*? ¿Lo habéis dejado satisfecho con su pequeño?

—¿Satisfecho? ¡Narices! —maldijo el médico—. Niñas gemelas es lo que he dejado en la casa, y os agradecería que quitaseis las manos de mi carruaje y me dejarais seguir, porque lo único que quiero ahora es ¡cenar y meterme en la cama!

—Ah, sí, pero antes nos llevaréis en el carruaje, ¿verdad que sí? —dijo el francés, y en un abrir y cerrar de ojos quitó al cochero de su sitio de un puñetazo y el hombre cayó rodando por el camino—. ¡Sube, Dona! ¡Aquí, a mi lado! —dijo—. Si logramos salir de aquí será por todo lo alto.

Dona, desternillándose de risa, se subió al pescante. William, con su extraño capote negro, sin peluca y sin sombrero, cerró de golpe la puerta de la torre apuntando al atónito médico con la pistola.

—¡Adentro, William! —dijo el francés—. Y dale un vaso de cerveza al médico, si te queda algo, porque por Dios que esta noche lo ha pasado peor que nosotros en estos últimos minutos.

El carruaje partió rápidamente, el caballo del médico se lanzó al galope como no lo había hecho jamás y enseguida llegaron a la verja del parque, que estaba cerrada a cal y canto.

—¡Abre la verja de par en par! —dijo el francés cuando una cabeza adormilada asomó por la ventana de la garita—. Tu señor ha tenido gemelas y

el médico quiere irse a cenar, y en cuanto a mí y a mi grumete, esta noche hemos bebido cerveza para treinta años.

La verja se abrió, el vigilante los miraba sin dar crédito a sus ojos, boquiabierto, y en el carruaje se oían las voces de protesta del médico.

—¿A dónde nos dirigimos, William? —preguntó el francés.

William sacó la cabeza por la ventanilla y dijo:

—Tenemos caballos en el camino, *m'sieu*, a unas mil quinientas varas, pero nos dirigimos a Portleven, en la costa.

—Por mí, como si nos dirigimos a la perdición —respondió el francés y, rodeando a Dona por los hombros, la besó—. ¿Acaso ignoras que esta es mi última noche en el mundo porque me van a ahorcar por la mañana?

Y salieron a la dura calzada principal galopando como locos, levantando polvo blanco con las ruedas.

XXIV



La aventura terminó y, con ella, la locura y la risa. En alguna parte de la calzada quedó un carruaje tirado en la cuneta y un caballo sin riendas ni freno pastaba al lado de un seto. Un médico tuvo que irse a pie en busca de su cena mientras unos guardianes yacían amordazados y maniatados en el suelo de una celda.

Estas cosas sucedieron al caer el día y no tuvieron nada que ver con la noche que siguió. Hacía ya un buen rato que habían dado las doce y estaba todo más oscuro que nunca. Las estrellas cuajaban el firmamento de pequeños puntos de luz y la delgada luna creciente había desaparecido.

Dona estaba al lado del caballo mirando el lago y vio que estaba separado del mar por un banco de guijarros grandes y redondos y, aunque las olas rompían en la orilla, el lago en sí estaba quieto. No hacía viento y el cielo, a pesar de la oscuridad, irradiaba la extraña claridad de los cielos de verano. De vez en cuando, una olita un poco mayor que las demás llegaba hasta la playa de guijarros y allí moría con un murmullo y un suspiro; de vez en cuando un movimiento del mar rizaba levemente la superficie cristalina del lago y llegaba hasta los juncos, que inclinaban la cabeza. Se oían algunas voces de aves en los alrededores, el grito asustado de una focha que se movía entre los juncos y se escondía rozando furtivamente los altos tallos, y murmullos y movimientos sigilosos de tantos seres desconocidos y sin nombre que salían al silencioso mundo nocturno y respiraban, vivían y gozaban unas horas de su momento.

Detrás del bosque y el monte se encontraba el pueblo de Portleven, con sus barcas de pesca amarradas al muelle, y William miró a su señor a la cara y después hacia atrás, al monte.

—*M'sieu* —dijo William—, sería mejor que me fuera ahora, antes de que llegue el día, a buscar una barca. La traeré hasta aquí y podremos irnos antes del amanecer.

—¿Crees que encontrarás alguna? —dijo el francés.

—Sí, *m'sieu*; hay una pequeña en la entrada del puerto. Hice averiguaciones antes de salir de Gweek.

—William tiene solución para todo —dijo Dona—, no se le pasa por alto ningún detalle. Y gracias a él no habrá ahorcados por la mañana, solo un bote que sale al mar.

El francés miró al criado y el criado miró a Dona; ella seguía a la orilla del lago y, de repente, William se alejó, cruzó el montículo de guijarros y se dirigió al monte: una curiosa silueta pequeña con el largo capote negro y el gran tricornio. Desapareció en la oscuridad y la pareja se quedó a solas. Los caballos pastaban entre la hierba de la orilla haciendo un ruido suave al arrancarla y masticarla, y en la otra orilla los altos árboles del bosque crujieron, susurraron y se quedaron en silencio.

Cerca del agua había una pequeña hondonada de arena blanca y suave y allí empezaron a encender una hoguera, hasta que una lengua de fuego se elevó en el aire y los palos secos crujieron y se partieron.

Él se arrodilló al lado del fuego, la llama le iluminaba la cara, la garganta y las manos.

—¿Te acuerdas —dijo Dona— de que una vez me dijiste que me asarías un pollo en un espeto?

—Sí, pero esta noche no tengo pollo ni espeto, y mi grumete habrá de conformarse con pan quemado.

Frunció el ceño, concentrado en la tarea y, como el fuego desprendía mucho calor, movió la cabeza de un lado a otro y se limpió la frente con la manga de la camisa; Dona supo que ese instante le dejaba una imagen que jamás olvidaría: la hoguera, el lago, el cielo oscuro tachonado de estrellas y las olas rompiendo entre los guijarros, a su espalda.

—Entonces —dijo él más tarde, mientras cenaban a la luz de la hoguera, más pequeña que antes, con el olor amargo del humo de la leña en el aire— luchaste contra un hombre, Dona mía, y el hombre murió en el suelo de Navron House.

Ella lo miró, pero él no la estaba mirando, sino comiendo un bocado de pan.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Porque me acusaron de haberlo asesinado y me acordé del compañero de Hampton Court y de la cara del hombre que me miró con odio cuando le robé los anillos; y así supe lo que había pasado esa noche, Dona, cuando te dejé allí.

Dona se agarró las rodillas y se puso a mirar el lago.

—Cuando fuimos de pesca tú y yo —le dijo—, no sabía sacar el anzuelo de la boca del pez, ¿te acuerdas? Pero lo que hice aquella noche fue otra cosa. Al principio tenía miedo, después me enfadé y entonces descolgué el escudo de la pared y luego... murió.

—¿Por qué te enfadaste?

Lo pensó un momento, hasta que se acordó.

—Fue por James —dijo—, que se despertó llorando.

El francés no dijo nada; ella lo miró y vio que había terminado la cena y estaba sentado como ella, sujetándose las rodillas con las manos y mirando al lago.

—Ah —dijo él—, conque fue James, que se despertó llorando, y tú y yo, Dona, nos encontramos en el lago Loe en vez de en Coverack, y tu respuesta es la misma que la mía.

Tiró un guijarro al agua y se formó una onda que se extendió por la superficie y desapareció como si nunca hubiera existido; después se tumbó boca arriba en la arena, tendió la mano a Dona y ella se tumbó a su lado.

—Creo —dijo— que *lady* St. Columb no volverá a salir de jarana por las calles de Londres, porque ya ha vivido bastantes aventuras.

—Esa *lady* St. Columb —dijo ella— se convertirá en una bondadosa señora de su casa que sonreirá a los criados, a los arrendatarios y a la gente del pueblo, y un día sentará a sus nietos en el regazo y les contará la historia de un pirata que logró escapar.

—Y ¿qué pasará con el grumete?

—El grumete no podrá conciliar el sueño algunas noches, se arrancará las uñas y dará puñetazos a la almohada hasta caer rendido de sueño y tal vez volver a soñar.

El lago se extendía silencioso y oscuro a sus pies y detrás se oía el rumor del mar cada vez que una ola rompía entre los guijarros.

—En Bretaña hay una casa —dijo él— en la que vivía un hombre que se llamaba Jean-Benoit Aubéry. Es posible que ese hombre vuelva a vivir allí y llene las paredes del suelo al techo de dibujos de aves y retratos de su grumete. Pero, con los años, los retratos del grumete se desdibujarán y quedarán borrosos.

—¿En qué parte de Bretaña está la casa de Jean-Benoit Aubéry? —preguntó ella.

—En Finistère —dijo él—, que significa, Dona mía, donde termina la tierra.

Dona creyó ver los escarpados acantilados y el perfil irregular del cabo, y oír las embestidas del mar contra las rocas y los gritos de las gaviotas; sabía que a veces el sol los azotaba y agostaba la hierba sedienta y seca, y que otras veces soplaba un viento suave del este que traía bruma y lluvia.

—Hay una roca mellada —dijo él— que sobresale en el Atlántico, a la que llaman la Pointe du Raz. Allí no crecen árboles ni hierba, porque la barre día y noche el viento del oeste. Y en el mar, más allá de esa roca, se encuentran dos corrientes y el agua siempre está agitada, revuelta; las olas y la espuma se alzan quince varas en el aire.

Se levantó un vientecillo fresco en el centro del lago y de pronto las estrellas se empañaron y su luz mermó; era esa hora de la noche en la que todo está en silencio y nada se mueve: ni las aves ni los animales, ningún murmullo entre los juncos, ningún ruido, solamente el mar al agitar los guijarros de la playa.

—¿Crees que *La Mouette* te estará esperando cerca de aquí, en el mar y que lo encontrarás por la mañana? —preguntó ella.

—Sí.

—Y William, como no le gusta el mar, se mareará y deseará estar en Navron otra vez.

—No —dijo él—, William saboreará la sal en los labios, sentirá el viento en el pelo y quizá antes de que anochezca otra vez, si la brisa no nos abandona, quizá vea tierra de nuevo y huela la hierba cálida del cabo, y eso querrá decir que estaremos de nuevo en Bretaña, en casa.

Estaba tumbada en la arena, como él, con la cabeza apoyada en las manos; el cielo cambió, lo cubrió una claridad de falsa aurora y la brisa empezó a soplar con más fuerza.

—Me gustaría saber —dijo él— cuándo se perdió el mundo por primera vez y los hombres se olvidaron de vivir, de amar, de ser felices. Porque en otros tiempos, Dona mía, había un lago como este en la vida de cada hombre.

—Tal vez hubiera una mujer —dijo ella— que le dijo a su marido que construyera una casa de juncos, y después, una de madera, y después, una de piedra, y entonces llegaron otros hombres y mujeres y desaparecieron los montes y los lagos y solo quedaron las casas, todas iguales, todas de piedra.

—Y tú y yo —dijo él— tenemos nuestro lago y nuestro monte esta noche, nada más, y solo faltan tres horas para que salga el sol.

Cuando llegó el día, creyeron que traía consigo una blancura y una claridad fría que nunca habían visto. El cielo parecía duro y luminoso, el lago, una lámina de plata. Se levantaron del banco de arena; él se bañó en el agua

fría, helada como la del norte. Después las aves empezaron a murmurar y a susurrar en el bosque y él salió del agua, se vistió y se fue andando hasta la playa de guijarros; la marea estaba alta y la espuma lamía las piedras. A unas cien varas de la playa se mecía un bote de pesca y cuando William distinguió las dos siluetas cogió los largos remos y se acercó.

Estaban juntos en la playa, esperando el bote, y de pronto, a lo lejos, en el horizonte, Dona vio la gavia blanca de un barco, y el barco se acercaba a tierra. Tomó cuerpo y forma, tenía los mástiles rojos y las velas hinchadas.

La Mouette volvía a buscar a su capitán y cuando este subió al bote y la pequeña vela se izó en el único mástil, Dona tuvo la impresión de que ese momento formaba parte de otro muy anterior, el momento en que se encontraba en lo alto del cabo mirando al mar. El barco flotaba en el horizonte como un símbolo de huida y tenía algo de extraño a la luz de la mañana, como si no tuviera nada que ver con el comienzo del día, sino que perteneciera a otra época, a otro mundo.

Parecía un barco pintado sobre un mar blanco y en calma; Dona se estremeció de repente, porque los guijarros estaban fríos, helados, para sus pies descalzos y una olita vino a mojárselos, suspiró y se desvaneció. Entonces salió el sol del mar, duro y rojo, como una bola de fuego.



Dame DAPHNE DU MAURIER, DBE (1907 - 1989) fue una novelista romántica inglesa y escritora de cuentos de aventuras y misterio, a menudo ambientados en la costa de Cornualles. Nació en Londres y estudió en casa con sus hermanas. A los 18 años empezó a escribir relatos que más tarde se publicarían (1952) gracias a la ayuda de su tío Willie Beaumont, propietario de la revista *The Bystander*, en donde colaboró Daphne. En 1932 se casó con *sir* Frederick Browning, comandante general, y en 1943 se establecieron con sus tres hijos en Menabilly, una casa situada en Cornualles. Con *La posada de Jamaica* (1936) logró su primer éxito comercial. Se trata de un relato melodramático sobre el contrabando en la costa de Cornualles, en el que retrata la desigual relación entre los sexos, que fue llevado al cine por Alfred Hitchcock en 1939. Pero fue su novela *Rebeca* (1938), adaptada al cine también por Hitchcock (1940), la que levantó los elogios del público y de la crítica. En ella, Du Maurier describe la ambivalencia de poder entre los sexos y el sometimiento que la sociedad exige a la mujer dentro del matrimonio. *La cala del francés* (1941) es otra novela romántica inspirada en una breve relación amorosa. A pesar de que su estilo ha sido criticado por melodramático, Du Maurier atrajo la atención literaria por su talento como narradora. Su novela *Mi prima Raquel* (1951) alcanzó cierta popularidad y también fue adaptada al cine en 1953. Sus relatos *Los pájaros* (1952) y *Ahora no mires* (1971) fueron llevados al cine en 1963 y 1973, respectivamente. En

ambos, junto con *La cita* (1980), comenzó a aparecer el lado más desconcertante de la habilidad de Du Maurier como escritora de misterio, lo que incrementó su interés literario. También escribió obras históricas, de teatro y una biografía de su padre, el actor y director Gerald du Maurier.

Notas

[¹] Una legua equivale a casi 5 km. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*] <<

[2] Una vara equivale a poco menos de 1 metro. <<

[3] Alusión a la república restaurada por Oliver Cromwell entre 1649 y 1660. En 1660, derrotado Cromwell, se restaura la monarquía de Carlos II, de los Estuardo; en esta época se ambienta la novela. <<

ÍNDICE

Nota al texto

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV